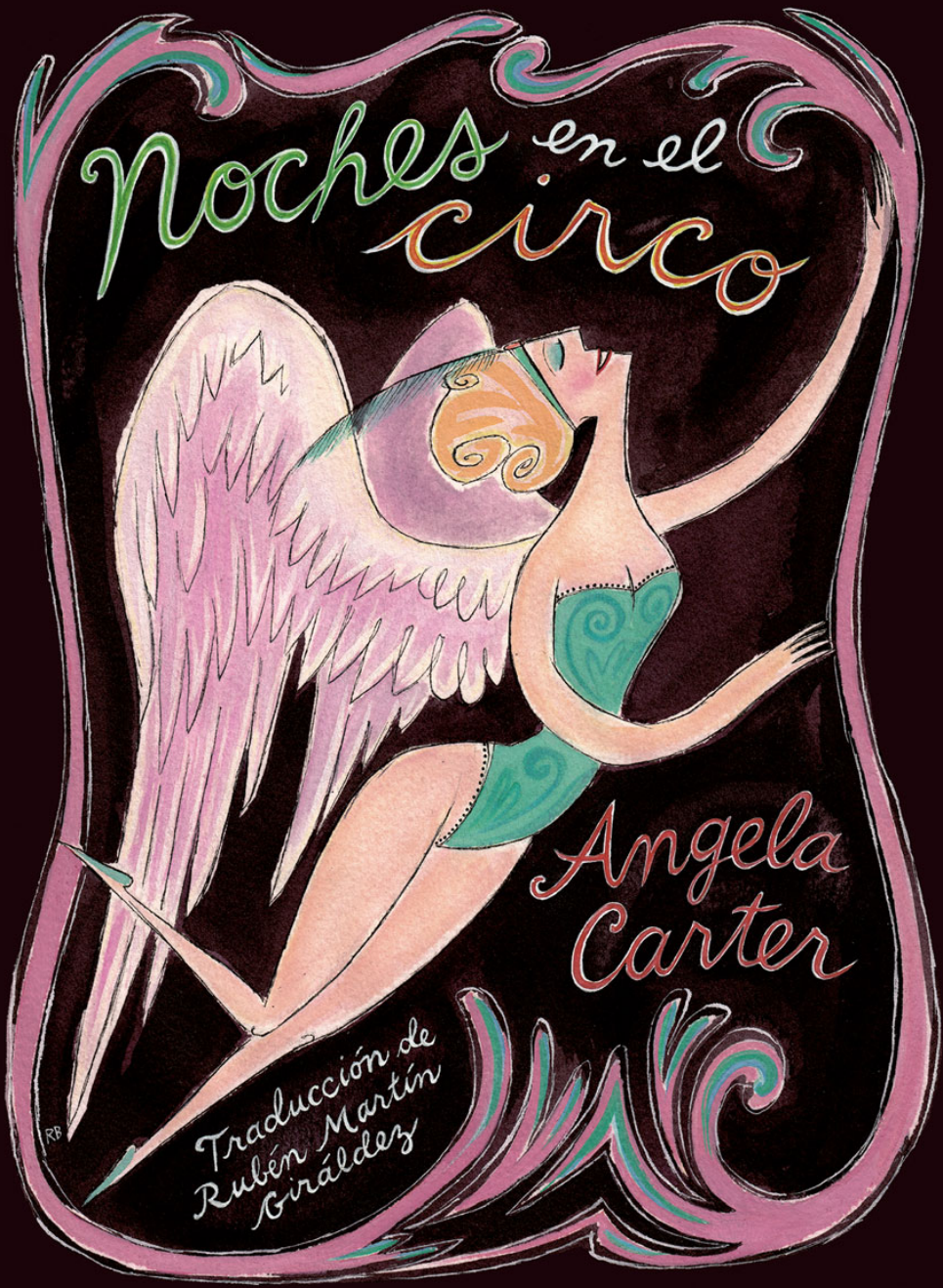
Noches en el circo
Angela Carter
Traducción de Rubén Martín Giráldez
RP

Noches en el circo

Angela Carter

Prólogo de Sarah Waters

Traducción de Rubén Martín Giráldez

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Nights at the Circus

Copyright © Angela Carter, 1984

Primera edición: 2022

Traducción
© Rubén Martín Giráldez

Imagen de portada
© Roxanna Bikadoroff

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2022
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
Sara Pérez

Formación
Grafime

ISBN: 978-84-18342-85-1

Comunidad de Madrid

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

ÍNDICE

PRÓLOGO

I. LONDRES

II. PETERSBURGO

III. SIBERIA

EPÍLOGO

PRÓLOGO

Mi primer encuentro con el suntuoso y extravagante universo narrativo de Angela Carter fue en 1984, cuando acababa de cumplir los dieciocho años. Ese fue el año en que Carter colaboró con Neil Jordan en la producción de la película *En compañía de lobos.* Casi por casualidad, pillé un programa de radio donde la estaban promocionando y comentaban la colección de reescrituras de cuentos de hadas de la autora en la que se basaba: *La cámara sangrienta.* La idea de un libro donde, por lo visto, se mezclaban Perrault y Grimm con el terror de la Hammer me impresionó tremendamente. Se me quedó grabado el nombre de Carter y, en un viaje a Cardiff poco después, entré en una librería y me hice con *La cámara sangrienta.*

Yo era una adolescente muy aficionada a los libros y relativamente culta, pero la literatura de Carter no se parecía a nada que hubiese leído hasta entonces: intensa, histriónica, llena de deslumbrantes bandazos narrativos rococós y de una asombrosa franqueza sexual. Unos años después, mientras estudiaba *La cámara sangrienta* para un máster de literatura, tendría ocasión de valorar en su justa medida las sofisticaciones del proyecto de Carter, su compromiso con los mitos fundacionales de la cultura occidental y con Freud y Lacan. Pero, por lo pronto, me limité a leer todas y cada una de las obras que estaban a mi alcance. Descubrí que *La pasión de la Nueva Eva* y *Héroes y villanos* eran fábulas barrocas apocalípticas, relatos de cambios de sexo, brujería, una lucha épica entre la civilización y el caos. *La juguetería mágica* la leí como un relato gótico del despertar adolescente, del placer y el miedo. *La mujer sadiana,* un texto de crítica cultural, hacía una atrevida relectura del marqués de Sade en calidad de lúcido analista de las relaciones sexuales, convirtiéndolo en un «aliado inconsciente» de las

feministas.

Noches en el circo se publicó en el otoño de 1984, cuando yo emprendía mi vida de estudiante de Lengua Inglesa y era demasiado pobre como para permitirme un libro de tapa dura. Compré la novela cuando salió en bolsillo al año siguiente y supliqué en la librería universitaria que me diesen el póster que habían mandado como parte de la campaña publicitaria; y lo colgué en la pared de mi dormitorio de la facultad igual que había colgado otras imágenes icónicas de los ochenta: el cartel de la película *Betty Blue,* o pegatinas con algún lema a favor de la huelga minera.

Tuve que esperar hasta 1991 para leer la siguiente novela de Carter, la desenfrenada *Niños sabios;* esta vez, una amiga me regaló la edición en tapa dura por mi cumpleaños. Yo no tenía ni idea de que sería la última obra de la autora. No sabía que ya se estaba poniendo enferma. Esto fue años antes de que se me ocurriese escribir, y el mundo literario era algo ajeno y vedado para mí. Estaba familiarizada con la imagen de Carter tantas veces reproducida donde aparece una mujer atractiva y hermosa con unos pómulos y una melena blanca más que cautivadores, pero nunca la había visto hablar sobre su obra ni leer en público. Entonces, una tarde de domingo de febrero del año 1992, una amiga me pegó un telefonazo para decirme que acababa de oír por la radio que Angela Carter había muerto de cáncer de pulmón. La noticia nos sentó como un mazazo, las dos absurdamente descompuestas como si la conociésemos en persona, y ambas, con la pesadumbre de las lectoras apasionadas, devastadas por la pérdida de un talento literario de tamaña envergadura.

Nuestra reacción, sospecho, estuvo lejos de ser única. La reputación literaria de Carter había ido creciendo con relativa lentitud; se había producido un pico de interés popular en su obra justo en la época en que yo oí hablar de ella, como consecuencia del estreno de la película de Jordan; pero su público, después de todo, siguió tremendamente entregado. Y su literatura tuvo un impacto especial, creo, entre las

lectoras. Su estilo histriónico y fabulesco tenía mucho en común con el de esos otros grandes realistas mágicos, Salman Rushdie y Gabriel García Márquez; pero siempre escribió con un claro proyecto feminista en mente, dirigido a demoler las fantasías culturales que rodean la sexualidad, el género y la clase. Ayudó a estimular un entusiasmo por la literatura y la edición feministas (prestó un enorme apoyo, por ejemplo, en la fundación de la editorial Virago Press en 1979), y en el núcleo de buena parte de la literatura y el pensamiento feministas de los setenta y los ochenta encontramos muchas de sus preocupaciones literarias –la puesta en solfa del canon, la reescritura del cuento de hadas y del mito, la imaginación de utopías y distopías femeninas–. Pero muy pocos autores, hombres y mujeres, hicieron gala de su imaginación, su audacia literaria o su confianza en el lenguaje y la idea. Pocos tuvieron su capacidad para perturbar, inspirar y consolar simultáneamente.

Noches en el circo es su obra maestra; también es su narración más cautivadora y accesible. Sus primeras novelas tienden a la estilización; *Noches,* en cambio, es un libro desmedido y boquirroto, un relato picaresco de proporciones rabelaisianas con una heroína inconmensurable para la ocasión: Fevvers, una «Venus *cockney»* victoriana y alada, de un metro ochenta y siete descalza, con una voz metálica que parece una tapadera golpeando contra el cubo de la basura y una cara «ancha y ovalada como un plato de carne». La extraordinaria vida de Fevvers –explicada en forma de entrevista a un escéptico periodista estadounidense, Jack Walser, en el camerino del Alhambra Music Hall– constituye la sustanciosa primera parte de la novela. Después, todavía detrás de su artículo, Walser se mete a payaso para seguir a Fevvers, y la segunda y tercera parte nos transportan, inesperadamente, a la Rusia Imperial; primero al desbarajuste a duras penas controlado del Circo de San Petersburgo y luego a los apabullantes páramos blancos de Siberia. A medida que el paisaje se va haciendo más extremo, Carter lleva más allá los límites de la forma de la novela. El acogedor inicio realista se expande por medio de la fantasía y

la alegoría para abrir un espacio de cambio radical. Hacia el final de libro, las personalidades se habrán reconstruido, las dinámicas sociales y de género habrán quedado reescritas por –una frase maravillosa que aúna bellamente el estilo y el *ethos* literario de Carter– «la radiante sombra de lo implausible».

Y es que Carter fue, entre otras muchas cosas, una cuentista fabulosa, una mentirosa profesional, siempre recreándose en la narrativa y en su tirón brusco y primario. *Noches en el circo* está llena de historias, su estructura básica se va abriendo con regularidad para ofrecernos las biografías encapsuladas de personajes secundarios. Están las prostitutas de Mama Nelson, por ejemplo, que se encuentran a Fevvers recién salida del huevo y abandonada, en un canasto a las puertas de su burdel de Whitechapel. Están los habitantes del Museo de las Monstruas –Fanny Cuatro Ojos, la Maravilla de Wiltshire y demás– con las que Fevvers comparte fortuna brevemente una vez el burdel se dispersa. Están los artistas del Circo Imperial: Mignon, la mujer maltratada del Hombre Mono; la Princesa Abisinia, domadora de tigres; y Buffo el Payaso, que pierde la chaveta a media actuación y acaba internado en un manicomio –para gran deleite de la multitud desavisada, para quien todo forma parte de la locura de la pista–. Las historias de estos personajes eclosionan como flores fantásticas en medio del llamativo follaje de la narrativa carteriana, despuntando en extravagantes y sorprendentes direcciones sin desequilibrarla ni lastrarla jamás.

La novela urde un camino igualmente ágil entre el realismo y la fantasía. Su ambientación histórica, por ejemplo, es muy específica y significativa: la acción tiene lugar en «las postrimerías» de los noventa del siglo XIX, y Fevvers es, sin duda, una mujer de su época, una mujer que ha sido retratada por Lautrec, ha cenado con Willy y Colette, ha puesto en un brete a los psicoanalistas de Viena y ha sido cortejada por el príncipe de Gales. Esta estrafalaria retahíla de nombres se va volviendo más ladina y más exuberante conforme avanza la novela. La pluma de Carter se abre paso con maravillosa soltura a través del canon

literario occidental y nos ofrece ecos de Goethe, Shakespeare, Poe, Swift, Baudelaire, Mozart y Blake; pero con el guiño ocasional a Yeats, Laurel y Hardy, Foucault, y –«Son los mejores amigos de una chica», canturrea Fevvers en un momento dado enseñando sus pendientes de diamante– Anita Loos. Con el apunte de estos flagrantes anacronismos –y mientras Carter lo explicita cuando llegamos a esta «ciudad Bella Durmiente» que es el San Petersburgo *fin de siècle,* a punto de despertar merced al «sangriento beso» de la revolución–, *Noches en el circo* no pertenece a la «historia auténtica». Propone, en cambio, una especie de historia de fantasía tejiendo sus historias en los huecos, silencios y sombras preñadas del hecho documentado.

Que sus personajes sean capaces de habitar este universo gloriosamente artificial y que, incluso así, sigan siendo tan emocionalmente cautivadores y físicamente convincentes es todo un logro de Carter como novelista. Hasta las plumas de Fevvers nos convencen. Carter dota a dichos personajes, sin duda, de una cantidad tremenda de pensamiento –«La verdad», dijo en una entrevista, «qué gran inconveniente y qué gran dificultad sería para una persona tener alas»–, y siempre me ha emocionado la atención que le presta a la aerodinámica de Fevvers, el detalle con que la trapecista explica a Walser su fabuloso pero inconveniente físico:

> Mis piernas no guardan proporción con la parte superior de mi cuerpo desde un punto de vista puramente estético, como ve. Si tuviese que ser la copia auténtica de Venus, una hecha según mi escala tendría que tener piernas como troncos de árbol, caballero; estos endebles puntales míos más de una vez se han torcido bajo la pesadísima distribución de peso de mi tronco y me han dejado despatarrada en el suelo tras un buen leñazo. A la hora de andar no me va lo de ir de puntillas, caballero, sino que soy más bien de pisar fuerte.

Fevvers es una creación maravillosamente tangible, una criatura hecha de sudores y apetitos, de eructos y pedos. Su problema –al igual que el

de muchas mujeres carismáticas (como la Lulú de Wedekind, por ejemplo, sobre quien Carter escribiría una obra de teatro en 1987)– es que se ve continuamente asediada por gente que pretende convertirla en una mercancía o en un símbolo. Escapa por los pelos de ser sacrificada en un ritual por el siniestro Rosencreutz, que la ve como «¡Flora, Azrael, Venus Pandemos!». Un gran duque ruso casi la convierte literalmente en un «pájaro en una jaula de oro». De igual manera que Walser, «inacabado» al comienzo de la novela, ha de ser reconstruido, reformado, por la vía de la amnesia y el desplazamiento cultural, Fevvers ha de aprender a contar su propia historia a su manera: convertirse «No en Venus, ni en Helena, ni en Ángel del Apocalipsis, ni en Azrael ni en Isfahel», sino en el agente de su propia imaginación y su propio deseo. Puesto que solo entonces se convertirá en un símbolo digno de ser celebrado; un símbolo del nuevo siglo que, significativamente, se abre al cierre de la novela, un siglo en el que (con un poco de suerte) «todas las mujeres tendrán alas».

Carter consagró su carrera a contar relatos de transformación; en *La cámara sangrienta,* se transforma a mujeres en animales, a los animales se los convierte en hombres, en alegorías de poder y deseo. Como en todas sus ficciones, *Noches en el circo* cuenta con sus villanos y sus víctimas, mujeres y hombres, pero la narrativa celebra en última instancia la liberación, la rotura de los grilletes del mito y la mente, el descubrimiento de la voz, la empatía, la consciencia, la composición de un «nuevo tipo de música». La novela termina con la risa de Fevvers, con una afirmación de la vida. Y la propia prosa de Carter, llena de imágenes, metáforas y símiles memorables, la llena a una de dicha. Un salón, por ejemplo, está «calentito como una entrepierna». Una mujer restalla «quedamente con su propia estática». Un cielo está «teñido por la lavanda del medio luto», una violeta tiene «el color de unos párpados cansados», un tigre se mueve «como mercurio naranja, o como un metal líquido aún más extraño, un supermercurio». La escritura de Carter, no solo en esta novela sino a lo largo de toda su obra, es una celebración de

las palabras: una celebración de la lengua y de todas las cosas maravillosas que podemos hacer que la lengua haga.

Es esta combinación de exuberancia y de tremendo optimismo, creo, lo que hace a *Noches en el circo* tan memorable para tantísimos lectores de la Inglaterra de Margaret Thatcher en los ochenta; y eso es algo que la convierte en una novela inspiradora hoy, en un clima político distinto, pero en un momento en que la narrativa inglesa parece afectar un estilo desafectado y estar interesada en el fracaso, la decadencia y la decepción como temas. Como todos los novelistas atentos, Carter se comprometió muy explícitamente con los problemas de su época. La sección del Circo Imperial se escribió en un período en que San Petersburgo había vivido un doble renacimiento como Petrogrado y Leningrado, pero antes de que recuperase su nombre original; y en un mundo en el que Niké –la Victoria Alada que Fevvers encarna en el burdel de Whitechapel– aún era un motivo relativamente inocente. No podemos evitar preguntarnos qué habría pensado Carter de la política postcomunista, la globalización, el Nuevo Laborismo, la invasión de Irak, y –dado que uno de sus fuertes, considero, fue ese zambullirse promiscuamente tanto en la cultura popular como en la del canon– es imposible dejar de plantearse qué ficciones opulentas e irreverentes no habría tejido a partir de la telerrealidad, el culto a la celebridad, la cirugía estética y las leyes contra el comportamiento antisocial. Fue una de las escritoras inglesas más grandes de finales del siglo XX y nos dio novelas, novelas cortas, artículos y obras de teatro que dialogan con un clima cultural compartido, pero en un estilo absolutamente único. También fue tremendamente influyente. Releyendo *Noches en el circo* para esta reedición, de hecho, veo, bajo una forma rica y original, muchos de los temas y preocupaciones que han aflorado en mi propia obra. No podría haber escrito las novelas que he escrito sin leer previamente la narrativa de Angela Carter. Todavía siento no haber podido conocerla en persona y darle las gracias.

SARAH WATERS, 2006

I. LONDRES

UNO

–¡Y en buena hora, caballero! –voceó Fevvers con un calancaneo metálico que hacía pensar en una tapadera golpeando contra el cubo de la basura–. En lo que a mi lugar de nacimiento se refiere, bueno, pues vi la luz del día aquí en la vieja y humosa Londres, ya ve. Por algo me llamaron la Venus *cockney,* caballero, aunque lo mismo podrían haberme llamado Helena la Funambulista, según las insólitas circunstancias en las que arribé…, porque a mí no me echaron por los, digamos, *canales habituales,* caballero; ah, no, querido; sino que, lo mismo que Helena de Troya, salí de un huevo. ¡De un puñetero huevo gigantesco, y mientras repicaban las campanas de St. Mary-le-Bow como si se acabase el mundo!

La rubia soltó una carcajada tremenda, se palmeó el muslo marmóreo que dejaba al descubierto la falda y le clavó sus enormes ojos azules y descorteses, casi desafiantes, al joven reportero con la libreta abierta y el lápiz dispuesto: «¡Lo crea o no!». Acto seguido dio media vuelta en el taburete giratorio del camerino –era un taburete de piano afelpado sin respaldo y que habían traído de la sala de ensayo– y se miró en el espejo con una sonrisa burlona mientras se arrancaba quince centímetros de pestaña postiza del párpado izquierdo con gesto expeditivo y un minúsculo crujidito explosivo.

Fevvers, la trapecista más famosa del momento; su lema, «Fevvers, ¿realidad o ficción?». Y no te dejaba olvidar ni por un instante aquella interrogación, en francés, en letras de medio metro de alto llameando desde un póster del tamaño de una pared, recuerdo de sus triunfos parisinos, que presidía su camerino de Londres. El póster tenía algo de febril, de impetuoso y elegante en su justa medida; el retrato de una muchacha surcando los aires como un cohete, ¡fiu!, en medio de una

explosión de serrín rumbo al trapecio fuera de nuestro radio de visión en algún punto de los cielos enmaderados del Cirque d'Hiver. El artista había decidido representar su ascenso desde atrás (pompis en pleno vuelo, si se quiere); venga para lo alto, en una perspectiva esteatopigia, bamboleando aquellos tremendos engranajes rojos y morados, engranajes lo bastante grandes, lo bastante potentes como para sostener a una muchachona como ella. Y es que era una muchachona.

Evidentemente, esta Helena había salido de hombros para arriba a su padre putativo, el cisne.

Pero aquellas alas tan reputadas y que tanto habían dado que hablar, el origen de su fama, se guardaban a buen recaudo para la noche bajo el tejido acolchado y sucio de su bata de raso azul claro, donde formaban un par de bultos perturbadores a la vista que de vez en cuando tironeaban de la superficie de la tela tensa como deseosos de liberarse. («¿Cómo lo hace?», se preguntaba el reportero).

–En París me llamaban *l'Ange Anglaise,* el ángel inglés; como dijo el santo: «más inglés que ángel» –le dijo indicándole con un gesto de la cabeza su póster favorito, que, comentó como quien no quiere la cosa, había garabateado sobre piedra un duende convertido en rana que le pidió que le meneara el chirimbolo para dignarse a coger sus lápices sin remilgos–. Bueno, ¿un sorbito de champán?

Descorchó con los dientes una botella mágnum de champán puesta a enfriar. En el tocador ya tenía una flauta siseante de espumoso junto al codo, la botella todavía crepitante colocada a la buena de Dios en la pila del lavabo llena de hielo que debían de haber traído de una pescadería, a juzgar por un par de escamas brillantes atrapadas entre los pedazos. Y aquel hielo de segunda mano debía de ser, sin duda, la fuente del aroma marino (ese puntito piscícola de la Venus *cockney)* que subyace bajo la excitante y sólida amalgama de perfume, sudor, maquillaje y escapes de gas que hace que nos sintamos como si en el camerino de Fevvers estuviésemos respirando a grumos.

Con una pestaña puesta y la otra no, Fevvers se echó un poco hacia

atrás para observar con satisfacción impersonal el esplendor asimétrico reflejado en su espejo.

–Y ahora –dijo–, tras conquistar el continente –lo pronunció *contignon*–, aquí está la hija pródiga de regreso a Londres, mi preciosa Londres que tanto quiero. Londres: como dice nuestro entrañable Dan Leno, «una pequeña aldea junto al Támesis cuyas principales industrias son el *music hall* y la estafa».

Le regaló al joven reportero un guiño bien claro en la ambigüedad del espejo y se arrancó resuelta la otra pestaña postiza.

Su ciudad natal la recibió con tal delirio que el *Illustrated London News* tildó el fenómeno de «Fevvermanía». Su foto estaba en todas partes; las tiendas estaban atestadas de ligas, medias, abanicos, puros, jabones «de Fevvers»… Hasta apadrinó una marca de levadura en polvo; añadías una cucharadita y tu bizcocho subía directo al cielo como ella. Aquella Helena, heroína del momento, objeto de erudito debate y profana conjetura, hizo proliferar mil habladurías, la mayor parte procaces. («¿Sabes lo de que se benefició al chamarilero…?»). Su nombre estaba en boca de todo el mundo, desde la duquesa hasta el vendedor ambulante: «¿Habéis visto a Fevvers?». Y luego: «¿Cómo lo hace?». Y luego: «¿Creéis que es de verdad?».

El joven reportero quería mantenerse despejado, de manera que jugueteó con la copa, el cuaderno y el lápiz mientras buscaba disimuladamente con la mirada un sitio donde dejar la copa sin que Fevvers pudiera seguir llenándosela…, quizá en aquella cornisa de hierro negro cuya esquina brutal, encima del sofá en el que se sentaba, amenazaba con trepanarlo al más mínimo movimiento brusco. Lo había cazado su propia presa. Sus intentos de deshacerse de la puñetera copa solo triunfaron tras apartar un ruidoso torrente de cartas de admiradores secretos, arrastrando con ellas un nido de serpientes de medias de seda verdes, amarillas, rosas, moradas, negras, que introdujeron un penetrante olor a pies, ingrediente definitivo del aroma tremendamente personal, «esencia de Fevvers», que inundaba el cuarto. Como se le

ocurriese a ella, era capaz de embotellar el olor y venderlo. No se le pasaba una.

Fevvers ignoró la turbación del joven reportero.

Tal vez las medias habían descendido para solidarizarse con el resto de elaboradas prendas íntimas, las agusanadas cintas, cariadas de encaje, fragantes del uso, que lanzaba por la habitación sin orden ni concierto aparente durante los muchos cambios de vestuario que su profesión exigía. Unas enormes bragas con volantes, claramente caídas allí donde las lanzaron sin prestar atención, envolvían un objeto, un reloj, un busto de mármol o una urna funeraria, podía ser cualquier cosa porque estaba completamente a oscuras. Un formidable corsé de esos que llaman «dama de hierro» asomaba del cubo del carbón vacío como el cascarón rosa de un langostino gigante emergiendo de su guarida, con unas chorreras de larga puntilla haciendo las veces de hileras de patas. El cuarto, en conjunto, era un compendio de mugre exquisitamente femenina que bastaría, a su manera sencilla, para intimidar a un joven que hubiese llevado una vida un poco más recatada que este.

Se llamaba Jack Walser. Venía de California, de la otra punta de un mundo cuyos cuatro confines se había pasado pateando durante la mayor parte de sus veinticinco primaveras…, una carrera picaresca que fue puliendo su carácter; ahora hace gala de los modales más delicados y en su aspecto no detectarían ustedes ni un atisbo del bribonzuelo que, tiempo atrás, se coló de polizón en un buque que navegaba la ruta San Francisco-Shanghái. A lo largo de sus correrías descubrió su talento para las palabras, y una aptitud incluso mayor para estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Así es como se topó con su profesión y, llegados a ese punto, firmó con un periódico de Nueva York a fin de ganarse la vida, de manera que pudiese viajar allá donde le diese la gana sin perder por ello la privilegiada irresponsabilidad del periodista, que en la personalidad de Walser se combinaba alegremente con la típica inclinación estadounidense por la mentira descarada. Su pasatiempo le sentaba como un guante, que se cuidaba de calzarse a

fondo. Podéis llamarlo Ismael, pero un Ismael con una cuenta de gastos y una mata rubia de pelo rebelde, una cara rubicunda, agradable, de mandíbula cuadrada y ojos de un frío gris escéptico.

Sin embargo, había algo en él como a medio terminar. Era como una casa preciosa abandonada después de amueblar. Su personalidad apenas tenía un toque que se pudiese considerar *personal,* como si su costumbre de suspender la credulidad se hubiese hecho extensible a su propio ser. Digo que era proclive a «encontrarse en el sitio adecuado en el momento adecuado», aunque era casi como si fuese un *objet trouvé,* porque, desde un punto de vista subjetivo, nunca se encontraba, dado que no era a él mismo a quien buscaba.

Él se habría definido como «un hombre de acción». Sometía su vida a una serie de choques cataclísmicos porque le encantaba oír el entrechocar de sus huesos. Así sabía que estaba vivo.

De manera que Walser sobrevivió a la peste en Sichuan, a las azagayas en África, a una dosis nada despreciable de sodomía en una tienda beduina junto a la carretera de Damasco y a mucho más, y sin embargo nada de eso había alterado en lo más mínimo al niño invisible que llevaba dentro aquel hombre, que, de hecho, seguía siendo el mismo individuo intrépido que deambulaba sin parar por Fisherman's Wharf observando con avidez los barcos arracimados en el agua hasta que acabó yéndose con las olas tras una promesa eterna. Walser no había experimentado su experiencia *como* experiencia; por más que su experiencia hubiese lijado sus bordes exteriores, el interior había quedado intacto. En toda su corta vida no había sentido ni una pizca de introspección. Si no le tenía miedo a nada no era porque fuese valiente; igual que el niño del cuento que no sabe temblar, Walser no sabía tener miedo. De modo que su distanciamiento habitual era involuntario; no era el resultado de juicio alguno, dado que un juicio implica sopesar pros y contras.

Era un caleidoscopio dotado de consciencia. Por eso era buen reportero. Y, sin embargo, el caleidoscopio empezaba a cansarse de

tanto dar vueltas; la guerra y la catástrofe no habían logrado cumplir del todo la promesa que en su día le planteaba el futuro, y, por el momento, aún delicado tras un encontronazo reciente con la fiebre amarilla, se lo estaba tomando con calma, concentrándose en aquellas facetas del «interés humano» que hasta entonces había pasado por alto.

Como era buen reportero, no se dejaba dar gato por liebre. Así que ahora estaba en Londres y había ido a charlar con Fevvers para una serie de entrevistas con el título provisional de «Grandes patrañas del mundo».

Por más desenvueltos que fuesen sus modales estadounidenses, no se quedaban cortos los de la trapecista, que despegó un glúteo de la silla y –«¡Vuela libre, no temas!»– soltó un tremendo cuesco que hizo retumbar la habitación entera. Volvió a echar una mirada atrás para ver cómo se lo tomaba él. Bajo la fachada de su bonhomía –¿bonhembría?–, el reportero percibió el recelo de Fevvers. Le dirigió una sonrisa radiante. ¡Estaba disfrutando de lo lindo con aquel encargo!

Durante su tour europeo, los parisinos acudieron en masa a arroparla; no solo Lautrec, sino todos los postimpresionistas se la disputaban como modelo; Willy la invitó a cenar y ella le dio un par de buenos consejos a Colette. Alfred Jarry le propuso matrimonio. Cuando llegó a la estación de tren en Colonia, un entusiasta tropel de estudiantes desenganchó los caballos y tiró del carro hasta el hotel. En Berlín, su fotografía estaba en todos los escaparates de los quioscos de prensa junto a la del káiser. En Viena, deformó los sueños de toda una generación que, acto seguido, se confió incondicionalmente al psicoanálisis. Allá donde iba se separaban las aguas, amenazaban guerras, se eclipsaban soles, en la prensa se informaba de diluvios de ranas y zapatos y el rey de Portugal le regaló una comba de perlas ovaladas que ella se embolsó.

Ahora tiene a toda Londres postrada a sus alados pies; y ¿no es precisamente esta mañana de este mismo día de octubre, en este mismísimo camerino, en el Alhambra Music Hall, entre toda su ropa interior sucia, donde acaba de firmar un contrato de seis cifras para un

Gran Tour Imperial en Rusia y luego en Japón durante el cual dejará atónitos a un par de emperadores? Y, de Yokohama, se embarcará a continuación con rumbo a Seattle, para el inicio de un Gran Tour Democrático por los Estados Unidos de América.

A todo lo ancho y largo de la Unión, las multitudes claman por su llegada, que coincidirá con la del nuevo siglo.

Puesto que nos encontramos en el cabo, el final incandescente del cigarro, de un siglo XIX a punto de ser machacado en el cenicero de la historia. Es la estación última, el declive del año 1899 de Nuestro Señor. Fevvers cuenta con el *éclat* de una nueva era para alzar el vuelo.

Walser está aquí para *inflarla;* además o en lugar de para hacerla estallar, dentro de lo humanamente posible. Pero no piensen que la revelación de que es un fraude terminaría con ella en los juzgados; ni de broma. Si no levanta suspicacias, ¿dónde está la controversia? ¿Qué gracia tiene?

–¿Listo para otro trago? –Fevvers sacó la botella goteando del hielo escamoso.

Vista de cerca, hay que decir que se parecía más a una mula de carga que a un ángel. Le tendría que haber prestado a Walser cuatro o cinco centímetros para que alcanzara su metro ochenta y ocho descalza, y, aunque decían que era «divinamente alta», fuera del escenario tampoco saltaba a la vista nada de divino, a no ser que en el cielo hubiese tabernas que ella pudiese presidir tras la barra. Su cara, amplia y ovalada como un plato de carne, era una fisonomía del montón moldeada en fango burdo; un encanto sin sutilezas, lo mismo que si tuviera que hacer las veces de una divinidad elegida democráticamente del inminente siglo del Hombre Común.

Agitó la botella, persuasiva, hasta que esta volvió a eyacular.

–¡Para que se haga un hombre!

Walser, sonriendo, tapó su copa con una mano.

–Señora, ya soy un hombre.

Ella soltó una risita como dándole la razón y se llenó la copa hasta

arriba con tal derroche que la espuma salpicó la polvera del colorete, donde siseó y burbujeó en un chafarrinón sanguinolento. Imposible imaginar ningún gesto suyo desprovisto de aquella especie de generosidad majestuosa, vulgar y descuidada; de eso tenía para dar y tomar. Verla no hacía pensar en una mente calculadora, tan minuciosamente medida era su actuación. Nadie habría dicho que por las noches soñaba con cuentas corrientes, o que para ella el tintineo de las cajas registradoras fuese música celestial. Ni siquiera Walser lo hubiera adivinado.

–En cuanto a su nombre… –aventuró el reportero con el lápiz listo.

Ella reunió fuerzas con un trago de champán.

–De bebé, cualquiera me habría distinguido de entre una multitud de huérfanos solo por un poco de plumón, de pelusa amarilla que tenía en la espalda encima de los omóplatos. Como la pelusa de un pollito. Y la que me encontró en los escalones de Wapping, dentro de la cesta de la colada donde unas *personas anónimas* me dejaron, una niñita primorosamente arropada en paja limpia durmiendo tranquilita entre un montón de cascarones de huevos rotos, la que se topó con esta pobre criatura abandonada me cogió entonces en brazos por puro exceso de bondad y me llevó adentro. Allí, al desembozarme y desenvolver el chal, al ver todas las muchachas al polluelo lechoso, sedoso y durmiente, dijeron: «¡Parece que le vayan a salir plumas de un momento a otro!». ¿Verdad que sí, Lizzie? –le preguntó a su ayudanta de camerino.

Hasta el momento, aquella mujer no había participado en la entrevista, pero se había mantenido de pie junto al espejo, rígida, sosteniendo un vaso de vino como si fuese un arma, observando a Jack Walser con la meticulosidad de quien intenta adivinar el número exacto de peniques que llevaba en la cartera. Ahora Lizzie metió baza con una voz bien tostada y un curioso acento que Walser no supo identificar y que era, cómo iba a saberlo, el de los italianos nacidos en Londres, con sus diptongos dobles y sus oclusivas glotales.

–Verdad verdadera, caballero, como que fui yo quien se la encontró.

Fevvers le pusimos y Fevvers será hasta el fin de los tiempos, aunque cuando la llevamos a bautizar a Saint Clement Danes el vicario dijo que en su vida había oído el nombre de Fevvers y que tendría que arreglarse con Sophie de cara a la burocracia. Vamos a quitarte ese maquillaje, cariño.

Lizzie era una aparición diminuta, revenida, con pinta de gnomo, que lo mismo podía tener treinta como cincuenta años; ojos negros hoscos, piel cetrina, un bigote incipiente en el labio superior y una greña encrespada de pelo tricolor (gris brillante en las raíces, gris mate en medio, quemado de henna en las puntas). Las hombreras de su vestido negro, recatado y baratucho, estaban blancas de caspa. Llevaba la palabra «exputa» escrita en la cara. Tras exhumar un tarro de cristal de entre la porquería del tocador, sacó un pegote de crema hidratante con una zarpa retorcida y se la plantó, ¡plaf!, a Fevvers en toda la cara.

–Vaya tomándose otro vinito mientras espera, tesoro –le propuso a Walser restregando la cara de su patrona con un pedazo de algodón–. A nosotras nos cuesta lo mismo. Lo pone un pipiolo, ¿verdad? Eso es, cariño…

Y le limpió la crema a la trapecista con una súbita, desconcertante y tierna caricia.

–Un pipiolo francés –dijo Fevvers emergiendo resplandeciente de un color rojo bistec–. Solo una caja, el muy mamón. ¡Beba otro poquito, me cago en la leche, muchacho, que se nos está quedando atrás! No irá a dejar que las chicas se ajumen solas, ¿no? ¿Qué clase de caballerosidad es esa?

Voz extraordinariamente estrepitosa y metálica; calancaneo de tapaderas contraltas o hasta barítonas. Se sumergió en otro plastón de crema hidratante y se hizo un largo silencio.

Por extraño que resulte, a pesar de aquel desbarajuste que parecía una corsetería después de un bombardeo, llamaba la atención la impersonalidad del camerino de Fevvers. Solo el enorme póster con el garabato en carboncillo: *Toujours, Toulouse,* y aquello era toda su

autopromoción, un recordatorio para el visitante de aquella parte de ella misma que, fuera del escenario, mantenía oculta. Aparte de esto, ni siquiera una fotografía enmarcada entre los ungüentos del tocador, solo un puñado de violetas de Parma embutidas en un tarro de mermelada, seguramente caídas del adorno floral de la repisa de la chimenea. Ni mascotas de la suerte, ni gatos de porcelana negra, ni jarrones con brecina. Ni ningún otro lujo personal tipo butacas o alfombras. Nada que la delatase. El camerino de una estrella, pelado como la buhardilla de una criada. Los únicos pedazos de sí misma que había dejado por las inmediaciones eran unos pocos pelos rubios que estriaban la pastilla de jabón transparente Pears dentro de una cazuela agrietada que había encima del aguamanil.

El extremo romo de esmalte de una bañera de asiento llena de jabonaduras de abluciones anteriores asomaba por detrás de un biombo sobre el que habían dejado colgadas unas medias rosas de manera que a primera vista daba la impresión de que Fevvers se hubiera arrancado la piel. Si el imponente tocado de plumas de avestruz teñidas estaba tirado sin contemplaciones sobre la rejilla de la chimenea, Lizzie había tratado con más respeto el resto de prendas con las que su señora había hecho su primera aparición ante el público, había sacudido el vestido de plumas rojas y moradas, lo había colocado en una percha de madera y colgado de un clavo detrás de la puerta del camerino, donde los flecos ciliados temblaban sin parar con la corriente de aire de las ventanas, que no encajaban.

En el escenario del Alhambra, cuando se levantó el telón, ahí estaba, hecha un ovillo plumoso bajo aquel vestido, envuelta en oropeles, mientras la orquesta del foso masacraba «A Bird in a Gilded Cage». Qué melodía más *kitsch,* qué oportuna; subrayaba el elemento meretricio del espectáculo, recordaba el rumor de que la chica había empezado su carrera en las barracas de feria. («Verificar», apuntó Walser). Mientras la orquesta seguía tocando, poco a poco, Fevvers fue poniéndose de rodillas, luego de pie, aún camuflada bajo su voluminosa capa y aquel

casco con penacho de plumas rojas y moradas en la cabeza; empezó a retorcer las cuerdas brillantes de su frágil jaula sin demasiado empeño, gimiendo en voz baja para que la liberasen.

El aliento rancio de la noche hizo ondular el terciopelo rojo de las banquetas del Alhambra y acarició las mejillas de los querubines de yeso que aupaban las monumentales guirnaldas por encima del escenario.

Desde arriba, le bajaron sus trapecios.

La mera visión de aquellos chismes le hubiese inspirado un nuevo acceso de energía, agarró con firmeza los barrotes y, acompañada por un redoble de tambor, los separó. Salió por el hueco con una finura grandilocuente y poco natural. La jaula dorada subió de golpe hacia el torreón de tramoya enredándose por un instante con el trapecio.

Fevvers se deshizo de su túnica y la lanzó a un lado. Allí estaba.

Con sus medias rosas y el esternón hacia fuera como la proa de un barco, la dama de hierro le levantaba el pecho y le reducía la cintura a la mínima expresión, de manera que parecía que fuese a partirse en dos al menor movimiento. El leotardo tenía un adorno de lentejuelas en la entrepierna y los pezones, nada más. La melena la llevaba escondida bajo las plumas teñidas que le añadían cuarenta centímetros largos a su ya de por sí inmensa estatura. En la espalda llevaba un liviano fardo de plumaje plegado, chillón como el de una cacatúa brasileña. En la boca roja, una sonrisa artificial.

¡Miradme! Con una gracilidad majestuosa, arrogante, irónica, se exhibió ante los ojos de la audiencia como si fuese un maravilloso regalo demasiado bueno como para jugar con él. Se mira, pero no se toca.

Era desbordante hasta decir basta y tan sucintamente finita como los objetos pensados para ser admirados sin manipularlos. ¡Miradme! ¡Esas manos!

¡MIRADME!

Se puso de puntillas y giró despacio sobre sí misma, ofreciendo a los espectadores una estampa completa de su parte trasera: ver es creer. Entonces extendió aquellos soberbios y pesados brazos suyos en un gesto

de bendición invertido y al hacerlo sus alas también se extendieron, un despliegue policromático de casi dos metros de ancho, un águila en pleno vuelo, un cóndor, un albatros sobrealimentado con la misma dieta que vuelve rosas a los flamencos.

¡Ooooooh! Los soplidos de asombro de los espectadores hacían ondular una brisa maravillada por el teatro.

Pero Walser cavilaba caprichosamente: A ver, las alas de los pájaros no son más que patas delanteras, o brazos, ¿para qué llamarlos de otra manera?, y el esqueleto de un ala tiene codos, muñecas y dedos. De modo que, si esta dama encantadora es de verdad, como se publicita, una fabulosa mujer-pájaro, entonces, según todas las leyes evolutivas y todas las consideraciones humanas, no debería tener brazos, ¡dado que los brazos serían sus alas!

Dicho de otra manera: ¿nos resultaría creíble una mujer con cuatro brazos, todos perfectos, como una diosa hindú, acoplados a cada lado de esos hombros voluptuosos de estibadora? Porque, de hecho, esa es la naturaleza auténtica de la anomalía fisiológica para la que la señorita Fevvers nos está pidiendo una suspensión de la incredulidad.

Ahora bien, unas alas sin brazos es cosa imposible; pero unas alas con brazos es lo imposible multiplicado por dos: imposible al cuadrado. ¡Sin duda!

En el rojo y aterciopelado palco de la prensa, observándola con unos prismáticos, pensó en las bailarinas que había visto en Bangkok, que ofrecían con sus superficies emplumadas, doradas, espejeadas y sus movimientos hieráticos y angulosos, unas ilusiones de recreación aérea muchísimo más persuasivas que aquella camarera alada ultraliteral que tenía delante.

Pensó en el truco de la cuerda vertical, el niño que se encaramaba por la soga en el mercado de Calcuta y se esfumaba en lo alto; lo único que quedó fue su triste exclamación flotando en el cielo despejado. ¡Cómo vociferó la multitud envuelta en túnicas blancas cuando la cesta del mago empezó a oscilar y tambalearse en el suelo hasta que el niño salió

de allí de un salto con una sonrisa de oreja a oreja! «Histeria y alucinación colectivas…, un poco de tecnología primitiva y una gran dosis de ganas de creer». En Katmandú vio al faquir de turno tendido sobre su cama de clavos levitar hasta tocar los demonios pintados que decoraban las cornisas de las casas de madera. ¿Qué sentido tendría una ilusión que parece una ilusión?, dijo el anciano una vez sobornado convenientemente. Porque, le comentó el viejo charlatán a Walser con tremenda solemnidad, ¿no es este mundo una mera ilusión? Y, aun así, engaña a todos.

Entonces la orquesta del foso se paró en seco e hizo crujir sus partituras. Tras un momento de disonancia comparable a una carraspera, empezó a desgranar como buenamente podía –¡cómo no!– «La cabalgata de las valquirias». ¡Ay, qué ineptitud chirriante la de los músicos!, ¡qué ejecución de negados para la melodía! Walser se arrellanó con una sonrisa satisfecha; el tufillo de magia escénica que permeaba el número de Fevvers se manifestaba sin tapujos en su elección de la música.

Fevvers se recompuso, se puso de puntillas y se encogió prodigiosamente para que los hombros le sobresaliesen. Entonces bajó los codos de manera que las puntas de las plumas de cada ala se tocasen en lo alto con el penacho de la cabeza. Al primer *crescendo,* saltó.

Sí, saltó. Saltó para agarrar el trapecio colgante, saltó unos diez metros de un solo brinco vigoroso, transfigurada en mitad del blanco alfanje de los focos. El cable invisible que debía de haberla levantado siguió siendo invisible. Atrapó el trapecio con una mano. Sus alas palpitaron, latieron, acto seguido zumbaron, sisearon, y por fin empezaron a batir a buen ritmo en el aire, agitándolo con tanta fuerza que las páginas del cuaderno de Walser se pasaron y por un momento se perdió y se vio obligado a buscar de nuevo el punto donde se había quedado, estuvo en un tris de perder la compostura, pero se aferró bien a su escepticismo como si estuviese a punto de tirarse al vacío desde el palco.

Primera impresión: desgarbo físico. ¡Pero si parece un fardo! Pero pronto, muy pronto, se instaura una gracia adquirida, resultado probablemente de arduas prácticas. («Comprobar si estudió baile»).

¡Caray, cómo se estira su cuerpo! Si parece que se le vayan a salir las tetas. Eso sí que causaría sensación; me pregunto si no se ha planteado incorporarlo a su número. Desgarbo físico en pleno vuelo producido, quizá, por la ausencia de cola, el timón de las aves… Me pregunto por qué no se pega una cola en la culera del taparrabos; le añadiría verosimilitud y, tal vez, mejoraría el número.

Sin embargo, lo que hacía de ella una trapecista fuera de serie era la velocidad –o, más bien, la falta de velocidad– con la que realizaba incluso el triple salto mortal del clímax. Cuando una trapecista bregada, de las del montón, una trapecista sin alas, realiza el triple salto mortal, atraviesa el aire a unos noventa y cinco kilómetros por hora largos; Fevvers, no obstante, se las arreglaba para alcanzar unos cuarenta kilómetros por hora contemplativos y pausados, de manera que el teatro atestado pudiese disfrutar del espectáculo, como en cámara lenta, de cada uno de sus tensos músculos estirándose en sus formas rubenescas. La música iba mucho más rápido que ella; ella se recreaba en la morosidad. De hecho, sí desafiaba las leyes de los proyectiles, porque un proyectil no puede *dilatar* su trayectoria; si disminuye su velocidad en el aire se cae. Pero Fevvers, por lo visto, remoloneaba por una pasarela invisible entre trapecio y trapecio con la dignidad rolliza de una paloma de Trafalgar Square aleteando de un cucurucho de maíz a otro, y luego se ponía cabeza abajo tres veces con tanta cachaza como para enseñar la raja del culo.

(Pero seguramente, razonó Walser, un pájaro de verdad tendría demasiado sentido común como para plantearse siquiera un triple salto mortal).

Aun así, aparte de aquel desconcertante pacto con la gravedad, que a buen seguro realizaba con artimañas semejantes a las del faquir nepalí, Walser observó que la chica no superaba a otros artistas del trapecio. Ni

intentaba ni lograba ninguna proeza que no estuviese al alcance de cualquier bípedo sin alas, aunque lo hacía de otra manera, y, a medida que las valquirias se acercaban al Valhalla, el reportero se asombró al descubrir que las limitaciones del número en sí eran lo que le permitía contemplar fugazmente lo inimaginable…, es decir: la absoluta suspensión de la incredulidad.

Porque una mujer-pájaro auténtica (en el caso improbable de que existiese tal cosa), ¿acaso no tendría que fingirse artificial para ganarse la vida?

Sonrió ante la paradoja: en una época secular, un milagro auténtico tenía que pretender ser una engañifa para que el mundo le diese crédito. Pero –y Walser volvió a sonreírse interiormente al recordar el titubeo de su convicción de que ver es creer– ¿y el ombligo qué? ¿No me ha dicho hace un momento que salió de un huevo, que no se gestó *in utero?* Las especies ovíparas no se alimentan a través de la placenta, por definición; por lo tanto, no tienen necesidad de cordón umbilical… ¡y, por lo tanto, no tienen la cicatriz de su pérdida! ¿Por qué no está preguntándose toda Londres si Fevvers tiene ombligo?

Era imposible distinguir si tenía o no ombligo durante el número; de su vientre, Walser solo recordaba una extensión de malla elástica rosa. Fueran lo que fuesen sus alas, lo que estaba claro es que su desnudez era una ilusión óptica.

Después de llevar a cabo el triple salto mortal, la orquesta propinó su *coup de grâce* a Wagner y se calló. Fevvers se quedó colgando de una mano mientras lanzaba besos con la otra con sus famosas alas enhiestas en la espalda. Acto seguido saltó al suelo, se dejó caer, cayó a plomo, impactó en el escenario con rotundidad sobre sus enormes pies con un sonido humanísimo solo a medias camuflado por el estruendo del aplauso y los vítores.

Los ramos bombardeaban el escenario. Como no hay demanda para las flores de segunda mano, Fevvers ni las mira. Su rostro, bien cubierto de colorete y talco para que desde la última fila de la sala puedan ver lo

guapa que es, se agrieta a base de sonrisas triunfales; sus dientes blancos son grandes y carnívoros como los de la abuela de Caperucita Roja.

Lanza besos a todos con la mano. Repliega las alas trémulas con una serie de encogimientos, mohines y muecas como si estuviese escondiendo un libro guarro. Entra un chavalito y le tiende su abrigo de plumas, que es frágil y de colores vivos como los que usaban los nativos de Florida. Fevvers hace una reverencia al director con monumental aplomo y sigue tirando besos hacia el tumultuoso aplauso mientras cae el telón y la orquesta ataca el «God Save the Queen». Dios salve a la madre del obeso y barbudo principito que la ha sustituido en el palco real dos noches desde la primera de Fevvers en el Alhambra, acariciándose la barba y meditando sobre las posibilidades eróticas de la habilidad de la artista para flotar y las problemáticas de su panza en el *vis-à-vis* del misionero.

El maquillaje se volatilizó de la cara de Fevvers cuando Lizzie se la restregó con crema y algodón y dejó caer a continuación las bolas sucias por el suelo sin fijarse. Reapareció, ruborizada, y se miró con atención en el espejo como satisfecha y sorprendida de encontrarse a sí misma de nuevo, con las mejillas bien rojas y los ojos bien brillantes. Walser se sorprendió de aquella estampa tan saludable: como un campo de mazorcas en Iowa.

Lizzie sumergió un pompón de terciopelo en una cajita de polvos color melocotón y lo sacudió por la cara de la muchacha para quitarle los brillos. Cogió un cepillo de pelo con el mango metálico de color amarillo.

–No puedo decirle quién le ha regalado esto –comentó con ademán conspiratorio meneando el cepillo para que las incrustaciones de piedrecillas (imitando las plumas del príncipe de Gales) proyectasen prismas de luz–. Protocolo de palacio. Secretísimo. Peine y espejo a juego. De calidad, que me aspen. Qué susto me he pegado cuando me lo han tasado. A los tontos no les dura el dinero. Mañana por la mañana, directo a la cuenta de la señora. Ella, tonta no es. De todas formas, no

puede resistirse a usarlo por una noche.

En la voz de Lizzie había un punto de censura, como si ella no pudiera imaginarse nada irresistible, pero Fevvers observó su cepillo con aire complacido y posesivo. Solo por un instante, pareció menos generosa.

–Evidentemente –dijo–, no consiguió nada a cambio.

Su inaccesibilidad también era legendaria, aun cuando, como Walser ya había anotado en su libreta, estaba dispuesta a hacer ciertas excepciones con enanos franceses exigentes. La ayuda de cámara le deshizo el lazo azul que mantenía a raya la estela hirviente de la melena de la joven, que le echó sobre el hombro izquierdo como quien tiende una alfombra y empieza a sacudirla vigorosamente. Era una mata de pelo formidable, rubia e inagotable como la arena, espesa como la crema, chisporroteante y susurrante bajo la acción del cepillo. Fevvers dejó caer hacia atrás la cabeza con los ojos medio cerrados, suspiró de gusto. Lizzie muy bien podría haber estado acicalando a un purasangre; el caso es que Fevvers era un jamelgo chepudo.

Aquella bata mugrienta, asquerosamente pegoteada de maquillaje alrededor del cuello…, cuando Lizzie levantó la brazada de pelo se entrevieron, bajo la seda descosida y raída, los michelines y las chichas, grandes como si tuviese pechugas por delante y por detrás, una llamativa deformidad, las montañas gemelas del desbordamiento que había mantenido a raya durante las horas que pasaba a la luz del día, bajo las lámparas o fuera de los focos. Así que, en la calle, durante las veladas, en los almuerzos en restaurantes caros con duques, príncipes, capitanes de industria y clientes similares, siempre era la contrahecha, aun cuando siempre fuese el centro de atención y la gente se levantara de su asiento para verla.

–¿Quién le hace los abrigos?–le preguntó con perspicacia el reportero que Walser llevaba dentro. Lizzie se paró a media cepillada; los ojos de su señora se abrieron con un fogonazo, ¡fuosh!, como sombrillas azules.

–Nadie. Yo mismita –dijo Fevvers cortante–. Liz me ayuda.

–Pero los sombreros se compran a las mejores modistas –aseveró

Lizzie melosa–. Tenemos algunos de París preciosos, ¿a que sí, querida? Ese de paja con lazo y verdolaga.

–Veo vacía la copa del caballero.

Walser permitió que le llenasen de nuevo la copa antes de que Lizzie se embutiese en la boca un puñado de horquillas de carey y emplease ambas manos para levantar el moño de Fevvers. El ruido del *music hall* a la hora del cierre rechinó y el eco rebotó a su alrededor, borboteo de agua en una tubería, coristas dando las buenas noches mientras correteaban escaleras abajo hacia los cabriolés de los pretendientes esperando en la puerta, el matraqueo de un piano desafinado a saber dónde. Las bombillas que rodeaban el espejo de Fevvers proyectaban una luz desnuda y desagradable sobre su cara, pero no lograban poner de relieve ningún defecto en sus rasgos, a no ser que consideremos su tamaño una tara en sí, el defecto que la hacía vulgar.

Costó un buen rato apilar aquellos casi dos metros de pelo dorado. Para cuando Lizzie puso su última horquilla, el silencio de la noche había caído sobre el edificio.

Fevvers se dio unos golpecitos en el moño con aire satisfecho. Lizzie agitó la botella de champán, vio que estaba vacía, la tiró a un rincón, cogió otra de una caja colocada tras el biombo, la descorchó, rellenó todas las copas. Fevvers dio un sorbo y se estremeció.

–Calentuzo.

Lizzie echó una ojeada en la jofaina del aguamanil y volcó el contenido derretido en el agua de la bañera.

–Adiós al hielo –le dijo a Walser con tono acusatorio, como si fuese culpa suya.

A lo mejor, a lo mejor… se me está volviendo burbujas el cerebro ya, pensó Walser, pero casi juraría que he visto un pez, un pececillo, un arenque, un espadín, un piscardo, pero culebreando, vivito, cayendo a la bañera al inclinar la jofaina. Aunque no le dio tiempo a pensar que su vista le engañaba, porque Fevvers retomó solemnemente la entrevista en el punto en que lo había dejado.

–De un huevo –dijo.

DOS

–De un huevo; de la ponedora no sé nada. Quién me puso es para mí, caballero, un misterio tan grande como el de la naturaleza de mi concepción; desconozco por completo a mi padre y a mi madre, como la propia naturaleza los desconoce a ellos, que dirán algunos. Pero vaya si salí de un huevo, y me pusieron en una cesta con paja y cascarones rotos en Whitechapel a la puerta de cierta casa, no sé si me entiende.

Al estirarse para coger la copa, la manga sucia de raso dejó al descubierto un brazo tan exquisitamente torneado como la pata del sofá en el que se sentaba Walser. A Fevvers le tembló levemente la mano, como con emoción contenida.

–Y como le he contado, ¿quién sino mi Lizzie se tropezó con la criaturilla gritona que era yo por entonces mientras atendía a algún cliente del local y me metió para dentro, donde me criaron esa clase de mujeres como si fuese la hija común de media docena de ellas? Y esta es la verdad y nada más que la verdad, caballero. Y es la primera vez que se la cuento a alguien.

Mientras Walser garabateaba, Fevvers miró de reojo la libreta en el espejo, como intentando interpretar su taquigrafía por arte de magia. El silencio del periodista casi la hizo perder la compostura.

–Vamos a ver, caballero, ¿le van a dejar publicar eso en su periódico? Porque esas mujeres eran de la peor calaña, y deshonradas.

–Los modales en el Nuevo Mundo son considerablemente más laxos que en el viejo, como tendrá el placer de comprobar, señorita –respondió Walser con tranquilidad–. Y, por mi parte, he conocido a putas bastante decentes, mujeres de lo mejorcito, de hecho, con las que cualquier hombre habría estado orgulloso de casarse.

–¿Casarse? ¡Bah! –resopló Lizzie de mala uva–. ¡Eso es escapar del

fuego para caer en las brasas! ¿Qué es el matrimonio sino prostituirse con un hombre en lugar de con muchos? ¡No hay diferencia! ¿Usted se piensa que una puta decente estaría orgullosa de casarse con usted, jovencito? ¿Eh?

–No te enfades, Lizzie, no lo dice con mala fe. Oye, ¿el chavalín está aún por aquí? Me muero de hambre, sería capaz de empeñarme el cepillo de oro por una empanada y una salchicha de cerdo. –Se giró hacia Walser con tremenda coquetería–. ¿Le apetece una empanada con puré de patatas, caballero?

Llamaron al chico de los recados, resultó que seguía de guardia, así que una Lizzie todavía envarada por la ofensa lo mandó de inmediato a la tienda de empanadas del Strand. Pero se apaciguó enseguida cuando diez minutos después le llegó el aroma de una cesta tapada: empanadas de carne calientes con un glutinoso cucharazo de salsa de anguila por encima, un Fujiyama de puré de patatas, un pantano de guisantes secos recalentados y nadando en un caldo verdoso. Fevvers le pagó al recadero, esperó el cambio y le dio un beso de propina en la mejilla lampiña como un melocotón que le dejó un rubor y un poco de grasa. Las mujeres se abalanzaron con la cubertería alquilada, pero Walser optó por otra copa de champán tibio.

–La comida inglesa…, bueeeno, creo que es un gusto adquirido; considero que su cocina nativa es la octava maravilla del mundo, señorita.

Fevvers le dirigió una mirada juguetona, como si sospechase que se estaba mofando de ella y tarde o temprano tuviese que acordarse de devolvérsela, pero tenía la boca llena y no replicó mientras se atracaba de aquel yantar de cochero sencillo y malo como pocos. Se atiborró, se puso hasta arriba, se derramaba salsa por encima, chupaba guisantes del cuchillo; tenía una garganta acorde con su estatura y unos modales isabelinos en la mesa. Impresionado, Walser esperó con la terca docilidad de su profesión hasta que la artista hubo saciado hasta el último vestigio de apetito; se restregó los labios en la manga y eructó. Le

lanzó otra mirada peculiar, como si casi hubiera esperado que el espectáculo de su glotonería lo espantase, pero, dado que allí seguía, con el cuaderno sobre las rodillas, lápiz en mano, sentado en su sofá, suspiró, eructó de nuevo, y prosiguió:

–Criada en un burdel, caballero, y a mucha honra, por cierto, porque de mis madres jamás recibí ni una mala palabra ni un desplante, sino que se me dio lo mejor de lo mejor y siempre me arroparon en mi camita en el desván a las ocho de la noche antes de que llegasen los grandes derrochadores que rompían los cristales. Así que allí estaba…

–… allí estaba, la muy inocentilla, con las coletas rubias que le hacía yo con dos lacitos azules a juego con sus ojos…

–… allí estaba y así me crie, y estos pimpollitos aterciopelados de los hombros crecieron conmigo hasta que, un día, a los siete años, Nelson…

–¿Nelson? –inquirió Walser.

Fevvers y Lizzie levantaron los ojos hacia el techo reverencialmente al unísono.

–Nelson, que en paz descanse, sí. ¡Menuda *madame* estaba hecha! Y siempre la llamamos Nelson, porque le faltaba un ojo, un marinero se lo sacó con una botella rota el año de la Gran Exposición, pobrecita. El caso es que Nelson dirigía una casa decente y decorosa y nunca se le ocurrió meterme en el oficio, como habrían hecho otras, mientras andaba yo por ahí en enaguas. Pero una tarde, cuando mi Lizzie y ella me estaban dando un baño delante del fuego, mientras me enjabonaba los pimpollitos plumosos con gran ternura, exclama: «¡Cupido! ¡Pues claro!, ¡es nuestro propio Cupido de carne y hueso!». Y así es como empecé a ganarme el pan, porque mi Lizzie me hizo una coronita de rosas de algodón, me la puso en la cabeza y me dio un arco y una flecha de juguete…

–… que le bañé en oro –dijo Lizzie–. Pan de oro auténtico, no digo más. Te pones una hoja en la palma de la mano. Luego soplas muy suave sobre la superficie de lo que sea que quieras dorar. Pero suavito. Soplas. Buf, un cristo.

–Así que, con mi corona de rosas, mi arco en miniatura de resplandeciente oro y mis flechas de inexperto deseo, mi cometido consistía en sentarme en el hueco de la ventana del salón en el que se presentaban las damas a los caballeros. Cupido, vamos.

–Con sus alitas minúsculas. Presidiéndolo todo.

Las mujeres intercambiaron una sonrisa nostálgica. Lizzie se estiró tras el biombo para coger otra botella.

–Brindemos por el pequeño Cupido.

–No te diré que no –respondió Fevvers ofreciendo su copa–. Así que ahí estaba –prosiguió tras un trago revigorizante–, un *tableau vivant* desde los siete en adelante. Allí me instalaba en medio de la compañía…

–… como si fuese el ángel de la guarda de la casa…

–… y durante siete largos años, señor, no fui otra cosa que el símbolo repintado y dorado del amor, y podría decirse que lo era hasta tal punto que contribuyó a mi aprendizaje de ser mirada, de ser el objeto de todas las miradas. Hasta que llegó el momento en que, con perdón, empezaron mis sangrados femeninos junto con los primeros grandes acontecimientos, por decirlo así, a la altura de los pechos. Pero aunque, como cualquier chiquilla, me encontraba arrobada ante el maravilloso florecimiento de mi hasta entonces reticente y poco exigente carne…

–… plana como una tabla de planchar por los dos lados hasta los trece años y medio, caballero.

–… aun así, asombrada como estaba por todo aquello, lo que con diferencia me afectó y me perturbó más extrañamente fue lo que se manifestó en un primer momento como un simple picor infernal en la espalda. Al principio solo se trataba de una irritación mínima, de hecho, y casi placentera, una especie de zumbido físico, caballero, de manera que me restregaba la espalda con las patas de las sillas, como hacen los gatos, o hacía que mi Lizzie u otra de las chicas me la frotase con piedra pómez o una lima de uñas en la bañera, porque el picor estaba localizado en el punto más inaccesible entre los omóplatos y no me llegaban los dedos por más que me esforzase.

»Y el picor aumentó. Si bien había empezado con discreción, pronto fue como si tuviese la espalda entera en llamas, así que me embadurnaban de pomadas y polvos de talco y me tumbaba boca abajo para dormir con una bolsa de hielo encima, pero ni con esas se calmaba la tremenda tormenta de mi piel en erupción. Todo esto no fue más que la anunciación del brote de mis alas, como supondrá; aunque por entonces yo no lo sabía. Porque, igual que antes se me habían inflado las tetas, ahora aquellos apéndices plumosos míos se ensancharon detrás de mí hasta que, una mañana a los catorce años, al levantarme de mi cama nido en la buhardilla mientras el sonido afable de las campanas de St. Mary-le-Bow entraba por la ventana y el sol de invierno resplandecía helado sobre la ciudad enorme que, poco podía sospecharlo yo, un día estaría a mis pies…

–Extendió las alas –dijo Lizzie.

–Extendí las alas –dijo Fevvers–. Me acababa de quitar el camisoncito blanco para realizar mis abluciones matutinas ante mi tocador cuando oí un desgarrón en los cuartos traseros de mi camisola y, sin comerlo ni beberlo, sin quererlo, sin buscarlo, de pronto se abrió paso en mí esta peculiar herencia…, ¡estas alas! Aún adolescentes, ni la mitad de grandes que al llegar a adultas, y húmedas, pegajosas, como el follaje recién desplegado de un árbol en primavera. Pero alas, a fin de cuentas. No. No sentí dolor. Solo estupefacción.

–Pegó un alarido –dijo Lizzie– que me despertó de un sueño (puesto que compartía la buhardilla con ella, caballero), y allí estaba, hecha un pasmarote, con la camisola rasgada alrededor de los tobillos, y yo pensando si todavía estaba soñando o me había muerto y había subido a los cielos, entre los ángeles benditos; o si era la Anunciación de mi menopausia.

–¡Menudo papelón! –dijo Fevvers con modestia. Se sacó un mechón de pelo del moño, se lo enredó en el dedo y lo retorció y mordisqueó pensativa; luego, de repente, dio media vuelta en el taburete giratorio y se inclinó en actitud confidente hacia Walser–. Mire, caballero, voy a

confiarle un gran secreto, solo para sus oídos y no para publicarlo, porque me ha gustado su cara bonita. –Y, dicho esto, pestañeó con coquetería. Bajó la voz para que Walser tuviese que inclinarse hacia ella y girarse para oírla; su aliento, aromatizado con champán, calentó la mejilla del periodista–. ¡Me las tiño, caballero!

–¿Qué?

–¡Las alas, caballero! ¡Que me las tiño! ¡No creerá que luzco estos colores tan chillones desde la pubertad! Empecé a teñirme las plumas al principio de mi carrera como trapecista, para imitar mejor al pájaro tropical. Durante mi primera adolescencia y juventud las llevé al natural. Que es una especie de rubio un poco más oscuro que el pelo de la cabeza, más bien como el de mis, ejem, partes pudendas. Bueno: pues ese es mi terrible secreto, señor Walser, y, con toda la sinceridad del mundo, ¡el único engaño al que someto a mi público!

Para subrayar lo dicho, depositó la copa vacía con tanta fuerza en la mesa del tocador que los tarros de maquillaje y cremas saltaron y tamborilearon salpicando finos pegotes de tufo barato; de una cajita desplazada subió una nube de polvo que Walser se comió de lleno y que le provocó un ataque de tos. Lizzie le dio unas palmadas en la espalda. Fevvers hizo como si nada.

–Lizzie, al encontrarse ante esta inesperada aparición, bajó las escaleras en ropa interior pegando chillidos… «¡Nelson, Mama Nelson!, ¡venga rápido, que nuestro pajarillo se larga volando!». La buena mujer subió los escalones a zancadas y cuando vio cómo estaba el percal con su gallinita se echó a reír más que complacida. «¡Resulta que teníamos un ángel en casa sin saberlo! Ay, pequeñina, yo creo que debes de ser la hija del siglo que está a punto de empezar, la Nueva Era en que las mujeres no estarán sujetas a la tierra», dice. Y acto seguido se pone a llorar. Aquella noche tiramos el arco y la flecha, y posé, por primera vez, como la Victoria de Samotracia, puesto que, como ve, soy de buena estatura y a los catorce ya medía dos Lizzies.

»Ay, caballero, permítame que me recree un poco y le describa

aquella casa amadísima que, aunque de mala reputación, me protegió durante tanto tiempo de las tormentas de la fatalidad y evitó que mis alas juveniles arrastraran por el barro. Era una de esas viejas casas cuadradas de ladrillos rojos con una fachada sosa y sobria y un precioso montante en abanico con forma de concha marina en lo alto de la puerta de entrada, de esas que todavía se pueden encontrar en puntos de Londres tan alejados de la vorágine de la moda como para mantenerse en el sitio. No se podía mirar la casa de Mama Nelson sin pensar que la había erigido la Ilustración; y luego casi te dan ganas de llorar al pensar que la Ilustración se acabó quizá antes de empezar, y esta armoniosa reliquia fue a esconderse tras el bullicio de Ratcliffe Highway, como el germen del sentido común que queda en la mente de un borracho.

»Una breve escalinata subía hasta la puerta, escalones que Lizzie, diligente como cualquier ama de casa londinense, fregaba y blanqueaba cada mañana. Un aire de rectitud y buenos modales rodeaba el lugar, con aquellas altas ventanas siempre con las persianas blancas echadas, como si tuviera los ojos cerrados, como si la casa estuviese soñando, o como si, al pasar bajo el sencillo y proporcionado frontón de la entrada, entrases en un lugar que, al igual que su dueña, hiciera la vista gorda ante los horrores del exterior, ya que el interior era un lugar privilegiado en el que las visitas podían ampliar los límites de su experiencia por un precio módico. Era un lugar donde los deseos racionales podían ser satisfechos de manera racional; era una casa anticuada, tanto que, en aquellos años, podía pasar incluso por demasiado moderna, como sucede tan a menudo cuando el pasado deja atrás el presente.

»En cuanto al salón, donde estuve haciendo de estatua viviente toda mi adolescencia, estaba en la primera planta y se llegaba allí por una colosal escalera de mármol que subía más empinada que un putero, con perdón. Aquella escalera tenía una maravillosa baranda de hierro forjado, llena de guirnaldas de frutas, flores y cabezas de sátiros con un pasamanos de mármol tremendamente resbaladizo por el que, durante

mi alegre infancia, con las coletas ondeando tras de mí, acostumbraba a tirarme. A esas cosas solo jugaba antes de la hora de abrir, porque nada disuadía más a los clientes respetables tan del gusto de Nelson como la visión de una niña en un prostíbulo.

»El salón lo presidía una hermosa chimenea que debía de haber construido el mismo marmolista que puso la escalera. Un par de diosas rollizas y sonrientes aguantaban esta repisa sobre la palma de las manos alzadas, más o menos como las mujeres sujetamos el mundo entero al final de los finales. Aquella chimenea podría haber servido de altar a los romanos, o de tumba, y era nuestro templito doméstico a Vesta, porque, cada tarde, Lizzie encendía allí un fuego de madera cuyos aromas naturales acostumbraba a aumentar quemando perfumes de la mejor calidad.

–Lo que es yo –interrumpió Lizzie–, como puta, tampoco era para tirar cohetes, debido a esta inapropiada costumbre mía de rezar que me viene de familia y que nunca me he podido quitar.

Aquello era increíble, así que Walser siguió escéptico, aunque los acerados ojos negros de Lizzie lo hicieron dudar.

–Después de convertir a una o dos veintenas de clientes habituales a la Iglesia de Roma, Mama Nelson me llamó a su despacho una tarde y dijo: «¡Liz mía, así no vamos a ninguna parte! ¡Como sigas por este camino, al final nuestras pobres chicas van a estar de más!». Me dispensó de mis deberes habituales y me puso a trabajar en las labores del hogar, cosa que me vino de perlas, porque las chicas se ocupaban de darme mi parte de propinas. Y, cada tarde, cuando caía el sol, encendía el fuego y lo cuidaba hasta que, a las ocho o las nueve de la noche, el salón estaba calentito como una entrepierna…

–… y dulce como la habitación donde arde la pira del pájaro árabe, dulce y malva de humo como la mismísima alucinación, caballero. Mire, señor Walser, el día que extendí las alas, como supondrá, me quedé tan perpleja por el suceso en sí como por el descubrimiento de mi propia naturaleza. Mama Nelson se quitó su chal de cachemira y me envolvió

en él, puesto que yo había reventado el camisón, y Lizzie tuvo que poner a prueba su aguja y modificar mi ropa para que entrase mi alterada figura. Mientras esperaba sentada en la buhardilla a que me tuviesen lista una prenda, me quedé embobada contemplando el misterio de aquellas excrecencias plumosas y suaves que ya tiraban de mis hombros hacia atrás con el peso y la avidez de un amante invisible. Por la ventana, a la luz fresca del sol, vi las gaviotas chillonas siguiendo el curso enrevesado del Támesis surcando en lo alto las corrientes de aire como espíritus del viento y entonces se me ocurrió: ¡si tengo alas, entonces puedo volar!

»Era primera hora de la tarde y la casa estaba en silencio, cada mujer en su habitación con los diversos pasatiempos en los que se ocupaban antes de empezar la faena. Me quité el chal de cachemira y, extendiendo mis alas inexpertas, pegué un salto en el aire, ¡hop!

»Pero no sucedió nada, caballero, ni siquiera floté un poco, porque todavía no le había pillado el tranquillo, no sabía nada de teoría del vuelo ni del despegue ni del aterrizaje. Pegué un salto… y caí al suelo. Plomp. Y punto.

»De modo que pensé: ¡Abajo está la repisa de mármol de la chimenea, casi a dos metros del suelo sostenida a cada lado por unas esforzadas cariátides! Y para el salón que bajé de inmediato corriendo sin hacer ruido, porque se me ocurrió que si saltaba desde la repisa con las alas extendidas, caballero, el aire atrapado en mis plumas me sostendría.

»A primera vista se hubiera dicho que el salón era la sala de fumadores de un club de caballeros exclusivísimo, porque Nelson promovía entre sus clientes un nivel de buen comportamiento masculino casi lúgubre. Apostó por butacas de cuero y mesas con el *Times,* que Liz planchaba a diario; encima y de las paredes, empapeladas de damasco color vino, colgaban óleos de temas mitológicos tan sedimentados por el tiempo que las escenas pintadas en aquellos cuadros de robustos marcos dorados parecían llenas de la miel de una luz solar antigua y habían cristalizado hasta formar una costra. Todos estos cuadros, algunos

pertenecientes a la escuela veneciana y sin duda muy selectos, ya hace mucho que fueron destruidos, junto con la propia casa de Mama Nelson, pero había un cuadro que siempre recordaré, porque lo llevo grabado en el corazón. Estaba colgado encima de la repisa de la chimenea y no le sorprenderá que le diga que el tema era Leda y el cisne.

»Todos los que contemplaban su colección se quedaban asombrados, pero Nelson jamás los había hecho limpiar. Siempre decía, ¿verdad, Liz?, que el propio Tiempo, el padre de las transfiguraciones, era el mayor de los artistas, y que había que respetar su mano invisible a toda costa, dado que se hallaba en anónima complicidad con la de cualquier pintor humano, así que yo siempre vi como a través de un velo lo que debía de haber sido mi escena primigenia, mi propia concepción; el pájaro celestial, envuelto en una blanca majestuosidad de plumas, desciende con deseo imperioso sobre la chica medio aturdida y sin embargo exaltada. Cuando le pregunté a Mama Nelson qué significaba aquel cuadro me dijo que era una demostración del acceso cegador de la gracia de la carne.

Con esta extraordinaria declaración, le echó una astuta mirada de soslayo a Walser. ¿Una *madame* tuerta y metafísica, en Whitechapel, en posesión de un Tiziano? ¿Me lo tengo que creer? ¿Tengo que fingir que me lo creo?

–Los cuadros se los regaló un tipo del que no recuerdo el nombre –dijo Lizzie–. Le gustaba Nelson porque llevaba afeitado el pubis.

Fevvers le echó una mirada de desaprobación, pero se cargó el efecto al soltar una risita. Lizzie se sentó acuclillada ahora a los pies de Fevvers usando su propio bolso como taburete, un bolsazo enorme, un armatoste de cuero agrietado y descolorido con cierres de latón. Apoyó la barbilla ganchuda en las rodillas que se abrazaba con manos llenas de manchas de la edad. Restalló quedamente con su propia estática; no le faltaba nada. La perra guardiana. O… sería posible, no será… Y Walser se sorprendió preguntándose: ¿No serán en realidad madre e hija?

Aunque, si así fuese, ¿qué gigante nórdico había fecundado los huevos

de aquella enana atezada? ¿Y quién o dónde estaba el Svengali que transformó a la chica en un objeto de artificio, quién la había convertido en una máquina maravillosa y le había proporcionado aquella historia? La puta tuerta, si es que existía, ¿había sido la primera mánager de aquellas estrafalarias cómplices?

Pasó una página de su libreta.

–Imagíneme, caballero, entrando con el chal de Mama Nelson por único atuendo en aquel salón con los postigos cerrados a cal y canto, las cortinas de terciopelo púrpura echadas, todo simulando aún la oscura noche de los placeres, aunque las velas estuviesen consumidas en sus candeleros de cristal. El fuego fragante de la noche anterior había quedado reducido a un puñado de palos calcinados en el hogar y los vasos donde solo quedaban los posos de la disipación estaban donde habían caído por toda la alfombra de Bujará. La luz tenue de la vela que llevaba yo alumbró la majestuosidad del dios cisne en la pared y me hizo soñar, soñar y osar.

»Por más que hubiese crecido, tuve que acercar una silla a la repisa para poder encaramarme y bajar el reloj francés dorado que allí tenían dentro de una caja de cristal. Se puede decir que este reloj era el símbolo o el emblema del pequeño territorio privado de Mama Nelson. Era una estatuilla del Padre Tiempo con una hoz en una mano y un cráneo en la otra cerniéndose sobre una placa frontal en la que las manecillas siempre estaban fijas en la medianoche o el mediodía, las manecillas del minutero y el horario perpetuamente juntas como si rezasen, y es que Mama Nelson decía que el reloj de su sala de visitas debía marcar el centro exacto del día y la noche, la hora sin sombra, la hora de la visión y la revelación, la hora silenciosa en el centro de la tempestad del tiempo.

–Una persona extraña, Mama Nelson.

Que no le cupiese duda a Walser.

–Cogí el viejo reloj para tener espacio y lo dejé con cuidado junto al fuego apagado. Al hacerlo, el antiguo mecanismo difunto emitió un leve

tañido melodioso, como si me diese ánimos a su manera mecánica. Luego me encaramé y me erguí donde había estado Padre Tiempo y, como quien se dispone a ahorcarse, aparté la silla de una patada para no sentir la tentación de saltar encima.

»¡Anda que no parecía lejos el suelo! Eran menos de dos metros, claro, nada del otro mundo…, pero se abría ante mí como una sima y, la verdad, se diría que aquella brecha a mis pies representaba ahora el gran abismo, la línea divisoria crucial que en adelante me separaría del resto de los mortales.

Al decir esto, Fevvers volvió sus ojos inmensos hacia el periodista, aquellos ojos «hechos para la escena» cuyos mensajes podían leer hasta los que se quedaban de pie al fondo del patio de butacas. La noche les había oscurecido el color; sus iris ahora eran morados, a juego con las violetas de Parma frente al espejo, y las pupilas se habían dilatado tanto con la penumbra que el camerino entero y todo lo que había dentro podrían haberse disipado sin dejar rastro dentro de aquellos cautivadores vacíos. Walser tuvo una sensación extrañísima, como si los ojos de la trapecista fuesen un par de cajas chinas, como si cada uno se abriese a un mundo que daba a otro mundo y a otro, una pluralidad infinita de mundos, y aquellas profundidades insondables ejercían una atracción tan potentísima que se sintió temblar como si también él estuviera al borde de un umbral desconocido.

Sorprendido por su propia confusión, intentó darle un respiro a su mente para despabilar su pragmatismo. Fevvers cerró los ojos, como si supiese que ya era suficiente, y le dio un sorbo al champán ahora desbravado antes de continuar. Sus pupilas volvieron de nuevo a su simple estado de ojos azules.

–Me puse en pie en la repisa y me estremecí, porque allí hacía un frío de muerte hasta que Lizzie encendía el fuego y la alfombra parecía más lejos que nunca. Pero entonces pienso: quien no se arriesga no gana. Y detrás de mí, créame, caballero, contra la pared, juraría que oí, atrapado en la telaraña del tiempo, pero aun así audible, el batir enérgico de unas

enormes alas blancas. Así que las extendí. Y, cerrando los ojos, me precipité hacia delante entregándome por completo a merced de la gravedad.

Se quedó callada un instante y dibujó arroyuelos en el raso sucio tenso sobre su regazo con una uña.

–Y, caballero…, caí. Como Lucifer, caí. Abajo, abajo, abajo, me estampé contra la alfombra persa, me di de morros contra aquellas flores y aquellos animales que jamás habían pisado un bosque natural, aquellas criaturas de ensueño y abstracción no muy distintas de mí, señor Walser. Y entonces supe que todavía no estaba lista para cargar con el peso tremendo de mi sobrenaturalidad.

Hizo una pausa exacta de tres latidos de corazón.

–Caí a plomo… y me di tal tortazo con la nariz contra el salvachispas de metal…

–… y así me la encontré yo cuando entré a encender el fuego, con el culo en alto y sus alitas rubias todavía estremeciéndose, pobre patito mío, y pese al porrazo y a casi haberse partido la nariz en dos y, ¡ay!, lo que sangraba, no lloró ni esto, ni esto, de lo valiente que era; no derramó ni una lágrima.

–¿Qué me importaba sangrar por la nariz, caballero? –exclamó Fevvers con vehemencia–. Por un breve instante, un balbuceo del tiempo tan fugaz que el viejo reloj francés, de haber funcionado, no habría podido registrar en sus torpes ruedecillas y muelles, por un instante ínfimo menor aún que el aleteo más breve de una mariposa… había flotado. Sí. Había flotado. Por un instante tan corto que casi podría haber creído que me lo había imaginado, porque era la sensación que a veces tenemos cuando estamos a punto de quedarnos dormidos…, y aun así, caballero, por breve que fuese, el aire se había elevado entre mis alas adolescentes y había impedido el tirón hacia abajo del enorme y redondo planeta, al que, aquí y allá, todas las cosas humanas se plegaban necesariamente.

–Por suerte, como yo era la encargada de la casa –interrumpió Lizzie–,

llevaba todas las llaves en un llavero atado al cinturón y cuando entré tintineando en el salón con una brazada de madera de sándalo tenía a mano el remedio para su nariz; le planté la llave de la entrada entre las alas, era como de treinta centímetros y estaba helada. Se le cortó el sangrado del susto. A continuación, la limpié con el delantal y me la bajé a la cocina, al calor, la envolví en una manta y le apliqué Germoline en las rascadas, le puse un poco de esparadrapo aquí y allá y, cuando estuvo como nueva, le contó a su Lizzie sus extrañas sensaciones al tirarse desde la repisa. Y me quedé maravillada, caballero.

–Pero, aunque ahora sabía que podía montarme en el aire y que este me iba a sostener, desconocía el método del acto de volar. Igual que los bebés tienen que aprender a andar, yo tenía que conocer los poderes y las limitaciones de mis plumosas extremidades, pero tenía que estudiar, también, el medio aéreo que habría de ser en adelante mi segundo hogar, de igual manera que un marinero tiene que interpretar las tremendas corrientes, las olas y los remolinos, todos los caprichos, humores y temperamentos contradictorios de las partes acuosas del mundo.

»Empecé aprendiendo, como hacen los pájaros, de los pájaros.

»Todo esto tuvo lugar a principios de la primavera, hacia finales del mes de febrero, cuando las aves acaban de despertar de su letargia invernal. Mientras la primavera hacía crecer capullos en los narcisos de nuestras jardineras, las palomas de Londres comenzaban sus cortejos, el macho hinchando el pecho y pavoneándose tras la hembra de esa manera tan cómica. Y resultó también que las palomas construyeron un nido en la parte exterior del frontón de la ventana de nuestra buhardilla, Lizzie y yo las observábamos con una atención que ni se imagina. Vimos cómo la madre enseñaba a las crías a tambalearse a lo largo de la cornisa, observamos hasta el más ínfimo detalle de cómo les daba instrucciones mudas para usar aquellos brazos aéreos suyos, sus articulaciones, sus muñecas, sus codos, para imitar aquellas acciones, de hecho, me di cuenta, no muy distintas de las de un nadador humano.

Pero no se piense que llevé a cabo estos estudios sola; aunque ella no podía volar, mi Lizzie ocupó el papel de madre pájaro.

»Durante aquellas horas silenciosas de la tarde, mientras las amigas y hermanas con las que convivíamos dejaban sus libros, Lizzie preparó un gráfico en papel cuadriculado a fin de explicarme la gran diferencia de peso entre una hembra humana bien formada de catorce años y una cría de paloma, de manera que supiésemos a cuánta altura debería surcar los aires para no arriesgarme a correr la misma suerte que Ícaro. Todo ello mientras, según transcurrían los meses, yo iba creciendo y haciéndome más fuerte, más fuerte y más alta, hasta que Liz se vio obligada a dejar las matemáticas para hacerme una serie de vestidos en los que cupiese el asombroso desarrollo de la parte superior de mi cuerpo.

–Y esto no me lo callo: Mama Nelson corrió con todos los gastos porque bebía los vientos por nuestra niñita y, lo que es más, ideó la argucia de, ¿cómo lo digo?, de que la niña era jorobada. Sí.

–Sí, y tanto, caballero. Cada noche imitaba a la Victoria de Samotracia en el hueco del salón y era el centro de todas las miradas, pero Nelson extendió el rumor de que aquellas brillantes alas doradas mías estaban pegadas a una joroba con un potente adhesivo y que no eran mías, con lo que me evitaba la indignidad de tener que aguantar a los curiosos. Y a pesar de que entonces empecé a recibir muchas, muchas ofertas de clientes que querían ser los primeros en desflorarme, ofertas que ascendían a cuatro cifras, caballero, Nelson las rechazó todas por temor a que alguien se fuese de la lengua.

–Era una mujer como Dios manda –dijo Lizzie–. Nelson era de las buenas, vaya si lo era.

–Vaya si lo era –convino Fevvers–. Tenía una peculiaridad, caballero; debido a su apodo, o a su mote, siempre vestía el uniforme completo de capitán de la armada. Aunque no perdía la oportunidad de bromear (con su único ojo, acerado y fino como una aguja) y siempre decía: «Estoy al frente de un barquito». Su barco, su barco de guerra, aunque a veces se reía y decía «es un barco pirata, y navega bajo bandera falsa», aquella

embarcación de placer atracada, ¿quién lo iba a decir?, en el indolente Támesis.

Lizzie clavó sus ojos brillantes en Walser y retomó la narración entre dientes.

–Fue desde, como si dijésemos, la gavia o la cofa de esta embarcación desde donde mi chica realizó su primer ascenso. Y así es como fue la cosa: imagínese mi sorpresa, una resplandeciente mañana de junio, mientras observaba a la familia de palomas con mi habitual diligencia, al ver, cuando una de las crías titubeaba al borde de la cornisa mirando el mundo entero como un nadador que sopesara para sus adentros si el agua estará lo suficientemente caliente…, cuando, mientras vacilaba ahí, su cariñosa madre ¡fue por detrás directa y la tiró del borde de un empujón! Primero cayó como una piedra, el corazón me dio un vuelco y solté un chillido lastimero, pero, casi antes de que el lamento saliese de mis labios, todas las lecciones debieron agolparse en la diminuta cabecita, porque de repente salió disparada hacia el sol con el destello de un ala blanca desplegada y no volvimos a verla. De modo que le digo a Fevvers: «Pues muy fácil, cariño, tu Liz va a tener que empujarte desde el tejado».

–La propuesta de Lizzie de lanzarme al libre abrazo de los remolinos del aire se me antojó como si estuviera organizando mi boda con el mismísimo viento.

Giró en su taburete para piano y le presentó a Walser una cara de novia tan radiante que este se quedó estupefacto.

–¡Sí! Tenía que ser la novia de aquel vagabundo furioso, invisible y etéreo o resignarme a no existir, caballero.

»La casa de Nelson era de cinco plantas y tenía un jardincito cuidado en la parte de atrás que bajaba hasta el río. Había una trampilla que conducía a un desván en el tejado de nuestra buhardilla, y otra trampilla en el techo del desván que daba directamente al tejado. Así que, una noche de junio, o más bien madrugada, como a las cuatro o las cinco, una noche sin luna (porque, al igual que las brujas, necesitábamos

oscuridad e intimidad para nuestro asunto), allá que van gateando por las tejas Lizzie y su aprendiz.

–Solsticio de verano –dijo Lizzie–. La noche del solsticio de verano o muy de madrugada esa mañana. ¿No te acuerdas, cariño?

–La noche del solsticio de verano, sí. La bisagra del año. Sí, Liz, me acuerdo.

Pausa de un solo latido.

–La casa había cesado sus funciones. El último taxi se había largado con el último cliente que no podía permitirse quedarse a pasar la noche y todo lo que había tras las cortinas echadas dormía por fin. Hasta los ladrones, los asesinos y los merodeadores nocturnos que acechaban por las calles de mala muerte a nuestro alrededor se habían ido a casa a sus camas, satisfechos con su caza o no, dependiendo de su suerte.

»Era como si una quietud expectante llenase la ciudad, como si todo estuviese esperando en medio de una exquisita tensión de silencio un acontecimiento incomparable.

»Ella, aunque la noche era fría, no llevaba nada de ropa encima porque nos daba miedo que cualquier prenda pudiese impedir el vigoroso movimiento del cuerpo. Gateamos sobre las tejas y el vientecillo que mora en las alturas acudió y merodeó alrededor de las chimeneas; hacía un tiempo sereno, fresco, y mi preciosidad salió con la piel de gallina, ¿verdad?, toda temblando. El tejado solo tenía una suave pendiente, así que gateamos hasta el canalón, desde donde veíamos al Viejo Padre Támesis, brillando como hule negro allí donde caían las luces bamboleantes de los marineros atracando sus embarcaciones.

–A la hora de la verdad, me invadió un miedo tremendo, no solo un miedo a descubrir por las malas que mis alas eran como las de las gallinas, o los apéndices vestigiales de un avestruz, que aquellas alas fuesen de por sí una especie de fraude físico, pensadas para enseñarlas, pero no para usarlas, como la belleza en algunas mujeres. No; no tenía miedo solo porque la luz matutina que ya empezaba a perforar el velo del cielo me encontrase, cuando sus dedos rozasen la casa, hecha un

amasijo de huesos rotos tirado en el jardín de Mama Nelson. Mezclado con el puro terror del dolor físico sentí en el pecho un extraño terror que me hizo aferrarme, en el último instante, a las faldas de Lizzie y suplicarle que abandonásemos nuestro proyecto…, porque experimenté el terror más inconcebible ante la irreparable diferencia con que el éxito en nuestra empresa me marcaría.

»No temí lastimarme el cuerpo sino el alma, caballero. Una división irreconciliable entre el resto de la humanidad y yo. Temí la prueba de mi propia singularidad.

–Sin embargo, si pudiera hablar, cualquier niño inteligente gritaría desde el vientre materno: «¡Dejadme aquí en la oscuridad!, ¡mantenedme calentito, contingente!». Pero era imposible rechazar a la naturaleza. Así que esta criaturita me gritó que no iba a ser lo que tenía que ser, y, aunque sus ruegos me conmovieron hasta el punto de que las lágrimas me nublaban la vista, supe que lo que tenía que ser sería, así que… la empujé.

»Los brazos transparentes del viento recibieron a la virgen.

–Al pasar a toda velocidad ante las ventanas de la buhardilla en la que habían transcurrido aquellas preciosas noches blancas de mi adolescencia, el viento me entró por debajo de las alas extendidas y, con un tirón, me vi flotando en el aire y el jardín estaba allá abajo como si fuese el tablero de un juego maravilloso y de allí no se movía. La tierra no se levantó para correr a mi encuentro. ¡Estaba a salvo entre los brazos de mi amante invisible!

»Pero al viento no le entusiasmó mi estupefacta inactividad por demasiado tiempo. Poco a poco, dado que, aturdida por el asombro, dependía de él, como si mi pasividad lo ofendiese, empezó a dejar que me escurriese entre sus dedos y se reanudó mi temible caída… ¡hasta que volvieron a mi mente todas las lecciones! Y me di impulso con los talones, que gracias a las aves había aprendido a juntar para formar una especie de timón para el barquito que era mi cuerpo, aquel barquito capaz de echar ancla entre las nubes.

»De modo que me di impulso con los talones y entonces, como si fuese una nadadora, hice que los extremos más largos y flexibles de mis plumas se tocasen por encima de mi cabeza; entonces, con sacudidas largas y cada vez más decididas, las separé y las volví a juntar…, ¡sí!, ¡así era! ¡Sí! Volví a aplaudir con las puntas de las alas una y otra y otra vez, y al viento le encantó y me apretujó contra su pecho de nuevo y descubrí que podía avanzar en tándem con él a mi antojo y tallar un pasadizo a través de la invisible liquidez del aire.

»¿Queda alguna botella, Lizzie?

Lizzie arrancó el papel de aluminio y llenó todas las copas. Fevvers bebió con avidez y se sirvió otra con no tan buen pulso ya.

–No te sobreexcites, muchacha –le dijo Lizzie en voz baja. La barbilla de Fevvers se envaró al oír esto, casi irascible.

–¡A ver, Lizzie! ¡El caballero tiene que saber la verdad!

Y le dirigió a Walser una mirada penetrante y calculadora, como sopesando hasta dónde podía llegar con él. Su cara, con su simetría brobdingnagiana, podría haber estado tallada en madera y brillantemente pintada por esos artistas que construían figuras de mujeres de carnaval para las ferias o mascarones para los barcos. Se le pasó un instante por la mente: ¿de verdad es una mujer?

Un crujido y un jadeo al otro lado de la puerta precedió a un golpe en la misma: el viejo vigilante nocturno con su capa de cuero.

–Vaya, ¿todavía aquí, señorita Fevvers? Discúlpeme…, he visto la luz por la rendija, ¿sabe…?

–Aquí, entreteniendo a la prensa –respondió Fevvers–. No tardaremos ya, matusalén mío. Tómese un trago de espumoso.

Llenó su copa a rebosar y se la pasó resuelta; el hombre la vació de un trago y chasqueó los labios.

–Gajes del oficio. Ya sabe dónde encontrarme si hay algún problema, señorita…

Fevvers le lanzó una mirada irónica a Walser bajo las pestañas y sonrió al vigilante que se iba como diciéndole: «¿Verdad que hacemos

buena pareja?».

Lizzie continuó:

–¡Imagínese con qué alegría, orgullo y arrobo contemplé a mi tesoro, desnuda como una estrella, esfumarse al girar la esquina de la casa! Y, a decir verdad, también supuso un alivio tremendo, porque en el fondo ambas sabíamos que era una cuestión de vida o muerte.

–¡Pero me había salido con la mía, caballero! –saltó Fevvers–. En este primer vuelo me limité a rodear la casa al nivel del cerezo del jardín de Nelson, que medía casi diez metros. Y, pese a la tremenda perturbación de mis sentidos y el exceso de concentración mental que requería la práctica de aquella nueva habilidad recién descubierta, no desaproveché la oportunidad de cogerle a mi Lizzie un puñado de las frutas que en las ramas de la copa habían alcanzado su punto de sazón, frutas que generalmente nos veíamos obligadas a dejar como pequeño tributo a los zorzales. En la calle desierta, nadie que me viese o pudiera pensar que era yo alguna especie de alucinación, sueño sonámbulo o fantasma de los vapores de la licorería. Circunnavegué con éxito la casa y luego, pletórica por el triunfo, surqué el aire hacia el tejado de nuevo para reunirme con mi amiga.

»Pero entonces, desacostumbradas como estaban a tanto ejercicio, mis alas empezaron a…, ¡ay, Dios!, ¡a flojear! Y es que ascender exige un sistema de palancas y poleas distintas de las que se necesitan para descender, caballero, aunque eso ahí no lo sabía. Nuestros estudios de fisiología comparativa estaban por llegar.

»Así que salto, más o menos como saltan los delfines (que sé que no es la manera de hacerlo) y ya había calculado mal la altura del salto, para empezar; las alas debilitadas se pliegan a mi espalda. Me da un vuelco el corazón. Pienso que mi primer vuelo va a ser el último y que voy a tener que pagar con la vida el precio de mi *hibris*.

»Desparramando las cerezas que había recogido en un suave y negro granizo me agarré del canalón y…, ¡oh, ay, la cañería cedió bajo mi peso! El viejo plomo se separó de los aleros con un gruñido susurrante y

me quedé colgando, otra vez mujer y nada más, con las alas trabadas y un pavor absoluto a la fatalidad humana…

–… pero yo me estiré y la cogí de los brazos. Solo el amor, un gran amor, pudo darme fuerzas, caballero, como para izarla hasta el tejado contra la atracción de la gravedad, como quien arranca a alguien de las aguas que lo van a ahogar.

–Y allí nos acurrucamos en el tejado abrazadas, sollozando juntas con una mezcla de alegría y alivio mientras amanecía sobre Londres y doraba la gran cúpula de Saint Paul hasta que parecía la ubre divina de la que, a falta de otra, tengo que llamar madre biológica. Londres de un solo pecho, la reina amazona.

Se quedó callada. Algún objeto de la habitación, quizá las tuberías del calentador, emitieron un tintineo metálico. Lizzie, entre los crujidos del bolso sobre el que estaba sentada, cambió de nalga y tosió. Fevvers continuó sumida en su introspección durante un rato y el viento sopló contra el Big Ben, que marcaba las doce, un sonido tan desamparado, tan solitario, que hizo pensar a Walser que el reloj muy bien podía estar sonando en una ciudad desierta y ellos ser los únicos supervivientes. Aunque no era un hombre imaginativo, hasta él era sensible a aquella hora ominosa de la noche en que la oscuridad nos empequeñece.

La última reverberación de las campanas se desvaneció. Fevvers exhaló un suspiro que conmovió la superficie de la pechera de raso, y salió de aquel intervalo en su vivacidad.

–Deje que le cuente un poco más de mi vida laboral de la época…, ¡lo que me traía entre manos cuando no andaba revoloteando por los cielos como un murciélago, caballero! Se acordará de que hacía de la Victoria de Samotracia cada noche en el salón y se habrá preguntado usted cómo, si yo tengo brazos –y al estirarlos casi toca las pareces del estrecho camerino– y la Victoria no.

»Bueno, Mama Nelson dejó caer que yo era la perfección, el original, el mismísimo modelo de la estatua que, en su estado roto e incompleto, ha incitado la imaginación de un puñado de milenios con su promesa de

belleza perfecta y activa mutilada, como si dijésemos, por la historia. Mama Nelson, reflexionando sobre la existencia de mis dos brazos, enteritos, se plantea: ¿qué podía estar sosteniendo la Victoria de Samotracia cuando el maestro olvidado la liberó del mármol que había contenido su incansable espíritu? Y pronto se le ocurrió una respuesta: una espada.

»Así que me proveyó de la mismísima espada ceremonial dorada que venía con el uniforme de capitán de la armada que solía llevar colgada a un lado y a veces usaba como cetro con el que dirigía la jarana…, su vara, como la de Próspero. Y ahora sostenía aquella espada en la mano derecha, con la punta hacia abajo para dar a entender que no tenía malas intenciones mientras no me provocasen, y el brazo izquierdo a un lado con el puño cerrado.

»¿Cuál era el atuendo de mi rol? Llevaba el pelo empolvado con tiza y recogido con una cinta y las alas también empolvadas, así que si me tocaban se levantaba una nubecilla. La cara y la parte superior del torso me la maquillaba con pintura blanca de la que usan los payasos en los circos, y del ombligo a las rodillas unas sábanas blancas, pero las espinillas y los pies también los llevaba pintados de blanco.

–Y bien preciosa que estaba –terció Lizzie.

Fevvers bajó la mirada con modestia.

–Preciosa o no, Mama Nelson siempre pareció plenamente satisfecha con mi atuendo y pronto le dio por llamarme, no su «Victoria Alada», sino su «Victoria Desalada», el buque insignia espiritual de su flota, como si una virgen con un arma fuese el ángel de la guarda idóneo para una casa de putas. Aunque también hay que decir que una mujer de considerable estatura con una espada no es la mejor publicidad para un burdel. Porque, sin prisa pero sin pausa, el negocio fue decayendo a partir de mi decimocuarto cumpleaños.

»Nuestros clientes más fieles no, aquellos vejestorios que tal vez Mama Nelson en persona había iniciado en los lejanos días de su juventud barbilampiña y eyaculadora precoz, y otros que habían

construido un vínculo tan particular con Annie o con Grace que casi podíamos hablar de una especie de matrimonio. No. Aquellos caballeros eran incapaces de cambiar los hábitos de toda una vida. Mama Nelson los había vuelto adictos a aquellas horas sin sombra del mediodía o la medianoche, a la claridad del placer comprado, a la simplicidad del contrato tal y como se celebraba en su aromático salón.

»Esos eran viejos carcamales que le brindaban de vez en cuando su indulgencia paternal en forma de medio soberano o un collarcito de perlas de aljófar a la criatura mitad mujer mitad estatua que conocían desde los tiempos en que hacía de Cupido y, a veces, por pura travesura, les disparaba sus flechas de juguete y les acertaba, por juego, ahora en una oreja, ahora en una nalga, ahora en un huevo.

»Pero sus hijos y sus nietos ya eran otra historia. Cuando les llegó la hora de conocer a la Nelson y a sus chicas, entraron con su trote timorato y a la vez desafiante, a punto de estallar los cuellos de sus camisas pijas, temblando de anticipación y temor, y entonces sus ojos se posaban en la espada que yo sostenía y luego Louisa o Emily hacían con ellos el trabajo del diablo. Yo lo atribuyo a la influencia de Baudelaire.

–¿Cómo dice? –exclamó Walser, que fue el primero en asombrarse al abandonar su imperturbabilidad profesional.

–El poeta francés, caballero; un pobre diablo al que le gustaban las putas no por el placer sino por el horror que le causaban, como si no fuésemos mujeres trabajando por dinero sino almas condenadas cuya única misión fuese arrastrar a los hombres a la ruina, como si no tuviésemos nada mejor que hacer… Aunque en aquella casa éramos todas sufragistas; ah, es que Nelson era de las de «El voto para la mujer», ¡vaya si lo era!

–¿Le extraña? ¿Le extraña que al pájaro enjaulado le apeteciese ver cómo se acababan las jaulas, caballero? –inquirió Lizzie, con un punto metálico en el tono.

–Permita que le diga que al cruzar la puerta de Mama Nelson se entraba en un mundo absolutamente femenino. Hasta el perro guardián

era perra y todos los gatos eran gatas, una u otra siempre preñada o recién parida, de manera que un subtexto de fertilidad avalaba la rutilante esterilidad del placer de la carne disponible en el interior de la academia. La vida entre aquellas paredes la gobernaba una razón dulce y cariñosa. Jamás vi intercambiar un solo golpe a ninguna de las hermanas que me crio, ni oí una palabrota, y nunca se le levantó la voz a nadie. Hasta las ocho, cuando empezaba el trabajo y Lizzie se instalaba tras la mirilla en la puerta principal, las chicas estaban en sus cuartos y el pacífico silencio solo se veía interrumpido por el *staccato* de la máquina de escribir de Grace practicando taquigrafía o por el murmullo lírico de la flauta en la que Esmeralda demostraba ser prácticamente una virtuosa.

»Pero lo que venía cuando dejaban sus libros no era más que un puñado de chicas pobres ganándose la vida, porque, aunque algunos de los clientes jurasen que las putas lo hacían por placer, eso solo lo decían para tranquilizar sus conciencias, para sentirse menos estúpidos cuando apoquinaban por un placer que no tenía existencia auténtica a menos que se diese libremente…, ¡ah, pues claro!, sabíamos que vendíamos simulacros. Ninguna mujer va a vender su culo si no se ve acuciada por necesidades económicas, caballero.

»En cuanto a mí, me pagaba el pasaje en el barco de Mama Nelson haciendo de estatua viviente, y, durante mi época de florecimiento, de los catorce a los diecisiete, existí únicamente como objeto para la mirada de los hombres y empecé a oír cómo llamaban a mi puerta por las noches. Este fue mi aprendizaje de la vida, porque ¿no es a la merced de la mirada de los demás a lo que nos encomendamos en nuestro peregrinaje por el mundo? Estaba como encerrada en una concha marina, porque la pintura blanca se me endurecía en la cara y el pecho como una máscara mortuoria de cuerpo entero, aunque, bajo esta apariencia de mármol, ¡nada podía ser más vibrante de potencialidad! Sellada en aquel huevo artificial, aquel sarcófago de belleza, esperé, esperé…, aunque no podría decirle qué es lo que esperaba. Una cosa es

segura: ¡no esperaba el beso de un príncipe azul, caballero! ¡Con estos dos ojos veía cada noche cómo un beso semejante sellaría mi apariencia para siempre!

»Y seguía poseída por la idea de que mis plumas me deparaban un destino especial, aunque no me imaginaba de qué podía tratarse. Así que esperé, con paciencia lítica, a que se manifestase aquel destino. Como espero ahora, caballero –le dijo directamente a Walser balanceándose hacia él–, mientras se desvanecen las últimas telarañas del pasado siglo.

Volvió a balancearse hacia su espejo y se remetió con cuidado un mechón rebelde.

–Sin embargo, hasta que Liz abría la puerta y dejaba entrar a los hombres, cuando todas las chicas debíamos ponernos alerta y comportarnos como mujeres, se podría decir que, en nuestra bien ordenada convivencia, todo era *luxe, calme et volupté,* aunque no del todo como se la imaginaba el poeta. Todas nos centrábamos intelectual, artística o políticamente, en nuestras…

Aquí Lizzie tosió.

–… metas, y, lo que es a mí, aquellas largas horas de ocio las consagraba al estudio de la aerodinámica y la fisiología del vuelo, en la biblioteca de Mama Nelson, entre cuya abundante provisión de libros espigué el poco conocimiento que pueda tener hoy, caballero.

Dicho esto, pestañeó mirando a Walser en el espejo. Por la tenue longitud de aquellas pestañas, de casi ocho centímetros, podría haber pensado que no se había quitado las postizas de no ser porque las veía colgando, peludas como uvas crespas, entre el formidable barullo del tocador. Siguió tomando notas mecánicamente, pero, a medida que las mujeres desplegaban los entresijos de sus historias en común, cada vez se sentía más como un gatito enredándose en un ovillo de lana que de entrada no tenía intención de deshacer; o como un sultán enfrentado a, no una, sino dos Sherezades decididas a embutir mil cuentos en una sola noche.

–¿Biblioteca? –preguntó infatigable, aunque con un punto de

cansancio.

–Se la dio –respondió Lizzie.

–¿Quién le dio qué a quién?

–El viejo chocho aquel. Le dejó a Nelson su biblioteca. Por ser la única mujer en todo Londres capaz de hacer que se le levantase…

–¡Lizzie! ¡Sabes que aborrezco esa clase de lenguaje!

–… y eso a pesar de, o tal vez precisamente por, ese parche negro en el ojo y su travestismo. ¡Ah, sus muslitos rollizos como de pollo con aquellos bombachos de ante! ¡Menudo porte! El viejo era un caballero escocés barbudo. Lo recuerdo muy bien. No pienso decir su nombre, claro. Le dejó su biblioteca. Nuestra Fevvers siempre andaba rebuscando allí, con las narices metidas en los libros sin más compañía que un montón de pamplinas.

Pamplinas, reflexionó Walser con renovado entusiasmo. En su primera acepción, una planta herbácea; en la segunda…

–En cuanto a mi vuelo –prosiguió Fevvers inexorablemente–, tiene que entender que mi estatura, peso y constitución general no me facilitaban la cosa, aunque tengo espacio suficiente en el pecho para unos pulmones del tamaño requerido. Pero los huesos de las aves están rellenos de aire y los míos están rellenos de tuétano sólido y si el notable desarrollo de mi tórax forma el mismo tipo de cortavientos que el de una paloma, la semejanza acaba ahí, así que los problemas de equilibrio y de pactos elementales con el viento (que es un amante impredecible) me tuvieron absorta durante largo tiempo. ¿Se ha fijado usted en mis piernas, caballero?

Estiró la pierna derecha bajo el tejido de la bata. Llevaba en el pie una chancla de terciopelo azul en las últimas, ribeteada de plumón mugriento. La pierna en sí, al aire por completo, era admirablemente larga y lisa.

–Mis piernas no guardan proporción con la parte superior de mi cuerpo desde un punto de vista puramente estético, como ve. Si tuviese que ser la copia auténtica de Venus, una hecha según mi escala, debería

tener piernas como troncos de árbol, caballero; estos endebles puntales míos más de una vez se han torcido bajo la pesadísima distribución del peso de mi tronco y me han dejado despatarrada en el suelo tras un buen leñazo. A la hora de andar no me va lo de ir de puntillas, caballero, sino que soy más bien de pisar fuerte. Cualquier ave de mi tamaño tendría unas patas cortas fáciles de recoger bajo el cuerpo para convertirse en una cuña voladora y perforar el aire, pero estos pedazos de zancos no los tiene ningún pájaro ni ninguna mujer de este mundo. Al comentar este problema con Lizzie…

–… le propuse un paseo de domingo por el jardín zoológico, donde vimos cigüeñas, grullas y flamencos…

–… y aquellas criaturas patilargas me inocularon la vertiginosa promesa del vuelo compactado, que había creído que me estaría prohibido. Porque las grullas cruzan continentes, ¿o no?; ¡pasan el invierno en África y el verano en el Báltico! Me juré aprender a subir disparada y a bajar en picado, imitar por fin al albatros y planear con exultante regocijo sobre los Bulliciosos Años Cuarenta y los Furiosos Cincuenta, ¡esos vientos como el aliento del infierno que defienden el blanquísimo Polo Sur! Porque, a medida que me crecían las piernas, también crecía la envergadura de mis alas; y creció mi ambición para no desentonar. No me iba a contentar con breves viajecitos a Hackney Marshes. Igual era un gorrión *cockney* por nacimiento, pero no por inclinación. Ya me imaginaba recorriendo el orbe de aquí para allá, porque por entonces no estaba al tanto de las cortapisas que impone el mundo; solo sabía que mi cuerpo era la sede de una libertad sin límites.

»Para empezar, tenía que conformarme con pequeños avances, caballero. Encaramarme al tejado las noches sin luna, sin testigos, y salir de vuelo secreto por encima de la ciudad durmiente. Unas primeras tentativas que comprobamos que podíamos llevar a cabo usando nuestra habitación como pista de despegue vertical.

Lizzie repitió, como si se tratase de la lección de un manual:

–Cuando el pájaro desea subir de golpe, baja los codos después de

producirse el impulso…

Fevvers echó hacia atrás su silla, se levantó de puntillas y alzó hacia el cielo un rostro que de pronto mostraba la expresión de la más celestial beatitud, el rostro de un ángel en un libro de catequesis, una transformación extraordinaria. Cruzó los brazos sobre su enorme pecho y el bulto de su espalda bajo el camisón de raso empezó a erguirse y removerse. El viejo raso se agrietó. Todo parecía a punto de estallar y saltar por los aires. Pero los rizos zozobrantes en lo alto de su apiladísimo moño ya rozaban una telaraña suelta que colgaba del techo descolorido por el humo de tabaco, así que Lizzie la advirtió:

–Aquí no hay suficiente espacio, amor. Tendrás que dejar que se lo imagine. El salón de Nelson era el doble de alto que este desván ruinoso y nuestra muchachita no medía ni la mitad que ahora; a los diecisiete pegaste un buen estirón, ¿verdad?

¡Ay, qué tono tan maternal! Fevvers volvió a sentarse en su taburete a regañadientes y una sombra enfurruñada atravesó su frente.

–A los diecisiete, y ahí empezó nuestra mala época, nuestros años de desamparo. –Otro suspiro hondo y volcánico–. ¿Queda algo de champán, Liz?

Lizzie echó un ojo tras el biombo.

–No te lo vas a creer, pero nos hemos bebido la caja entera.

Las botellas abandonadas rodando por los suelos entre la lencería fétida le daban al cuarto un aspecto sórdido.

–Bueno, pues entonces haznos un té; anda, sé buena.

Lizzie se agachó tras el biombo y emergió con un hervidor de latón.

–Echo una carrerita y la lleno en el grifo del pasillo.

A solas con la fabulosa giganta, Walser notó ahora aflorar la suspicacia que la mujer había logrado disimular durante la entrevista. Su cordialidad se esfumó; lo miró de soslayo bajo aquellas espesas pestañas claras casi con hostilidad, parecía incómoda, se levantó para manosear un puñado de violetas con aire aburrido. Algo, en algún sitio, quizá la tapa de latón del hervidor, tintineo. Ladeó la cabeza. Entonces

les llegaron de nuevo desde lejos las campanas del Big Ben en medio de la noche muda y, de golpe, Fevvers recuperó su locuacidad.

–¡Las doce ya! ¡Cómo vuela el tiempo cuando una da la matraca con sus cosas!

Por primera vez en toda la noche, Walser se quedó realmente descolocado.

–¡Un momento!, ¿pero ese reloj no ha tocado a medianoche hace una hora, después de que se pasase por aquí el vigilante?

–¿Seguro, caballero? ¿Cómo va a haber tocado? ¡Pues claro que no! ¿No han ido sonando las diez, las once, las doce… hasta ahora mismo? ¿Acaso no hemos oído las campanadas aquí juntos? Si no me cree, mire su reloj.

Walser comprobó su reloj obedientemente; las manecillas señalaban la medianoche. Se lo acercó a la oreja y oyó el laborioso tictac de siempre. Lizzie volvió con el hervidor goteando.

El camerino estaba bien provisto para hacer té; había un fogón de alcohol en un armario junto a la chimenea y una bandeja de laca en la que vivían una tetera marrón achaparrada y unas tazas recias y blancas de cerámica. Lizzie acercó una cerilla a la llamita y se estiró a coger de nuevo en el armario un paquete azul de azúcar y leche.

–Otra vez nos hemos quedado sin –comentó observando la jarra.

–Tendremos que tomarnos el té sin leche, entonces.

–Bueeeno, a lo mejor lo oí mal –murmuró metiéndose de nuevo el reloj en el bolsillo de la pechera.

–¿Qué dice? –se interesó la atenta Lizzie.

–Se piensa que hemos atrasado una hora el Big Ben –le dijo Fevvers con la cara muy seria.

–Segurísimo –dijo Lizzie con desdén–. Sin duda.

Fevvers era tremendamente golosa. Sirvió el azúcar con cuidado a los demás y ella se lo puso directo del paquete volcándolo sobre la taza humeante. Calentándose las manos, porque independientemente de la hora que fuese, era noche helada, Fevvers empezó de nuevo.

Su voz. Era como si aquella voz cavernosa, sombría, una voz hecha para gritar en medio de la tempestad, una voz de pescadera celestial, hubiese hecho prisionero a Walser. Por muy musical que fuese, extrañamente, no era una voz para cantar; tendía a desafinar, su escala tenía doce notas. Su voz, con aquellas vocales *cockney* deformes, feúchas, aspiradas aquí y allá. Aquella voz oscura, herrumbrosa, disparada, zambullida, imperiosa como la de una sirena.

Y, sin embargo, una voz así casi podía haber salido, no de su garganta, sino de a saber qué mecanismo ingenioso escondido tras la pantalla del biombo, la voz de una médium falsa en plena *séance*.

–Mama Nelson encontró la muerte de una manera horriblemente inesperada, y es que se resbaló con no se sabe qué, una monda de fruta o una caca de perro, mientras cruzaba Whitechapel High Street camino de Blooms para comprarnos bocadillos de ternera salada, cayó entre los cascos y las ruedas del carretón de una destilería y quedó hecha pulpa en un santiamén.

–Llegó muerta al hospital, la pobrecita –tañó Lizzie como una campana resquebrajada–. No nos dio tiempo ni para un «hasta pronto» ni para unas últimas palabras de ternura cualesquiera. Le organizamos un funeral precioso: penachos negros y plumas de cisne en sombreros de gasa, caballero; ¡Whitechapel no se había visto ni se ha vuelto a ver así jamás! El cortejo seguido por tropeles de putas de luto.

–Pero, mientras trinchábamos un asado o dos entre todas, de vuelta en el salón después de darle sepultura a nuestra estimada amiga, se oye un golpe en la puerta como en el Día del Juicio.

—Y vaya si era el Día del Juicio, caballero; porque hete aquí que dejo entrar a un clérigo discrepante, con el alzacuellos hasta las orejas, rechinando los dientes y vociferando: «¡Que el salario del pecado pague la obra de Dios Todopoderoso!».

–El caso es que Nelson, que nos había sido arrebatada tan repentinamente en la flor de la vida (no mucho más vieja de lo que es Lizzie ahora), no había pensado en hacer testamento, aunque nos

consideraba hijas adoptivas, y además tampoco soportaba pensar en la muerte. De modo que, al morir intestada como murió, todas sus propiedades fueron a parar según el debido proceso legal a manos de aquel pariente vivo. A manos (¡ay, la ironía del destino) del mismo hermano mayor, severo a más no poder y despiadado, que la echó del hogar al cometer de muchacha su primer desliz y asegurarse así la ruina, en cierto sentido, aunque la fortuna en otro.

»¿Es que no hay justicia ni en la tierra ni en el cielo? Se ve que no. Porque aquel mismísimo hermano cruel y desnaturalizado se presentó entonces autorizado a saquearla póstumamente y, si no hubiésemos pagado ya su lápida de nuestro mísero bolsillo…

–… de epitafio, escogimos «Puerto seguro»…

–… se las habría arreglado para que aquella mujer buena, amable y honrada volviese a la tierra de la que había salido sin poco más que un guijarro para marcar su paso.

»Vernos allí sentadas, comiendo algo que consideraba que le pertenecía, fue superior a sus fuerzas. Nos volcó las empanadas y desparramó por la moqueta el oporto gran reserva de Mama Nelson que habíamos descorchado. Anuncia que se acabó lo que se daba; nos da hasta las nueve de la mañana del día siguiente, tal era la bondad que albergaba su corazón, para hacer las maletas, recoger nuestras cosas y largarnos con viento fresco. Dejar el único hogar que conocíamos y vernos en la calle. Así es como pretendía “limpiar el templo de impías”, aunque tuvo la amabilidad de dar a entender que su Dios podía sonreír a todas las que se arrepintiesen y se quedasen, porque, con una singular justicia poética, tenía intención de construir con su herencia una residencia para chicas caídas en desgracia y pensaba que una o dos furcias arrepentidas podían venirle bien, el lobo cuidando de las ovejas, como si dijésemos.

»Pero ninguna de nosotras aceptó aquellos puestos de guardianas que nos ofrecía. ¡No, gracias!

»Cuando se volvió vociferando con voz rasposa a su parroquia en

Deptford, celebramos un consejo sobre nuestros futuros, que podíamos adivinar que ya no compartiríamos. Aunque nos daba pena que tuviese que ser así, la necesidad que nos había unido en un principio había de separarnos ahora, de modo que cedimos a la primera, como no puede ser de otra forma, si bien los vínculos invisibles del afecto siempre nos mantendrían unidas allí donde acabásemos.

»Pero lo inesperado no cogió a nuestras amigas del todo desprevenidas. Recordará usted que Mama Nelson sabía que los días del viejo prostíbulo estaban contados y siempre apremiaba a las integrantes de su academia a que se preparasen para un mundo más amplio.

»Louisa y Emily habían formado esa clase de vínculo personal que a menudo reconcilia a las mujeres de la profesión con sus rigores y, mucho antes de que Mama Nelson falleciera, habían decidido que se retirarían las dos pronto, después de ahorrar lo suficiente como para montar un internado en Brighton. Llevaban mucho valorando el plan y a menudo mataban el tiempo de faena, mientras algún zarrapastroso las empitonaba con su chisme incompetente, planificando si las fundas de las almohadas debían ser lisas o de encaje y cómo empapelarían los comedores. Aunque el fin súbito de nuestros contratos obligó a aquellas muchachas resueltas a emprender su aventura con algo menos de capital que el que hubiesen deseado, consultaron sus cartillas de ahorros de inmediato y convinieron: quien nada arriesga, nada gana, y subieron a prepararse el equipaje directamente para marcharse al día siguiente a la costa sur y emprender la búsqueda de una propiedad modesta y adecuada.

»Annie y Grace también habían ido reservando un pequeño depósito entre las dos, y en ese momento decidieron juntar el capital para poner en marcha una agencia de trabajos de mecanografía y oficina, porque Grace era capaz de hacer repicar las teclas como la mejor de las castañuelas y Annie tenía tanta cabeza para los números que llevaba un montón de años encargándose de la contabilidad de Mama Nelson. De modo que, también ellas, recogieron sus cosas y al día siguiente se

mudaron a un hostal y se pusieron a buscar un local idóneo. Me alegra poder decir, caballero, que estas chicas también prosperaron a fuerza de trabajo duro y buena gestión.

»Pero en el caso de nuestra Jenny, aunque era la ramera más guapa y la de mejor corazón que jamás haya pisado Piccadilly, no contaba con ningún talento especial del que servirse y nunca había ahorrado un penique, ya que se lo daba todo a los mendigos. Su único capital era la piel, así que con todo lo del funeral, el anuncio del desalojo y una gota de más del oporto de Mama Nelson, se echó a llorar preguntando: "¿Qué será de mí?". Porque no tenía ánimos para lanzarse sola después de la seguridad y el compañerismo de la academia. Mientras la consolábamos y le secábamos los ojos, oímos un ratatatatá del aldabón y hete aquí que es el chaval de los telegramas.

»¿Y qué es lo que le traían los cables? Pues mire, ¡un marido! Porque el mensaje decía: "A una muerte sigue otra, o eso dicen, y mi esposa acaba de echar el ancla en el mismo puerto que el Almirante". (Siempre llamaba Almirante a Mama Nelson). "¡Jennifer, cariño, sé mía a ojos de Dios y el hombre! Firmado, Lord…".

–Mengano –interrumpió Lizzie con plúmbea e irónica discreción.

–Lord Mengano –se avino Fevvers, pensativa–. Llamémoslo así, porque se sorprendería usted muchísimo si le dijese su nombre y lo buscara en los libros de genealogía. Bien, pues como dicen: no hay dos sin tres. Pues eso: se casaron, y fue un buen bodorrio, en Saint John, Smith Square, ella de blanco roto porque había alegado que era una viuda de provincias. Y, después, en el banquete, que se celebró en el hotel Savoy, solo lo más selecto…

–… y el novio va y se asfixia con un bocado de *bombe surprise* –dijo Lizzie, y soltó una repentina y tremenda carcajada que recibió la mirada desaprobadora de su compañera.

–Así que se ve con treinta mil libras anuales, una casa en Yorkshire, otra en Escocia, y una casita bien bonita en Eaton Square; un chollo. Y eso que la muchachita se habría quedado sin mover un dedo tan

tranquila, pero como era un alma sentimental y echaba tanto de menos a la fallecida, lo mismo que, optimista como ella sola, contaba con pasar una vida larga y feliz en compañía de aquel vejestorio.

–Solo una puta puede esperar tanto de un matrimonio –opinó Lizzie con voz estentórea.

–Y ya la tenemos de negro, a la pelirroja de Jenny, y durante el luto decide irse una temporada a Montecarlo, para probar suerte en las mesas, dado que era noviembre, en casa hacía mal tiempo y ella, si tenía alguna debilidad, era apostar. Así que ya está en las mesas, de riguroso negro, con un diamante recién enviudado en el dedo…

–… cuando un caballero de Chicago, fabricante de máquinas de coser, le echa el ojo…

–… no me diga… –interrumpió Walser.

–Le digo.

Walser tamborileó con la punta del lápiz sobre sus dientes ante el dilema de que el primer hecho contrastable que le daban fuese incontrastable. ¿Mandarle un telegrama a doña *** III y preguntarle si alguna vez había trabajado en un burdel dirigido por una puta tuerta de nombre Nelson? ¡La gente perdía sus empleos por menos!

Fevvers y Lizzie suspiraron al unísono.

–Sin embargo, por lo que sé, este Marido Número Dos no está muy animado últimamente. Pobre chica, una se pregunta si todos esos millones bastarán para consolarla por tamaña pérdida –recitó Lizzie con cara de póquer.

Fevvers dejó que el párpado izquierdo le cayera un instante.

–En cuanto a Esmeralda –reanudó Lizzie–, acostumbraba a tocar frasecillas con su flauta y uno de los habituales de Mama Nelson, un caballero del mundo del teatro a quien conocía bien, escogió este oportunísimo momento para enviarle un mensajero especial a decirle que le había escrito un número en el que ella encantaba a una serpiente que salía de una cesta de la colada, esta serpiente resulta que era un joven apuesto de portentosa agilidad física conocido como la Anguila

Humana. Esmeralda aparecía con un bañador de piel de tigre y sandalias. Así que su flauta al final era flauta mágica, y este número tan artístico les tuvo de gira por Gran Bretaña y Europa para aplauso general.

–Y la Anguila Humana no tardó en culebrear hasta hacerse un lugar entre los afectos de Esmeralda, hasta el punto de que hoy tienen un puñado de angulas propio, benditas sean, de las que Liz y yo nos consideramos madrinas.

–Tampoco nosotras nos quedamos sin casa. Durante años, Fevvers y yo habíamos invertido nuestro sueldo y nuestras propinas en el negocio de mi hermana, de modo que en su casa teníamos una habitación lista y a la espera. Así que decidimos instalarnos allí, donde podríamos «coger carrerilla para saltar más lejos», como dicen los franceses. Mi hermana Isotta. El mejor helado de Londres, caballero. La mejor *cassata* fuera de Sicilia. Una vieja receta familiar. *Il mio papa* se la trajo. Y no le digo nada de nuestra *bombe surprise*…

–¡Ups! –interrumpió Fevvers, que, en aquel instante, sin querer, se las había arreglado para volcar la polvera. ¡Qué desastre! Hizo falta un momento para limpiar aquel polvo desparramado sobre sus cosas en el tocador y luego fue ella quien prosiguió–: Así que todas las chicas teníamos la cosa solucionada satisfactoriamente y ninguna pegó ojo aquella noche, ya que todas estábamos ocupadísimas planificando y preparando el equipaje. Una vez nuestras pertenencias estuvieron por fin mudadas, nos reunimos en el salón para descorchar la última botella de oporto de Mama Nelson, que Esmeralda, muy prudentemente, había escondido detrás de la chimenea cuando irrumpió aquel cura histérico. Qué tristes estábamos, allí despidiéndonos en aquella sala, depositaria de muchos recuerdos agridulces, humillaciones y camaradería, de puterío y sororidad. En cuanto a mí, siempre reverenciaré aquel salón, dado que fue allí donde me liberé por primera vez de la gravedad. Nos llevamos cada una un pequeño recuerdo para no olvidar nunca a la valerosa Nelson.

–Yo, por mi parte –dijo Lizzie–, me llevé el reloj francés que siempre da la medianoche o el mediodía…

–… porque vivir ¿no es la prueba evidente de que el tiempo no avanza, caballero?

Y Fevvers lo miró abriendo mucho los ojos, de nuevo, con un pestañeo tal que las páginas de su libreta revolotearon con la brisa aun cuando, debido a lo tardío de la hora, el blanco denso y brillante de aquellos ojos apareciera surcado de diminutas ramificaciones rojas.

–Aquel reloj… es el que ve aquí, en la repisa de la chimenea, porque nunca lo movemos ni un centímetro de donde está. ¡Ups! ¡Le debo de haber lanzado mis bragas encima con las prisas del cambio de vestuario del espectáculo de la noche, porque casi ni se ve!

Estiró un largo brazo y arrancó las voluminosas bragas del preciosísimo reloj anticuado que había descrito, con su Padre Tiempo encima y las manecillas clavadas en las doce para toda la eternidad. Se las echó a Walser en el regazo en un revoltijo descuidado. Las mujeres soltaron una risilla mientras él las cogía con cuidado con la punta de los dedos y las dejaba en el sofá que tenía detrás.

–Pero, lo que es yo –continuó–, me llevé mi espada, la espada de la Victoria, la espada que comenzó su singladura contra el muslo de Nelson.

Se metió una mano por la pechera de su camisola y sacó una espada dorada, que acto seguido blandió sobre su cabeza. Aunque no era más que la espada de juguete de un disfraz de almirante, destelló y resplandeció en medio de la luz exhausta con tal fulgor que Walser pegó un brinco.

–Mi espada. Siempre la llevo encima, tanto por sentimentalismo como por protección.

Cuando se aseguró de que el hombre se había fijado en el filo del arma, volvió a metérsela en el pecho.

–Al final de la noche, allí estábamos apiñadas como pájaros tristones en aquel salón dando sorbitos a nuestro oporto y mordisqueando un

poco de bizcocho de frutas que Lizzie había hecho para Navidad pero que ya no tenía sentido seguir guardando. ¡Qué triste, qué fría aquella habitación! Ni nos preocupamos de encender el fuego después del funeral, así que solo quedaban las cenizas nostálgicas del sándalo del día anterior en el hogar. Todo era «¿Os acordáis de esto?» y «¿Os acordáis de aquello otro?», hasta que nuestra Jenny dice: «Propongo una cosa, ¿por qué no abrimos las cortinas y dejamos que entre un poco de luz, ya que es la última vez que vamos a ver esta sala?».

»Y es que yo no recuerdo que las cortinas de aquel lugar se hubieran descorrido nunca desde que yo vivía allí, ni tampoco ninguna de las chicas recordaba cuándo se habían abierto por última vez, puesto que con aquellas cortinas se había conseguido la noche artificial de placer que era la estación perenne del salón. Pero ahora, después de que la Señora de la Farra hubiera partido hacia la oscuridad, parecía lo suyo que lo devolviésemos a su estado original.

»Así que abrimos las cortinas, y también las persianas, y entonces nos vimos ante el ventanal que daba al río melancólico desde el que nos llegaba un viento frío, aunque vivificante.

»Era la luz fría de la madrugada, ¡y con qué tristeza, con qué sobriedad iluminaba la habitación, tan bella a la engañosa luz de las velas! Vimos ahora lo que nunca habíamos visto; la tapicería carcomida por las polillas, los ratones habían roído las alfombras persas y el polvo se apelmazaba en todas las cornisas. El lujo de aquel lugar no había sido más que una ilusión, creada por las velas de medianoche, y, a la luz del amanecer, todo era decrepitud, caducidad y desgaste. Vimos las manchas de humedad y moho en los techos y en las paredes de damasco; el baño de oro de los espejos estaba deslustrado y una capa de polvo oscurecía el cristal de manera que, al mirarnos en ellos, no veíamos a las jóvenes que éramos, sino a las viejas arpías que llegaríamos a ser, y supimos que, también nosotras, igual que los placeres, éramos mortales.

»Entonces comprendimos que la casa había cumplido su función para

nosotras, porque el salón empezó a ondular y disolverse ante nuestros mismísimos ojos. Hasta la solidez de los sofás parecía cuestionable, porque, junto con las pesadas butacas de cuero, ahora tenían el aire dudoso de un mobiliario grabado en humo.

»"¡Venid aquí!", exclamó Esmeralda, que no se andaba con chiquitas. "¿Qué os parece si le hacemos a nuestra amiga una pira funeraria como las de los reyes paganos de antaño y de paso le fastidiamos la herencia al reverendo?".

»Para la cocina que se va corriendo y vuelve con una lata de queroseno. Nos apresuramos todas a dejar nuestras pertenencias y enseres en el césped, apartados de las llamas, y entonces ungimos como en un rito las paredes y las puertas del viejo caserón con la gasolina, caballero. Empapamos a conciencia las bodegas, inundamos las puñeteras camas, ensopamos las alfombras.

»Lizzie, en calidad de ama de llaves, se reservó la última tarea de aquella organización: encendió la cerilla.

–Lloré –dijo Lizzie.

–Nos quedamos todas en el césped y el viento matutino del río nos zarandeaba las faldas. Temblamos, de frío, de nervios, de pena por el final de una parte de nuestras vidas y de euforia por nuestros nuevos comienzos. Cuando no hubo dudas de que el fuego había prendido bien, nos largamos, en fila india, con nuestros bultos entre los brazos; subimos el camino hasta llegar a la carretera principal y nos encontramos una hilera de taxistas amodorrados bajo la Torre, contentísimos de ver clientes a aquella hora de la mañana. Nos dimos un beso de despedida y luego cada cual se fue por su lado. Y así es como el primer capítulo de mi vida desapareció entre las llamas, caballero.

TRES

–¡Menudo trayecto hay hasta Battersea! Pero también, ¡qué recibimiento al llegar allí!, ¡los sobrinitos saltando por encima de la mesa del desayuno para abrazarnos, Isotta corriendo a hacer café! Un poco de vida familiar a la vieja usanza no nos sentó mal a ninguna de las dos, después de tanto tiempo de lo otro, y echamos una mano en la tienda; por las mañanas yo le daba a la manivela de la máquina de helados mientras Fevvers, discretamente envuelta en un chal, se encargaba del mostrador. «Un penique la bolita de helado / A más bolitas, menos cansado».

–¡Me encanta rodearme de niños, caballero! ¡Cómo me gusta oír su cháchara y sus vocecillas ceceando cancioncejas! ¡Ay, caballero!, ¿puede haber una manera más inocente de ganarse la vida que vender buen helado a precios asequibles a los niñitos, después de tantos años haciéndoselo con viejos mugrientos? ¡Y es que cada día en aquella heladería blanca, bien fregada y reluciente era un día de purificación total! ¿Usted, caballero, no cree que en el cielo nos alimentaremos exclusivamente de helado? –Fevvers sonrió beatíficamente, eructó y se interrumpió–: Oye, Liz…, ¿no nos queda nada de comer por ahí? Me muero de hambre otra vez. Tanto hablar de mí, caballero; caray, se queda una sin fuerzas…

Lizzie echó una ojeada bajo la servilleta de la cesta, pero no encontró nada más que vajilla sucia.

–Mira, cariño –le dijo–, voy a bajar al puesto de la parada de los cocheros a comprar un bocadillo de beicon, ¿te parece? ¡No, señor Walser!, guárdese ese dinero. Invitamos nosotras.

Lizzie se enfundó rápidamente una chaqueta gris de piel turbadoramente anónima encima del vestido y se caló un diminuto

sombrerito negro redondo y raro que ensartó sobre el pelo corto de la cabeza con una aguja furiosa. Todavía estaba lozana como una flor. Le echó a Walser una mirada gratuitamente procaz mientras se escurría por la puerta.

Ahora Walser se quedó a solas con la giganta.

Que enmudeció, como la primera vez que Lizzie salió del camerino, y se volvió hacia el mundo invertido de su espejo, en el que se acarició una ceja como si fuese crucial para su paz mental que todos los pelitos estuviesen en perfecto orden. Entonces, tal vez con la esperanza de que su aroma la refrescase, sacó las violetas goteando del tarro de mermelada y enterró la cara en ellas. ¿Quizá estaba agotada? Después de absorber cualquier propiedad que pudieran brindarle las violetas, bostezó.

Pero no como bosteza una chica cansada. Fevvers bostezó con una prodigiosa energía, abriendo aquellas fauces púrpuras del tamaño de las de un tiburón eufórico, tragando aire como para inflar un globo aerostático, y luego se estiró de repente y sin miramientos, cada músculo, como hacen los gatos, hasta que pareció que quería llenar el espejo, toda la habitación, con su volumen. Al levantar los brazos, Walser, ante la visión de aquellas axilas un poco velludas y bien empolvadas con talco, flaqueó; ¡Dios!, podría aplastarle el cráneo sin esfuerzo entre aquellos brazos, y eso que él era un hombretón alto con la fuerza del sol californiano sintetizada en sus extremidades. Una erótica perturbación sísmica se apoderó de él…, a no ser que fuese el puñetero champán. Se puso precipitadamente en pie tambaleándose, en pleno ataque de pánico, diseminando ropa interior; se raspó la cabeza dolorosamente con la repisa de la chimenea.

–Au…, disculpe, señorita; la llamada de la naturaleza…

Si salía del cuarto solo un instante, podría, aunque fuese un momento, quedarse en el pasillo frío y mugriento lejos de la presencia de aquella mujer; si podía llenarse los pulmones una vez solo de un aire limpio de la «esencia de Fevvers», podría recuperar su sentido de la proporción.

–Mee en el orinal de detrás del biombo, tesoro. Vamos. No se ande con remilgos.

–Pero…

–VAMOS.

Por lo visto no iba a poder salir de la habitación hasta que ella y su compañera lo hubiesen dicho todo. De modo que pasó obedientemente tras el biombo y dirigió el arco marrón del exceso de champán, como le instaban, contra el fondo del blanco orinal de porcelana china. Al concentrarse en estos menesteres tan humanos volvió a poner los pies en el suelo, y es que no hay ningún elemento metafísico en el orinar, o por lo menos no en nuestra cultura. Mientras se abotonaba el pantalón, la terrenalidad fue reafirmándose a su alrededor. El camerino chisporroteó de repente con el olor salado y sabroso del beicon frito y una mano de la que colgaba una tetera marrón se asomó por el biombo y volcó el líquido frío en el agua de baño sucia de Fevvers, en cuya superficie espumosa y gris ya flotaban los posos de las hojas del último té. Cuando Walser emergió de detrás del biombo, la puerta del pasillo estaba abierta y una agradable corriente de aire refrescaba la atmósfera sedimentada. El cuarto se llenó del eco del chorro de agua y el tintineo de cañerías cuando Lizzie llenó el hervidor en el grifo del pasillo. Walser suspiró confortado.

–¡Hola de nuevo! –dijo Fevvers levantando una mano.

El Big Ben resonó en el silencio de la noche. Lizzie cerró de un portazo al volver con el hervidor, que puso en el fogón siseante; las llamas naranjas y malvas subían y bajaban.

El carillón del Big Ben dejó de sonar, y empezó a sonar la campana…, y continuó sonando.

Walser volvió al sofá y no solo quitó un revoltijo escurridizo de ropa interior de seda, sino también la capa oculta de folletos y periódicos que había debajo. Disculpándose entre balbuceos, apiló las olorosas prendas, pero Lizzie, chasqueando la lengua con rabia, le arrebató los papeles y los embutió en el armario del rincón. Qué raro que…, que no le hiciera

echarles un ojo a sus viejos periódicos.

Pero más raro era que el Big Ben hubiese tocado otra vez a medianoche. El tiempo fuera seguía correspondiéndose con el que marcaba el reloj de oro parado dentro. El adentro y el afuera se correspondían con exactitud, pero los dos andaban mal.

Uhm.

Walser rechazó un bocadillo de beicon; a él, aquellas tiras de carne correosa mal colocadas entre los vanos de pan blanco se le antojaban únicamente para casos de hambre extrema, pero Fevvers se puso a zampar con deleite, con la enérgica masticación de sus enormes dientes, chasqueando los labios gordezuelos manchados de grasa. Lizzie le pasó otra taza de té negro para que se escaldase bien la garganta. Todo aquello era agresivamente normal, excepto la hora.

La comida renovó las fuerzas de la trapecista. Se le enderezó la columna y brilló de nuevo, en todo su esplendor, mientras se restregaba la boca una vez más con la manga y dejaba rastros brillantes de grasa de beicon en el raso mugriento.

–Como iba diciendo –reanudó–, vivimos un tiempo en la casa de Isotta en Battersea, con todas las alegrías del hogar. Y, para rematar, estábamos a un tiro de piedra del viejo teatro Victoria en Waterloo, donde, a precios razonables, nos asomábamos desde el patio de butacas y llorábamos por Romeo y Julieta, abucheábamos o silbábamos a Dick el Chepudo, nos partíamos de risa como bobas con las medias amarillas de Malvolio…

–Amamos al Bardo de todo corazón, caballero –dijo Lizzie como unas castañuelas–. ¡Cuánto sustento espiritual nos ofrece!

–Y también le damos un poco a la ópera, caballero…, ¿nuestras favoritas? Pues a ver…

–*Las bodas de Fígaro,* por el análisis de clases –propuso Lizzie impávida. La carcajada de Fevvers no disimuló del todo su irritación.

–¡Ay, Liz, eres de lo que no hay! Lo que es yo, caballero, le tengo un especial aprecio a la *Carmen* de Bizet, por el espíritu de la heroína.

Sometió a Walser a un bombardeo azul de sus ojos, desafío y ataque simultáneos, y reanudó su relato.

–Así que allí estábamos, en Battersea, ¡qué buena época!, pero llegó un invierno despiadadamente frío que nos dejó sin demasiada demanda de helado, y Gianni…

–… el marido de Isotta, mi cuñado…

–… Gianni se puso muy enfermo del pecho. Con cinco críos pequeños y uno en camino, y el negocio tan mal, la cosa tenía difícil remedio, ya le digo. Entonces el bebé se puso malito y no comía y todos muertos de preocupación.

–Una mañana, mientras los mayores estaban en el colegio, Gianni buscándose la vida en medio de la niebla helada de noviembre, el pobre, con aquella tos, Isotta arriba preocupada por el bebé, yo en la cocina cortando, Fevvers en la trastienda de la heladería enseñándole a la de cuatro años sus primeras letras…

–Aunque sé que no debería haber favoritismos y, sinceramente, los quiero a todos como si fueran míos, bueno, es que mi Violetta…

Estiró un brazo para acariciar el ramo de violetas de Parma de su tocador con una sonrisa que, por una vez, no era para que la viese Walser.

–Tenía a mi Violetta en el regazo, y estábamos explorando juntas las aventuras de la A, la B y la C, cuando tintinea la campanilla y entra en la tienda una anciana rara como ella sola, vestida con ropa de su juventud, o sea, ropa como de cincuenta años atrás, un vestido de gasa negra colgando como un puñado de harapos sobre una combinación de tafetán hecha un revoltijo que impedía distinguir a primera vista lo flaca que estaba, que era todo piel y huesos. En la cabeza llevaba un anticuadísimo sombrero de raso negro con visera desgastado con unos adornos de azabache a cada lado y un velo a topitos negros por delante, tan tupido que no se le veía la cara. «Déjame pasar a la trastienda, Victoria Alada», dijo, y su voz era como el viento en los cables de telégrafos.

»Violetta se echó a llorar al ver a la visitante y la mandé a la cocina a pedirle unos frutos secos y limonada a Lizzie, pero yo también me había quedado desconcertada con aquella aparición, y la hice sentarse junto al fuego en la mejor silla (porque saltaba a la vista que era toda una dama) tartamudeando y con unos nervios que no eran propios de mí. Ella estiró las manos hacia el fuego; llevaba unos mitones de encaje negro de esos de tatarabuela que solo tapan la primera falange y el pulgar, de manera que lo único que llevaba al descubierto era hueso y uñas.

»"Parece que las cosas no te han ido demasiado bien desde que murió Nelson", empieza.

»"No voy a decir que la vida me sonría", respondo yo, aunque su simple presencia me daba escalofríos y durante toda nuestra entrevista no se levantó el velo.

»"Bueno, Fevvers", me dice, "vengo a hacerte una propuesta". Y dicho esto, pronuncia una cifra que me corta el aliento. "Y jamás vas a tener que hacer lo que tú ya sabes, ¡eso te lo garantizo! A no ser que quieras, claro".

»Así que me doy cuenta de que ha oído hablar de mí, de cuando estaba en el barco de Mama Nelson, pero sin batirme los cobres en la arena jamás; de que Nelson no me *subió a planta,* por lo que en los bajos fondos de Londres se me conocía como la Puta Virgen.

»"Te quiero para mi museo de monstruas", me dice. "Tómate tu tiempo para decidirte". Poniéndose en pie, deja su tarjeta en la repisa de la chimenea y se marcha, y, al mirarla desde la puerta de la tienda en la calle, veo su pequeño carruaje anticuado, bien compacto, tirado por un pequeño poni negro y, en el pescante, un hombre negro con la triste peculiaridad de haber nacido sin boca. Luego la desabrida niebla marrón que sube del río los engulló, pero oí los cascos alejarse al trote hacia el puente de Chelsea, aunque las ruedas no se oían, porque eran de goma.

–Era la famosa *madame* Schreck –dijo Lizzie con voz neutra, como si el nombre solo ya fuese suficiente mala noticia.

Famosa, desde luego; Walser ya la conocía, vagos rumores en los

clubes masculinos, entre brandis y puros; el nombre jamás iba acompañado de risotadas, mordacidades ni codacitos, sino de rumores más o menos directos sobre lo tremendamente extraño, sobre las curiosas revelaciones que te esperaban tras las puertas de triple cerradura de Nuestra Señora del Terror; puertas que se abrían a regañadientes, con un traqueteo brutal de cerrojos y cadenas, y luego giraba sobre sus goznes con un largo gruñido de desesperación.

«*Madame* Schreck», escribió Walser. La historia estaba a punto de dar un giro horripilante.

–¡Ay, mi pobre criatura! –exclamó Lizzie con un suspiro–. Ojalá…, ojalá el bebé no hubiese empeorado; ay, y ojalá la tos de Gianni no se hubiese vuelto séptica y no hubiese tenido que guardar cama; ojalá Isotta no se hubiera caído por las escaleras y no hubiese tenido que pasarse tres meses tendida boca arriba en el sofá de la cocina como le dijo el médico… Ay, señor Walser, la dolorosa letanía de las desgracias de los pobres es una retahíla de «ojalases».

–Si las facturas del médico, aquel invierno, no se hubiesen comido todos nuestros ahorros… Y, en cuanto a las actividades de la unidad policial antiterrorista…

Esta vez fue Lizzie quien le pegó un patadón a Fevvers en el tobillo, y la chica continuó su relato sin inmutarse, pero cambió de tercio como quien no quiere la cosa.

–Y la cara de hambre de los niños, ¡ay!, si la economía doméstica no se hubiese visto abrumada por la acumulación de aquellas catástrofes impredecibles que hacen precipitarse a la gente pobre como nosotros al abismo de la miseria sin comerlo ni beberlo…

–«No lo hagas, Fevvers», le rogó nuestro Gianni, pero luego empezó a toser sangre.

–De manera que un día me levanté de madrugada, antes que el resto, cuando nadie podía pararme, dejé a Lizzie durmiendo en la cama, metí cuatro cosas en una maleta y sin olvidar mi talismán, la espada de juguete de Mama Nelson, para que me diese valor, garabateé una nota

en la mesa de la cocina y me fui a zancadas hasta el puente de Chelsea cuando la luna se ponía. Hacía un frío tremendo y ni siquiera en el funeral de Nelson me había sentido tan apesadumbrada. Al llegar a la última farola del puente, se apagó, y perdí de vista Battersea en medio de la oscuridad que precede al amanecer.

CUATRO

–Ha llenado la libreta –observó Lizzie. Walser le dio la vuelta para aprovechar la otra cara de las hojas. Afiló el lápiz con la cuchilla de afeitar que siempre llevaba en el bolsillo interior. Flexionó la muñeca dolorida. Lizzie, como si lo recompensase por estas actividades, le volvió a llenar la taza y Fevvers levantó la suya para pedir más té también.

–Qué sed da tanta autobiografía –dijo. Se le empezaba a escapar de las horquillas la exuberante melena y le colgaban mechones aquí y allá sobre la cara rotunda–. Señor Walser –prosiguió seria girando sobre el taburete hacia él–, tenga en cuenta lo siguiente: la Academia Nelson acogía a aquellos que se sentían corporalmente perturbados y deseaban comprobar que, por más equívocos y por más alto que fuera el precio, los placeres de la carne eran, en última instancia, espléndidos. En cambio, *madame* Schreck proveía a los que tienen enferma… el alma.

Con gesto sombrío, centró su atención un instante en su empalagoso té.

–Era una casucha penosa en Kensington, en una plaza con un jardín melancólico en el centro lleno de malas hierbas y árboles pelados. La fachada de la casa estaba renegrida por el hollín de Londres como si el yeso mismo estuviese de luto. Un portón ominoso en la entrada, caballero, y todas las persianas tras unos buenos barrotes. Y el aldabón inquietantemente envuelto en crepé negro.

»El mismo individuo sin boca, pobre, me abre la puerta después de un rato descorriendo cerrojos por dentro, y me hace pasar gesticulando con elocuencia. En mi vida he visto unos ojos tan llenos de pena como aquellos, pena de exilio y de abandono; aquellos ojos decían tan claramente como podrían haberlo dicho sus labios: “¡Ay, muchacha!, ¡vuélvete a casa!, ¡aún estás a tiempo de salvarte!”, aun cuando me

estuviese cogiendo el sombrero y el chal, pero soy una criatura pobre necesitada como él, y de igual manera que él se ha quedado allí, yo he de quedarme.

»Aunque era muy temprano para una casa de placer (no eran ni las siete), *madame* Schreck, por lo visto, estaba completamente despierta pero aún en la cama, tomándose su chocolate. Me hizo sentarme y tomarme una taza con ella, cosa que hice de mil amores, a pesar de mi inquietud, porque la larga caminata me tenía agotada y muerta de hambre. Los postigos estaban abiertos, las persianas cerradas, las gruesas cortinas echadas, así que la única luz del dormitorio era una lamparita o una ristra de bombillitas de colores en la repisa de la chimenea, de manera que a duras penas podía ver la poción brujil de mi taza y a ella tendida en una cama de dosel bordado que me impedía distinguir bien su cara y sus formas, y todo en medio de un frío de mil demonios.

»"Me alegro de verte, Fevvers", dice, y su voz era como el viento en el cementerio, "Toussaint te enseñará tus aposentos de inmediato y podrás descansar hasta la hora de la cena, después de eso te tomaremos medidas para el vestido". Por cómo lo dijo, daba la sensación de que el vestido al que se refería era una mortaja. A medida que la vista se me fue habituando a la penumbra, vi el único mueble del cuarto aparte de la cama y mi silla; era una caja fuerte del tamaño de un guardarropa con un candado de combinación de metal enorme como no había visto en mi vida, y un escritorio de persiana cerrado con llave.

»No me dijo nada más. Me apresuré a terminarme el chocolate, eso ni se pregunta. Entonces el sirviente, Toussaint, con un gesto tiernísimo, me tapó los ojos con una mano y, cuando me los destapó, *madame* Schreck está en pie y vestida y la tengo plantada delante de mí, de negro, con un velo oscuro como de viuda española que le llega hasta las rodillas y sus mitones; el uniforme completo.

»Eso sí, señor Walser, no piense que soy una pusilánime, pero es que, aunque era consciente de que todo aquello era en gran parte un teatrillo, el carruaje negro, el mudo, el frío de calabozo, aun así, la mujer tenía un

aire insólito, más allá de la ilusión, que te hacía pensar que bajo aquellas prendas lúgubres no había más que una marioneta maléfica moviendo sus propios hilos.

»“¡Vete!”, me dice. Pero yo pensé en mis sobrinitos que en aquel momento estarían atosigando a Lizzie para que les diese algo de desayuno cuando la noche anterior nos habíamos repartido el último cuscurro de pan, y le espeté bien alto: “Primero un adelanto, *madame* Schreck. De lo contrario, me largo por la chimenea y no me vuelve usted a ver el pelo”. Y corrí hacia la chimenea, donde no se había quemado un leño en la vida, y aparté el salvachispas dispuesta a cumplir lo dicho.

»“¡Toussaint! ¡Trae a alguien que selle todas las chimeneas de inmediato!”, dice. Pero, cuando me puse a blandir los atizadores furiosamente: “Bueno, venga”, busca la llave bajo su almohada, se fija bien en colocarse delante de la caja fuerte para que no vea la combinación y, en un pispás, la puerta se abre. ¡La cueva de Aladino, allí dentro!, el contenido destelló con luz propia, pilas y pilas de soberanos dorados, la fortuna de una reina a base de collares de diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas apilados desordenadamente entre giros bancarios, letras de cambio, ejecuciones hipotecarias, etcétera, etcétera, etcétera. Con un mayestático despliegue de reticencia, escogió cinco soberanos, los contó unas cuantas veces y, con todo el dolor de su corazón, como si fuesen gotas de su propia sangre, me los tendió.

»Qué respingo pegué cuando noté raspar la punta de sus dedos contra mi palma, porque eran durísimos, como si no estuviesen recubiertos de carne. Más adelante, cuando volví a ser libre, el padre de Esmeralda, la Anguila Humana, me contó que *madame* Schreck, como se hacía llamar ella misma, de hecho, había empezado como Esqueleto Viviente, de gira por barracas de feria, y que siempre fue una mujer huesuda.

»Según voy saliendo del dormitorio echo una mirada atrás para ver qué hace la arpía ahora y que me aspen si no se ha metido entera en la caja fuerte y abraza las riquezas que contiene contra su raquítico pecho con un vehemente despliegue de pasión mientras emite leves gemiditos.

»Le confié a Toussaint, que me había caído bien de inmediato, los cinco soberanos para que se los llevase enseguida a Battersea, me eché sobre mi almohada, dura y plana, y me refugié en el sueño; me desperté horas después, la noche en ciernes. Era el dormitorio más pelado y soso que había visto en mi vida, provisto de un catrecito de hierro, un aguamanil de pie y barrotes en la ventana desde la que podía ver los árboles desnudos en el jardín descuidado y unas pocas luces en las casas de la otra punta de la plaza. Ver aquellas luces en casas alegres hizo que se me llenasen los ojos de lágrimas, caballero, porque me encuentro en una casa que no desprende ninguna luz, ninguna luz.

»Entonces se me ocurre que no voy a salir nunca de este sitio, yo solita me he metido en la boca del lobo; que me he encerrado voluntariamente con los condenados, a cambio de dinero, aunque sea por el motivo más respetable; que me he buscado la ruina.

»En ese momento apocalíptico se abre la puerta, veo una sombra detrás de la lámpara de queroseno, salgo disparada de la cama pegando un grito… y la sombra se pone a hablar con un marcado acento de Yorkshire: "¡Soy la buena de Fanny, tesoro!, ¡que no te dé el canguelo!".

»Y la compañía de la condenada resultó ser mi único consuelo.

»¿Que quién trabajaba para *madame* Schreck, dice? Pues a ver: prodigios de la naturaleza como yo. La entrañable Fanny Cuatro Ojos; la Bella Durmiente; la Maravilla de Wiltshire, que no llegaba al metro de altura; Albert/Albertina, que era bipartita, es decir: mitad y mitad y ni una cosa ni la otra; y la chavala a la que llamábamos Telarañas. Durante el tiempo que pasé en la casa de *madame* Schreck, este era el elenco, y aunque *madame* le rogaba a Toussaint que se uniera a alguno de los *tableaux vivants,* este jamás accedió, era un hombre de gran dignidad. Él se limitaba a tocar el órgano.

»Y en el sótano había una cocinera borracha, pero no se dejaba ver mucho.

–El tal Toussaint –dijo Walser tamborileando con su lápiz contra los dientes–. ¿Cómo lo hacía para…?

–¿Comer, señor? A través de un tubo que se metía en la nariz, señor. Solo líquidos, pero suficiente para mantenerse con vida. Por suerte, puedo decir que, cuando empecé a prosperar en los salones y a frecuentar la compañía de hombres de ciencia, logré que *sir* S*** J*** se interesase en el caso de Toussaint y lo operase con éxito en el Saint Bartholomew's Hospital, en febrero hará dos años. ¡Así que ahora Toussaint tiene una boca tan buena como la suya o la mía! Encontrará un reportaje completo sobre la intervención en *The Lancet,* junio de 1898, caballero.

Fevvers aportó aquella verificación científica de la existencia de Toussaint con una sonrisa deslumbrante.

Era cierto que se había ganado la amistad de muchos hombres de ciencia. Walser recordó cómo la joven había entretenido la curiosidad del departamento de cirugía del Royal College en pleno durante tres horas poco más que desabotonándose el corpiño, y conversó sobre el vuelo de las aves con toda una junta de la Royal Society con un aplomo tan infernal y un bagaje de terminología científica tal que ni un solo profesor se atrevió a ser tan grosero como para poner en tela de juicio las experiencias personales de Fevvers.

–¡Ay, ese Toussaint! –dijo Lizzie–. ¡Capaz de conmover a una multitud! ¡Menuda elocuencia la de aquel hombre! ¡Ay, si todos los que tienen tanto que decir tuvieran boca! Pero a la mayoría de los que se tienen que buscar la vida les toca ser mudos. Aunque, fíjese en la dialéctica de la cosa, caballero –prosiguió con una renovada y chispeante energía–: resulta que la mano blanca del opresor fue la que abrió la incisión que dio paso al habla en la mismísima garganta que, por decirlo así, había vuelto muda en primera instancia, y…

Fevvers lanzó a Lizzie una mirada tan furiosa que la vejarranca se calló tan súbitamente como había empezado a hablar. Walser arqueó mentalmente las cejas. ¡La carabina tenía más sustancia de lo que podía parecer a primera vista! Pero Fevvers le tiró de nuevo el lazo de su relato y lo arrastró antes de que le diese tiempo a preguntarle a Lizzie

si…

–Antes de conocer a *madame* Schreck, Toussaint participaba en los espectáculos de las barracas de feria, caballero. De modo que era un *connoisseur* de la degradación y siempre sostuvo que los antinaturales eran aquellos elegantes caballeros que pagaban sus buenos soberanos para magrearnos, y no nosotras. Y es que, ¿qué es «natural» y qué «antinatural», caballero? El molde que hizo al ser humano es tremendamente frágil. Se rompe al más mínimo golpe. Y solo Dios sabe por qué, señor Walser, pero los hombres que acudían a la casa de *madame* Schreck eran todos bastante extraordinarios por su fealdad; sus caras daban a entender que el primero que forjó la forma humana no estaba muy concentrado en su tarea.

»Evidentemente, Toussaint nos oía a la perfección, y a menudo nos garabateaba palabras de ánimo y a veces pequeñas máximas en el cuadernito que siempre llevaba consigo y nos servía de tanto consuelo e inspiración en nuestro confinamiento como hoy debe servir al mundo exterior.

Lizzie asintió categóricamente. Fevvers prosiguió sin interrupciones.

–Y así organizó *madame* Schreck su museo: en la planta baja, que había sido una bodega, tenía construida una especie de cripta con el techo culebreante de vigas y el suelo de losas húmedas y pringosas, y aquel sitio lo conocían como «La Hondura» o, también, «El Abismo». Se obligaba a las chicas a estar de pie sobre hornacinas de piedra excavadas en las paredes resbaladizas, salvo la Bella Durmiente, que se colocaba tendida boca abajo, porque aquella postura era su especialidad. Y delante de cada hornacina tenían unas cortinas, y delante de las cortinas una lamparita encendida. Eran sus «altares profanos», como los llamaba *madame* Schreck.

»Llamaba uno a la puerta principal, toc-toc, dos golpes suaves y mortecinos debido al amortiguador de crepé atado al aldabón. Toussaint descorría el cerrojo y lo dejaba pasar, le quitaba el gabán y la chistera y lo hacía pasar a la salita de espera, donde el cliente rebuscaba entre

trapos varios en el gran guardarropas y se pertrechaba con una casaca, un vestidito de bailarina de *ballet* o lo que le apeteciese. A mí la prenda que menos me gustaba era la capucha de verdugo; venía un juez con mucha asiduidad que siempre escogía eso; aunque luego lo único que quería era que una chica sollozante le escupiese. ¡Y pagaba cien guineas por este honor! Salvo que además, en aquella época de la capucha negra, luego subía a la planta de arriba, a lo que *madame* Schreck llamaba el "Teatro negro", y allí, Albert/Albertina le pasaba una soga alrededor del cuello y la apretaba un poco, no tanto como para hacerle daño, y el otro eyaculaba y le daba cinco guineas de propina, aunque la Schreck siempre se la incautaba.

»Una vez el cliente se ponía las prendas que hubiese escogido, las luces se atenuaban. Toussaint se escabullía hasta la planta baja y ocupaba su lugar ante el armonio, que estaba disimulado tras una mampara gótica plegable. Empezaba a aporrear alguna melodía alentadora como el Kyrie de no sé qué réquiem, por ejemplo. Esa era la señal para deshacernos de los chales y chaquetones en los que nos habíamos enfundado para evitar el frío y abandonar las partidas de bésigue y backgammon con las que matábamos el tiempo, subirnos a nuestros pedestales y cerrar las cortinas. Entonces bajaba a la bodega tambaleándose la vieja arpía en persona como *lady* Macbeth, guiando al feliz cliente. Tintineo de cadenas, un montón de puertas que se abrían unas tras otras y se hacía la oscuridad absoluta salvo por su linterna, que era una velita en una calavera.

»Así que nos plantamos todas firmes en nuestros postes y se abre la última puerta y entra la vieja como Virgilio entró al infierno, con su pequeño Dante triscando detrás, con una risita para sí de horripilada anticipación, y el farol de la vela proyectando toda clase de sombras sobre las paredes rezumantes.

»Se paraba delante de una hornacina al azar y decía: "¿Abro esta cortina? ¡A saber qué espectáculo bizarro y antinatural se esconde detrás!". Y ellos: "sí", o "no", dependiendo de si ya habían venido antes,

porque si ya habían venido, ya tenían escogidas sus preferencias. Y si era que sí, descorría la cortina mientras Toussaint hacía exhalar de su viejo armonio una impactante disonancia.

»Y allí estaba.

»Costaba otras cien guineas que la Maravilla de Wiltshire te la chupase y un módico precio de dos cincuenta llevarse a Albert/Albertina a la planta de arriba, porque era una y uno a la vez; de modo que la tarifa subía o bajaba según si querías algo más o menos lejos de lo ordinario. Sin embargo, la Bella Durmiente y yo éramos de "se mira pero no se toca", dado que *madame* Schreck nos reservaba para disponer de nosotras en una serie de *tableaux*.

»Después de que la puerta retumbase de nuevo al cerrarse, yo iba y encendía la luz, le echaba una manta por encima a la Bella Durmiente, bajaba a la Maravilla del pedestal, que era demasiado alto como para que ella lo bajase de un salto, y Toussaint nos traía un cazo de café caliente con un poco de brandy, o té o ron, porque allí era para morirse. Ay, era un trabajo fácil, vale, sobre todo para mí y para la Bella. Pero a lo que nunca pude acostumbrarme fue a sus ojos, porque no había terror en la casa que los clientes no se trajesen con ellos.

»Se suponía que debíamos recibir diez libras a la semana cada una, sueldo básico, más bonificaciones por cliente, las que los tuviesen, pero, de eso, ella se quedaba cinco por manutención, que tampoco era gran cosa (ternera hervida, zanahorias y pudin); y, en cuanto al resto, que eran sumas con las que la mayoría de mujeres trabajadoras apenas podrían ni soñar, jamás vimos ni un penique. *Madame* Schreck nos las "guardaba en su caja fuerte", ¡ja, ja!, qué chiste. Los cinco soberanos que le saqué el día que llegué a la casa fue el único dinero contante y sonante que tuve mientras trabajé allí.

»Porque en el momento en que su puerta se cerraba tras de ti, eras su prisionera; de hecho, eras su esclava.

Lizzie, de nuevo acuclillada a los pies de Fevvers, remetió el dobladillo del camisón de la trapecista.

–Cuéntale lo de la Bella Durmiente –le apremió.

–¡Ay, qué caso más trágico, caballero! Era la hija de un vicario de campo, lista y alegre como un grillo, hasta que, una mañana a los catorce años, el mismo día que le vino el período, no volvió a despertarse hasta el mediodía; y al día siguiente no se despertó hasta la hora del té; y al día siguiente, mientras sus padres, desolados, la observaban y rezaban a los pies de su cama, abrió los ojos a la hora de la cena y dijo: «Me tomaría un cuenco de leche con pan». Así que le colocaron las almohadas para que se incorporase y le dieron de comer con una cuchara, y cuando se lo comió todo, dice: «No soy capaz de mantener los ojos abiertos», y vuelve a quedarse dormida. Y así siguió la cosa. Después de una semana, un mes, y luego un año; *madame* Schreck, al oír por casualidad de aquel caso fabuloso, se presentó en la aldea y dejó caer que era una dama filántropa que cuidaría de la pobre chiquilla y haría que la examinasen los mejores médicos, y los padres de la Bella, ya entrados en años, apenas si podían creerse su buena suerte.

»La metieron en una camilla en el vagón del guarda del tren de Londres y lo mismo para Kensington, donde su vida continuó como hasta entonces. Siempre se despertaba al amanecer, como el alhelí crepuscular; comía, llenaba un orinal y volvía a dormirse. Con una sola diferencia: ahora, cada medianoche, Toussaint cogía en brazos su cuerpo durmiente y se lo llevaba a la cripta. La primera vez que la vi debía de tener unos veintiún años, guapa como una foto, aunque un pelín demacrada. Su flujo femenino era cada vez menor mientras dormía, hasta que al final apenas si manchaba la ropa y luego se secaba tal cual, pero el pelo continuaba creciéndole, hasta que le llegó a los pies. Fanny fue quien se ocupó de la tarea de peinarla y cepillarla, y es que la vieja Cuatro Ojos era una mujer cariñosa de gran corazón. Las uñas de pies y manos de la Bella también seguían creciendo, y era responsabilidad de la Maravilla de Wiltshire cortárselas, gracias a la asombrosa destreza de sus diminutos dedos.

»Porque el rostro de la Bella Durmiente se había vuelto tan delgado,

sus ojos sobresalían tanto, y sus párpados cerrados eran tan oscuros como los pedúnculos de un hongo y debían de haberse vuelto muy pesados a lo largo de aquellos años de sueño, dado que, cada tarde, cuando los abría al acercarse la noche, le costaba un esfuerzo tremendo, tremendísimo, como si tuviese que reunir las escasas fuerzas que le quedaban para abrir el tenderete.

»Y nosotras, cada vez que la observábamos y esperábamos con su cena, temíamos que aquella fuese la última que tuviera el coraje de despertar; que el vasto, desconocido océano del sueño, en el que flotaba a la deriva como un pecio, se la hubiese llevado aquella noche por fin tan lejos de la orilla merced a sus misteriosas corrientes que ya no fuese capaz de regresar. Pero, mientras estuve en casa de *madame* Schreck, la Bella Durmiente siempre se despertó el rato suficiente como para tomar su pollo desmigado o una cucharada de requesón, evacuaba una pequeña hez semilíquida en el orinal que Fanny le sostenía debajo, y luego, con un breve suspiro, se hundía de nuevo bajo el peso de sus sueños.

»Porque no se crea que era una durmiente sin sueños. Bajo aquellas suaves redes venosas, sus pupilas se movían sin parar de aquí para allá, como si estuviese viendo formas de antiguos *ballets* evolucionando por el interior de sus párpados. Y a veces los dedos de los pies y de las manos se crispaban y retorcían, como hacen las garras de los perros cuando sueñan con conejos. O lo mismo emitía un débil gemido o un lamento, y a veces, muy bajo, una risa, que era extrañísima.

»Y en una ocasión, una noche que Fanny y yo jugábamos al backgammon cuando no había mucho trabajo, la Maravilla, que le estaba haciendo la manicura a la durmiente, exclama de pronto: “¡Ay, yo no puedo más!”. Porque, bajo aquellas pestañas, asomaron unos pocos lagrimones.

»“Y he pensado que se moría de dolor”, dijo la Maravilla.

»Aunque diminuta en estatura, la Maravilla estaba tan perfectamente formada como sus semejantes, igual que la preciosa confidente de la

buena de Isabel I, la señora Tomysen; o igual que Anne Gibson, que se casó con el hombre bajito que pintaba miniaturas; o la hermosa Anastasia Borculaski, que era lo suficientemente bajita como para llegarle a su hermano por el brazo, y eso que su hermano ya era pequeñito. Además, la Maravilla era una bailarina experta y era capaz de dar patadas altas que era como ver unas tijeras de encaje abriéndose en el aire.

»Así que le digo: “Maravilla, ¿por qué te degradas trabajando en esta casa, que no es sino un antro de vergüenza, cuando podrías ganarte bien la vida en los escenarios?”. “Ay, Fevvers, prefiero dejarme ver por hombres de uno en uno que en un teatro atestado de cosas horrorosas, asquerosas, peludas, y aquí estoy bien protegida de la oscura y fétida muchedumbre del mundo en el que tanto he sufrido. Entre los monstruos estoy bien escondida; ¿quién va a buscar una hoja en un bosque?

»”Deja que te cuente cómo me concibieron. Mi madre era una alegre ordeñadora muy amiga del cachondeo. Había cerca de nuestra aldea una colina, bastante redonda, y, aunque llena de maleza, por dentro estaba prácticamente hueca, porque estaba perforada de un extremo a otro por túneles de generaciones y generaciones de ratones. Aunque yo había oído decir que aquella colina no era obra de la naturaleza, sino una tumba gigantesca, un lugar donde los que vivieron en Wiltshire antes que nosotros, antes que los normandos, antes que los sajones, incluso antes de que llegaran los romanos, enterraban a sus muertos, los habitantes de la aldea la llamaban el Collado de las Hadas y no la pisaban por las noches porque creían que, si no estaba maldita, como mínimo era un lugar donde los seres humanos podían experimentar curiosas fatalidades y transformaciones.

»”Pero la cabecita loca de mi madre, aguijada por el hijo del señor, que era un granuja y le apostó seis peniques de plata a que no se atrevía, pasó una noche de verano entera dentro de aquel castillo de barro. Se llevó pan y miel de tentempié y una vela y penetró hasta el corazón de

la cámara, donde había una piedra enorme parecida a un altar, pero que más bien, con toda probabilidad, habría sido el ataúd de algún rey de Wessex muerto hacía siglos.

»”Se sentó en aquella tumba a comerse la cena y la luz fue apagándose hasta quedarse a oscuras. Justo cuando empezaba a arrepentirse de su temeridad, oyó unas pisadas levísimas. ‘¿Quién anda ahí?’. ‘¿Quién va a ser, Meg, sino el Rey de las Hadas?’. Y, acto seguido, aquel desconocido invisible la tumbó sobre la losa y la complació, o eso dijo ella, como ningún otro hombre hasta la fecha. ‘¡La verdad es que menudo viajecito al país de las hadas!’, dijo: y prueba de ello fue que, nueve meses después, hice mi infinitesimal aparición en el mundo. Me acunaba en media cáscara de nuez, tapada con un pétalo de rosa; guardó mis cosas en una avellana y cargó conmigo hasta Londres, donde se exhibía por un chelín como la Nodriza de las Hadas, mientras yo me pegaba a su pecho como una lapa.

»”Pero todo lo que tenía se lo gastaba en bebida y en hombres, porque era una tarambana. Cuando hube crecido demasiado como para hacerme pasar por un niño de teta, dije: ‘Madre, ¡esto no va a colar! Tenemos que pensar en nuestra seguridad y en nuestra edad’. Ella se partió de risa cuando oyó a su hija perorar con tanto resabio, porque solo tenía siete años y ella ni veinticinco y en mala hora se me ocurrió hacer pensar en el futuro a aquella criatura caprichosa, porque lo que hizo fue venderme.

»”Por cincuenta guineas de oro contantes y sonantes me vendió mi propia madre a un repostero francés con bigote de manillar, que se pasó un par de temporadas sirviéndome dentro de un pastel. Se colocaba el gorro de chef inclinado con estilo, sacaba la bandeja de plata de la cocina y la depositaba frente al niño del cumpleaños, porque aquel *patisseur* tenía la sensibilidad de obsequiarme solo a los niños. El niño del cumpleaños soplaba las velas y alzaba el cuchillo para cortar el pastel, pero el repostero no soltaba el mango, y guiaba la hoja para que no cortasen y estropeasen su propiedad por accidente. Entonces salía yo

de golpe por el corte, con un vestido de lentejuelas, y bailaba alrededor de la mesa repartiendo serpentinas, recordatorios y caramelos.

»”Pero a veces los más avariciosos rompían a llorar y decían que aquello era una jugarreta, que lo que querían era pastel, no una visita de las hadas.

»”Posiblemente debido a las circunstancias de mi concepción, siempre he sufrido de claustrofobia. Veía que apenas soportaba el reducido espacio de aquellos pasteles huecos. Temía el momento de mi encarcelamiento bajo la cobertura y suplicaba e imploraba a mi señor que me dejase salir, pero él me amenazaba con el horno y decía que, como no lo hiciese, la próxima vez no me serviría en un pastel sino que me hornearía en un *vol-au-vent*.

»”Acabó llegando el día en que la fobia fue superior a mis fuerzas. Me encaramé a mi ataúd, soporté que me cerrasen la tapa encima, aguanté el accidentado viaje en taxi hasta la dirección del cliente, fui depositada con prisas en una bandeja en la cocina y luego de ahí a la mesa. Medio desmayada, sudando, asfixiándome por falta de aire en aquel espacio redondo del tamaño de una sombrerera, con náuseas por la peste a huevos cocidos y mantequilla, toda pegajosa de azúcar y pasas, no pude más. Con la fuerza de una posesa me erguí de golpe, atravesé la corteza y emergí antes de tiempo, empanada en cobertura, parpadeando entre migas. Mi erupción hizo saltar velas y violetas caramelizadas por todas partes.

»”El hule se incendió y todos los chavalines pusieron el grito en el cielo mientras yo corría por la mesa con el pelo y la falda de tul en llamas, perseguida por el repostero furioso blandiendo su cuchillo pastelero y jurando que haría una *bonne bouche* conmigo.

»”Pero una niña mantuvo la sangre fría durante aquella melé, sentada muy seria en el extremo de la mesa hasta que llegué a su plato, me echó su servilleta por encima y apagó las llamas. Luego me cogió, me metió en su bolsillo y le dijo al repostero: ‘¡Lárguese, tío repelente! ¿Cómo se atreve a torturar así a un ser humano?’.

»”Resultó que la chiquilla era la primogénita de la casa. Me llevó a la enfermería y su niñera me untó una pomada en las quemaduras y me puso un vestido de seda que la muchacha sacrificó para mí, aunque yo era más que capaz de vestirme por mi cuenta. Pero iba a descubrir que las mujeres ricas, al igual que las muñecas, no pueden vestirse sin ayuda. Aquella misma noche, después de la cena, me presentaron a mamá y papá, sentados ante su café, del que me dieron un poco, ya que lo servían en tazas de una medida adecuada para mí. Papá se me antojó una montaña con la cima oculta por el humo de su puro; ¡pero qué montaña más bondadosa y amable! Y después de contar mi historia lo mejor que pude, la montaña soltó una nube morada, sonrió a mamá, y habló: ‘Bueno, mujercita, parece que no tenemos más remedio que adoptarte’. Y mamá dijo: ‘Qué vergüenza. No se me habría ocurrido que ese truco horrendo con el pastel pudiese causar sufrimiento a una persona’.

»”Tampoco me trataron como una mascota ni como un juguete, sino como si realmente formase parte de la familia. Enseguida establecí un profundo vínculo con la niña que había sido mi salvadora, y ella conmigo, de modo que nos volvimos inseparables y, cuando no lograba caminar a su ritmo, ella me cogía en brazos. Nos llamábamos ‘hermana’ la una a la otra. Solo tenía ocho años, y yo nueve. ¡Mi barco había recalado en un puerto alegre!

»”Pasó el tiempo. Las dos empezamos a fantasear con recogernos el pelo y usar falda larga y el resto de deliciosos misterios que nos deparaba crecer…, aunque, por lo que a mí respecta, no llegué a crecer en sentido estricto, cosa que a veces me entristecía. Unas Navidades salió el tema de la pantomima. Un sexto sentido me advirtió de que suponía un peligro. Le dije a mamá que había dejado atrás aquellas cosas infantiles y que prefería quedarme en casa aquella noche leyendo un libro. Pero mi hermana iba un poco rezagada en lo que a madurar se refiere, anhelaba ver las luces brillantes y el hermoso espumillón y me dijo que si no iba con toda la familia le estropearía la cosa. Accedí a su

cariñosa intimación. Resultó que la pantomima era de *Blancanieves.*

»”Me revolví, primero acalorada, luego helada, en nuestro palco mientras las escenas se desarrollaban ante mis ojos, puesto que, por más que quisiera a mi familia, siempre había una diferencia inalterable entre nosotros. No era tanto que la torpeza de sus extremidades o lo desmañado de sus movimientos me oprimiese; ni siquiera el retumbar de sus voces, aunque jamás en la vida me había metido en la cama sin dolor de cabeza. No. Todas esas cosas las conocía desde que nací y me había acostumbrado a la monstruosa fealdad de la humanidad. De hecho, la vida que llevaba en aquella casa casi podría haberme hecho olvidar la bestialidad de algunas bestias, como mínimo. Pero cuando vi a mis congéneres naturales en el escenario, aunque fuese brincando y manoteando y haciendo el papel de enanos graciosos, tuve una especie de visión de un mundo en miniatura; un lugar pequeño, perfecto, divino como el que podría verse reflejado en el ojo de un pájaro sabio. Y se me antojó que aquel lugar era mi hogar y que aquellos hombrecillos eran sus habitantes, que me querrían, no como a una ‘mujercita’, sino como… a una mujer.

»”Y entonces, a lo mejor…, ¡a lo mejor fue que la sangre de mi madre realmente circulaba por mis venas a escala reducida! A lo mejor…, ¡no podía conformarme con la simple conformidad! A lo mejor siempre fui una chica retorcida y ahora mi retorcimiento por fin se manifestaba.

»”No me costó darle esquinazo a mi familia entre el gentío al final de la función; no me costó encontrar la puerta de la salida de artistas y pasar junto al guarda mientras le llevaba un ramo para Blancanieves. Pronto encontré la puerta en la que alguna mano despiadada había pegado siete estrellas diminutas. Llamé. Dentro me topé con el más apuesto de los jóvenes, sentado encima de una caja fuerte de la misma estatura que los dos, y estaba ocupado remendando unos pantalones con lo que a ti, Fevvers, te habría parecido hilo y aguja invisibles.

»”‘¿Pero de qué planeta en miniatura sales tú?’, exclamó al verme”.

»Aquí la Maravilla se tapó la cara con las manos y sollozó

amargamente.

»“Te ahorraré los lamentables detalles de mi caída, Fevvers”, me dijo cuando se recuperó. “Baste decir que viajé con ellos siete largos meses, pasando de uno a otro, porque eran hermanos y lo compartían todo. Me temo que no me trataron muy amablemente, porque si bien eran pequeños, no dejaban de ser hombres. ¡Cómo me dejaron tirada, sin un chavo, en Berlín y cómo acabé bajo la terrible protección de *madame* Schreck son circunstancias que repaso cada noche cuando cierro los ojos! Una y otra vez, ensayo una eternidad de recuerdos pavorosos hasta que llega la hora de volver a levantarse y veo por mí misma cómo aquellos que acuden a saciar su lujuria desmedida en mi personita son todavía más degenerados de lo que podría llegar a serlo yo en mi vida”.

Fevvers suspiró.

–Así que ya ve cómo esta encantadora criatura creía que su caída en desgracia era tan profunda que jamás sería capaz de salir del Abismo, y contemplaba su hermosa e inmaculada figura con la mayor de las repugnancias. Nada que yo le dijera podía convencerla de que valía más que un penique al cambio de la mundanidad. Me decía: «Cómo envidio a esta pobre criatura…, salvo por una cosa: que sueña», señalando a la Bella Durmiente.

»Pero Fanny era otro cantar, una chavala grandota, huesuda, afable y sin pelos en la lengua, nacida en Yorkshire, que le pasaría desapercibida si la viese por la calle de no ser por la lozanía de sus mejillas sonrosadas y sus andares sanotes. Cuando *madame* Schreck retiraba la cortina de Fanny, allí estaba, un bulto huesudo sin más atuendo que una camisola y una venda en los ojos.

»Y Schreck decía: “Mira al señor, Fanny”. Y Fanny se quitaba la venda y le dirigía una sonrisa radiante.

»Entonces, *madame* Schreck decía: “He dicho que lo mires, Fanny”. Al oír esto, se quitaba la camisola. Y es que donde debería haber tenido pezones tenía ojos.

»Entonces, *madame* Schreck decía: “Míralo como Dios manda, Fanny”.

Y aquellos otros ojos se abrían. Eran de un azul oscuro como los de la cara; no eran grandes, pero sí brillantes.

»Una vez le pregunté qué veía por aquellos ojos mamarios y va y me responde: “Pues, mujer: lo mismo que con los de arriba pero un poco más abajo”. Aunque yo creo que, teniendo en cuenta su disposición libre y franca, veía mucho más del mundo y que por eso había terminado con el resto de criaturas despojadas, sin utilidad terrenal, en aquella sala durmiente de feminidad, aquella trapería del corazón.

»Al ver a Fanny sosteniendo contra su pecho la cabeza de la Bella Durmiente para meterle una cucharada de huevos pasados por agua entre aquellos labios inútiles, dije: “¿Por qué no te casas, Fanny? Cualquier hombre estaría contento de casarse contigo después de superar el pasmo inicial. Y así podrías traer al mundo esos niños que tanto deseas y tanto te mereces”. Con toda la placidez del mundo, me responde: “¿Cómo iba a alimentar a un bebé de lágrimas saladas?”. Sin embargo, siempre estaba alegre, siempre tenía una sonrisa o un chiste a punto, a diferencia de Telarañas, que nunca decía gran cosa, era una criatura melancólica que se pasaba el tiempo a solas ejercitando su paciencia. Eso era su vida, decía. Paciencia.

–¿Por qué la llamaban Telarañas? –preguntó Walser por pura repugnancia, hechizado perdido.

–Tenía la cara cubierta de telarañas, caballero, desde las cejas hasta los pómulos. ¡Lo que llegaba a hacer Albert/Albertina para conseguir que se riera! Era un/a payaso/a, siempre de broma. Pero nada; Telarañas no se dignaba a sonreír siquiera.

»Estas eran las chicas detrás de las cortinas, caballero, las habitantes de La Hondura, todas provistas de un corazón que palpitaba, como el suyo, y de almas que sufrían, caballero.

–¿Y usted qué hacía? –le preguntó Walser mordisqueando el lápiz.

–¿Yo? ¿Cuál era mi papel en la cámara de los horrores imaginarios de *madame* Schreck? La Bella Durmiente está ahí tendida como un pasmarote sobre una losa de mármol y yo a su cabecera, con las alas

abiertas. Yo soy el ángel de la lápida, soy el Ángel de la Muerte.

»Ahora bien, si querías dormir con la Bella Durmiente, dormir en el sentido pasivo y no activo, me refiero, puesto que *madame* Schreck se resistía a matar a la gallina de los huevos de oro; si querías yacer al lado del cadáver viviente y sostener en tus brazos el misterio de la consciencia que simultáneamente es y no es, bueno, pues era posible, siempre que pagases. Toussaint te ponía una bolsa en la cabeza y te hacía subir desde el Abismo por unas escaleras hasta el Teatro y allí esperabas, sin oír ni ver nada…, oscuridad absoluta, silencio absoluto y tú solo con tus pensamientos y los fantasmas que tu imaginación tuviera a bien destilar de la visión de las chicas de abajo. Entonces Toussaint te arrancaba de golpe la capucha y ahí estábamos; nos izaba mientras tanto desde abajo en un montacargas bien engrasado.

»Solo un candelabro proyectaba una luz y sombras tenues sobre la Bella Durmiente en su féretro y sobre mí cerniéndome sobre ella, con las alas dobladas y la espada, Muerte Protectora, ya ve. Así, si alguien intentaba algo fuera de la tarifa, yo podía golpearle los nudillos al instante. En cuanto a la Bella, suspiraba y murmuraba sin enterarse de nada, pero yo observaba al mequetrefe tembloroso que había alquilado el uso de nosotras como medio para acercarse a ella como quien se acerca al patíbulo y, como Hamlet, pensaba: “¡Qué invento más admirable, el hombre!”.

»Al poco, hubo un individuo que se volvió asombrosamente asiduo, una vez por semana, los domingos. Siempre iba de una guisa muy peculiar para aventurarse en La Hondura: una especie de hábito de terciopelo que le llegaba hasta las rodillas, color ciruela, ribeteado de piel gris y, en los pies, botas de brillante cuero rojo con unas campanillas en los talones que tintineaban muy bajito al andar. Al cuello, de una cadena dorada, colgaba un enorme medallón de oro macizo y curioso grabado sobre el que a menudo veía posarse el ojo codicioso de *madame* Schreck.

»El grabado del medallón era el de, usted me perdonará, un miembro,

caballero, un miembro masculino; es decir, un falo, en el estado que en heráldica llaman *rampante;* y de los cojones le salían unas alas que enseguida me llamaron la atención. Alrededor del asta de este miembro viril se entrelazaba el tallo de una rosa cuyas flores se acurrucaban con cierta coquetería en el punto donde el prepucio se retiraba hacia atrás. Si la cosa era antigua o moderna, eso no lo sé decir, pero suponía una rotunda declaración de intenciones.

»El que detentaba esta pintoresca joya era un hombre entrado en la mediana edad, de complexión esbelta, ligeramente encorvado, con una tez entre malva y moteada, como si estuviese pasando frío, pero de rasgos refinados, delgados con una nariz alta y torcida y las mejillas muy bien afeitadas. Y un par de ojos azules inquietos, acuosos, de hombre descontento con su mundo. Para rematar su vestimenta, siempre llevaba un enorme sombrero redondo, como un tambor, pero con el ala vuelta hacia arriba, y debajo no se le veía nada de pelo. La primera vez que *madame* Schreck descorrió mi cortina, pega un bote y exclama: "¡Azrael!". Después de eso, ya solo viene a verme a mí. No quiere saber nada de la Bella, pero hace que me suban a la sala superior y se pasea a mi alrededor, resoplando para sí y toqueteándose bajo la ropa interior y Fanny, por mofa, lo llama mi "admirador".

»Durante seis domingos seguidos se presentó en mi santuario, pero al séptimo, mientras las chicas estábamos sentadas a la mesa para cenar, *madame* Schreck me manda a través de Toussaint el mensaje de que suba a verla.

»Cenábamos pésimamente, en aquel macabro sepulcro. La vejarranca beoda de la cocina, como se hubiese tomado algo, era capaz de quemar un huevo cocido, así que Fanny siempre se ocupaba de la dieta de inválida de la Bella, y recuerdo aquel domingo en particular porque la cocinera perdió el conocimiento el sábado por la noche y Fanny mandó a Toussaint a comprar un poco de cerdo, dejándolo a deber, cosa que hizo. Así que Fanny se puso a trajinar con las cacerolas y puso en la mesa una pata de cerdo asada con un pegote de salsa de manzana

bastante decente y justo cuando estábamos en ello me llamaron al dormitorio de la señora y fue la última cena que tomé en aquella casa.

»“Un caballero me ha hecho una oferta”, dice *madame* Schreck. Está sentada a su escritorio dándome la espalda con nada más que una lámpara de gas al lado, siseando como una serpiente, para alumbrarse.

»“¿Qué caballero y cuánto?”, pregunto con suspicacia inmediata.

»“Dice que se llama Christian Rosencreutz y es muy generoso”.

»“¿Cómo de generoso es ‘muy generoso’?”.

»“Cincuenta guineas para ti, menos comisiones”, dice por encima del hombro sin dejar de garabatear en su puñetero libro de cuentas, y de repente perdí los nervios.

»“¿Qué? ¿Cincuenta asquerosas guineas por el único espécimen de ser humano alado virgen en toda la historia del mundo? ¿Y usted se considera alcahueta?”.

»La agarro por un hombro, la levanto de la silla y la zarandeo con ganas. Pesa como una ramita y cruje igual. Cómo grazna, “¡Quítame las manos de encima!”. Pero yo sigo zarandeándola hasta que dice entre jadeos: “Vale, muy bien, entonces… cien guineas”.

»Bueno, ¡pues vamos a por todas!, me digo, porque no me creo una palabra, pero insisto: *“¡Madame* Schreck del demonio, tampoco te vas a quedar ni un penique de comisión, porque solo me has pagado las cinco monedas de hace seis meses y desde entonces me has tenido prisionera aquí!”.

»Y la vuelvo a zarandear hasta que gime: “¡Vale, nada de comisiones! Serán doscientas guineas, sanguijuela”. Entonces la suelto.

»“Abre la caja fuerte”, le ordeno.

»Va y rebusca bajo las almohadas y saca la llave. Con mucha reticencia. Arrastra los pies por el suelo con sus harapos negros y su velo andando como de lado, apresurándose, y gira la cabeza a lado y lado como buscando un agujero por donde escaparse, pero ahora soy el ángel vengador y no puede huir de mí. Mientras está de espaldas aprovecho para quitarme la blusa y sacudir mi plumaje. Abre la caja fuerte, mete

las manos enmitonadas, pero justo cuando sus dedos temblorosos tocan el oro, la agarro por los hombros de nuevo y… ¡para arriba! ¡A lo alto! ¡A lo alto! ¡A lo alto! ¡Gracias a Dios que el techo es alto! Subimos hasta que toco con la cabeza en el yeso, engancho a la vieja en el extremo de la barra de la cortina por el cuello de la camisa y la dejo allí colgada, meneándose, gañendo y pataleando con aquellas piernuchas en el aire sin poder hacer nada.

»"Ahora puedes negociar desde una posición de superioridad", le digo. "¿Cuánto te ofreció, realmente?".

»"¡Mil guineas! ¡Bájame!", ladra y aúlla.

»"¿Cuánto te ha adelantado?", le pregunto, porque soy una chica honrada.

»"¡La mitad por adelantado! ¡Bájame!". Pero bajo sola y meto las manos en su caja con la intención de sacar solo lo que es mío por derecho, más su comisión, pero, mientras estoy sentada en su cama contando las monedas, oigo un golpe diabólico en su puerta. Quienquiera que llame acaba de arrancar el crepé amortiguador para hacerse oír, nunca sonaba con tal estrépito.

»El oro fue mi perdición, porque no fui capaz de apartar aquel tesoro resplandeciente amontonado y largarme, aun cuando oyese furiosos pasos por las escaleras. Irrumpe Toussaint, pálido bajo su pigmentación, haciendo gestos exagerados con las manos, y pisándole los talones llegan dos patanes con pinta de criminales, vestidos de túnica, sandalia y capa como en una ópera cómica sosteniendo entre ambos una red de pesca.

»Abro las alas de inmediato, pero ¿hacia dónde vuelo? Las ventanas están selladas…, ¿al techo para quedarme toda la noche flotando? ¿Me voy a la otra punta de la barra de la cortina con mi vieja *madame* y nos quedamos ahí como un par de gárgolas? Me quedé bloqueada y mientras revoloteaba como el pájaro acorralado que era, aquellos esbirros me echaron la red y me arrastraron escaleras abajo, golpeando con el culo en cada peldaño y dejando atrás una caja fuerte abierta, una pila de dinero, un sirviente aturdido y a la bicha aquella colgando allí en lo

alto, que era lo más cerca que iba a estar del cielo en su vida, por ahí se pudra.

»La puerta principal se cierra con un estruendo tras el desesperado amasijo de terror y plumas que era yo, me depositan en una carreta y me sacan de allí en plena noche.

»Les pregunto a aquellos elegantes caballeros: “¿Adónde me lleváis?”. Pero los dos se limitan a quedarse ahí como estafermos con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al vacío, y no dicen ni mu. Las cortinas echadas, los caballos al galope como llamaradas. Así que me abandono al azar de los acontecimientos, caballero, ya que nada más puedo hacer.

CINCO

–Me pareció que no transcurrían más de dos horas cuando los caballos moderaron su apresurado paso. Nos detuvimos. Uno de los esbirros abrió la portezuela y el otro me quitó la red de encima y, mientras lo hacía, se preocupó de sobarme las tetas a base de bien. Le di un codazo en la boca y él se apartó soltando una palabrota. Me envolví en la manta de viaje y, empujando a aquellos granujas, salí altiva de aquel carruaje por mi propio pie, como si me hubiesen invitado y no secuestrado.

»Vi ante mí una mansión de estilo gótico, toda cubierta de enredaderas y, por encima de los torreones, flotaba una media luna con una estrella en el regazo. En algún sitio, un perro aullando. A nuestro alrededor, un aislamiento de montañas boscosas. Aunque aquella mansión era de estilo antiguo, su ejecución era nueva; entre las enredaderas asomaba el ladrillo visto y la puerta de entrada tenía placas de metal nuevo martilleadas para simular tachonería. Aquella puerta estaba abierta e intensamente iluminada desde el vestíbulo.

»Los esbirros me agarraron cada uno de un brazo, de nuevo, y me habrían subido a rastras por los escalones de entrada si no me hubiese desembarazado de ellos para cruzar la puerta, que se cerró detrás de mí con un estruendo.

»La única prueba de que no había sido trasladada a una época anterior por arte de magia (en la que todo era nuevo por ser, precisamente, nuevo y no por ser una reproducción) era un número actual del *Times* encima de un baúl de roble. Esperé en una antesala cuadrada de enormes piedras talladas. El suelo, enlosado; el tejado, acanalado; y en la bóveda de arista central (¿qué mejor sitio que una ingle arquitectónica?), el mismo símbolo del falo alado con rosas que el señor Rosencreutz llevaba al cuello. Estaba tallado en una piedra oscura,

mármol quizá. Todo bien iluminado (creo yo que con luz eléctrica, pero las fuentes de luz estaban escondidas aquí y allá en repliegues de las paredes).

»Pasado un pórtico de piedra se llegaba a una habitacioncita de paredes revestidas de madera donde se veía a un hombre sentado en una de las dos sillas de roble labrado que había junto a una mesita baja del mismo material con un precioso jarrón lleno de rosas blancas. No se le veía la cara porque se la tapaba el libro que estaba leyendo, como una Biblia, con cierre metálico.

»Por un momento no reconocí al señor Rosencreutz sin su sombrero; era calvo como un huevo, la cabeza le resplandecía como si la criada le hubiese pasado el paño de limpiar la plata. No llevaba tampoco la capa color ciruela, sino una especie de camisa de noche larga y blanca ceñida con una cuerda. Pero cuando vi su colgante recordé al interfecto y me arrepentí amargamente de haberme dejado las mil guineas en casa de *madame* Schreck, eso se lo aseguro. Entonces recordé en qué consistía el trato, la mitad por adelantado, la mitad a la entrega; había un pago pendiente, de modo que, con extrema cortesía, le digo: “Buenas tardes, señor Rosencreutz”.

»Ahí se digna a bajar su libro y echarme una ojeada y, sin lugar a dudas, le decepciona lo que ve, envuelta como voy en mi vieja manta y hecha unos zorros. Pero no deja que lo delate ni el más mínimo movimiento de sus músculos.

»“Bienvenido, Azrael. Azrael, Azrail, Ashriel, Azriel, Azaril, Gabriel; oscuro ángel de muchos nombres. Bienvenido a mí, desde tu hogar en el tercer cielo. Mira, ¡te recibo con rosas no menos paradójicamente vernales que tu presencia, llegada, al igual que Proserpina, de la Tierra de la Muerte para proclamar nueva vida!”.

»Cosa que me pareció muy bien, sin duda, pero pensé que, visto lo visto, lo menos que podía hacer era pedirme que me sentase; pero no se le ocurre, ni me ofrece tampoco una taza de té después de aquel trayecto tan extenuante, sino que prosigue con su sonrisa y sus pobres ojos

cataratosos encharcados.

»“¡Y qué hermosura de ángel! ¡Hasta con las narices sucias!”, dice emocionado.

»“Dígame dónde está el lavabo y me las limpio”, le respondo al instante, y él deja de admirar su compra de golpe, como si no la hubiese adquirido para que le replicase. Un pelín achantado, murmura: “Por esa puerta, sube las escaleras, la primera a la derecha”, y vuelve a su libro, que, al pasar, veo que está escrito en latín y se titula *Mysterium Baphometis Revelatum.*

»¡Menudo cuarto de baño! Dios mío, ¡aquí sí que estaban hechas de mármol las paredes, como soñaba la bohemia de la ópera! ¡Y toallas de tres centímetros de grosor! ¡Y bolsas de agua caliente colgando de los grifos! Esto sí que es vida, pensé, y eché media botella de esencia de lima en la bañera antes de sumergirme en el baño aromático. Pero, antes que nada, colgué mi vestido delante de la cerradura para que el señor Rosencreutz no pudiese espiarme.

»El caso es, caballero, que se preguntará cómo me las arreglo con las alas para bañarme. Bueno, como cualquier ave de corral, mis plumas son hasta cierto punto impermeables, aunque no tanto como las de un pato, claro. Mejor no enguarrarlas o me atengo a las consecuencias. Me acicalo un poco las alas con la punta de los dedos, hasta donde llego, me salpico otro poco, las sacudo a conciencia y como nueva. Así que fui con cuidado de dejar las alas fuera de la bañera, claro, pero el resto del cuerpo me lo lavé con toda normalidad y con el jabón de limón y demás me di un homenaje.

»Mientras me secaba con la toalla oí, como era de esperar, un garrapateo en la puerta, así que le espeté: “¡Basta ya! ¡Es más, no pienso salir del cuarto de baño hasta que no me traigan algo de ropa decente!”.

»“Bueno, le aseguro que sería peor para usted, Azrael, salir de sus abluciones con los harapos con los que entró, así que le propongo un pequeño acertijo. ¿Le gustan los acertijos, Azrael?”, dijo Rosencreutz.

»No respondí.

»“Si resuelve este acertijo, le daré cien libras además de lo que ya le debo, sin comisiones para *madame* Schreck”, me dice.

»“Dispare”, le suelto, y él se ríe para sus adentros, jovial.

»“Hermosa dama que ni una cosa ni la otra eres, ni humana ni volátil por entero (aunque eres volátil por humana, ¡ji, ji, ji!): para protagonizar el ritual que te tengo preparado, no tienes que salir del agua ni desnuda ni vestida”. Jadea tras la puerta satisfecho de su propio ingenio. “¡Y no te dejaré salir del baño hasta que estés lista!”, añade. Luego, el único ruido que oigo a través de la cerradura es el de su respiración pesada.

»Pensar en aquellas cien libras hizo que mi mente se concentrase maravillosamente, me senté en el borde de la bañera hasta que resolví la adivinanza. Como ve, caballero, la naturaleza me ha bendecido con una melena tremendamente larga y abundante. Así que me la peiné y me tapé entera con el mismo atuendo insuficiente aunque recatado que aquella *lady* Godiva vestía en sus paseos a caballo por las calles de Coventry. Puedo decir, por suerte, que tenía pelo de sobra en el que esconderme, pero ¿cómo fijarlo? Bueno, pues trencé un mechón y lo corté con la espadita de Nelson, que llevaba encima, como siempre, metida en el corsé. Y usé el mechón para atarme la cintura, sin olvidarme de encajar mi dorado complemento pegado a la piel a salvo de las miradas, desde luego.

»“¡Pues ya está!”, exclamo al abrir la puerta. Me planto ante él en medio de una nube de vapor cítrico, y cloquea para su coleto con una mezcla de satisfacción y, quizá, contrariedad, porque a saber qué me tenía reservado en caso de no acertar la respuesta.

»Me complace decir que mientras estaba bañándome y cepillándome llegó un copioso almuerzo al salón: ensalada, queso, carne de ave fría. Como estoy tan hambrienta, mordisqueo un muslito, aunque siempre que hay posibilidad no toco el pollo ni el pato ni la pintada y demás, por no incurrir en canibalismo. Pero esa vez, en aquel trance, pido perdón a mis plumosos congéneres y me lío a engullir. Y hay una botella de

burdeos bastante buena para regarlo, así que también tomo un poco. Enseguida Rosencreutz se pone a divagar.

»“No te imagines que vaya a haber nada carnal, indecente ni remotamente corpóreo en nuestra reunión de esta noche crucial en que la estrella se abandona en el casto abrazo de la luna en lo alto de esta misma casa, simbolizando la Exoneración y la Reconciliación postdiluvianas divinas del Terrible, ya que existe una advertencia secreta cuyo lema de pura cortesía es fruto de una confusión. Porque no es: ‘Honi *soit qui mal y pense’*, sino ‘Yoni *soit qui mal y pense’;* no *honi*, vergüenza para quien piense mal, sino *yoni*, en hindú: las partes pudendas femeninas, el hueco, el agujero atroz, el quiasmo terrorífico, el Abismo, la Hondura, el vórtice que lo absorbe todo sin piedad y lo arrastra a su interior, abajo, abajo, abajo, donde gobierna el Terror…”.

»¡De modo que aquel era el significado de su medallón de oro! El pene, representado por él mismo, aspira a las alturas, representadas por las alas, pero las partes pudendas femeninas, representadas por la rosa, lo arrastran hacia abajo, aspecto representado por el tallo entrelazado. Mmm. Esto es una especie de versión posiblemente maniquea de los rosacruces neoplatónicos, me digo; ¡mucho ojo, muchacha!, me exhorto.

»Tanta consternación le produce la idea del orificio que el pobre diablo farfulla y gime para su coleto hasta que se calla, aunque el Abismo no le es ajeno, porque solía acudir a él cada domingo solo para convencerse de que era tan horrible como siempre había creído. Me sirvo otra copa de burdeos para reunir fuerzas y otra a mi anfitrión, que parece necesitarla. Se la echa al gaznate sin prestar atención y, al poco, recupera suficiente ecuanimidad como para centrarse en asuntos más alegres.

»“¡Flora! ¡Célere espíritu del mundo en ciernes! ¡Alada y hacia los cielos dirigida! ¡Flora, Azrael, Venus Pandemos! Estos son solo un puñado de nombres de todos aquellos con los que podría honrar a mi diosa, pero esta noche te llamaré Flora, sin parar, porque ¿sabes que noche es hoy, Flora?”.

»Yo probé un pedazo de su excelente Stilton, reflexionando mientras lo saboreaba sobre el barroco eclecticismo de la mitología de Rosencreutz.

»“30 de abril”, dije, recelando de que aquello no acabase siendo otro acertijo.

»“Vísperas de mayo, Flora mía. En unos instantes será tu día, la verde bisagra del año. La puerta de la primavera se abrirá para dejar pasar el verano. ¡Será la alegre mañana de mayo!”.

»Saqué fuerzas de otra copa de vino con nerviosismo.

»“Y es que el mayo, la cucaña, no es, como es evidente, más que la simple representación de un *phallus;* por ejemplo, un *lingam;* por ejemplo, una puntiaguda y fructificadora lanza como la de Longino (¡nótese ese ‘long’!, la luenga lanza de Longino…)”; pero aquí se queda en blanco y tartamudea, porque está a punto de perderse en su propia mitología y ponerse artúrico, cosa que lo habría llevado de inmediato a un callejón sin salida. Se sirve más burdeos con mano temblorosa y prosigue con sus ritos de fertilidad.

»“Mayo, falo, *lingam…,* ¡ja! ¡Arriba!, ¡un empujón y para arriba!, mañana en todos y cada uno de los pastos de cada aldea de la alegre Inglaterra se alzará el sagrado falo de esta bendita estación y por eso, esta noche precisamente, escojo sustraerte de la casa oscura, del abismo, del erebo del invierno perpetuo gobernado por ese viejo gnomo infernal, *madame* Schreck”.

»A ver, “viejo gnomo infernal” le iba como anillo al dedo a *madame* Schreck, así que pensé que aquel bobo igual decía alguna cosa sensata entre tanta paparrucha y lo miré con algo más de indulgencia.

»¿Le gustaría saber cómo se llamaba, caballero? –se interrumpió de golpe Fevvers, lanzándole una súbita mirada de azul metalizado a Walser. Las horquillas se le habían aflojado entre los cimbreos de aquella media tonelada de pelo que ahora se agitaba y derramaba a su alrededor, y se había ruborizado, cosa que le daba un aire salvaje de ménade. El periodista palideció, fulminado por su atención total.

–No le veo muy católico, caballero –dijo Lizzie, con inesperada preocupación.

Y Walser, la verdad, se sentía al borde del desmayo. La mano que seguía sus dictados por la página obedientemente como un perrillo era ya como si no le perteneciese. Se bamboleaba en el extremo de su muñeca. De todas formas:

–No, no –mintió–. Ya se me pasa.

–¡Tiene que saber el nombre de ese caballero! –insistió Fevvers y, arrebatándole la libreta, lo escribió. Tenía una excelente, firme y fluida caligrafía inclinada. Al leerlo:

–Dios mío –dijo Walser.

–Ayer mismo leí en el periódico el impresionante discurso que dio en la Cámara a propósito del voto femenino. Que no es de su gusto. Debido a que las mujeres son de una sustancia espiritual demasiado distinta a la de los hombres, cortadas por un patrón espiritual diferente, y demasiado puras y refinadas como para andar ocupándose sus preciosas cabecitas con cosas de este mundo como la cuestión irlandesa o la guerra de los bóers.

»A lo largo de nuestra interminable, aunque unilateral, conversación, me revela que está muerto de miedo de hacerse viejo. Y, la verdad, ¿quién no? ¿Quién no teme el giro implacable de la rueda celestial de la que, un día, todos hemos de desplomarnos? Y, después de muchos titubeos y mucho circunloquio místico, por fin me lo suelta: que el sabio Artefius inventó un imán cabalístico que absorbía subrepticiamente el misterioso espíritu de la eflorescencia de las jóvenes (“eflorescencia, Flora”, dice, con tono significativo). Al aplicar una concentración de dichos espíritus sobre sí mismo por medio de sus artes mágicas y rejuveneciéndose continuamente, para Artefius todo el año era primavera; y eso esperaba lograr para sí el señor Rosencreutz.

»“Es más”, opina Rosencreutz, “¿acaso el rey David, al envejecer, no hizo dormir a Abisag la sunamita contra su pecho y ‘así se calentó’, y vivió doscientos, trescientos,´ años más, y se convirtió en uno de los

Nueve de la Fama?”. También me habló de un tal *signor* Guardi con quien había coincidido en Venecia, que tenía un retrato de sí mismo de joven pintado por Tiziano. Eso demostraba que el tal *signor* Guardi tenía sus buenos trescientos años o así, y le contó al señor Rosencreutz que se había hecho masajear por las doce hijas de un panadero de los Apeninos, que el aceite empleado consistía en una destilación de flores primaverales y extractos químicos que solo él conocía. Aunque una expresión todavía más furtiva se apoderó del rostro de Rosencreutz cuando se refería a la receta del *signor* Guardi, y pensé que se estaba callando algo.

»Pero lo que dijo fue lo siguiente. Que, dado que ya estaba versado en leyes esotéricas y artes mágicas, había sabido de mi existencia, del ángel fulgurante que lo desataría de todas las ataduras de lo material, el espíritu alado de la primavera universal, sabía también que estaba encerrada en el subsuelo, en el Infierno. Uhm, pienso yo al oír eso, y uhm, de nuevo, cuando empieza a rebuscar en su libro y señalar con un dedo rollizo las páginas donde se dice que muerte y vida son lo mismo. Y entonces el libro se le resbaló del regazo, a causa del tembleque, y finalmente, ruborizándose y farfullando, bajando la voz, me dice que está convencido de que uniendo su cuerpo en el umbral de la primavera al de Azrael, el Ángel de la Muerte, engañará a la susodicha y vivirá para siempre mientras la mismísima Flora queda libre por siempre del frío del invierno.

»Todo esto lo había comprobado durante las siete semanas que transcurrieron después de verme por primera vez, por medio de toda clase de geometrías cabalísticas, y que me lo enseñaría sin ningún problema, aseguró. Pero yo me había servido lo que quedaba del burdeos sin ofrecerle, porque consideraba que dos mil guineas era un precio muy barato, y así lo dije, aunque él estaba demasiado hundido en sus ensueños extáticos como para escucharme. Pensé que lo menos que podía hacer era descorchar otra botella de burdeos, visto que iba a acceder a la vida eterna por cuatro chavos y yo solo me quedaba con la

mitad del beneficio de tan estrafalaria transacción, pero el individuo estaba ciego y sordo al mundo temporalmente, prestando atención solo a los ángeles invisibles que le gritaban al oído, así que di un golpetazo con el libro en la mesa y eso hizo acudir a uno de sus esbirros por una puerta doble secreta escondida en el revestimiento de madera.

»“Si el caballero no estuviese tan exaltado por la presencia de su visitante, estoy segura de que habría pedido otra botella”, digo. “Probemos con un reserva del 88, esta vez, si la bodega llega hasta ahí”. (Porque si hay algo que me gusta, es una buena copa de vino bueno cuando hay oportunidad, señor Walser).

»“… comparado con los adeptos herméticos, los reyes son pobres”, murmura Rosencreutz, perdido en sus ensoñaciones, y el esbirro me guiña un ojo mientras apila los cacharros sucios en la bandeja, y masculla: “Guarda la cartera en el primer cajón de su escritorio, ya lo verás, acuérdate de mí”.

»Pues vaya si lo recuerdo, es el que me magreó la teta derecha, y casi me da pena el pobre diablo, vestidito de punta en blanco, desplumado por sus criados, engañado por charlatanes, hasta que el granuja vuelve con la botella. Rosencreutz se despierta con un sobresalto, dice: “¿Qué es esto? ¡No puedo dejar que los viles vapores anulen tus espíritus vitales!”. Y vuelca la botella de burdeos en el jarrón de rosas blancas, que se ruborizan. Así que me toca sentarme en una silla horrenda y dura, muerta de sed, y esperar a que amanezca para ponerme manos a la obra.

»Porque tengo pensado coger el dinero que se me debe y largarme.

»No…, ¡de vuelta con *madame* Schreck, nunca!, sino de vuelta a Battersea, porque lo que el señor Rosencreutz está dispuesto a pagar a cambio del privilegio de romperme un pedazo de cartílago es suficiente para que toda mi familia viva con toda comodidad, como se lo cuento a usted. Así que me paso las horas de aquella corta noche de verano bastante feliz, tonta de mí, porque pierdo el tiempo construyendo castillos de arena mientras Rosencreutz repite sus oraciones crípticas; se

ve que está tan emocionadísimo por la apoteosis que cree que prometen mis abrazos que parece medio trastornado.

»En algún lugar, un reloj toca la hora y, cuando llega a las cuatro o cuatro y cuarto, Rosencreutz vuelve en sí un poco y me dice que me tengo que preparar.

»“¿Cómo me preparo, amo?”, le pregunto con malicia.

»“A base de puro pensamiento”, dice, y me apostrofa: “Reina de las ambigüedades, diosa de los estados intermedios, ser en el borde de las especies, manifestación de Arioriph, Venus, Achamoth, Sophia”.

»Ni se imagina el vuelco que me dio el corazón cuando me llamó “Sophia”. ¿Cómo dio con el nombre con el que me bautizaron? Fue como si se apoderase de mí al saber mi nombre; aunque normalmente no soy supersticiosa, me entró un extraño temor.

»“Señora del centro de la rueda celestial, criatura mitad terrena y mitad aérea, virgen y puta, reconciliadora de fundamento y firmamento, reconciliadora de estados opuestos por mediación de tu cuerpo ambivalente, reconciliadora de los grandes opuestos de muerte y vida, tú que vienes a mí ni desnuda ni vestida, espera conmigo la hora que no es ni luz ni tiniebla, el amanecer antes de la salida del sol, cuando te me entregarás, pero yo no te poseeré”.

»Entregarse, ¡lo que hay que oír!, pensé, sopesando las sumas de dinero que nos traíamos entre manos. Pero adopté una actitud en apariencia sumisa y le pregunté con voz humilde: “¿Cómo lo haré, oh, gran sabio?”.

»“El resto del acertijo lo responderás a su debido momento”, recita. Así que me tuve que conformar con eso.

»Se preguntará sin duda, caballero, por qué no salté por la ventana y me largué, pero es que mi única noción espacial era que aquella casa se situaba en algún punto de los condados que rodean Londres; por lo demás, ni idea de dónde estaba. ¡Y me vería en un buen aprieto, ahí en medio de la nada sola, correteando para resguardarme de árbol en árbol como un puñetero perro hasta llegar a Battersea!

»He de decir, también, que detesto y le tengo miedo al campo. No me gusta estar donde no hay seres humanos, se lo digo sin tapujos. Me gusta la visión, el olor y el bullir de la humanidad como a la que más; y un pedazo de paisaje sin gente, sin la agradable humareda que sale de la chimenea de alguna vivienda humana, para mí es lo mismo que un desierto. Tampoco es que me haya pasado mucho tiempo en bosques y campos, por suerte, pero a veces, en la época de Mama Nelson, en las vacaciones de agosto, nos metía a todas en una calesa y nos íbamos al New Forest de pícnic, y yo siempre me alegraba un montón de volver a Wapping High Street, porque allí respiraba con más facilidad… *¡Cockney* hasta la médula, caballero!

»Además, caballero, soy una mujer honrada. Y el pobre granuja había pagado a tocateja, ¿no?, aunque yo no me hubiera embolsado ni un penique todavía. Pero tenía muchas esperanzas depositadas en aquellos miles de libras contra reembolso, más las cien extras que me había prometido a mí. Vamos, es que ya me veía comprando uno de esos hermosos caserones en las afueras de Lavender Hill y consiguiendo que Gianni, Isotta, Violetta y Lizzie y yo viviésemos a cuerpo de rey para los restos.

»Fue la promesa de dinero contante y sonante lo que me mantuvo allí y, bueno, pensé que tampoco tendría mucho problema con aquel viejo bobo en lo que se refería al jeringazo, porque tenía pinta de durar lo mismo que un conejito, no sé si me explico. Y, en mi inocencia, suponer una fatalidad mayor que esa…, pero ¡quién me lo iba a decir!

»Así pasó el tiempo, como suele, él parloteando para sí, hasta que aquellos marcos de plomo se aclararon. Momento en el cual estalló en una cantinela.

»“¡Unámonos, unámonos! ¡Ah, unámonos todos! Porque ha llegado el verano”.

»Y pega un brinco, apaga las luces eléctricas, abre de golpe el batiente. Entra un soplo de viento primaveral, todavía algo helado, en la sala y, tonta, ingenua de mí, temo por la salud del viejo.

»“¡Tápese esa calva que va a pillar un trancazo de muerte!”.

»Aquella palabra, “muerte”, tuvo un efecto electrizante en él; roznó y relinchó, tembló y resopló, aferrándose al marco metálico como si, sin su apoyo, fuese a hundirse, pero superado enseguida el espasmo, balbució:

»“¡Oh, mi *rejuvenatrix!,* ¡el Disco Fructificante ahora mismo se incrusta por detrás de la loma más lejana! ¡Túmbate en el altar!”.

»Señor Walser, aunque me ruborizo al admitirlo ante un hombre, intacta como estoy, sabía lo suficiente como para darme cuenta de que tumbarme boca arriba no solo no me supondría un placer, sino que el consiguiente intento de penetración provocaría una conmoción similar a una explosión en una fábrica de almohadas.

»“¡Tendrá que tomarme únicamente por detrás, oh, gran sabio, debido a mis plumas!”, me apresuré a advertirle, aunque me cuestioné mentalmente que le desagradase el orificio, y, aun así, como en un instante de perspicacia, se me ocurrió que su idea de magia sexual y la mía quizá no iban a coincidir.

»“¡Tú no te preocupes!”, exclamó en pleno frenesí. “¡Limítate a tumbarte!”.

»Se me acerca entre cabriolas, despeja la mesa donde se ha servido mi cena con un brazo esmirriado y tira libros y rosas por el suelo. Sin embargo, a pesar del terror sagrado que los invadía, sorprendí otra cosa en sus rasgos cerúleos, algo que me turbó tremendamente, y es que tenía esa mirada de malicia anticipada que he atisbado en la cara de mi ahijada Violetta cuando está a punto de meter los dedos en las glorias prohibidas del helado de chocolate. Entonces pienso: Este hombre me va a hacer daño.

»Al ver la sombra de la reticencia en mi rostro, se recompone un poco y, reuniendo la autoridad de un gran magnate de la industria, repite:

»“¡Túmbate en el altar!”.

»Dudando, me tiendo boca abajo en la mesilla. Se me acerca en dos zancadas. Yo me habría limitado a apretar los dientes y encomendarme

a Inglaterra de no ser porque vislumbré, al echar una ojeada fugaz por encima del hombro, algo brillante que le colgaba del viejo muslo retorcido mientras se abría la toga. Aquello era un utensilio más agresivo que su otra arma, pobre cosita, que se bamboleaba descargada, deslucida, desangelada…, a la luz fría y gris de la madrugada de mayo vi que aquello era… una espada.

»¡Saco la mía a la velocidad del rayo! ¡Cómo bendije mi espadita dorada! Cayó de espaldas farfullando "No es justo, no es justo…"; no había caído en la cuenta de que el ángel podía venir armado. No obstante, caballero, no podía rematarlo, ni hacerle daño a ningún mortal ni siquiera en defensa propia… y, a decir verdad, incluso en medio de aquella consternación, me dio no sé qué al ver al viejo bobo pasmado mientras se torcían sus planes, y se quedó aturulladísimo, tanto por la carcajada que le solté en plena jeta como por la visión del juguetito de la vieja Nelson.

»Antes de que se recuperase, yo ya me había escurrido de aquella jaula abierta como alma que lleva el diablo y dejándome suficientes plumas como para rellenar un colchón. El cabrón pegó un alarido de loco, un agudo gañido, al ver que su cárnico frasco de *elixum vitae* escapaba, y solo entonces salió tras de mí con lo que resultó ser una antigua lanza que a saber de dónde había sacado, e incluso consiguió herirme en el pulpejo del pie derecho, golpe del que todavía conservo la cicatriz…, ¡mire!

Se sacó un pie de la zapatilla de felpa y lo dejó caer sobre la rodilla de Walser, de manera que le tiró la libreta al suelo. Un costurón blanquecino en relieve cruzaba toda la planta.

–Prueba oracular –dijo Lizzie conteniendo un bostezo–. Ver es creer.

Walser recogió su libreta con un movimiento torpe.

–A excepción del salto la tarde aquella en el dormitorio de *madame* Schreck, hacía seis meses que no había vuelto a poner a prueba mis alas, pero el pavor me dio poderes sobrehumanos. Alcé el vuelo de aquel lugar vil, por encima del poste de mayo del jardín hacia el cual, en

aquel preciso instante, un tropel de niños que Rosencreutz debía de haber hecho venir del pueblo llegaba al trote, vestidos todos con túnicas endebles como de gasa, a pesar de la llovizna, con guirnaldas de margaritas en el pelo, listos para bailar y cantar para el adepto truculentamente rejuvenecido, que planeaba hacer de mí un sacrificio de mayo, caballero.

»Se dispersaron aterrorizados, llamando a sus mamis, cuando pasé volando. Me refugié en un bosquecillo cercano, en la copa de un olmo, donde asusté a una bandada de cuervos que dormía. Cuando recuperé el aliento, eché una ojeada para ver qué había abajo y vi a los esbirros de Rosencreutz, ahora vestidos de guardabosques, desbrozando la maleza en mi busca, así que me quedé quieta hasta que volvió a caer la noche. Entonces fui de escondite en escondite, siempre oculta, hasta que llegué a las vías del tren y me colé en un mercancías, me encaramé a un camión de patatas y me eché una lona por encima, porque, por aquel entonces, no era capaz de volar tan alto como para que las nubes me ocultasen, y no se me ocurre nada más llamativo, incluso en plena noche, que una mujer desnuda esquivando cables de telégrafos y sorteando señales de tráfico (dado que necesitaba las vías para orientarme de vuelta a Londres). Para mi alegría, el tren pronto atravesó zumbando Clapham Junction, me bajé justo en Battersea Park y emprendí el camino a toda velocidad a través del vacío oscuro rumbo a Queenstown Road agachándome entre los setos de ligustro hasta que llegué a casa sin novedad.

»¿Y a quién me encuentro en mi propia cama junto a Lizzie sino a la Bella Durmiente? Estaba tan agotada, tan embarrada, tan hambrienta y con los nervios tan destrozados debido a aquella experiencia horripilante, que me vine abajo y me eché a llorar porque no había sitio para mí, así que Lizzie se despertó.

–¡Y no puedo expresar lo contenta que me puse al verla! Porque Toussaint me había contado todo y me temía lo peor. Nuestra casa estaba copada por las refugiadas de *madame* Schreck y, si Fevvers tenía

mucho que contar, ¡ay, lo que teníamos que contarle las demás! Le preparé una buena taza de café con leche y se comió un par de huevos cocidos, una tostada, y al poco era de nuevo toda sonrisas. En cuanto al papel de Toussaint en este relato difícilmente creíble, caballero, él mismo lo ha dejado escrito en unas hojas que, por suerte, llevo en el bolso.

Lizzie exhumó ahí tres hojas de caligrafía impecable escritas en facturas de la heladería y que decían lo que sigue:

> Después de que viniera el hombre y secuestrara a Sophia, me sentí muy angustiado y habría ido tras él si el carruaje no se hubiese esfumado tan rápidamente. Volví a la casa y fui al dormitorio de *madame* Schreck. Pero, aunque la ropa de viuda aún colgaba de la barra de la cortina, ahora permanecía absolutamente inmóvil. No se movía.
>
> Me di cuenta de que dentro de las ropas no había nada y que tal vez jamás hubiera habido nada dentro de aquellas ropas aparte de un puñado de huesos secos agitados únicamente merced al poder de una voluntad infernal y una voz que era poco más que la exhalación artificial del aire de una vejiga o una bolsa; que *madame* era, o se había vuelto, una especie de espantapájaros del deseo. Me subí a una silla y la descolgué. Pesaba lo mismo que una cesta vacía y los mitones cayeron al suelo con un ruido blando. Un hilillo de polvo se deslió de los dedos tronchados. Deposité sus ropajes en la cama; estaban rígidos y secos como el caparazón de un insecto.
>
> En su escritorio había un contrato de compraventa. Había vendido a Fevvers al señor Rosencreutz no por dos, sino por cinco mil libras, la mitad pagable en efectivo a *madame* Schreck cuando el negocio se cumpliese, el resto lo recibiría… «después». (Todo lo que se le contó a Fevvers era mentira). No me gustó nada cómo sonaba aquel «después», pero no se me ocurrió qué hacer. Fui consciente de que había sido el testigo mudo de la infamia, pero ¿la policía creería que yo, el último en ver viva a *madame* Schreck, había sido el primero en encontrarla…, no muerta (porque quién puede decir cuándo murió ni si vivió en algún momento), sino… volatilizada? ¿Y quién mejor que yo sabe lo poderosas que eran las amistades de la vieja alcahueta en el cuerpo, teniendo en cuenta que todos los viernes desde que entré a su servicio recayó en mí la tarea de llevar en persona un pesado sobre a la comisaría de

Kensington con órdenes de no esperar recibo?

Fanny fue clave. Cogió de la caja fuerte de *madame* Schreck el dinero que se le debía a Fevvers, y luego, tras unos cálculos, una suma suficiente para compensar a las otras cinco, incluida la Bella, por la labor desempeñada en aquel lugar horrible: ni un penique más, ni un penique menos. Una vez repartida honradamente la herencia de *madame* Schreck: «Larguémonos de inmediato o acabaremos siendo cómplices del acto», dijo.

«¿Qué acto?», me pregunté, el terror me invadía. Pero no podíamos hacer nada más que rezar por que la astucia y el ingenio de Fevvers la mantuvieran a salvo. En cuanto a un refugio para aquellas desamparadas, no se me ocurrió nada más que la dirección que me dio Fevvers en su día, adonde llevé el primer y único salario que *madame* Schreck le liquidó. Teníamos que marcharnos, y deprisa…, antes de que llegasen los primeros clientes de la noche.

Metí a la Bella en el carruaje de *madame* Schreck en las caballerizas. Yo me llevaría el carro y el poni como cobro de parte de la deuda; ¿o no tendrá el esclavo derecho a heredar las herramientas con las que se escapa? Llegamos a Battersea pasada la medianoche y esta amable gente se levantó de sus camas para darnos una hospitalaria bienvenida, a pesar de su aflicción al enterarse de la desaparición de nuestra querida amiga, e Isotta nos buscó sofás, colchones y mantas para todas.

El día siguiente pareció interminable mientras, en un estado de agitación que se incrementaba hora tras hora, esperábamos noticias de nuestra preciosa amiga. Pero no fue hasta una noche en que la casa se había apaciguado en un sueño agitado después de una larga espera cuando ella volvió milagrosamente.

Walser leyó este documento, se fijó en la caligrafía escolar, la firma resuelta, la dirección más que comprobable. Se lo devolvió a Lizzie humildemente. Ella se lo guardó de nuevo asintiendo complacida.

–¡Ese Toussaint! Menuda labia tiene –comentó.

–¿Que qué ha sido de todos ellos, caballero? –se preguntó Fevvers: y respondiéndose de inmediato–: ¡Bueno, pues cada cual siguió su camino! Isotta y Gianni, padres amorosos como pocos, convencieron a la Maravilla de que ningún hijo puede decepcionar tanto a un padre ni a

una madre como para no aceptarlo de nuevo, de manera que se presentó en casa de sus padres adoptivos, que lloraron de alegría al recuperar a la vástaga de la familia después de tantos años, cuando el resto de hijas habían abandonado el nido. Albert/Albertina consiguió un puesto de criada con nuestra Jenny, y aunque dice que se ve limitada a prendas femeninas la mayor parte del tiempo, Jenny no sabe ya vivir sin ella. Fanny volvió a su Yorkshire natal donde, con la ayuda de los ahorros de *madame* Schreck, montó un orfanato en un pueblo obrero para niños de padres muertos en accidentes en los telares, así que hoy tiene veinte niños encantadores que la llaman «mamá». Por ventura estuve de suerte y logré hacer que un buen amigo, el académico *sir* R*** F***, se interesase por Telarañas. Supo valorar la cualidad de su visión única y logró que su mano se pusiera a la altura de su vista. Hoy tiene una excelente reputación como pintora de claroscuro, así que se puede decir que, si bien no ha salido de las sombras, lo mismo da: ha sabido llevarse las sombras a su terreno. En cuanto a la Bella…

–… todavía la tenemos con nosotras.

Pausa de tres latidos.

–Duerme. Y ahora cada día se despierta un poco menos. Y cada día come menos, como si intentase escatimar todo lo posible a la vigilia, dado que, por los movimientos bajo sus párpados y por los gestos dormidos de sus manos y pies, parece que sus sueños se hayan vuelto más urgentes e intensos, como si la vida que lleva en el mundo cerrado de sus sueños ahora estuviese a punto de poseerla por completo, como si sus despertares cada vez más desganados fuesen una interrupción de una existencia más vital, de tal manera que detestase pasar incluso aquellos instantes necesarios de vigilia con nosotras, vigilias tan extrañas como sus letargos. Su fabuloso destino: un sueño más vívido que el de la vida, un sueño que consume el mundo.

»Y, caballero –concluyó Fevvers, con una voz que ahora adoptó la entonación sombría y majestuosa de un órgano–, nosotras creemos… que su sueño será este siglo que comienza. Y, ay, Dios…, ¡lo que llega a

sollozar dormida!

Se hizo un profundo silencio mientras las mujeres se estrujaban las manos, como para consolarse, y Walser se estremeció, porque el camerino se había quedado frío como la muerte.

Entonces, en medio de la atmósfera silenciosa de la noche, les llegó el sonido del Big Ben de nuevo, pero el viento debía de haber cambiado de dirección un poco porque los primeros tañidos se oyeron débiles en la distancia, como si vinieran de muy, muy lejos, y, cuando Fevvers los oyó, se quedó inmóvil mirando hacia allá como un golden retriever que señala su presa. Levantó el hocico como husmeando el aire y los músculos del cuello se le hincharon y tensaron. Uno, dos, tres, cuatro, cinco…, seis…

Mientras el sonido de la última campanada se desvanecía, lo que dura un parpadeo, experimentaron una vertiginosa sensación, como si Walser y sus acompañantes y el mismísimo camerino se precipitasen de golpe en una tremenda caída. Se quedó sin aliento. Como si el cuarto que, en cierto modo, sin saberlo él, habían arrancado de su continuum temporal cotidiano hubiera estado dando vueltas alrededor del mundo que gira y ahora volviesen a encajarlo en su sitio.

–¡Las seis de la madrugada! ¡Pero qué horas! –exclamó Lizzie poniéndose en pie con energías renovadas.

Pero Fevvers parecía de pronto increíblemente abrumada, exhausta, al borde del colapso, como tras una actuación que le hubiera exigido una tremenda cantidad de energía. Le trepidaba el pecho como si se le fuese a salir el corazón. La pesada cabeza gacha como una campana después de tocar. Hasta parecía haber disminuido en tamaño, encogida hasta proporciones solo un poco más colosales que las humanas. Cerró los ojos y soltó un largo suspiro. El color abandonó sus mejillas y pareció macilenta y mucho más mayor a la luz incolora de la mañana que le prestaba al fulgor malva de las lámparas de gas un aspecto inerte y sobrenatural. La tarea de concluir la historia recayó sobre Lizzie, cosa que hizo sin demora.

–Después de aquel alegre reencuentro –comenzó Lizzie expeditiva–, mientras desayunábamos todos juntos, ¿pues no va y se presentan de visita Esmeralda y la Anguila Humana empujando un carrito con una gula dentro? Y le suelta: «Una cosa te voy a decir, Fevvers. ¿Tú no te has planteado nunca trabajar en el trapecio?».

Entonces Lizzie pegó un brinco y se puso a recoger y ordenar la lencería desparramada por el sofá, despidiendo tácitamente a Walser. Pero Fevvers se removió un poco, le echó una mirada a Walser en el espejo y añadió un remate cansada.

–El resto es historia. Esmeralda me consiguió aquel primer contrato con el Cirque d'Hiver. En cuanto me aventuré sobre el trapecio triunfé. París, Berlín, Roma, Viena…, y ahora mi propia ciudad, mi amada Londres. La primera noche aquí, en el Alhambra, después de bajar del escenario sobre un alud de flores, cuando Lizzie me quitaba el maquillaje tal y como nos ha encontrado usted hace un rato, llaman a la puerta. Y es un hombre con bombín y una panza enorme tapada por una faja con la bandera estadounidense, la Vieja Gloria veneradísima, caballero, y, justo en el ombligo, un símbolo del dólar así de grande.

»"¿Qué hay, mi plumosa amiga?", me dice. "Vengo a hacerla rica".

Bostezó, no como una ballena, no como una leona, sino como una chica que lleva demasiado tiempo despierta.

–Así que no tengo la menor duda de que pronto triunfaré en San Petersburgo, en Tokio, en Seattle, en San Francisco, Chicago, Nueva York…, allí donde haya una viga lo suficientemente alta para mi trapecio, caballero. Ahora, si con esto acabamos…

Walser cerró su libreta con un golpe. No cabía ni una sola palabra más.

–Sí, y tanto. Está perfecto, señorita Sophie, perfectísimo.

–Fevvers –lo corrigió ella rápidamente–. Llámeme Fevvers. Ahora Liz y yo tenemos que irnos a casa a dormir.

–¿Puedo llamarles un coche?

–¡Santo Dios, no! ¿Despilfarrar dinero en un coche? Nosotras siempre

volvemos andando a casa después del espectáculo.

Pero se tambaleó un poco al levantarse. La noche le había pasado factura. Intercambió una última mueca indescifrable con el reflejo deforme del espejo.

–Discúlpeme, caballero, mientras me pongo algo de ropa.

–La esperaré en la puerta de la salida de artistas, señorita –dijo Walser guardándose la libreta–. ¿Me permiten, quizá, que las acompañe?

Se miraron entre ellas.

–Ah… Puede acompañarnos hasta el puente, ¿verdad?

El guarda de la salida de artistas con su abrigo de cuero crujiente se estaba haciendo té en su fogón, hirviendo hojas, leche y azúcar todo junto, al estilo indio. Walser le aceptó un tarro de mermelada lleno de aquel brebaje. La mañana de octubre se iba volviendo más ligera pero no más clara; era un día gris de nubes bajas. Los desechos del placer ensuciaban la acera.

–Se ha pasado toda la noche con Fevvers, ¿a que sí? –le dijo el guarda con un guiño y un codazo–. Venga, no se me ofenda, paisano. Esa Lizzie la defiende como un perro guardián. Además, es toda una dama, nuestra Fevvers.

No obstante, envuelta en un chal negro roñoso, los grandes huesos de los pómulos resaltando en su cara, las manchas negras bajo los ojos azules, el pelo largo recogido con prisas de nuevo, parecía una trotacalles del montón de vuelta a casa después de una noche poco afortunada, o incluso una ropavejera que vuelve cargando con la dolorosa rapiña en el saco echado a la espalda, el enorme bulto que sobresalía entre sus hombros, que parecía encorvarla. Revivió en una muestra de vivacidad teatral para el guarda: «¡Mañana nos vemos, vejete!», pero rechazó el brazo que Walser le ofrecía y recorrieron Piccadilly en silencio, entre los madrugadores que iban camino del trabajo. Bordearon la Columna de Nelson, bajaron Whitehall. La madrugada no había refrescado el aire frío; traía un hedor opresivo a hollín y bosta de caballo.

Al final de Whitehall, a lo largo de la ancha avenida, después de dejar atrás la Madre de los Parlamentos, se acercó al trote un carreta de carbón tirada por tintineantes caballos de carga y, detrás, una procesión espontánea de mujeres de la clase más miserable, sin abrigos ni mantones, con mandiles de algodón, sayuelas desaseadas, zapatillas de felpa desgastadas en los pies sin medias, y también niños descalzos, corriendo, en barullo detrás de las carretas, las chicas y las mujeres con sus mandiles extendidos para pescar cualquier fragmento de carbón que pudiese saltar.

–¡Ah, mi Londres preciosa! –dijo Fevvers–. ¡La ciudad brillante! ¡La nueva Jerusalén!

Hablaba con tal neutralidad que Walser no fue capaz de distinguir si estaba siendo irónica. No dijo nada más. Walser estaba intrigado por aquel silencio después de tanta locuacidad. Era como si lo hubiese llevado al límite de la descarada trayectoria de su voz, lo hubiese atado en su ovillo y luego… se hubiese callado en seco. Dejándolo de lado.

En lo alto de la tracería resplandeciente de la Cámara, las manecillas doradas del Big Ben señalaban las siete menos cinco minutos. Las dos mujeres miraron el reloj y sonrieron con una complicidad de la que Walser acusó el sobrante al darse la vuelta Fevvers para estrecharle la mano. Un apretón fuerte, firme, masculino. Sin guantes.

–Ha sido un placer, señor Walser –le dijo–. Espero que tenga material suficiente para su artículo. Si se le ocurren más preguntas, ya sabe dónde encontrarme. Desde aquí llegaremos a casa sin problema.

–Ha sido un placer –convino Lizzie con una extraña semirreverencia tendiéndole un guantecillo infantil escarchado.

–El placer ha sido mío –respondió Walser.

El minutero del enorme reloj en lo alto avanzaba. Las mujeres pusieron rumbo al sur humeante cruzando el puente de Westminster contra el tráfico traqueteante que ahora desembocaba en el centro. Debido a su diferencia de estatura no podían ir del brazo, así que iban de la mano y, de lejos, parecían una madre rubia y heroica llevando de

vuelta a casa a su hija después de una expedición funesta al oeste de la ciudad; sus edades difusas, su relación invertida. Sus pies arrastraban lentos como la pobreza, aunque también eso era una ilusión; apedreada de diamantes, fustigada con perlas, era demasiado mezquina como para coger un coche.

El reloj tosió los prolegómenos de su tañido y a continuación tocó el preludio de la hora. Cuando el viento se apoderó de pronto de la melena de Fevvers, le arrancó la horquilla y la hizo revolotear por encima del río lúgubre trazando un amplio arco rubio, Walser casi esperó que también desplegase su plumaje, todo escarlata y púrpura, y aferrando su diminuta carga, su hija, su madre, contra su pecho, se lanzase en espiral hacia el cielo bajo nuboso, lo atravesase y adiós. Sacudió la cabeza para desembarazarse de aquellas fantasías frívolas.

Siete campanadas. Ahora eran del tamaño de una muñeca grande, de una muñeca pequeña, llegaron al final del puente y miraron atrás; vio las pálidas cuñas de sus rostros. Luego el tráfico las oscureció.

–¿Coche, caballero?

El caballo que esperaba resopló sobre una espiga de avena que sobresalía del morral.

En su alojamiento de Clerkenwell, Walser se lavó, se afeitó, se cambió de camisa y descubrió que, aquella mañana, prefería el obsequioso aunque inepto intento de café americano de su casera al té que solía tomar; Lizzie lo había macerado por dentro con su té fuerte aquella noche, hasta el esófago debía de tenerlo color caoba… Repasó sus anotaciones. ¡Menudo numerazo! ¡Qué estilo! ¡Qué vigor! ¿Y cómo se las habían ingeniado aquellas dos para llevar a cabo el juego de manos (o de oído, más bien) de los relojes? Cuando se sacó el reloj de bolsillo descubrió, sin sorprenderse, que se había parado precisamente a medianoche.

Pero ella, ¿cómo había hecho (o sabido) eso?

Se moría de curiosidad.

Como corresponsal entre guerras y aficionado entusiasta de los

cuentos, se dejó caer en su oficina de Londres aquella misma mañana y se encontró con su jefe taciturno bajo una visera verde, ocupado con las últimas noticias desde Sudáfrica.

–¿Qué te pareció la Venus *cockney?*

–La ambición de cualquier niño estadounidense con sangre en las venas es escaparse con el circo –dijo Walser.

–¿Y? –respondió el jefe londinense.

–No creo que pueda entender lo mucho que me gustaría tomarme un descanso de las noticias de última hora, jefe. Ese último brote de fiebre amarilla en Panamá me ha desgastado más de lo que pensaba. ¡Déjeme por un tiempo fuera del campo de batalla! Necesito recargar energías. Necesito refrescar mi capacidad de maravillarme. ¿Qué le parecería una serie de historias exóticas, maravillosas, de risas y lágrimas, suspense y demás, contadas desde dentro? ¿Y si, de incógnito, su corresponsal sigue a la artista más segura de sí misma de toda la historia del mundo por las ciudades más fabulosas del mundo? ¿A través de los páramos más insondables de Siberia y luego… hasta el país del Sol Naciente incluso?

»Mejor aún…, ¿por qué no se embarca su corresponsal, de incógnito, en la Gran Gira Imperial del capitán Kearney con la mismísima Fevvers? ¡La historia contada directamente desde el meollo? Jefe, ¡deje que lo invite a pasar unas cuantas noches en el circo!

II. PETERSBURGO

UNO

–Érase una vez un cerdo –empezó a contarle la *babushka* al pequeño Iván, encaramado, con los ojos como platos, en un taburete de tres patas junto a ella en la cocina mientras la anciana avivaba las brasas bajo el samovar con un enorme fuelle de madera con motivos folclóricos espléndidamente pintados, volutas y flores.

La espalda de la *babushka,* deformada por el trajín, se encorvaba con humildad ante la cacerola de cerámica burbujeante con la obediencia impotente y sumisa de quien implora un respiro o una clemencia que sabe de antemano que no se le va a conceder, y sus manos, aquellas manos deterioradas y venosas que los mangos del fuelle habían quemado sin querer a lo largo de décadas de uso, aquellas manos inmemoriales suyas, se separaban despacio y se volvían a juntar igual de lentamente, en un gesto hipnóticamente reiterado como si estuviese a punto de ponerse a rezar.

A punto de juntar las manos y ponerse a rezar. Pero siempre, en el ultimísimo momento, como si le viniera a la cabeza que había alguna labor doméstica que tenía prioridad, empezaba a separar de nuevo las manos. Entonces Marta se convertía en María y amonestaba a la Marta que llevaba dentro: ¿qué puede ser más importante que rezar? Sin embargo, cuando sus manos estaban de nuevo casi juntas, aquella Marta interior recordaba a María aquella otra cosa realmente más importante, fuese la que fuese… Y vuelta a empezar. Si el fuelle hubiera sido invisible, así habría sido el drama de la interrupción repetida una y otra vez de la secuencia, de tal manera que, cuando la anciana aventaba el carbón con el fuelle, podría haber sido, si un viento hubiese entrado y le hubiese arrebatado el fuelle, un pequeño paradigma de la tensión entre la carne y el espíritu, aunque «tensión» habría sido una palabra

demasiado enérgica para eso, dado que el cansancio de la mujer modificaba el ritmo de su imaginaria indecisión hasta el punto de que, en caso de no conocerla, la habríamos considerado perezosa.

Es más, su trabajo sugería una especie de incompletitud *infinita:* que el trabajo de una mujer jamás se acaba; que el trabajo de todas las Martas, y también de todas las Marías, todo el trabajo, tanto el temporal como el espiritual, en este mundo, y en preparación del siguiente, jamás se acabará: siempre habrá alguna exigencia que posponga indefinidamente todas y cada una de las tareas. Así que… ¡no había razón para darse prisa!

Cosa que le iba que ni pintada, porque estaba… casi… derrengada.

Rusia entera estaba contenida en la circunscripción de sus desbaratados movimientos; junto con gran parte de la esencia de su maltratada y marchita feminidad. Símbolo y mujer, o mujer simbólica, se acuclilló frente al samovar.

El carbón se fue poniendo rojo, negro, renegrido y enrojecido al ritmo de los suspiros resollantes que tan bien podrían haber venido de los pulmones exhaustos de la *babushka* como del fuelle. Sus lentos y apagados movimientos, su lento y apagado discurso, estaban llenos de la dignidad de la desesperanza.

–Érase una vez…, ¡buf!, un cerdo…, ¡buf!, que fue a Petersburgo…

¡Petersburgo! Dicho esto, el carbón refulgió y siseó; Petersburgo: el nombre simplemente basta para despabilarte, hasta cuando vives allí; hasta el alma exhausta de la Madre Rusia se despabila, un poco.

San Petersburgo, una hermosa ciudad que ya no existe. Hoy, otra hermosa ciudad de nombre distinto monta a horcajadas al portentoso Neva; en ese sitio estuvo San Petersburgo en su día.

Rusia es una esfinge. Tú, gran inmovilidad, antigua, hierática, una pata en Asia, la otra en Europa, ¿qué destino ejemplar estás tejiendo con la sangre y los nervios de la historia en tu vientre dormido?

No responde. Rebotan acertijos en sus flancos pintados de colores alegres como los de una troika campesina.

Rusia es una esfinge; San Petersburgo, la bella sonrisa de su rostro. Petersburgo, la más hermosa de las alucinaciones, el espejismo reluciente en la jungla del norte atisbada por un segundo de aliento contenido entre el bosque negro y el mar congelado.

Dentro de la ciudad, la dulce geometría de cada avenida; fuera, la Rusia sin límites y la tormenta que se avecina.

Walser se detuvo para flexionar los dedos helados y poner otra hoja en su máquina de escribir.

A una orden del príncipe, las rocas de la jungla se transformaron, ¡se convirtieron en palacios! El príncipe estiró su aristocrática mano, bajó la aurora polar y la usó a modo de candelabro… ¡Sí!, construida al igual que San Petersburgo por capricho de un tirano que quería que su recuerdo de Venecia cobrase forma de nuevo en piedra en una costa pantanosa en los confines del mundo bajo el más inhóspito de los cielos, esta ciudad, levantada ladrillo a ladrillo por poetas, charlatanes, aventureros y sacerdotes trastornados, por exiliados, esta ciudad lleva el nombre del príncipe, que es el nombre del santo que guarda las llaves del cielo… San Petersburgo, una ciudad construida a base de hibris, *imaginación y deseo…*

Igual que nosotros; o como deberíamos ser nosotros.

La anciana y el niño ignoraron el triquitraque de la máquina de escribir a sus espaldas. No saben lo que sabemos de su ciudad. Siguen con sus vidas, sin conocimiento ni conjeturas, en esta ciudad que está a punto de convertirse en leyenda, pero no aún, todavía no; la ciudad, esta Bella Durmiente, se revuelve y murmura, anhelante aunque temerosa del áspero y sangriento beso que la despertará, tironeando de sus anclajes en el pasado, esmerándose, deseosa de abrir brecha a través del presente en la violencia de esa auténtica historia a la que esta narrativa –¡como a estas alturas debe resultar obvio!– no pertenece.

… sus bulevares de estuco color melocotón y vainilla se disuelven en las brumas del otoño…

… en el jarabe de la nostalgia, adquiriendo la elaboración del artificio; estoy inventando una ciudad imaginaria sobre la marcha. Hacia

esa ciudad trota ahora el cerdo de la *babushka.*

–Érase una vez un cerdo que fue a Petersburgo a rezar –dijo la extenuada *babushka,* dejando a un lado el fuelle en el que se abrían las únicas flores del jardín yermo de su vida. Volcó la espita del samovar en un vaso. ¡Cómo le dolían los huesos! ¡Cuán amargamente se arrepentía de haberle prometido al niño un cuento!

–¿Qué le pasó al cerdo? –la urgió el pequeño Iván, todo ojos, patilargo, chupando una tarta caliente rellena de mermelada.

Pero resulta que la *babushka* no estaba como para andar preocupándose por el cerdo de su cuento. Que ella no era Sherezade.

–Se lo comió un lobo. Llévale este té al caballero y despégate de mis faldas. Sal un poco a la calle. Anda, vete a jugar, muchacho.

Cayó en genuflexión ante el icono. Podría haber rezado por el alma de su hija, la asesina, de no estar tan agotada como para limitarse a los rituales físicos de la fe.

En los oscuros recovecos de la hosca sala manchada de hollín, Walser, una silueta indistinta aunque vívida, estaba sentado ante una mesa de madera sin barnizar aporreando aquellas primeras impresiones de la ciudad en una vieja Underwood portátil desvencijada, su fiel compañera en la guerra y la insurrección. El niño con botas de fieltro sube a regañadientes despacito y deja el vaso de té lo más lejos que puede del mecanógrafo.

–*Spasiba!* –Los ágiles dedos de Walser se detuvieron y le ofreció al chico una de las pocas palabras que sabía en ruso como si de un regalo se tratase. El pequeño Iván echó una ojeada aterrada de soslayo a la cara del hombre cubierta de maquillaje rojo y blanco, soltó un débil gemido y se esfumó. En toda su vida anterior, Walser no había asustado jamás a los niños; a este lo aterrorizaban los payasos, un miedo nervioso con su punto de fascinación.

Walser releyó su texto. Aquella ciudad lo inducía a la hipérbole; nunca había sido tan profuso en adjetivos. Por lo visto, el payaso Walser era capaz de hacer malabares con el diccionario haciendo gala de un

entusiasmo que habría avergonzado al Walser corresponsal en el extranjero. Soltó una risita pensando en el ceño de su jefe frunciéndose al leer el envío, y dejó caer un par de arenosos rectángulos de azúcar gris en su vasazo de fluido ambarino (respetaba demasiado sus dientes como para hacer lo que la *babushka,* chupar los azucarillos, preciosos como caramelos, mientras sorbía). Otra vez sin limones. Los payasos se alojaban con los más pobres.

Notó en la frente una corriente de aire. Su disfraz era estilo «niño bobo», camisa blanca, pantalones cortos holgados, tirantes cómicos, una gorra escolar en lo alto de una peluca con los pelos de punta que se movía de sitio. Recolocándosela apresuradamente, volvió al teclado. Lugar y fecha, San Petersburgo, una ciudad incrustada de piojos y perlas, impenetrable tras un alfabeto extraño, una ciudad hermosa, rancia, ilegible. Fuera, en un patio asqueroso, el pequeño Iván y su amigo atraparon un gato callejero y lo hicieron caminar sobre sus flacuchas patas traseras de aquí para allá por el adoquinado. Querían ver a la pobre criatura muerta de hambre que maullaba patéticamente bailar como bailaban sus primos, los sofisticados y misteriosos tigres, en el circo del Coronel Kearney.

Si un cerdo llegó al trote a San Petersburgo para rezar, una cerdita algo menos piadosa vino a San Petersburgo a divertirse y disfrutar entre sábanas de seda en un vagón de primera clase, coche-cama. Esta afortunada, buena amiga del gran empresario en persona, contaba con un don particular: era capaz de adivinar el destino y el futuro con la ayuda del abecedario escrito en unas tarjetas; ¡sí, exacto!, podía rastrear el futuro como una trufa a partir de veinticuatro mayúsculas si se las ponían delante del hocico en orden, y sus talentos no acababan ahí. Su dueño la llamaba Sybil y siempre la llevaba consigo a todas partes. Cuando Walser se presentó en el Ritz en Londres suplicando un empleo en el circo –dar de comer a los elefantes, almohazar a los caballos, lo que fuese que salvaguardase su anonimato–, el Coronel Kearney invitó a su cerda a decirle si debía contratar o no al joven.

–Me tiene loco esta puerca, muchacho –dijo el Coronel Kearney con el deje inimitable de Kentucky–. Deje que le presente a la puerca en cuestión.

Meció en un brazo a una cerdita flaca, ágil, de mirada inquisitiva y la cabeza, con una pinta de decapitada que ni Juan Bautista en una bandeja, apoyada en un ancho tapete blanco de tafetán rígido y revenido. Sus minúsculas pezuñitas de bailarina estaban pulcramente replegadas bajo el pecho y sus ojillos rápidos, brillantes y nada amistosos destellaban ante Walser como bombillitas de color rosa. Era de un delicioso amarillo cremoso y relucía como un cerdo de oro porque el Coronel la masajeaba con el mejor aceite de oliva de Lucca cada mañana para evitar que su delicada piel se agrietase. El Coronel le hizo una carantoña bajo la barbilla y las orejas colgonas del animal se agitaron.

–Señor Walser, aquí tiene a Sybil, mi socia en el Juego Lúdico.

El Coronel se arrellanó a sus anchas en la silla giratoria, con las botas desgastadas encima del escritorio entre los aderezos de un julepe de media mañana: la botella de whisky Old Grandad, el cubo de hielo, un puñado de menta que volvía la atmósfera de un refrescante verde. Un hombre bajito, gordo, con una pelusa rala canosa encrespada en lo alto de una cabeza redonda que hacía juego con un intento de perilla (la barba le crecía a trancas y barrancas). Una nariz chata y unas mejillas moradas.

Una hebilla de bronce con la forma de un símbolo de dólar ceñía el cinturón de cuero por debajo del barrigón, seguramente el símbolo de dólar al que se había referido Fevvers. Hasta en la relativa intimidad de la *suite* de su hotel, el Coronel llevaba su indumentaria «distintiva»: unos pantalones hechos a medida bien ajustados a rayas rojas y blancas, y una faja azul adornada con estrellas.

La gloriosa bandera en persona, coronada por un águila dorada que desplegaba las alas con majestuosa indiferencia desde un asta colocada en un rincón…, ¡por muy nacido en Kentucky que fuese, no era un

patriota confederado! A la cruzada bandera azul, ni agua; él era de barras y estrellas. Sus mangas, enrolladas hasta el codo, tenían cierres metálicos. Su abrigo largo de corte anticuado colgaba del respaldo de la silla, en la que estaba también el bombín. Masticó, como si rumiase, un puro habano del tamaño del brazo de un bebé. Un humo lila, aromático, flotó y festoneó los alrededores de su cabeza.

Las paredes de damasco tenían una segunda capa de empapelado por un friso de carteles puestos a la buena de Dios en los que Walser vio por primera vez a los que serían sus compañeros de viaje: la mujer del gran felino que se hacía llamar Princesa Abisinia; Buffo el Magnífico y su *troupe* de payasos; los monos sabios de *monsieur* Lamarck («más listos que los micos»). Funambulistas, elefantes colosales…, un sinfín de prodigios con los que el Coronel pretendía recorrer el globo, todos juntos de la mano y con el dólar como denominador común.

Y allí estaba, de nuevo, Fevvers, la maravilla, meneando el coxis para Walser mientras alzaba el vuelo hacia a saber qué firmamentos fuera de encuadre. Carteles a punta pala, era como si el Coronel se hubiese construido una hermosa tienda de campaña endeble, provisional, entre las cuatro paredes solidísimas del hotel; los pósteres no solo se superponían con colores chillones, mal clavados, unos sobre los otros como compitiendo por la atención mientras se arrugaban en las paredes, sino que un tremendo torrente de recortes de periódicos, contratos y billetes verdes desbordaban de la enorme papelera que usaba como archivador, crujiendo rígidos en medio de la corriente de la ventana abierta al alegre bullicio de Piccadilly. Dentro, todo parecía en movimiento, deseando alzarse y salir a la calle.

En el suelo, junto al Coronel, había un barril beatíficamente estático de manzanas. De vez en cuando, el Coronel se agachaba a coger una reineta, que Sybil le quitaba de un bocado.

–¡Vaya si no!, Sybil y yo somos perros viejos en el Juego Lúdico –aseguró con voz ronca quitándose el puro de entre los dientes separados, descoloridos, y mirando con gesto confidencial la punta–. Hace muchos

años, en la granja de mi padre en Lexington, Kentucky, siendo yo solo un chaval, como de esta altura, ¿eh, Sybil?, me encontré con la damita de mayor categoría que haya hozado en un comedero, mejorando lo presente. ¡Vaya si no!, ¡era la señorita Sybil, la bisabuela de esta de aquí, ¡vaya si no! ¡La primera de mi gran dinastía de ayudantes porcinos!

»Como era yo un muchacho de ociosa pero perseverante disposición, me pasé todo aquel año, mi onceavo año, perfeccionando la técnica de la flauta nalgatoria, no sé si me entiende; solía ponerme de pie en lo alto del pupitre cada vez que mi profesor se daba la vuelta y descerrajaba un buen fraseo de flauta nalgatoria mientras el hombre apuntaba los ríos principales de Europa en la pizarra; siendo entonces un chavalín como era, podía poner toda mi potencia mental en lo que fuese siempre que aquello se tratase de algo desprovisto de toda utilidad, de modo que fue posar los ojos en la bisabuela de Sybil y decir para mis adentros: ¡Aquí tenemos un reto!

»Hice novillos del colegio, me costó tres meses enteros de descansado esfuerzo conseguir que la vieja dama se sostuviese sobre dos patas y agitase la bandera. Al principio no le eché cuentas, era un simple pasatiempo, pero después de cobrar mi primer centavo en el bar por ver a la Cerda Patriótica, ahí ¡vaya si noooo!, ahí ya lo vi claro. Nadie se queda calvo de golpe, sino paso a paso, ¿sabe usted, muchacho? Mi fiesta ambulante, mi ópera del ojo, mi peripatética celebración de la vida y la risa, todo comenzó una calurosa mañana sureña hace tantos años, cuando la bisabuela de la señorita Sybil aquí presente se irguió sobre dos patas y me enseñó una lección que no había aprendido en el colegio: ¿sabe lo que era, joven?

Mirando maliciosamente a través de la pantalla de humo del puro, se calló, no en busca de aquiescencia, sino por el efecto, y acto seguido recitó con alegría el lema del Juego Lúdico:

–«¡Al tonto el dinero le quema en las manos!». ¡Jo, jo, jo! –rio atronando como Papa Noel–. ¿Le apetece otro julepe? –Guardaba una

provisión de vasos en el primer cajón de la derecha de su escritorio–. De modo que oriundo de la soleada California, de Cape Horn, ¿verdad, joven? Y, como cualquier niño americano con sangre en las venas, quiere escaparse con el circo…

Sus ojos azul claro, enrojecidos, saltaban de aquí para allá; no dejaba de mirarte siempre que no fuese directamente. No era una compañía tranquilizadora, había algo frenético, algo turbulento bajo su bonhomía superficial; no tenía un pelo de tonto y no soportaba a quien lo tuviese. Walser no podía contribuir con ninguna habilidad especial, no sabía caminar sobre la cuerda floja, verlo montar una cebra sería como ver a un marinero a caballo; aun así, la benévola intuición del Coronel le dijo que aquel joven atractivo era barato, fuerte, versátil y, tal vez a largo plazo, una buena inversión, pero no a pesar de, sino gracias a aquellos inconvenientes. El Coronel compartió sus impresiones con la socia.

–¿Qué opinas, Sybil? ¿Contratamos o despedimos?

La cerda echó la cabeza a un lado un momento escudriñando la cara de Walser; luego soltó un curioso chillido bronco y asintió meneando las orejas.

–Ya veo que un joven apuesto como usted es capaz de encandilar a una bonita dama en dos segundos –comentó el Coronel, seductor, con otra mirada de soslayo a Walser. Se sacó de la boca el puro con el extremo ensalivado y tiró los quince centímetros que le quedaban en la moqueta. Luego se sacó el famoso montón de tarjetas del abecedario grasientas, con las esquinas dobladas, del bolsillo del chaleco, las barajó para comprobar que estuviesen todas, despejó la mesa con un barrido del brazo. La botella vacía de bourbon rebotó sin más consecuencias en una pila de citaciones judiciales de color rojo. Respirando ruidosamente, el Coronel colocó las cartas mientras Walser lo contemplaba con intrigado desconcierto. El Coronel depositó a la cerdita en el centro sobre las cuatro patas frente a las letras.

»Hala, Sybil, dime ahora, ¿cómo se las arreglará este señorito para deleitarnos?

Sybil examinó las tarjetas un momento, volvió a mirar a Walser entrecerrando los ojillos, pareció sumida por unos instantes en sus cavilaciones, luego, con aquel hocico trufero suyo, empujó las letras:

«P-A-Y-A-S-O».

Y sentó el culo, satisfecha. El Coronel la recompensó con un aplauso, le lanzó una manzana, revolvió la papelera de arriba abajo y extrajo de sus susurrantes profundidades una provisión de whisky. Abrió otra botella y –«menta y hielo hacen buenas migas»– regó sus vasos. La cerda volvió a saltar a su pecho acogedor, donde el Coronel la achuchó y mimó, pero sus ojos inquietos, no más enrojecidos que los de la propia Sybil, siguieron disparándose hacia Walser una y otra vez: ¿de qué va?, ¿qué trama…?, ¿es tan tonto como parece o más tonto aún?

–Bueno, joven –dijo–, ahora es usted un Uno de Mayo. No me pregunte de dónde sale eso…, es como llamamos aquí a los neófitos, los vírgenes en el ring, los que se estrenan en el arte del espectáculo. Un par de preguntas y ya. Primera: ¿es usted quisquilloso con las chinches?

Al negar Walser, riéndose, con la cabeza:

–Pues de perlas, porque no hay mejor sitio que el circo para las chinches bien enseñadas. A ver, que al final un circo no es más que un gigantesco bufet libre para la *Cimex lectularius*.

Entonces se las arregló para fijar un ojo espasmódico en Walser durante un segundo entero, pero sin dejar de hacer rechinar el puro entre los dientes, de manera que el humo rebotaba a todo su alrededor, y mientras sus delgados dedos de uñas mordidas retorcían las orejas de Sybil; la cerda ladeó la cabeza con intención hacia el joven, como si también ella estuviera ansiosa por oír la respuesta de Walser a la segunda pregunta que el Coronel estaba a punto de hacer:

–¿Cómo lleva usted las humillaciones?

Sobresaltado, Walser tosió su bourbon.

–Ya veo que no sabe ni los fundamentos del oficio de payaso –dijo el Coronel con voz melancólica–. Muy bien. Por mí no hay problema. Hay quien nace tonto, hay quien pasa por tonto y hay quien queda como un

tonto. Adelante. Quede como un tonto. Lo contrataré como aprendiz de payaso augusto, joven; firme un contrato de seis meses, nos lo llevaremos a Siberia. ¡Siberia! ¡Ah, todo un desafío! ¡Elefantes atravesando la tundra!

Dicho esto, le levantó una oreja a Sybil, hurgó con los dedos y sacó una ristra de pañuelitos de seda, cada uno con su estampado de barras y estrellas, y la hizo ondear alrededor de su cabeza.

–¡Supongo que puedo contar con un compatriota americano para lograrlo! ¡Todas las naciones unidas en el gran Juego Lúdico bajo la enseña de la mismísima Libertad! ¿Ve usted el plan general, jovencito? ¡Elefantes atravesando la tundra, cabezas coronadas que reverencian la *stravaganza* democrática! Luego, piénselo, ¡elefantes hasta el mismísimo país del Sol Naciente, joven! ¡Los elefantes de Aníbal se detuvieron poco después de los Alpes, pero los míos, los míos darán la vuelta al mundo! ¡Nunca antes, en toda la historia de las emociones y las risas, ha dado la vuelta al globo un circo americano!

¡Menudo visionario estaba hecho!

–Y después de este acontecimiento sin precedentes que marcará una época, lo dejaré a usted sano y salvo de vuelta en nuestros amadísimos Estados Unidos de América. ¡Vaya si no!

Dicho esto, pegó un puñetazo (la banderola aún en la mano) en el escritorio, la botella y los vasos tintinearon, y exclamó sin ironía ni sarcasmo, sino con franqueza, con el corazón henchido y emocionado:

–¡Bienvenido al Juego Lúdico!

Cuando Walser se maquilló por primera vez, se miró en el espejo y no se reconoció. Mientras contemplaba al desconocido que curioseaba con gesto interrogante desde el otro lado del cristal, le sobrevino una vertiginosa sensación de libertad que, durante todo el tiempo que estuvo con el Coronel, no acabó de evaporarse en ningún momento; hasta el instante en que se separaron y el yo de Walser, tal y como lo había conocido, se separó de él, experimentó la libertad tras la máscara, la disimulación, la libertad de hacer malabares con el yo, y, de hecho, con

el lenguaje, que es vital para nuestro yo, que es lo que hay en el corazón del espectáculo burlesco.

Concluidas sus oraciones, la *babushka* se tumbó en la cama instalada en lo alto de la estufa rusa y pronto estaba roncando. Walser mecanografió «fin» en su artículo por miedo a que la máquina perturbase aquel sueño antiguo. No quería llamar la atención sobre sus actividades periodísticas, pero estaba condenado a su atuendo cómico durante su estancia en la ciudad, porque los payasos tenían que pasearse por las calles a modo de peripatéticos anuncios andantes del circo del Coronel Kearney. De modo que fue hacia la puerta de la estufa rusa e interrumpió el juego del pequeño Iván con un silbido. Aun cuando al niño le resultasen increíblemente repelentes y siniestros los payasos, podía sobornarlo con unos cuantos kopeks para que llevase el sobre cerrado a la embajada británica, de donde volvería a Londres amparado en la discreción de la valija diplomática. (Walser se fijó en que el niño detestaba tocarle las manos).

A menos que quisiera ir a trabajar con los abucheos y las burlas de lo más granado de la purria de la ciudad pisándole los talones, se veía obligado a meterse por callejuelas secundarias, recorrer callejones hediondos con la colada tendida, pasando de largo por puertas lúgubres de austeras viviendas. En realidad, resulta que Walser solo había visto las horrendas asentaderas de una de las más bellas ciudades: una luz amarilla en la ventana de una farmacia, dos mujeres sin nariz bajo una farola, un borracho hecho un ovillo bajo un portal sobre un charco de vómito… En un canal lleno de cochambre, hielo en el pelaje de un perro muerto flotando. Bruma, y el invierno en ciernes.

Fevvers, acurrucada bajo un candelabro veneciano en el Hotel de l'Europe, no ha visto nada de la ciudad en la que Walser se alojaba. Ella ha visto cisnes de hielo con una abundante incrustación de caviar entre las alas; ha visto cristal tallado y diamantes; ha visto mil cosas lujosas, brillantes y transparentes que le han puesto esos ojos azul claro suyos bizcos de avaricia.

Sus caminos solo se cruzan en los barracones de ladrillo del Circo Imperial.

DOS

El Coronel persuadió, exigió, engatusó, insistió para que, durante su visita, la bandera estadounidense sustituyese a la del propio zar en el póster que coronaba el Circo Imperial, y allí languidecía, como si hubiese sucumbido al letargo del aire extranjero. El circo mismo, construido para albergar permanentes despliegues de los triunfos del hombre sobre la gravedad y la racionalidad, era un hexágono gigantesco de ladrillo rojo con un pomposo tramo de escaleras que subían hasta una entrada flanqueada a cada lado por cariátides de piedra de tres metros salpicadas de caca de paloma con forma de elefantes enjaezados levantándose sobre las patas traseras y alzando las delanteras en el aire. Estos eran los espíritus guardianes del lugar, los elefantes, los pilares del circo mismo encargados de soportar el espectáculo sobre las magníficas cúpulas de sus frentes igual que hacen con el cosmos hindú.

Después de pasar por la taquilla, el cliente dejaba su abrigo en el guardarropa que, durante el espectáculo, se convertía en una colección de pieles de marta cibelina, zorro y pequeños roedores preciosos, como si allí abandonase la piel de la propia animalidad a fin de no abochornar a los animales con ellas. Ya más ligero, entraba en un amplio vestíbulo con una barra de champán con espejos y subía por otra escalera, esta vez de mármol e interior, hasta llegar a la pista.

Alrededor de la pista circular había palcos rojos afelpados con ribetes, y los más afelpados de entre los afelpados, con el águila imperial, en oro. Por encima de la entrada de artistas pendía una plataforma dorada para la orquesta. Todo era elegante, suntuoso incluso, rematado con un lujo más bien desproporcionado que siempre parecía acumular mugre bajo las uñas, el lujo propio de lo rural. Pero el aroma de bosta equina y meados de león permeaba cada centímetro del tejido del edificio, de

manera que la estimulante contradicción entre los suaves y blancos hombros de las encantadoras damas que los jóvenes oficiales escoltaban hasta allí y las peludas pieles de animales en la pista resultaban en la mezcolanza nocturna del perfume francés y la esencia de la estepa y la jungla en la que el almizcle y la civeta se revelaban como elementos comunes.

Bajo la pista, en las bodegas, se encontraba la casa de fieras de la que desalojaron a los animales imperiales para acoger a los del Coronel Kearney. Un túnel conducía a un patio trasero amurallado en el exterior. Walser entró ahora en este patio a través de la modesta puertecilla, la entrada de artistas.

A aquella hora muerta de la tarde, bajo un cielo triste teñido por la lavanda del medio luto, en el patio no había más que un pajarillo de largas patas que picoteaba con aire de gourmet las fibras de un pedazo de boñiga de elefante sobre los adoquines. Una botella hecha añicos, una lata oxidada; una bomba goteaba agua que se congelaba al tocar el suelo.

Los únicos sonidos que llegaban desde la casa de fieras eran el continuo ronroneo susurrante de los grandes felinos, como un mar lejano, y el leve tintineo de los elefantes de carne y hueso del Coronel Kearney golpeteando las cadenas de las patas sin parar, durante todas sus horas de vigilia, dado que, en su milenaria y longeva paciencia, sabían muy bien que, en cien años, o en mil, o quizá mañana, o dentro de una hora –porque todo eran supuestos, una posibilidad entre un millón, pero una posibilidad a fin de cuentas–, si continuaban agitando sus cadenas, un día, cualquier día, los cierres de los grilletes iban a terminar rompiéndose.

Era un sitio desolador. El toque hogareño lo ponía una hilera de vestidos blancos de muselina recién lavados tendidos con pinzas en una cuerda, y ya se estaban agrietando en un r*igor mortis* provocado por los primeros indicios de la helada.

La Princesa Abisinia debía de haber hecho lavar todos sus vestidos,

porque cuando salió a recoger la colada solo llevaba unas enaguas y una camisola con, por encima, un mandil horrible acartonado de sangre tras darle de comer a sus fieras carnívoras. Fue quitando las pinzas de cada prenda escarchada y golpeándola enérgicamente por la cintura para que se doblase lo suficiente como para colgársela de un brazo. Era una criatura delgada con tirabuzones hasta la cintura. En la pista parecía una niña sentada tras el enorme piano Bechstein blanco, ancho como para dos princesas, y tocando para sus rugientes compañeros, pero, de cerca, la cara, aunque sin una sola arruga, era antigua como el granito, con los rasgos romos e introspectivos de las mujeres de Gauguin y un color suave, mate, de amargo marrón.

¡Crac! de sus finas manos de músico contra los vestidos de hielo.

La puerta que da a la salida de la calle se abre. Entra Lizzie, con su chaquetón de piel de, quién sabe, perro, su canotier rígido de paja más bien poco adecuado para la estación del año, una bandeja tapada con una tela blanca que no extingue el delicioso olor a tortitas recién hechas. Cierra la puerta de una patada y sube corriendo una salida de incendios metálica hasta una puerta que deja balanceándose a su espalda.

Desde esta puerta abierta, flotando por el aire estancado, una voz ronca se alzó con una canción si no desafinada, algo estridente.

–*Only a bird… in a gilded cage…*

Entonces aquella puerta también se cerró de golpe.

Walser despegó los ojos de la puerta cerrada y se agachó para atravesar el túnel camino de la pista.

¡Qué recurso tan barato, práctico, expresionista, aquel anillo de serrín, aquella pequeña «O»! Redondo como un ojo, con un vórtice inmóvil en el centro; pero lo frotas un poco, como la lámpara de Aladino, y al instante la pista circense se transforma en esa serpiente urobórica duraderamente metafórica con la cola en la boca, rueda que se transforma en círculo cerrado, la rueda cuyo final es principio, la rueda de la fortuna, la rueda de alfarero donde se formó nuestra arcilla, la rueda de la vida en la que todos acabamos rotos. ¡«O» de asombro o de

dolor!

Walser se emocionó, como siempre, ante el deteriorado aunque polivalente cortejo de la imagen.

El círculo mágico ahora lo ocupaban los monos sabios de Lamarck. Una docena de chimpancés, seis de cada sexo, todos con trajes a medida, sentados por parejas en pequeños escritorios dobles de madera, cada uno con una pizarrita y una tiza en la mano correosa. Un mono de sobrio traje negro con la cadena del reloj de bolsillo enredada sobre el pecho, un birrete ladeado en la cabeza, plantado en pie ante la pizarra, armado con una vara. Los alumnos estaban callados y atentos, en marcado contraste con la muchacha vestida con una mugrienta bata estampada que se sentaba en la barrera afelpada de la pista limándose las uñas. Bostezó. No les prestaba atención. Los chimpancés iban por libre; la adiestradora no era más que su cuidadora, y *monsieur* Lamarck, un borracho impenitente, los dejaba ensayar por su cuenta.

Walser no comprendía el diagrama dibujado con tiza, pero los chimpancés parecían ocupados en transcribirlo en sus pizarritas. La raya central de sus cabezas relucientes era blanca como un panal. El Profesor hizo unos gestos con la mano izquierda y señaló el margen inferior derecho del diagrama; una hembra del fondo de la clase levantó un brazo ansiosa. Cuando el Profesor la señaló con su vara, la hembra hizo una serie de gesticulaciones que a Walser le recordaron a los movimientos de manos de las bailarinas balinesas. El Profesor reflexionó, asintió y anotó en tiza otro arabesco en el diagrama. Las cabezas aseadas y brillantes se agacharon al unísono y el aire susurró con el garabateo de una docena de tizas, un sonido como de bandada de estorninos llegando al nido.

Walser sonrió bajo el blanco mate; ¡tremendamente cómicos, aquellos alumnos hirsutos! Aunque le picaba la curiosidad por aquellos misteriosos estudios. Volvió a observar detenidamente el diagrama, pero no fue capaz de sacar nada en claro. Aunque parecía… ¿seguro? ¿Era posible…? ¿Había algo escrito en la pizarra? Si se deslizase hasta el

palco del zar igual veía mejor… A hurtadillas entre los bancos escalonados con aquellos zapatones de payaso que aún no dominaba, un dedo del pie torpe golpeó una botella de vodka vacía en un peldaño. La botella bajó rodando el resto de gradas y reventó contra la barrera.

Ante este ruido inesperado, el grupo silencioso se giró y clavó en el intruso trece pares de ojos veloces y oscuros. Walser se escurrió en un banco e intentó pasar desapercibido, pero se dio cuenta de que había sorprendido un secreto cuando la lección se interrumpió de inmediato.

El Profesor sacudió un trapo amarillo y limpió el diagrama en un tris. La mona que había preguntado hizo el pino sobre la tapa de su pupitre. Su compañero de banco se sacó un tirachinas del bolsillo y le acertó al Profesor en toda la cara con una pringosa bolita de papel y provocó una farfullante y sobreactuada indignación.

Su aburrida cuidadora continuó limándose las uñas. Solo era el número de «los monos en el cole».

Al enfrentarse a esta insurrección en su aula, el Profesor reveló alegremente una provisión de capirotes guardados detrás de la pizarra. Brincó por toda la pista colocando un capirote en cada una de aquellas cabezas bailongas; luego, por inercia, saltó la barrera sin esfuerzo y Walser se ganó también un capirote de borrico. La cara del Profesor, sonriente como la de un gato de Cheshire, a menos de quince centímetros cuando se la colocó. Cruzaron miradas.

Walser jamás olvidó este primer e íntimo intercambio con uno de aquellos seres cuya vida transcurría paralela a la suya, aquel habitante del círculo mágico de la diferencia, inalcanzable…, pero no incognoscible; aquel intercambio con los ojos elocuentes del mudo. Fue como despejar una bruma. Entonces el Profesor, como si fuese consciente de que se habían encontrado en la sima de la extrañeza, puso un dedo en la boca de sonrisa pintada de Walser ordenándole silencio.

Los chimpancés, sintetizando toda su rutina, ahora daban vueltas y vueltas a la carrera montados en veloces monociclos. Se habían quitado sus trajes de marinero, debajo llevaban pantaloncitos de raso, y hacían

toda clase de trucos unos con otros. Algunos incrustaban sus astutos pies de cinco dedos en los radios de otro para hacer caer al piloto mientras otros se encaramaban a los sillones de sus monociclos y se ponían en equilibrio sobre una pierna hasta que la fuerza de la gravedad los hacía bajar. Pero Walser se fijó en que el Profesor observaba aquel jolgorio con aire de seria melancolía, y que los chimpancés no parecían disfrutar nada de aquel deporte, que llevaban a cabo aquellos movimientos con una actitud distante, mecánica, con ganas, quizá, de volver a sus estudios, fuesen estos los que fuesen, porque no hay nada más aburrido que jugar por obligación.

A lo lejos, un rugido difuso de los grandes felinos.

El Profesor, como si acabase de tomar una decisión, le cogió una mano a Walser. Aunque no le llegaba ni por la cintura, era un animalito bastante fuerte y resuelto, así que persuadió a Walser para que bajase el pasillo hasta la pista. Los chimpancés dejaron de dar vueltas, desmontaron, dejaron caer sus monociclos y se arremolinaron alrededor del hombre gesticulando; habría jurado que discutían qué hacer con él, aunque la confabulación tenía lugar en un silencio ruidoso. En ese preciso momento llegó Sansón el Forzudo, con su taparrabos de piel de tigre, tonificado después de levantar pesas, los muslos y los bíceps relucientes de aceite, pero el Forzudo le prestó tan poca atención a los chimpancés como a Walser. La mujer del Hombre Mono, en cambio, dejó la lima.

El Profesor señaló el capirote de Walser. Los chimpancés se balancearon adelante y atrás sobre las palmas de las patas como con una risa insonora. Luego la hembra que había levantado la mano para hacer aquella llamativa pregunta –Walser la reconoció por el lacito verde que llevaba en el pelo– le pegó un buen susto, saltó entre sus brazos y, agarrándolo del tronco con sus muslos peludos, le escaló por la espalda, encontró el broche del cuello que abría su pechera falsa. El broche saltó. La chimpancé se bajó.

La mano del Forzudo sacó un pequeño pecho blanco del peto de la

mujer del Hombre Mono mientras las manos recién repasadas de ella liberaban del taparrabos de tigre una herramienta de proporciones adecuadas a la estatura de su propietario, curvada como una cimitarra. Ambos ignoraron a Walser en su aprieto.

La Mona del Lacito Verde dejó la pechera falsa de Walser con cuidado en un pupitre y le pidió por señas que se quitase la chaqueta de retales. Nervioso, Walser miró a su nuevo amigo, el Profesor, en busca de consejo. El Profesor asintió: «Sí». ¿Qué quieren de mí?, se preguntó mientras se desvestía obedientemente. Cuando el Profesor cogió su vara, de nuevo, los chimpancés volvieron a sus pupitres para coger sus lápices y Walser se respondió vacilante: «A lo mejor…, una clase de anatomía…».

Estaba claro que los chimpancés habían sido sometidos a un exceso de demostraciones prácticas de biología, porque ni miraban a su cuidadora, tendida cuan larga era sobre una banqueta afelpada mientras las lunas gemelas del culo del Forzudo subían y bajaban sobre ella, aunque fuera de su campo de visión.

Ahora Walser llevaba por toda vestimenta el capirote, que no se habían molestado en quitarle, aunque le hicieron descalzarse para que el Profesor pudiera contarle los dedos de los pies. A Walser se le ocurrió que a lo mejor pensaban que la cara blanca, roja y negra de payaso era su verdadero rostro y que quizá empatizaban con él por creer que tenía alguna relación con los babuinos. ¿Acaso estaban, se planteó, bregando con la teoría de Darwin desde el otro extremo? Lacito Verde volvió a su pupitre y la lección empezó con todas las de la ley. Walser se plantó delante de ellos, desnudo y ejemplar, y el Profesor le hurgó el tórax con su vara, sin prisas, realizando aquellos gestos de las manos con los que parecían comunicarse. Walser se amustió bajo el escrutinio de los ojos de sus pequeños primos lejanos. Chirriaban las tizas en las pizarras. La vara hurgaba; Walser se iba girando obedientemente para presentar a la clase la espalda. El Profesor expresó un interés particular en los restos vestigiales de su cola.

Un silencio total y poco acostumbrado, incluso perturbador, llenaba ahora el edificio, interrumpido solo por los rítmicos gruñidos de los copuladores.

El Profesor hizo unos enérgicos movimientos como dando paso a un nuevo tema. Hizo girarse a Walser de cara a la clase, una vez más, y los eructos de las tizas resonaron de nuevo cuando le tocó levemente la boca con la vara y lo obligó a separar los labios. Luego cogió un cubo que algún distraído había dejado en la pista, le dio la vuelta y se subió encima para ver mejor el interior de la boca de Walser. Después, lo miró directamente a los ojos y le provocó otra vez aquella mareante incertidumbre sobre qué era humano y qué no. Qué serio, qué implorante parecía el Profesor cuando empezó a abrir y cerrar su boca como un pececillo recitando un poema.

Los gruñidos del Forzudo empezaron a acelerarse.

Walser comprendió que ahora el Profesor quería que les hablase, que su habla era para ellos de incomparable interés. El Profesor siguió encaramado en el cubo, observando atentísimo las evoluciones de la lengua y la úvula en el interior de la boca del hombre mientras empezaba vacilante:

–¡Qué invento más admirable, el hombre! ¡Qué noble su raciocinio! ¡Qué infinitas sus facultades!

El Forzudo finiquitó su orgasmo entre un torrente de animalescos gemidos, un alboroto tal que Walser se trabucó mientras recitaba, pero, en pleno éxtasis del Forzudo, Sybil irrumpió en la pista como si la hubieran disparado con un cañón, a una velocidad considerable para un cerdo. Hizo saltar los pupitres y a los alumnos por los aires. Llevaba la gorguera blanca rajada y torcida y chillaba como si fuese época de apareamiento.

Salvó la barrera de un tremendo salto y aterrizó en el suelo del palco real sin dejar de armar escándalo ni mientras se escondía por debajo de las alfombras.

El Forzudo bramó; Sybil chilló; ahora se elevó el grito desolado del

Coronel por su cerda en peligro; y, desde la casa de fieras, de pronto, llegó una inmensa fuga de rugidos, como si todos los felinos fuesen pedales de un órgano gigantesco sonando a todo trapo. Entonces, un grito que helaba la sangre:

–¡TIGRE SUELTO! ¡TIGRE SUELTO!

Con las prisas, el Profesor volcó el cubo tintineante. Sus alumnos se subieron a los pupitres derribados y treparon por los postes hasta la plataforma de la orquesta, donde se quedaron agachados entre los facistoles, con los ojos como platos y parloteando agitados, llenos de terror atávico y selvático. Los amantes de la banqueta afelpada se pusieron en pie con la cara blanca y se echaron a temblar.

Walser, desnudo, abandonado por los monos, pensó: ¡No quiero morir con un capirote de borrico! Y se lo arrancó de la cabeza.

Corrió. Saltó por encima de la barrera y estaba a medio camino entre el anfiteatro y la salida principal cuando, igual que la esposa de Lot, no pudo resistirse a echar una mirada atrás.

El tigre entró corriendo en la pista siguiendo el olor de Sybil.

Salió del pasadizo como un rayajo de mercurio naranja, o como un metal líquido aún más extraño, un supermercurio. Más que correr, fluía: un raudal husmeante de color marrón y amarillo, muerte caliente y derretida. Merodeó y rugió entre los restos de la clase de los chimpancés, olisqueando con sus enormes y aleteantes fosas nasales el aire delicioso de la fragante libertad mezclada con el olor de comida a mano. Qué blancos eran sus dientes; los dientes sañudos de los carnívoros.

El Forzudo se deshizo del abrazo de la mujer, se apretujó el taparrabos contra sus partes y huyó hacia la puerta del auditorio. Era un excelente espécimen en condiciones óptimas; zigzagueó entre gradas, dejó atrás a Walser inmóvil como una columna de sal y se esfumó. La puerta rebotó a sus espaldas. Walser oyó el sonido de los cerrojos.

Ahora la única salida de la pista era el camino por donde había entrado.

Estoy en una trampa mortal, pensó Walser.

La mujer del Hombre Mono, con los tobillos bien atados por las bragas bajadas como si estas fuesen unos grilletes, soltó un alarido que helaba la sangre.

Estamos en una trampa mortal, pensó Walser.

Cuando el tigre oyó gritar a la mujer supo que en el menú había algo mejor que cerdo. Arqueó la espalda. La cola se irguió atenta. Alzó la pesada cabeza. Sus ojos amarillos recorrieron toda la pista como reflectores, buscando el origen del grito.

La mujer aterrorizada se deshizo de su ropa interior y corrió a lo largo de los bancos circulares.

Los ojos giratorios del tigre la captaron. Rascó con las garras traseras levantando nubecitas de serrín. Echó hacia atrás aquellas orejas redondas de hipócrita suyas. A la mujer se le enganchó la bata, ondeando como una vela, en un clavo que sobresalía y la hizo tropezarse. Cayó de cabeza en el pasillo.

Walser recuperó el control de sus extremidades. Antes de darse cuenta había tomado una decisión, se lanzó anfiteatro abajo hacia la bestia de ojos ambarinos justo cuando estaba a punto de abalanzarse sobre la mujer. Involuntariamente, igual que su gesto heroico, Walser soltó un grito de guerra formidable y mudo: «¡Aquí viene el Payaso que matará al Tigre!».

¿Matarlo, cómo? ¿Estrangulándolo?

TRES

Luego, una habitación siseando a la luz verdosa de una lámpara de gas en la que Walser abrió los ojos y vio una figura que se cernía sobre él sumergiendo vendas en una jofaina de agua rosa que olía muchísimo a fenol. Estaba tendido en una especie de diván. Lo que teñía el agua era su sangre. Cerró de nuevo los ojos. Fevvers volvió a aplicar la venda húmeda en su hombro sin miramientos. Ahora que estaba consciente, pegó un grito.

–Calma –le aconsejó Lizzie poniéndole en los labios el borde de una taza de té dulce caliente. Té con leche condensada de lata. Té inglés. Fevvers no disminuyó la presión del vendaje. Llevaba una austera camisa blanca cerrada por el cuello con una corbatita enfática, pero eso no la hacía en absoluto masculina. Tapizada por aquella tela nívea, su pecho parecía tan vasto como le pueda parecer el de su madre a una criatura cuando se inclina sobre la cama del enfermo. Su desagrado era palpable.

–¿Así que te has escapado para unirte al circo, amor? –le preguntó de malas maneras. Evidentemente, ya no le parecía necesario llamarlo «caballero».

Walser se retorció entre sus socorredoras, emburujando la mantilla en la que lo habían envuelto. La mantilla estaba hecha de decenas de retales cuadrados de lana y su ejecución hacía gala de una entrañable incompetencia infantil, la primera prueba auténtica, se fijó, de la existencia de la tribu de sobrinos *cockneys* de la que siempre hablaban. No llevaba la peluca y tenía el pelo chorreando.

–El tigre te pegó un zarpazo y luego la Princesa encendió la manguera –dijo Lizzie–. ¡Fussssh! Le pegas un buen chorrazo de agua, es el truco. Le cortas la respiración al bicho. Lo hace retroceder. Entonces lo pillas

con una red.

En el nuevo camerino de Fevvers había cosas reconfortantes, familiares. Un reloj dorado con el Padre Tiempo, parado en las doce. Un póster doblado por los bordes en la pared. Un hervidor humeante. Lizzie le hizo beber más té.

–Aunque, claro, ¡no es un tigre, exactamente! –le informó Fevvers–. No te dio tiempo a mirarle entre las patas, ¿no? Tigresa. La hembra de la especie. Más letal que el macho, etcétera.

–¡Abalanzarse contra una puñetera tigresa! –exclamó Lizzie–. ¿Pero qué te dio?

–Se lo estaba montando con la señora del Hombre Mono, ¿verdad? –dijo Fevvers con tono neutro. Apretó con demasiada firmeza la compresa y Walser volvió a gritar.

–¿Para qué negarlo?

–Anda que ha tardado –dijo Lizzie.

–Está hecho un colador –respondió Fevvers.

–Doy por hecho –le dijo Lizzie a Walser– que quiere usted seguir de incógnito.

–Somos las únicas al tanto –terció Fevvers como sopesando la posibilidad de un chantaje.

–¿Pero qué se trae entre manos? –le preguntó Lizzie a Fevvers, como si el joven no estuviese presente.

–Ya te digo que ni idea.

–Estoy aquí para escribir un reportaje –respondió él–. Un reportaje sobre el circo. Sobre el circo y sobre ti –añadió tan conciliadoramente como fue capaz.

–Y eso incluye follarse a la señora del Hombre Mono, ¿verdad?

Fevvers echó una mirada aviesa al vendaje y lo soltó, volcó la jofaina de agua en el cubo de debajo del aguamanil y se limpió las manos en su falda plisada con gesto desdeñoso. Aun así, como si obedeciesen a una circunstancia que precediera a su decepción con Walser, las mujeres lo trataban con brusca compasión. Enseguida llegó un médico bien

abrigado para vendarle las heridas, y Fevvers le pagó.

–Ya ajustaremos cuentas más tarde –le dijo afectando un tono de furcia con corazón de veinticuatro quilates.

Una mona (con lacito verde en la cabeza) trajo un montón de ropa pulcramente doblada, una peluca y también un capirote, y lo volvieron a vestir antes de mandarlo de nuevo al Distrito de los Payasos. Fevvers hasta le puso un poco de base de maquillaje apresuradamente para que siguiese disfrazado, porque el brazo derecho le dolía tanto que no podía hacerlo él. En cualquier caso, Walser se sentía en inferioridad de condiciones, así que estaba deseando salir del camerino.

Al cerrar la puerta, Lizzie le dijo a Fevvers pensativa:

–¿Cómo crees que hace llegar sus envíos evitando al censor?

Algo dolorido y dolorosamente consciente de que, por medio de la «heroicidad» de su extravagante gesto, «había quedado como un tonto» tal y como había vaticinado el Coronel, Walser volvió tembloroso por el patio trasero, donde los niños enmanoplados y enbufandados del funambulista Charivaris hacían equilibrios jugueteando sobre la cuerda del tendedero de la Princesa. Ya estaba oscuro. De la casa de los monos llegaba el eco de un rítmico aporreo: el Hombre Mono sacudía a su mujer como si fuese una alfombra.

CUATRO

El Distrito de los Payasos, el nombre genérico del alojamiento de todos los payasos, ubicado temporalmente en aquella ciudad en el conventillo de madera podrida donde la humedad chorreaba por las paredes como rocío, era un lugar donde reinaba la lúgubre atmósfera de una cárcel o un manicomio; los payasos destilaban la misma paciencia mutilada que encontramos entre compañeros de instituciones cerradas; una voluntaria y terrible suspensión del yo. A la hora de la cena, los carasblancas se reunían alrededor de la mesa, bañados en el vapor acre de la sopa de pescado de la *babushka,* poseídos por lo inerte de aquellas máscaras mortuorias como si, en esencia, estuviesen ausentes de la comida y hubiesen dejado unas réplicas vacías en su lugar.

Observemos, en su descanso tras bambalinas, a Buffo el Magnífico, el payaso en jefe, sentado por derecho no en un extremo sino en el centro magistral de la mesa, en el lugar donde Leonardo sienta a Jesucristo, reservándole la tarea sacramental de romper el pan negro y repartirlo entre sus discípulos.

Buffo el Magnífico, el terrible Buffo, el desternillante, espantoso, devastador Buffo, con aquella cara redonda y blanca y los estrechos círculos de pintalabios alrededor de los ojos, su boca de cuatro comisuras, como una pajarita, y, para rematarlo, bajo su gorro cónico blanco ladeado canallescamente, lleva una peluca que no simula pelo. Es, de hecho, una vejiga. Denle una vuelta a eso. Lleva por fuera lo de adentro, y una parte de sus interiores más obscenos e íntimos, además; para pasar por calvo, se guarda el cerebro en el órgano en el que, normalmente, se guardan los meados.

Es un hombre grande, de más de dos metros de altura y ancho en proporción, así que da risa verlo tropezarse con cosas pequeñas. La

mitad del mérito es de su estatura; verlo tan y tan grande y que luego sea incapaz de ejecutar las técnicas de movimiento más simples. Este gigante es víctima de los objetos materiales. Las cosas están en su contra. Se la tienen jurada. Cuando intenta abrir una puerta se queda con el pomo en la mano.

En momentos de consternación, sus cejas, negras y pobladas a fuerza de rímel, se arquean altísimo y la boca se le abre de golpe como si ceño y mandíbula inferior fuesen imanes con polos opuestos. Chasquea la lengua contra sus dientes como lápidas amarillas, recoloca el pomo con finura exagerada. Retrocede. Se acerca a la puerta de nuevo, con una confianza en sí mismo ridículamente injustificada. Agarra el pomo con firmeza; esta vez, sabe que está encajado…, ¿acaso no lo ha ajustado él mismo? Pero…

Todo se derrumba con solo el retumbar de sus pasos. Él es el centro que no encaja.

Se especializa en comedia física violenta. Le gusta quemar payasos policía vivos. Como sacerdote loco, oficiará bodas de payasos donde Grik o Grok disfrazados se ven sujetos a las más extravagantes humillaciones. Hacen una «Cena Especial de Navidad» en la que Buffo ocupa su crístico sitio en la mesa, blandiendo un cuchillo en una mano y un tenedor en la otra, y le traen a cualquier pobre augusto, con una cresta en la cabeza, a modo de pavo. (Las ristras de salchichas embutidas en los pantalones de este pavo dan mucho juego). Pero este asado, así van las cosas en el mundo de Buffo, se levanta e intenta darse a la fuga…

Buffo el Magnífico, Payaso de Payasos.

Le encantan los chistes viejos, las sillas plegables, los púdines explosivos; dice: «Lo bonito de ser payaso es que nada cambia jamás».

En el clímax de su número, después de que todo se haya derrumbado a su alrededor como si hubiese estallado una granada, empieza a deconstruirse. Su cara se retuerce en una mueca feísima, como si intentase librarse del maquillaje blanco que la embadurna: ¡fuera!,

¡fuera!, librarse de sus dientes, librarse de su nariz, librarse de sus ojos, dejar que todo salte por los aires en un autodesmembramiento incontenible.

Empieza a dar vueltas y vueltas sobre sí mismo.

Entonces, cuando uno cree que esta vez a Buffo el Magnífico se le van a salir las piezas a base de girar, como si se hubiese convertido en su propia centrifugadora, el formidable redoble que acompaña a este extraordinario despliegue concluye y Buffo pega un brinco, sacudiéndose en el aire, y cae plano boca arriba.

Silencio.

Las luces se atenúan.

Muy, muy despacito y luctuosamente, ahora tocan la marcha fúnebre del oratorio de *Saúl,* encabezada por Grik y Grok, los payasos músicos, con un bombo y un flautín, un violín minúsculo y un enorme triángulo tocado con un gesto ostentosísimo; Grik y Grok, que forman entre los dos una orquesta entera. Este es el número titulado «El funeral del payaso». El resto de payasos traen un ataúd exageradamente grande envuelto en la bandera del Reino Unido. Lo depositan sobre el serrín junto a Buffo. Empiezan a meterlo dentro.

Pero ¿cabrá? ¡Por supuesto que no! ¡No se le doblan los brazos ni las piernas!, ¡no hay manera de que obedezcan! ¡No hay quien doblegue a esta fuerza de la naturaleza, ni siquiera muerto! Pozzo o Bimbo salen disparados a por un hacha para cortar trozos, para cortarlo y dejarlo de la talla del ataúd. Resulta que el hacha es de goma.

Finalmente, para risa de todos, a saber cómo, terminan consiguiendo embutirlo en la caja y colocar la tapa encima, aunque no deja de sacudirse y culebrear, porque no hay manera de que el muerto se quede quieto. La concurrencia payasa levanta el ataúd sobre los hombros; les cuesta un poco coordinarse entre ellos como portaféretros. Uno se cae de rodillas y, cuando se levanta, otro va al suelo. Pero en un momento dado el ataúd está en alto sobre los hombros y se preparan para iniciar la procesión alrededor de la pista.

¡Momento en el cual Buffo revienta la tapa! La atraviesa. Con un brutal estrépito de la madera al romperse, dejando atrás un enorme agujero con su silueta en el endeble material. ¡Aquí lo tenemos de nuevo, vivito y coleando, blanco, negro y rojo! «Me cago en la leche, ¿os creíais que estaba muerto?».

Tumultuosa resurrección del payaso. Sale de un brinco del ataúd mientras sus acólitos lo sostienen todavía en alto, se baja con una voltereta en el aire (empezó su carrera como acróbata). Estallido de aplausos, vítores. Da vueltas por la pista a toda pastilla, agitando las manos, besando a los bebés que no lloran de terror, revolviéndole el pelo a los niños bamboleantes de ojos saltones entre risas y lágrimas. Buffo, que estaba muerto, vive otra vez.

Y salen todos de la pista siguiendo a este parrandero demoníaco, maligno y cautivador.

Los demás payasos lo llaman el Viejo, como señal de respeto, aunque ni llega a la cincuentena; oscila entre edades críticas.

Una sed tremebunda, perpetua, condiciona sus hábitos personales. Los bolsillos siempre le abultan por las botellas; bebe que es un prodigio, aunque no parece que quede satisfecho jamás, como si el alcohol fuese un sustituto inadecuado de un estupefaciente algo más embriagador o sustancial; como si le hubiera gustado, en caso de poder, embotellar el mundo entero, volcárselo en la garganta y luego mearlo contra una pared. Al igual que Fevvers, era un *cockney* de pura cepa; su nombre auténtico era George Buffins, pero hacía mucho que lo había olvidado, aunque era un gran patriota, británico hasta la médula, aunque hubiese vagabundeado al servicio de la diversión tanto como el propio Imperio Británico.

–Nos matamos –dijo Buffo el Magnífico–. A menudo nos ahorcamos con los tirantes de colores chillones con los que sujetamos estos pantalones holgados como las faldas que llevan los musulmanes, no sea que el Mesías nazca de un hombre. O, a veces, igual le birlamos una pistola al domador de leones, le cambiamos las balas de fogueo por

proyectiles de verdad. ¡Bang!, una bala en la cabeza. Si estás en París te puedes tirar cuando pasa el metro. O, si has sido tan afortunado como para poder permitirte electrodomésticos, puedes gasearte en tu solitaria buhardilla, o no, lo que te plazca. La desesperación es la fiel compañera del payaso.

»Y es que, con no poca frecuencia, en hacer de payaso no entra ninguna noción de voluntad. A menudo, como veréis, nos metemos a payasos cuando todo lo demás sale mal. Si miráis bajo estos emplastos impenetrables de pintura blanca encontraríais los rasgos de gente que en su día estuvo orgullosa de dar la cara. Encontráis, por ejemplo, al trapecista al que le fallaron los nervios; al jinete a pelo que dio una voltereta de más; al malabarista al que le tiemblan tanto las manos, de beber o de pena, que ya no es capaz de mantener las pelotas en el aire. Y luego no queda otra cosa que la máscara blanca del pobre Pierrot, que invita a una risa que, de lo contrario, sería espontánea. La risa del niño es pura hasta que se ríe de un payaso por primera vez.

La hilera de blancas cabezotas asintió lentamente, al unísono, en señal de conformidad.

–La risa que crea el payaso es proporcional a la humillación que se ve obligado a soportar –continuó Buffo volviéndose a llenar el vaso de vodka–. Y aun así, podríamos decir que el payaso es la vivísima imagen de Jesucristo. –Con un gesto de la cabeza hacia el icono levemente brillante en un rincón de la apestosa cocina, donde la noche se arrastraba bajo la forma de cucarachas–. Los despreciados y los rechazados, los chivos expiatorios sobre cuyos hombros encorvados se acumula la ira de la muchedumbre, el objeto y además…, ¡además!, también el sujeto de la risa. Porque lo que somos, lo hemos escogido.

»Sí, joven amigo, joven Jack, joven Uno de Mayo, nos vemos sujetos a la risa por elección propia. Somos las putas de la risa, porque, igual que una puta, sabemos lo que somos; sabemos que somos meros mercenarios que pencamos y, aun así, quienes nos contratan nos ven como seres que están jugando continuamente. Nuestro trabajo es su placer y por eso

creen que nuestro trabajo debe ser también nuestro placer, así que siempre hay un abismo entre su noción de nuestro trabajo como juego y el nuestro de su ocio en tanto que labor nuestra.

»Y en lo que a la risa en sí se refiere, ¡ah, sí, joven Jack! –Volviéndose hacia Walser y agitando un vaso admonitorio en su dirección–. No creas que no he meditado a menudo sobre el tema de la risa mientras, con mis típicos harapos, me humillo en el serrín. ¿Y quieres saber qué pienso? Pues que en el cielo no se ríen, y no creo que se hayan reído jamás.

»Pensemos en los santos con un número circense cada uno. Catalina haciendo malabares con su rueda. San Lorenzo en su parrilla, un espectáculo digno de una barraca de feria. San Sebastián, ¡la mejor diana para el lanzador de cuchillos que se haya visto! Y san Jerónimo, con su león docto, la garra en el libro; un buen numerito de animales, ¡eso es mil veces mejor que esa zorra morena y su puñetero piano de cola!

»Y el gran director de pista en el cielo, con su barba blanca y su dedo en alto, para quien todos estos y muchos otros artistas menos santificados representan su número en la pista infinita de fuego que rodea nuestro giratorio orbe. Pero jamás una risa, ni una risilla nerviosa ahí arriba. Ya se pueden desgañitar los arcángeles, "¡Que salgan los payasos!", hasta ponerse azules, que la orquesta celestial nunca se arrancará con "La marcha de los gladiadores" con sus arpas y birimbaos, nunca, no temáis: ¡porque nosotros estamos condenados a quedarnos aquí abajo, clavados a la cruz interminable de las humillaciones de este mundo!

»Los hijos de los hombres. No olvides, amigo mío, que los payasos somos los hijos de los hombres.

Los demás repitieron monótonamente al unísono: «Somos los hijos de los hombres», como si se tratase de una especie de salmo responsorial.

–Tienes que saber –continuó Buffo con su entonación de camposanto–, tienes que saber que la palabra «*clown*» deriva del nórdico antiguo, «*klunni*», que significa «grosero». «*Klunni*», cognado del danés «*kluntet*»,

«torpe, manazas», y el dialecto de Yorkshire, «*gormless»,* «idiota». Tienes que saber en qué te has convertido, muchacho, cómo te define la palabra ahora que has optado a perder la cordura en la profesión de payaso.

–¡Un payaso! –murmuraron los otros por lo bajo, adormilados–. ¡Un payaso! ¡Bienvenido al Distrito de los Payasos!

Mientras tanto, con el acompañamiento del sermón de Buffo, la cena proseguía. Las cucharas rascaban los fondos de los cuencos de cerámica con su sopa de pescado, unas manos de guantes blancos se alargaban como espátulas para coger un pedazo de corteza de pan negro, comida triste y oscura a medida que la congregación de penados se reunía alrededor de la mesa precaria. Buffo, desdeñando un vaso, le pegó un trago al vodka directamente de la botella.

–Se cuenta una historia de mí, hasta de mí, Buffo el Magnífico, como se ha contado de todos y cada uno de los payasos desde la invención de esta desoladora profesión –recitó Buffo–. Del melancólico Domenico Biancolette, que hizo partirse de risa a todo el siglo XVII; de Grimaldi; del Pierrot francés, Jean-Gaspard Deburau, que heredó la luna. Esta historia no es totalmente cierta, pero contiene la verdad poética del mito y por eso se la asocia con todos aquellos que se dedican a hacer reír. Y dice así:

»Una vez, en Copenhague, recibí la noticia del fallecimiento de mi adorada madre, por telegrama, la misma mañana en que enterré a mi queridísima esposa, que había muerto trayendo mortinato al mundo al único hijo que ha retoñado de mis gónadas, si “retoñar” no es una palabra demasiado vivaz para la manera en que su reticente carne salió entrechocando de su vientre antes de que ella exhalara el alma. ¡Todos mis seres queridos borrados de un plumazo! Y, aun así, en la matiné del Tivoli me presento tambaleándome en la pista y al público se le desencaja la mandíbula de la risa. Poseído de un dolor inconsolable, grito: “¡El cielo está lleno de sangre!”. Y aún se ríen más. ¡Qué estúpido, con esos lagrimones por la cara! Trajeado, de luto, en un barucho entre

actuaciones, la alegre camarera dice: “¡Menuda cara larga, amigo! Sé lo que necesitas. Vete al Tivoli a ver a Buffo el Magnífico. ¡Seguro que consigue que te vuelvas a reír!”.

»Es posible que el payaso sea la fuente de la risa, pero… ¿quién hará reír al payaso?

–¿Quién hará reír al payaso? –susurraron todos juntos crujiendo como hombres huecos.

El pequeño Iván, que ignoraba el significado del parloteo extranjero que salía de aquellas caras blanqueadas que flotaban sobre la mesa, pasó recogiendo los cuencos de sopa tintineantes, desconcertado, aunque cada vez más fascinado por aquella invasión de cómicos pintados y taciturnos. La comida, por llamarla así, terminó. Sacaron todos pipas, tabaco y vodka fresco mientras la *babushka,* arrodillándose ante el samovar, realizaba los gestos interminables, insatisfechos y semidevotos de aquellas manos deformadas por décadas de trajín. Su hija, la asesina del hacha, estaba lejos, en Siberia, pero, aunque la vida de la *babushka* estuviese compuesta de aquellos gestos que simulaban plegaria, ya no tenía energía suficiente para rezar por el alma de su hija. El carbón enrojeció, ennegreció, enrojeció.

–Y aun así –reanudó Buffo después de otro tiento a la botella–, tenemos un privilegio, un privilegio raro, que hace de nuestra condición de parias y marginados algo maravilloso, algo precioso. ¡Podemos inventarnos nuestras caras! Nos hacemos a nosotros mismos.

Señaló el blanco y el rojo superpuestos en sus rasgos jamás visibles.

–El código del circo no permite copiar, ni cambiar. Por más que la cara de Buffo pueda parecer idéntica a la cara de Grik, o a la cara de Grok, o a la cara de Coco, o a las caras de Pozzo, Pizzo, Bimbo, o a la cara de cualquier otro augusto, contraugusto o «trombo»; es, en cualquier caso, una huella dactilar de auténtica diferencia, una expresión genuina de mi propia autonomía. De manera que mi cara me eclipsa. Me he convertido en esta cara que no es mía y que sin embargo escojo libremente.

»A muy pocos se les presenta la posibilidad de darse forma a sí mismos, como he hecho yo, como hemos hecho, como has hecho, muchacho, y en ese momento de elección (confiando con deleite en los lápices; qué ojos tendré, qué boca…) existe una libertad absoluta. Pero una vez hecha la elección, estoy condenado a ser Buffo a perpetuidad. Buffo para siempre; ¡viva Buffo el Magnífico! Que seguirá viviendo siempre y cuando algún niño, en algún lugar, lo recuerde como un fenómeno, una maravilla, un monstruo, algo que, de no existir, habría que inventarlo para enseñar a los niños la verdad sobre las ruindades de este mundo ruin. Mientras un niño recuerde…

Buffo estiró un largo brazo y le dio un toquecito en el culo al pequeño Iván que pasaba con sus vasos de té.

–… algún niño como Iván –dijo Buffo, que no sabía que el pequeño Iván había mirado desde la cama de la estufa mientras su madre cortaba en pedazos a su padre, y daba por hecho que el niño era inocente e ingenuo.

–Aunque –prosiguió– ¿soy este Buffo que he creado? ¿O cuando me inventé mi cara para que se pareciese a la de Buffo creé, *ex nihilo,* otro yo que no soy yo? ¿Y qué soy sin la cara de Buffo? A ver: pues nadie. Si me quito el maquillaje, debajo no soy más que no-Buffo. Una ausencia. Una vacante.

Grik y Grok, los dos payasos músicos, muy viajados, siempre juntos, el matrimonio payaso perfecto, se giraron hacia Walser, inclinándose para que les diese la débil luz de las lámparas, y vio que sus caras eran reflejo una de la otra, idénticas hasta el último detalle salvo que la cara de Grik estaba a la izquierda y la de Grok a la derecha.

–A veces parece –dijo Grok– que las caras existen por sí solas, en un lugar desligado de la corporeidad, a la espera del payaso que las llevará, que les dará vida. Caras que esperan en los espejos de camerinos desconocidos, invisibles en el fondo del cristal como peces en estanques polvorientos, peces que subirán a la superficie de la oscura profundidad cuando vean al que examina nervioso su propio reflejo en busca de la

cara que le falta, peces devorahombres a la espera de engullir tu ser y cambiártelo por otro…

–Pero en lo que a nosotros respecta, viejos camaradas como somos, viejos expertos como somos –dijo Grik–, a ver, ¿necesito un espejo cuando me pongo el maquillaje? ¡Ni hablar! Lo único que necesito es mirar la cara de mi viejo colega, porque cuando nos hacemos las caras juntos creamos de la nada el hermano siamés del otro, nuestros seres más queridos, unidos por un vínculo tan fuerte como el hígado o los pulmones. Sin Grik, Grok es una sílaba suelta, una errata en un folleto, un estornudo del rotulista al escribir el cartel…

–… y lo mismo es él sin mí. Ay, jovencito, Uno de Mayo mío, no sabríamos contarte, nos faltarían palabras en el diccionario para contarte lo inútiles que éramos antes de que Grik y Grok se juntasen y juntasen nuestras dos inutilidades, abandonasen nuestras dos caras vacías por una sola, nuestra cara, llevasen a la cama al hijo fruto de nuestras impotencias, convertido en algo más que la suma de nuestras partes según la dialéctica de la inutilidad, que es la siguiente: nada más nada igual a algo, una vez…

–… una vez sabes qué es la noción «más».

Tras recitar la ecuación de la dialéctica, escudriñaron con gratitud en sus impenetrables maquillajes. Pero Buffo no tragó con eso.

–Gilipolleces –dijo trabajosamente, eructando–. Con perdón, pero y una mierda, mi viejo cateto. Nada sale de nada. Ahí está lo grandioso.

Y la compañía al completo repitió en voz baja como hojas muertas crujiendo: «¡Ahí está lo grandioso! ¡Nada sale de nada!».

Sin embargo, los payasos músicos, tal era su antigua autoridad entre la tribu, se dispusieron de inmediato a demostrar tercamente que, como mínimo, eran capaces de sacar un poquito de algo de la nada, porque Grik se puso a tararear una melodía en voz muy baja, casi inaudible, mientras Grok, su antiguo amante, empezaba a tamborilear con los dedos enguantados sobre la mesa; el canturreo de una abeja amodorrada y un ritmo leve como un latido pero suficiente para los payasos, y es que

los otros se levantaron ahora de sus bancos y, a la luz tenue de la estufa de Petersburgo, empezaron a bailar.

Era la bergamasca, o danza de los bufones, y si empezó con los mismos gestos de gracilidad irónica del baile burdamente mecánico de *Sueño de una noche de verano,* los compases enseguida se volvieron amargos, se hicieron crueles, se convirtieron en una espantosa calumnia contra la noción general de danza.

Mientras bailaban, empezaron a lanzarse cortezas de pan negro sobrantes y a vaciarse los restos de sus vasos de vodka por las cabezas los unos a los otros, afloraron jetas de dolor, rencor, desesperación, angustia, muerte y continuaron lanzando y vaciando en bucle. La *babushka* ahora estaba tumbada dormitando en lo alto de la estufa, olvidados sus tremendos pesares, pero el pequeño Iván, fascinado, se escondía en las sombras y no podía apartar la mirada de la escena, atemorizado, sin dejar de chuparse el pulgar para calmarse.

La lámpara de parafina parpadeante proyectaba sombras chuecas sobre las paredes renegridas, sombras que no caían donde las leyes de la luz dictaban que debían caer. Uno por uno, acompañados de sus sombras torcidas, los payasos se encaramaron a la mesa canturreando y tamborileando, mientras Grik y Grok seguían sentados cada uno a un extremo, como lápidas.

Un individuo larguirucho con el pelo de zanahoria y vestido con un entramado de colores prismáticos como el traje de luces de un torero tiró del borde de los anchos pantalones a cuadros de un payaso diminuto con un chaleco de terciopelo rojo y derramó una jarra entera de vodka en la abertura resultante. El enano estalló en una tormenta de silenciosos sollozos, y, con una voltereta hacia atrás, se agarró al cuello de su agresor para cabalgarlo como cabalga el viejo dios del mar, aunque el arlequín empezó a girar sobre sí mismo a tal velocidad que pronto desapareció en un borrón radiante y reapareció a la espalda del enano. Momento en el cual Walser los perdió de vista en la vorágine de la salvaje giga.

¡Qué mímica de la violencia más brutal y obscena! Un contraugusto le metió la botella de vodka por el culo a un augusto; el augusto, en respuesta, se bajó raudo los pantalones de mendigo y le enseñó un miembro viril de priápico tamaño, de un brillante color morado salpicado de estrellitas amarillas con dos globos como cerezas pendiendo de la bragueta. En esto, un segundo augusto, con una sonrisa malvada, se sacó unas tijeras de podar enormes del bolsillo de atrás y cortó aquel chisme horrendo, pero, en cuanto lo blandió triunfante por encima de su cabeza, otro espeluznante falo apareció donde estaba el primero, esta vez de un azul brillante con lunares escarlata y unos testículos también de color cereza, y así sucesivamente, hasta que el payaso de la podadora sostenía como buenamente podía una docena de churros en la mano.

Parecía que estuviesen demoliendo la casa a fuerza de baile. Mientras la *babushka* dormía, su solidísima cocina se derrumbaba en pedazos bajo los golpes del desenfreno aquel como si siempre hubiese sido un ingenioso atrezo, y la noche morada de Petersburgo insertó cuñas dentadas en las paredes que rodeaban la mesa en la que los cómicos hacían cabriolas con tanta desgana, en una danza que bien podría haber invocado el fin del mundo.

Entonces Buffo, que no se había movido de su asiento crístico en todo este rato, con la impasibilidad del enmascarado, le hizo seña al pequeño Iván –al inocente Iván– de que trajese a la mesa aquel perol negro de hierro del que habían servido la sopa y lo colocase ante él. Y así es como el niño pasó a participar en el número.

Poniéndose en pie ceremoniosamente, el payaso en jefe rebuscó en el perol y encontró allí toda clase de cosas asquerosas: bragas, escobillas de váter y metros y metros de papel higiénico (la analidad, la única cualidad que de verdad compartían con los niños). Aparecieron orinales de la nada y pronto unos cuantos los llevaban por sombrero, mientras Buffo sacaba más y todavía más repugnantes exquisiteces de las profundidades mágicas de su cazuela y las distribuía con prodigalidad imperial entre su séquito.

Danza de la desintegración; y de la regresión; celebración del barro primigenio.

El pequeño Iván miraba boquiabierto, al borde del pánico, al borde de la histeria, aunque todo permanecía en silencio como en un día de verano…, solo el susurrido y el percutir de Grik y Grok y, como un sonido del otro mundo, el ronquido y el gruñido ocasional de la *babushka* sobre la estufa.

A pesar de los cuidados y atenciones de Fevvers y el médico, Walser seguía agarrotado y dolorido por el enganchón con el tigre y, aunque era consciente de que todo aquel despliegue era, en cierto modo, en su honor, incluso una especie de iniciación, no lo disfrutaba demasiado y se escabulló por una de las grietas de la jarana hasta el callejón helado. En cuanto el frío lo tocó, la herida le chirrió como una sierra.

En una pared medio derruida, mal iluminada por una farola exigua, había un cartel recién pegado. Walser no supo leer la leyenda, en cirílico, pero pudo verla: Fevvers en toda su opulencia, en el aire, su nueva encarnación como estrella de circo. El Coronel había cogido el diseño del enano francés, pero había hecho añadir, a un dibujante menos hábil, representaciones de la Princesa Abisinia, los felinos, los monos y los payasos mismos, de manera que todos parecían cobijados bajo las alas extendidas de Fevvers como los pobres del mundo están bajo la protección de la túnica de la Misericordia.

Mientras Walser ojeaba el póster sardónicamente, una sombra se despegó de debajo de aquella farola, cruzó la calle como una ráfaga de viento y se lanzó, sollozando, a sus pies y le cubrió las manos de besos.

CINCO

Y así es como Walser heredó a la esposa del Hombre Mono, aunque no entendía ni una palabra de lo que decía, salvo el nombre, Mignon, y ella continuó humillándose en plena calle, aferrándose a sus pantalones cortos de payaso con aquellas manitas huesudas.

Seguía vestida como por la mañana, con la bata fina y desgastada de algodón, sin abrigo ni chal, de modo que tenía los brazos al aire moteados de puntitos malva del frío. Le asomaban los tobillos blancos y raquíticos por las pantuflas de fieltro hechas polvo que llevaba sin calcetines. El pelo lacio y claro le colgaba de una cabeza pequeña en una madeja de colas de rata. Con la mano izquierda, la mano sana, Walser la ayudó a levantarse sin esfuerzo, era ligera como una canasta vacía. Se apoyó en él mientras acababa de sollozar, tapándose los ojos con los nudillos como una niña. Las marcas oscuras de la cara tanto podían ser churretes de las lágrimas como moratones.

Nada más se movía en aquella calle de casas combadas con las persianas bajadas. La niebla se cernió sobre ellos como la tapa de una olla. Un perro melancólico ladró a lo lejos. En la pensión de allá atrás, la fiesta maligna de los payasos. Ningún lugar donde llevar a aquella esposa que se le entregaba por casualidad excepto… La Madonna del circo meneó el culo en el póster; su decisión estaba clara. Chasqueó la lengua y chistó a la chica como hacen los jinetes para mover a docilidad a un caballo tímido y la guio a través del laberinto de casuchas hasta que desembocaron de golpe en una calle resplandeciente.

¡Qué ruido más atronador!, ¡qué luces más brillantes! ¡Multitud de personas, de caballos, de carruajes! A Walser lo conmovió ver que Mignon, acostumbrada solo a las pensiones de mala muerte, a las caravanas y al foso del escenario, pronto dejó de gimotear y lo

contemplaba todo entre la maravilla y el entusiasmo. Era gangosa y respiraba por la boca, pero tenía una belleza pálida, desnutrida y enfermiza. Cuando dejó de llorar empezó a toser con ganas.

Formaban una extraña pareja. Una prostituta pintarrajeada con un velo y un abrigo bueno de piel se giró al verlos pasar. Se persignó, pensó que había visto a un par de tontos benditos, pero el portero del Hotel de l'Europe, con su uniforme granate, menos supersticioso, se les acercó con una mano por delante cerrándoles el paso hasta la puerta de cristal con el gesto del guardián del paraíso.

Walser chapurreó unas palabras en ruso, repitió «por favor» varias veces, pero el portero se rio y negó con la cabeza. Llevaba las charreteras y la gorra adornada de un general, por lo menos. Mignon, del brazo de Walser, miraba y remiraba a través de la puerta de cristal el interior de cuento de hadas, el resplandor de la electricidad, las alfombras peludas, las elegantes mujeres, no mucho más guapas que ella, enseñando en vestido de noche los pechos a los hombres que las saludaban con una inclinación de cabeza. Miraba con un pasmo jubiloso, casi con gratitud, ante la sola existencia de tales lujos; no esperaba que el portero se ablandase y los dejara pasar, ¿por qué iba a hacerlo? Sabía mejor que el payaso ingenuo que aquellos caprichos no eran para gente como ellos, pero, en cualquier caso, la simple visión de aquella confitería prohibida que es un vestíbulo de hotel bastaba por sí sola para compensarla por un día en el que su amante la había dejado tirada delante de un tigre hambriento y después su marido le había dado una paliza y la había echado a patadas a las heladas calles rusas del invierno. Emitió unos ruiditos guturales de admiración anhelante desde el fondo de la garganta. Sus ojos eran grandes y redondos como ruedas de molino.

Entonces Walser pensó que podía sobornar al portero, pero justo cuando rebuscaba bajo su camisa la «bolsa avara», como la llamaba Grik, en la que lo habían enseñado a esconderse sus rublos, una mano firme con un guantecito infantil color bronce se posó sobre su hombro

sano mientras que el otro, enguantado de la misma manera, agitó ante las narices del portero dos pedazos de papel rosa en los que reconoció entradas gratuitas para la noche de estreno del Mayor Espectáculo sobre la Faz de la Tierra. Mignon y él fueron engullidos al instante por la estela cálida y perfumada de Fevvers mientras el portero se inclinaba casi hasta el suelo con servilismo y gratitud.

Parecía que en la *suite* no hubiera muebles, solo flores, pero al echar un vistazo debajo de un par de fanegas de lilas blancas, Fevvers localizó una butaca de terciopelo rojo del tamaño de un baño de asiento y se desplomó en ella quitándose los zapatos de tacón en dos patadas y deshaciéndose de una mantilla española floreada con gestos de furioso agotamiento. Bajo la mantilla llevaba un extravagante vestido de raso de ese tono que a las rubias pelirrojas se les recomienda evitar porque las «desluce»; pero a Fevvers no la deslucía, sino que aún destacaba más su rojo. El vestido estaba adornado con volantes de encaje negro y recortado por delante casi hasta los pezones, probablemente en un intento de desviar la atención de su joroba. En cualquier caso:

–Mañana –gruñó con desidia– todas las mujeres elegantes de Petersburgo llevarán joroba. Otro triunfo social, señor Walser.

Misericordia estaba de un humor de perros.

–Vamos a ver, ¿qué ha traído el gato? –preguntó ojeando fríamente a Mignon–. Rápido, Lizzie, dale un baño antes de que nos pegue algo.

Lizzie, echándole su proverbial mirada, se fue dando pisotones al cuarto de baño para hacer lo que le ordenaban.

La chica, dichosamente ignorante de la fría acogida, aparentando poco más que trece años a la luz despiadada de los candelabros eléctricos, estaba bastante abrumada por el salón y daba vueltas y vueltas en un punto de la moqueta empapándose de todo: los bellos cuadros de las paredes; las mesas de patas larguiruchas con ceniceros de ónice y cajas de cigarrillos de calcedonia encima; el alegre leño en el fuego; alfombras de felpa, con brillantina, muy peludas. ¡Oooh!

Mientras observaba el deleite de la muerta de hambre, el buen fondo

de Fevvers luchaba contra su resentimiento. Suspiró, se ablandó y se dirigió a Mignon en un cataclismo de idiomas –italiano, francés, alemán–, todos pronunciados a la buena de Dios y gramaticalmente cojitrancos, pero a la velocidad de una ametralladora. Cuando probó con el alemán, la chica sonrió.

Fevvers toqueteó un puñado de orquídeas en descomposición, cogió una caja adornada con cintas del tamaño de un timbal, quitó la tapa y dejó a la vista pisos y pisos de bombones envueltos en ondulados tutús de papel blanco. Le encasquetó la caja a Mignon.

–Venga. Atibórrate. *Essen. Gut.*

Mignon, desgarbada como un chavalote, se pegó la caja contra el pecho husmeando con los ojos cerrados, casi desmayada ante los aromas mezclados de infantil voluptuosidad, cacao, vainilla, praliné, violeta, caramelo, que se elevaban de las onduladas profundidades. No parecía atreverse a tocarlos. Fevvers escogió sin miramientos un bombón macizo con un pegote de jengibre cristalizado encima y se lo echó en la boca rosa que se abrió como una anémona para zampárselo. Un reluciente rastro de caracol del semen seco del Forzudo bajaba por la pierna de Mignon. Hasta que se casó con el Hombre Mono se había dedicado a una extraña profesión: posaba para los muertos.

Era la hija de un joven que había asesinado a su mujer, la madre de sus hijas, por acostarse con soldados de unos barracones cercanos. Este joven se llevó a la mujer a un estanque y volvió a su vivienda a tiempo para preparar la cena de sus niñas. Mignon y su hermana pequeña estaban jugando fuera en la plaza. Mignon saltaba y su hermana le daba a la comba. Ella tenía seis años; su hermana, cinco.

Vieron volver al padre. «La cena estará lista enseguida», les dijo. Entró en la casa. Tenía sangre en la camisa, pero ¿acaso no trabajaba en el matadero? ¿Acaso no era tarea suya limpiar el suelo del matadero? De modo que no se fijaron en la sangre de la camisa, ni en los pantalones mojados.

Pero al poco salió de la casa. «Se ha perdido el cuchillo del pan. Tengo

que salir a buscar el cuchillo del pan», dijo. Luego la gente preguntó a las niñas si el hombre había estado comportándose de manera extraña, pero ¿cómo va a distinguir una niña de seis años o de cinco qué es un comportamiento extraño y qué no? El cuchillo del pan nunca antes se había perdido. Eso era extraño. Pero el padre se encargaba de la cena a menudo, porque la madre hacía la colada de los soldados de los barracones y por las noches iba a entregar las camisas almidonadas para que los oficiales tuvieran ropa limpia a la hora de la cena.

–El baño está listo –dijo Lizzie desde una puerta abierta, en medio de una nube de vapor con olor a flores.

Mignon forcejeó con su bata, pero como no quería soltar la caja de bombones y se la pasaba de un brazo al otro mientras tironeaba de las mangas, le costó un poco deshacerse de ella. Abrazaba con tanta fuerza la caja con lazos que se podría pensar que se había enamorado de los bombones.

Como no podía hacer la cena sin cortar pan, el padre salió a buscar el cuchillo al estanque y tan afanosamente lo rebuscó que se ahogó en metro y medio de agua. Encontraron el cuchillo del pan cuando dragaron el estanque. «¿Es este vuestro cuchillo del pan?», preguntó el juez con bastante amabilidad. «Sí», dijo Mignon, y estiró la mano para cogerlo, pero no se lo devolvieron. Eso fue después.

Las niñas siguieron jugando en la plaza hasta que oscureció. Ahora le tocó a Mignon darle a la comba. El otro extremo de la cuerda lo ataban al pestillo. Ahora todas las ventanas del edificio estaban iluminadas, pero no la suya. Entonces a su hermana le entró hambre, así que desataron la cuerda y subieron. Mignon no sabía cómo encender el fuego, pero encontró la hogaza de pan tanteando la mesa a oscuras y partió trozos para las dos, así que eso comieron.

–¡Dios mío! –exclamó Fevvers ante la desnudez de Mignon.

La piel de Mignon era tirando a malva, verdosa, amarillenta de las palizas. Y, ya no solo por las marcas de moratones recientes sobre moratones que ya iban desapareciendo: era como si la hubiesen

aplanado a golpes, como si se hubiese llevado el premio gordo, como si le hubiesen quitado a porrazos el brillo de su piel adolescente, como si la hubiesen zurrado hasta dejarla hecha jirones, o como si la hubiesen trillado o apaleado hasta dejarla con el grosor de una lámina metálica; y las palizas le habían devuelto, casi, la apariencia de su infancia, porque los pequeños omóplatos sobresalían puntiagudos, no tenía pechos y la entrepierna la tenía lampiña salvo por un mechoncito rubio.

Sin darse cuenta de las miradas de sobresalto de los otros, dejó caer su bata al suelo y se escabulló hacia el baño, toda piernas y codos. No se olvidó de llevarse sus bombones. Lizzie recogió la prenda con las pinzas del carbón y la tiró al fuego, donde llameó, chisporroteó, se convirtió en un fantasma negro de sí misma y desapareció chimenea arriba. Fevvers puso un dedo convocador en la campanilla del servicio de habitaciones.

Las niñitas lloraron y se durmieron. Por la mañana, papá no volvió, solo aparecieron los vecinos. De la investigación, Mignon solo se quedó con un recuerdo muy vago, más vago que el de los menudillos saltando en la sartén cuando su padre robó un puñado de casquería en el matadero, o el de la preciosa cinta que le regaló un soldado y que su madre le quitó (¿por qué hizo eso?).

Y, ahora que era una chica mayor, de su padre podría haber recordado solo un olor a carne rancia y un bigotón rubio de puntas perpetuamente alicaídas, su bigote, que se había abandonado a la desesperación mucho antes de agarrar el cuchillo del pan, escondérselo en la camisa, coger a su esposa de la mano y llevarla a ver la puesta de sol reflejada en el agua.

De su madre, las manos húmedas de jabonaduras; manos que le quitaban cosas. Y lágrimas, indescifrables en el recuerdo como lo fueron en vida, aquellas lágrimas que brotaban cuando la mujer atea apretujaba a sus hijas contra su pecho como a veces, aunque con poca frecuencia, hacía.

En el breve período de tiempo que llevaba Fevvers en Petersburgo, parecía haber dominado el suficiente ruso macarrónico para pedir

comidas, a lo que añadió, después de pensárselo, una botella de champán, aquella bebida internacional. Era evidente que el estado de Mignon le había derretido el corazón, aunque, por la aspereza con la que le clavaba esos ojos azules a Walser, nadie lo hubiera dicho.

Albergadas en el orfanato de la ciudad, las niñas jugaban y, el resto del tiempo, se ocupaban de tareas domésticas. Entonces fue como si Mignon fuese por un lado y su hermana por otro; una mañana se despertaron abrazadas en la misma cama y, aquella misma noche, Mignon fue a dormir sobre un montón de harapos en el rincón de una cocina llena de formas oscuras de espetos, cazuelas, tarros y prensas para el pato a la sangre.

Lo aguantó durante seis meses, porque era invierno y la casa donde servía estaba perdida en medio del campo y en medio de la nieve. Pero, cuando llegó la primavera, se escapó y un labriego que llevaba una carga de coles a la ciudad la llevó a cambio de que le chupase la polla. No se atrevió a volver al orfanato, aunque durante mucho tiempo se paseó por los alrededores por si daba la casualidad de que aún estuviese allí su hermana, pero no volvió a verla jamás, así que supuso que encontró un buen sitio también.

A lo largo del verano, Mignon se ganó la vida recogiendo flores desechadas en el mercado y haciendo ramos deformes. Aprendió a organizar aquellos ramilletes con cierta astucia y pronto supo cómo aumentar sus *trouvailles* con flores de los jardines públicos, pero no se ganaba gran cosa; era mendigar, pero maquillada, así que robaba otras cosas (comida, prendas de ropa) para ir tirando.

Dormía donde podía, en caminos, bajo puentes, en entradas de tiendas, y mientras hiciese buen tiempo era soportable. Pronto trabó relación con otros niños de la calle, los hijos no deseados de la ciudad, y cuando llegó el frío unió recursos con toda una banda de jóvenes criaturas que tenían su cuartel general en un almacén abandonado.

De la mendicidad al robo solo hay un paso, pero un paso en dos direcciones al mismo tiempo, porque lo que un mendigo pierde en

moralidad cuando se convierte en ladrón lo vuelve a ganar en dignidad.

Y aunque fuesen rateros expertos, aquellos niños de los bajos fondos no dejaban de ser niños. Encendían grandes hogueras por las noches, en parte para calentarse y en parte por la diversión de las llamas crepitando; jugaban al pilla-pilla, al escondite y a saltar las brasas; y luego las hogueras se les fueron de las manos, consumieron su guarida y también devoraron a algunos de ellos. El hogar y la familia que Mignon se había inventado para sí misma se fueron con el humo y otra vez estaba sola.

Así que robó un poco y se la meneó a chicos nerviosos en callejones por unos peniques, y dejó que se la metiesen contra paredes mugrientas por unos cuantos peniques más. Debía de tener unos catorce años por entonces.

El camarero llamó; y entró empujando un carrito tintineante. Una sopera, y champán en una cubitera de plata sugestivamente empañada por el frío. El camarero despejó un sitio en una de las mesitas con un trapo blanco inmaculado mientras ojeaba el canalillo de Fevvers, hasta que Walser notó que le entraba un extraño deseo de partirle la cara al muchacho. Aunque Fevvers solo había pedido comida para Mignon, había cuatro copas de tallo alto; ella requirió imperiosamente que se las cambiasen por flautas, un refinamiento escrupuloso que fascinó a Walser.

Fevvers levantó la tapa de la sopera: pan y leche para la chica maltratada, un toque maternal. Cogió un poco con un dedo, lo probó, hizo una mueca burlona, le echó azúcar generosamente del azucarero de plata. Volvió a colocar la tapa y puso una servilleta alrededor de la sopera para que no se enfriase. A pesar de aquellos preparativos hospitalarios, la Venus *cockney* seguía de mal humor, lanzándole a Walser miradas elocuentes de desprecio e irritación con unos ojos que, aquella noche, eran de un azul tan oscuro como los pantalones de un marinero.

Por los bordes de la puerta del cuarto de baño se escapaban extáticos

chapoteos y gruñidos de gusto, además de nubecillas de vapor. Entonces Mignon se puso a cantar.

De entrada, tenía una voz dulce, de tosca soprano; hasta ahí, la voz se correspondía con su cuerpo inmaduro. Pero era como si la difícilmente imaginable tragedia de su vida, el mar de misterio y desastre en el que nadaba en su precario estado de inocente corrupción, todo encontrase expresión, más allá de su intención consciente, en su voz. Cantó:

> Así que se acabó el vagar
> hasta entrada la noche,
> aunque el corazón siga amando
> y la luna resplandezca casi igual.

Los tres que escuchaban notaron que se les ponían los pelos de punta, como si aquella voz fuese algo sobrenatural y su dueña fuese una hechicera o estuviese bajo un hechizo.

–Pensaba que no hablaba nuestro idioma –murmuró Fevvers alterada, como si la niña los hubiese estado engañando.

–¿No ves que no? Se sabe la letra, pero no entiende las palabras –le dijo Lizzie.

Una noche de invierno, mientras los copos de nieve revoloteaban alrededor de las chimeneas, Mignon, llevada por el hambre, se desvió por unas arcadas de la parte comercial de la ciudad donde raramente se aventuraba. Un caballero con un gabán ajustado y un sombrero de copa, la viva imagen de la melancolía a juzgar por la cantidad de nieve que se acumulaba sobre el ala, se acercaba a ella caminando a toda prisa, absorto en sus asuntos. Ella se puso en medio de su camino. Llevaba dos días sin comer. Estaba tan delgada que ni daba sombra. El hombre hizo ademán de apartarla con un brazo, como si fuese una mosca, pero entonces, echando un vistazo distraído a su cara, adoptó una expresión artera de malicia.

El hombre era médium y atendía en un confortable apartamento encima de un colmado del bloque de edificios contiguo. Un delicioso

olor a clavo, albaricoques desecados y salchichas de cerdo se colaba por las hendiduras de las tablas del suelo y, por primera vez en su vida, Mignon tuvo comida suficiente; pero no cogió nada de peso, era como si algo dentro de ella devorara todo antes de que pudiese aprovecharlo, pero no era una tenia.

Aquel hombre, *herr* M., volvía a su casa de un servicio en la iglesia espiritualista donde oficiaba ocasionalmente cuando se topó con la pequeña vagabunda con el chal sobre la cabeza. Realmente, iba ofuscado por un problema grave que resolvió la aparición de la chiquilla. Y es que, la semana anterior, su ayudante, una chavala jamona de Schleswig-Holstein en la que confiaba a ciegas, se había escapado con un caballero brasileño, un viajante de comercio que visitaba el colmado de abajo para ofrecer muestras de café. Un día que la chica bajó a comprarse algo de queso y galletitas para picar, el engominado y expansivo latino dejó de lado sus bolsitas de grano para intercambiar con ella unas palabras de irresistible acento sincopado. Ella le aceptó un almuerzo en un restaurante elegante un domingo en que *herr* M., el médium, estaba de visita a su tía en un barrio residencial y arbolado. Una cosa llevó a la otra y, si bien la visión del médium era atenta para lo ultraterreno, era ciego como un topo a los tejemanejes que se estaban produciendo ante sus narices…, hasta que esas narices, aplastadas, de hecho, contra la almohada en la que acostumbraba a despertarse junto a la cabeza con coletas de ella, descubrieron la nota que lo avisaba de que en aquel momento iba en el tren que la llevaría al puerto donde ella y su amante embarcarían para Río. ¡Uhm!

La ayudante fugada se llevó unos cuantos bienes muebles, como el reloj de oro de *herr* M. y un fajo de billetes que había guardado en el reloj de pared en concepto de ahorros, pero él era un hombre magnánimo y consideró que no le debía menos. También se sintió algo aliviado de que, allí lejos, en el soleado Brasil, la mujer no estaría en posición de difundir más secretos que los que su nuevo *senhor* le contase sobre el café. Pero le suponía toda una contrariedad prescindir de una

ayudante, así que dio por hecho que su encuentro con Mignon sin duda se daba por decreto de los espíritus.

Lo que más lo impactó fue lo mucho que la chica se parecía a un espectro.

> Pues la espada pesa más que la vaina,
> y el corazón pesa más que el pecho,
> y el amor ha de acabarse,
> y el corazón ha de descansar.

Mignon cantaba su canción extranjera sin sentido, sin sentimiento, como si la canción brillase a través de ella, como si fuese de cristal, sin saber que la oían; cantó su canción, que contenía la angustia de todo un continente.

Herr M., hombre de polvo esporádico, se tiraba a Mignon con la regularidad distraída con que le daba cuerda al reloj de pared, aunque en menos tiempo. En cuanto a ella, no se creía la suerte que había tenido: una cama, con sábanas; una butaca; una estufa caliente; una mesa, con mantel; ¡comidas! Él la hizo despiojar, pagó a un médico para asegurarse de que estaba en perfecto estado de salud (increíblemente no había pillado ninguna infección), y la mandó al dentista, que le arrancó unos molares podridos de manera que aumentó aún más su semejanza con una calavera. Como solo tenía los harapos con los que andaba, le compró varios conjuntos de ropa interior, algunos vestidos baratos de lana y algodón para diario y, para el horario laboral, unos hermosos camisones con bordado inglés. No necesitaba abrigo porque nunca la dejaba salir del apartamento. Mignon pensó que estaba en el cielo, pero se trataba de un paraíso para tontos, y de hecho, en sentido estricto, esa era una descripción exacta del establecimiento de *herr* M.

Herr M. había formulado mucho tiempo atrás esta máxima: ¿por qué robar cuando se puede obtener mucha más satisfacción intelectual engañando?

Desde aquel momento, la tarea diaria de Mignon consistió en hacerse

la muerta y posar en fotografías.

Cada mañana, con el desayuno, *herr* M. examinaba la sección de esquelas del periódico, marcaba las muertes de mujeres jóvenes con un luctuoso festón de lápiz bien negro. Aunque las esposas jóvenes, de preferencia las que habían muerto dando a luz, a veces resultaban ser eminentemente satisfactorias, las relaciones maritales podían ser a veces terreno espinoso, así que eran preferibles los fallecimientos de hijas únicas con padres ancianos. Las epidemias de difteria y escarlata siempre le dibujaban una sonrisa en los labios y hacían que golpetease la cáscara de su huevo duro con un aire especialmente alegre. Después de comerse el huevo, el queso, el salami, la tostada y un par de cucharadas de conservas (le gustaba desayunar fuerte), se tomaba una segunda taza de café e introducía los resultados satisfactorios de sus investigaciones en su sistema de archivos. A veces, solemne como un enterrador y ataviado en consonancia, asistía a aquellos funerales donde consideraba que habría tan pocas personas que su presencia sería recordada, y enviaba a otros flores exquisitamente escogidas como un ramo de violetas blancas o una guirnalda de rosas apenas abiertas, acompañadas de su tarjeta de ribetes negros. Pero, en general, no creía en golpear mientras el hierro aún estaba candente. No. Dejaba que pasase el primer arrebato de dolor antes de abalanzarse. Prefería trabajar con sujetos que supieran por experiencia que no había consuelo.

Se preciaba de su conocimiento del alma humana.

Así que, en general, confiaba en el boca-oreja y mantenía excelentes relaciones con las floristerías funerarias, los negocios de embalsamamiento y de mampostería monumental. De todos sus clientes, los que más le gustaban eran los que lo habían buscado espontáneamente. Con las mejillas agrietadas por los rastros de lágrimas, se presentaban para preguntar vacilantes, casi abochornados, en la Iglesia del Espíritu, donde el sacristán, un swedenborguiano de integridad impecablemente lunática, apuntaba sus nombres y direcciones para que *herr* M. los abordase a su antojo. Le gustaba

hacerlos esperar un poco, no demasiado, solo lo suficiente como para que comprendiesen lo complicadas que eran las negociaciones que tenía que hacer.

–¿Y la podremos ver? ¿La podremos ver de verdad?

Oh, y tanto; cruzará del abismo del más allá, dejará su lecho de asfódelos y se materializará en este mismísimo apartamento, cuando corramos las cortinas, en la tenue luz… Ahora no soporta la luz del sol, ¿saben?, ni el resplandor artificial de las lámparas, pero traerá con ella su propia neblina radiante.

Todas las muchachas tienen el mismo aspecto después de una larga enfermedad. Mignon llevaba un camisón blanco, abotonado hasta el cuello, y el pelo suelto. Los dolientes se sentaban a la mesa de caoba con tapete de felpa rojo y ribete de bolitas. Se cogían de las manos. *Herr* M. era firme e inspiraba confianza como el director de un banco, el chaleco ancho, la chaqueta de terciopelo verde oscuro y su oleaginosa sentimentalidad. Tenía un pequeño solideo bordado con signos arcanos que se ponía para sus *séances.* Se lo había tejido su tía.

Estaba convencido de que las mejores ilusiones eran las más simples. Sin embargo, como afición, experimentaba con varios juguetitos ópticos y linternas mágicas de lo más sofisticado. *Herr* M. se gastaba considerables sumas en estos artefactos, dedicado a investigaciones totalmente respetables sobre sistemas de reproducción mecánica y, de hecho, acumulaba muchos de los rasgos de un científico frustrado. Estaba sinceramente fascinado por el arte y la elaboración de las ilusiones y, durante todo el tiempo que Mignon trabajó para él, dirigió una docta correspondencia con un tal Robert Paul, en Londres, sobre una invención patentada por el tal señor Paul. Este alegaba que su invento materializaría el deseo humano de vivir en el pasado, el presente y el futuro a la vez. Consistía en una pantalla en la que se proyectaba aleatoriamente una serie de secuencias de imágenes de escenas simuladas del pasado, del presente y del porvenir mientras el público, sentado en cómodos sillones, se veía sujeto a una suave brisa

disparada desde una máquina manual que simulaba el viento del viaje. *Herr* M. entabló conversación incluso, en nombre de su colega, con una compañía de bailarines que trabajaba en un cabaret que conocía y que representarían a los personajes históricos para su cámara (era, huelga decirlo, un excelente fotógrafo). Todo legal y de buen gusto.

Pero, a pesar de que *herr* M. estaba entregado apasionadamente a esta afición y se pasaba la mayor parte de su tiempo libre encerrado en su estudio con su praxinoscopio, su fenaquistiscopio y su zoopraxiscopio, proyectando en una pantalla blanca fotografías de plantas y animales que a menudo parecían moverse, estos estudios terminaron siendo accesorios a su negocio, que consistía en trasquilar a los vivos organizándoles entrevistas con sus seres queridos muertos.

Ella no hablaba; no sonreía.

¡Ay, cómo la ha cambiado la enfermedad!, ¡cómo se ha cebado en su carita!, pero en el territorio feliz donde ahora habita no hay enfermedad ni dolor.

–¡Ay, mi niña!

–¡Silencio!, ¡no la agobie con el peso de su pena, por Dios!

De modo que se podía ver que *herr* M. conservaba rasgos de humanidad, y él se vanagloriaba de ello; ¿acaso no reconfortaba, acaso no consolaba? ¿Acaso no, por pura bondad y compasión, aliviaba a las almas sufrientes que traían dolor a su local? ¿No había dado él con aquella innovación piadosa que lo distinguía de otros médiums, era o no capaz de venderle a sus clientes fotografías auténticas de sus seres queridos muertos, que demostraban que, en cualquier mundo que habitasen ahora, aún lozaneaban?

Interpretaba concienzudamente voces inaudibles con la mejor de las intenciones.

–Les está rogando: «¡Papá ¡Mamá! ¡No lloréis!».

O:

–Dice que no podrá descansar en paz hasta que ustedes no dejen de sufrir por ella.

Herr M. embutía los billetes en el reloj de pared con una satisfacción que no era únicamente fiscal, sino, en parte al menos, la satisfacción de un samaritano justificado.

–Si no pagasen, no creerían; y entonces no sacarían ningún beneficio.

Su salón en forma de ele tenía unas cortinas de encaje recogidas sobre el arco de entrada al pie de la ele, junto a la jardinera de cerámica vidriada verde en la que se erguía un helecho de Boston. La cámara de *herr* M. apuntaba hacia este hueco, una especie de habitacioncita independiente de madera. Tras la cámara estaba la mesa redonda en la que *herr* M. se cogía de las manos con los padres con tanta solemnidad como si se estuviese casando con ellos y les rogaba, con un susurro tajante, que no se moviesen lo más mínimo. Aunque su radio de visión se viera un poco obstruido por la cámara, siempre obedecían, no alargaban el cuello ni curioseaban, el recogimiento era mayor. Si el doliente venía solo, *herr* M. aferraba las dos manos del cliente y le advertía que si en algún momento se perdía el contacto con la felpa un solo instante, el fantasma se desvanecería.

Aquel hueco siempre estaba a oscuras, y unas nubes moradas de incienso se elevaban de unas vasijas chinas. La estantería de libros del fondo se abría hacia dentro gracias a unas bisagras bien engrasadas. *Herr* M. se paseaba atenuando el resto de luces.

«Son solo papi y mami que han venido a visitarte, pequeñita». O: «¿No quieres ver a tu maridito? ¿No quieres volver con tu maridito?». Lo que necesite el cliente, ese era el lema. Se sentaban a la mesa, se cogían de la mano y esperaban lo mejor.

–Sal cuando dé un golpe en la mesa, pequeña.

Mignon, en camisola, se colaba en la habitacioncita por detrás de la estantería. Llevaba una linterna eléctrica bajo el camisón para que el contorno de su figura refulgiese. Tan simple como eso. Iluminada desde abajo, envuelta en nubes de incienso, medio oculta por las cortinas de encaje, la fronda reticulada del helecho y el volumen de la cámara, podía ser cualquier chica.

Y, cuando los clientes veían el objeto de deseo de sus corazones, a menudo las lágrimas les cegaban.

Ella sonreía. A veces llevaba un lirio en las manos y podía esconderse detrás, si las discretas pesquisas de *herr* M. habían descubierto alguna peculiaridad facial de la fallecida, una bizquera, un labio leporino, algo así.

Una brisa corría por el salón haciendo repicar suavemente las campanas de un arpa de cristal tras la chica.

Herr M. metía la cabeza bajo la capucha de la cámara. En el inesperado relámpago del *flash,* la cara de Mignon se antojaba a cada cual la perfecta imagen de su fallecida.

Cuando el humo se despejaba, ella ya se había esfumado, y *herr* M. se paseaba encendiendo de nuevo las lámparas de gas.

¿Por qué solo se le daba bien invocar fantasmas femeninos? Porque, insinuaba sacando su pañuelo perfumado de tabaco y sonándose la nariz como disimulando una emoción viril de una manera viril, él mismo, una vez, mucho tiempo atrás, en un reino junto al mar… Total, que un pariente de alta cuna se presentó, en un momento dado, y se la llevó, pero *herr* M. llegó a un acuerdo con el pariente de alta cuna según el cual solo podría invocar espíritus de esa misma categoría, es decir: muchachas.

A pesar de este requisito, Mignon se llevó un susto bien desagradable la primera vez que le hicieron la fotografía. Entró en la sala oscura con *herr* M. por curiosidad y observó emocionada cristalizar la foto en el papel como por arte de magia en la cubeta de ácido. Pero entonces se mordió el labio inferior con aquellos incisivos más bien prominentes; estaba inquieta. Y es que la cara que nadaba en la superficie del ácido emergió también de su memoria.

–Madre…

Herr M. la abrazó con compasión sincera.

–Todos cometemos errores –se disculpó.

Con su uniforme de empresario de funeraria entregaba las fotografías

en mano, cada una envuelta en un crujiente sudario de papel de seda. Los espíritus son tímidos, les aseguraba a sus clientes; ella desea que solo las vean aquellos a los que más quiere. ¡No enseñe estas fotografías a nadie o su cara desaparecerá! Los rasgos indistintos en medio de la oscuridad reinante eran los de quienquiera que la nostalgia y la imaginación decidiesen.

Se ladeaba el lúgubre sombrero y aceptaba la gratitud como si solo estuviera cumpliendo con su deber.

Mignon interpretaba a las muertas con tanto éxito que *herr* M. se planteó por un momento, incluso, darle un salario aparte de la manutención, pero temió que, si lo hacía, la chica ahorrara y se largara. De manera que continuaron viviendo aquella especie de extraña vida ilícita juntos. Le complació descubrir que cantaba un poco y a menudo se preguntaba si habría alguna manera de incorporar su fresca voz inexperta al numerito; ¿voces angelicales, quizá? Pero luego pensaba que eso complicaría demasiado las cosas; y la dejaba tranquila mucho tiempo, acurrucada en una butaca mullidísima del salón, perdida en sus ensoñaciones incoherentes, mientras en su estudio él indagaba en los problemas de la persistencia de la visión.

Había durado tanto porque el hombre era venal pero no avaricioso, y siempre actuaba con tacto, discreción e incluso amabilidad. Finalmente, una madre no pudo resistirse, le enseñó la fotografía de la hija bienamada a una hermana mayor que ya había sufrido tanto el síndrome del príncipe destronado en vida que no soportó la idea de una rivalidad póstuma con su hermana, robó el retrato y lo llevó a la policía. Haciéndose pasar por un hombre de luto por su sobrina, un fornido detective empujó la cámara justo cuando *herr* M. disparaba el *flash* y atrapó a Mignon por la cola del camisón mientras esta se escabullía apresuradamente por la estantería giratoria. ¡Cómo se reía! Para ella nunca había sido otra cosa que un juego.

Se acabó lo que se daba. *Herr* M., racional como era, hizo una confesión completa y mostró a Mignon en camisola ante el tribunal

como prueba irrefutable. El escándalo mató a su tía, por desgracia, pero *herr* M. solo cumplió dos años de los seis de cárcel que le cayeron, reducción máxima por buen comportamiento, e hizo un montón de contactos valiosos entre otros honrados embaucadores, timadores y hombres de confianza mientras estuvo allí dentro. Cuando lo pusieron en libertad se mudó de inmediato a otra ciudad donde, después de unos primeros meses complicados, puso en marcha el negocio de nuevo, aunque esta vez renunció al espiritualismo y se metió en el mercado de los retratos fotográficos exóticos.

Reanudó su correspondencia con el señor Paul hasta el punto de que, al cabo de uno o dos años, pudo dejar la pornografía por completo y se metió en el mundillo del cine. Prosperó, aunque en ocasiones, a pesar de su propio escepticismo, casi se sentía tentado de intentar rasgar el velo solo una vez, esta vez de verdad, para hablar con su tía, a la que echaba muchísimo de menos.

Con todo, muchos de los que fueron timados por *herr* M. no creyeron su confesión. Sacaban las fotografías que atesoraban en los cajoncillos perfumados de lavanda de sus escritorios, donde compartían espacio en una antigua caja de guantes con, quizá, un primer mechón dentro de un sobre, o el rebotar de un diente de leche, y, por mucho que examinasen con máxima atención las imágenes brillantes, nunca veían la cara de Mignon sino otra cara, y oían, mentalmente, la voz suave, familiar pidiéndoles lo imposible: «¡Mamá! ¡Papá! ¡No lloréis!». Así que se podía decir que las pruebas del crimen de *herr* M. siguieron siendo, en sí, completamente inocentes. ¡Ay, la ilusión! Y mamá sigue durmiendo con la foto debajo de la almohada.

Mignon salió en libertad sin fianza, y no se presentaron cargos contra ella, amparada por la defensa de no responsabilidad de la víctima. Ahora tenía algo de ropa bonita, consiguió un trabajo decente sirviendo en un bar con clase y alquiló una habitacioncita y a menudo daba gracias a su buena fortuna. También cantaba cuando pasaba por allí el del acordeón. Le gustaba muchísimo cantar. A veces se iba a casa con el

acordeonista, a veces no, según le apeteciera. Aquella fue su mejor época, aunque siempre había algo de inefectivo, vago y casi aprensivo en su sonrisa demasiado frecuente, hasta el punto de que cuando veías a Mignon feliz siempre pensabas: «No va a durar». Mostraba la alegría febril de un ser sin pasado, sin presente, aunque existía así, sin memoria ni historia, solo porque su pasado era demasiado desolador como para pensar en él y su futuro demasiado terrible como para planteárselo; era el lirio roto del tiempo presente.

Una noche de sábado, un caballero en traje de gala, embozado con una capa de elegante ribete rojo, entró en el bar de la mano de una edición en miniatura de sí mismo, salvo por los pies, porque aquella persona, de estatura reducida y brazos algo largos, no encontraba calzado en ninguna zapatería del mundo. Cogieron un reservado en un rincón y Mignon, llena de curiosidad, corrió a tomarles nota. Aquella personita llevaba la raya en medio y el pelo negro y liso repeinado hacia atrás. Con gran ceremonia, la criatura se sacó el clavel del ojal y se lo tendió a Mignon. Ella se echó a reír.

–No le hagas un feo –le dijo el Hombre Mono con un cautivador acento francés.

Así que Mignon cogió la flor y se la puso en el pelo.

El Hombre Mono pidió una botella de vino y Mignon pidió por favor un plátano en cocina.

–Mi amigo y colega, el Profesor. Dale un beso a esta bella damisela, Profesor.

El Profesor ya estaba examinando el plátano, pero lo dejó con cuidado en el plato, se puso de pie en la silla, se inclinó sobre la mesa, le echó las manos al cuello a Mignon y le dio un cosquilleante beso con chasquido en la mejilla. Se podría decir que el Profesor llevó a cabo el cortejo en nombre del Hombre Mono. Sí, estaría encantada de compartir el vino con ellos.

Tenía solo quince años y él se la llevó con la única intención de maltratarla. Tenía tal olfato para las víctimas que era asombroso que

hubiese decidido pasarse la vida entre los astutos chimpancés, que huían de sus botas y, si no les ponía cena, le robaban la cartera del bolsillo de la chaqueta mientras estaba tendido en su catre sumido en un sopor alcohólico y salían a comprarse algo para comer. Era un hombre oscuro de Lyons y tenía una sola ceja. Ella se volvió con él a su vagón –estaba con un circo, por entonces, que levantaba sus carpas en parques– y a la mañana siguiente contempló boquiabierta como una niña a los monos sabios lavándose la cara en un cubo y haciendo cola para peinarse delante del espejo resquebrajado en su jaula de viaje.

No se molestó en volver a su habitación a recoger sus ropas. Se escapó con el circo, aunque resultó que aquel hombre era bebedor, duro, taciturno y violento.

Al tercer día en la carretera, le pegó por quemar las chuletas. Era mala cocinera. Al cuarto día, le pegó porque se olvidó de vaciar el orinal y cuando el Hombre Mono meó se desbordó. Al quinto día, le pegó porque había cogido la costumbre de pegarle. Al sexto día, un jornalero se la benefició detrás de una barraca. Las palizas ahora eran una expectativa que siempre se cumplía. Al séptimo día, tres acróbatas marroquíes se la llevaron a su vagón, le dieron un poco de raki, que la hizo toser, un poco de hachís, que le hizo brillar los ojos, y luego se la beneficiaron en una gran variedad de posturas ingeniosas, uno tras otro, entre los ornamentos de metal reluciente y cristal tallado del interior de teca. Las habladurías sobre Mignon se extendieron como la pólvora.

Mignon tenía una memoria malísima, cosa que la salvó de la desolación.

En los establos había un chaval de Inglaterra, un tío raro, que la oyó cantar mientras barría las jaulas de los chimpancés y le enseñó un montón de canciones nuevas; algunas, aunque no todas, con palabrotas, aunque no es que Mignon las entendiera. A él le hacía gracia escuchar a aquella huérfana paliducha cantando obscenidades absurdas para ella, pero también le gustaba oírla cantar otro tipo de canciones, porque era aficionado a la música, y aprendió de ella algunas canciones alemanas

sobre la veloz trucha y la rosa en el brezo, entre otras.

Hablaba bien el alemán, pero eso se lo guardó para él, porque tenía un secreto: estaba huyendo de un escándalo en su colegio público, le gustaban demasiado los chicos, así que no molestó a Mignon, cosa que ella agradeció. Ella iba y se sentaba a su lado en el rincón maloliente del remolque para caballos y cantaban al unísono: «Hora de navegar» o «La alondra deja su húmedo nido».

Un día, el Hombre Mono lo dejó inconsciente de un escobazo y a ella le curtió el lomo hasta partirle el palo en la espalda, pero el chico no volvió a despertar. Estaban en la carretera, acampados a las afueras de una impoluta conurbación de relojes de cuco en Suiza, y el Hombre Mono arrastró al chico hasta unos arbustos y allí lo dejó.

El traje y la capa de noche del Hombre Mono, el uniforme con el que escoltaba a sus siervos hasta la pista, colgaba de una percha de madera (robada en un hotel de París) con una pinza en caravanas, pensiones y camerinos. Mignon no le guardaba ningún rencor a aquel traje, aunque la había engañado, y si bien pronto perdió interés en los chimpancés también, nunca los trataba mal. Les hacía la colada y les remendaba los trajes. El Profesor nunca le volvió a dar otra flor, pero es que ella tampoco le volvió a dar un plátano.

Qué pensaban los chimpancés de todo aquello era un problema. Quien estudiase en profundidad a aquellas criaturas mientras desempeñaban sus rutinas a imitación nuestra, la carrera de bicis, la hora del té, la clase escolar, podría haber llegado a la conclusión de que los monos, a su vez, echaban mano de sus diligentes observaciones de nosotros para aplicarlas en sus rutinas de parodia, ironía y sátira. Cuanto más bebía el Hombre Mono, más lo ignoraban ellos.

Un golpe en la puerta anunció la llegada del camarero con las copas de flauta. Fevvers le hizo un gesto para que guardase silencio.

> Aunque la noche sea para amar
> y el día vuelva demasiado pronto,

dejaremos de vagar
a la luz de la luna.

Luego se oyó el chorrear del agua al salir del baño.

–No comprende lo que canta –repitió Fevvers.

Tenía la cara húmeda de lágrimas. Cuando Walser lo vio, se apoderó de su pecho una extraordinaria sensación: se le disolvió el corazón. Alargó la mano hacia la mujer y se le despertó un agudo dolor en el hombro herido; respingó y se dio cuenta de que también él estaba llorando. Ella lo miró, con aquellos ojos oscuros como la noche, destellantes, y por una vez no había en ellos ironía, malicia ni suspicacia. El corazón fundido de él se le salió del pecho y fluyó hacia el de ella, igual que una gota de mercurio corre a reunirse con otra gota de mercurio.

En aquel momento, Mignon salió por la puerta del cuarto de baño.

Iba envuelta en un limpísimo albornoz aborregado y el pelo recién lavado lo llevaba recogido en una toalla blanca. Ahora estaba reluciente y era toda sonrisas, aunque seguía un poco verdosa de magulladuras. Seguía con la caja de bombones apretada bajo el brazo, pero del primer piso ya solo quedaba un amasijo de papeles chirriantes. Pareció un pelín ofendida cuando Fevvers, tras sonarle la nariz entre los dedos bastante asqueada, le sirvió un cuenco de pan con leche, pero vio el champán, se sentó a la mesa con obediencia ovina y empezó a zampar con ganas.

Fevvers sostuvo una rápida comunicación con el camarero, al final de la cual rebuscó en su vestido otra invitación al estreno, y debía de haber aprendido ya suficiente ruso como para hacer chistes, porque el hombre ahogó una risotada bruscamente y se marchó de nuevo con una inclinación. Lizzie ya estaba arrancando el papel de aluminio de la botella. Fevvers repartió las copas tintineantes a su alrededor. Ahora tenía los ojos bastante secos, y se había puesto extrañamente pálida. De pronto tenía una cualidad dura, brillante y peligrosa.

–¡Todavía conseguiremos hacer de esta una puta honrada! –se mofó

de su invitada con una voz que rechinaba como la lengua de un tigre y Walser, con nervioso regocijo, notó que creía que Mignon era su amante y que (¡lo que eran las cosas!) la consumían los celos. Fevvers vació su copa de un trago, eructó y la tiró contra un rincón, donde se hizo trizas. Este gesto pareció más una demostración de enfado que la imitación de la costumbre del país.

–Ven aquí –le ordenó a Walser imperiosamente–. Liz…, la crema hidratante. Arrodíllese, señor Walser.

Preparado para cualquier cosa, Walser se arrodilló a sus pies y se encontró firmemente atenazado entre sus muslos acostumbrados a aferrarse al trapecio. Experimentó un súbito acceso de vértigo erótico e intentó embarcarla en otro intercambio de miradas, pero ella desvío rápidamente la suya mientras le quitaba la peluca y le ahuecaba el pelo rubio aplastado con una enorme mano de enfermera, competente, impersonal, irascible. Entonces lo embadurnó de crema.

–Te voy a poner guapo –dijo.

Cuando él intentó hablar, le empapuzó un pegote de crema hidratante en la boca. Cogió una servilleta del carrito y le limpió la pintura blanca con tanto vigor que la cara de Walser emergió roja como un ladrillo y pulida como unos suelos. Mignon, ya risueña por el champán, repetía de pan con leche. Lizzie, desaprobadoramente tensa por algún motivo, se abstrajo de esta escena, se sacó unos folletos del bolso y se sumergió en su lectura. Fevvers alisó la corbata de Walser y echó un vistazo a su traje con desagrado.

–¡Dios mío, pobre chica! ¡De la Casa de los Monos al Distrito de los Payasos! ¡Para que luego digan del fuego y las brasas! ¿Tú no sabes lo que detesto yo a los payasos, muchacho? Estoy convencida de que son un crimen contra la humanidad.

El camarero volvió ahora y se quedó esperando junto a la puerta. Lizzie pasó una página con un crujido de indiferencia. Mignon, acabado que hubo su cena, miró a su alrededor con curiosidad para ver qué sucedería a continuación.

–Bueno, pues apechuga con ello –dijo Fevvers–. Ponte en pie y llévatela. Os he pagado la *suite* de recién casados, para que veas.

El camarero, entre risitas, les hizo una inclinación y abrió la puerta. Walser se puso en pie con tanta dignidad como pudo reunir, le dirigió a Fevvers una sonrisa blanquísima y le ofreció a Mignon el brazo sano con una demostración de cortesía anticuada que hizo que la giganta hiciese tamborilear los dedos en su silla. Mignon se agachó para recoger la caja de bombones que casi se olvidaba en aquel repentino giro de los acontecimientos; diseminó un reguero titubeante de envoltorios a su paso según salía. Cuando dejaron a las dos mujeres solas, Lizzie tiró a un lado el folleto y anunció sin rastro de jocosidad:

–¡Tú ríete! Me vas a matar.

En la *suite* de recién casados, con un previsible lecho de raso rosa y espejos dorados, el camarero dirigió la atención de Mignon con un ademán señorial hacia un ramo rígido e inodoro de rosas rojas de florista junto a la cama, obviamente un toque especial pedido por Fevvers, luego, radiante, incluso sofocando una risa, se marchó.

El primer impulso, deplorable, de Walser fue abalanzarse sobre la pobre chiquilla y forzarla, darle una lección (a ella o a otra, no lo tenía claro). Pero era un hombre justo y el tremendo dolor del brazo herido al agarrar a Mignon por el hombro le recordó que sería injusto, así que la dejó en paz.

Si el día de Mignon había comenzado de mala manera, iba a acabar bien. Estaba acabando como un sueño adolescente hecho realidad, de hecho, sobre todo cuando Walser reculó. ¡Y no podía dejar aquellas rosas! Se acurrucó con ellas, las acarició, pasó las manos lenta, amorosamente, por encima, flotó y ronroneó alrededor de las flores con una gracilidad tan descorazonadora y desavisada que Walser, hombre sensible donde los haya, a punto estuvo de soltar un sollozo de conmovida perplejidad.

–Ay, Mignon, ¿qué voy a hacer contigo?

Notar que se dirigían a ella en inglés debió de tocar alguna tecla

particular y selectiva en aquel órgano, su memoria. Se quitó la toalla de la cabeza y su rubia melena de Gretchen se extendió en todas direcciones. Sonrió. Aquella sonrisa contenía la historia entera y era apenas soportable.

–*God save the Queen* –dijo.

Walser no pudo más y salió corriendo de la habitación.

SEIS

Dos cosas, hasta ahora, han conspirado para hacer perder a Walser el equilibrio. Una: tiene el brazo derecho herido y, aunque se va curando bien, no puede escribir ni mecanografiar hasta que mejore, así que está privado de su profesión. Por lo tanto, por el momento, su disfraz disfraza… nada. Ya no es un periodista que se hace pasar por payaso; quieras que no, las circunstancias lo han convertido en un payaso auténtico, a efectos prácticos, y, lo que es más: un payaso con el brazo en cabestrillo (un payaso de la rama «guerrero herido»).

Dos: se ha enamorado, una afección que le provoca ansiedad porque es la primera vez que la experimenta. Hasta la fecha, las conquistas eran fáciles y olvidables. Pero ninguna mujer había intentado humillarlo hasta ahora, que él sepa, y Fevvers lo ha intentado y lo ha conseguido. Esto ha instaurado un conflicto entre su recién estrenado e influenciable sentido de la autoestima y la falta de estima con que lo trata la mujer. Le duele intuir, no tanto que ella y su compañera lo hayan embaucado (sigue convencido de que son un fraude, eso para empezar), sino porque han hecho de él su embaucado.

En un estado mental tumultuoso, todo conflicto y desorientación, deambula por la noche helada de la ciudad, ya observando el hielo que cuaja en las oscuras aguas del Neva, ya ojeando el enorme jinete en lo alto de su plinto con vago terror, como si no fuese la efigie del fundador de la ciudad sino del heraldo de cuatro jinetes aún más míticos que vienen, de hecho, de camino para sumir Petersburgo en la confusión por toda la eternidad, aunque todavía no llegan, aún no.

SIETE

Una mañana vivaracha, esplendente y ventosa bajo un cielo que imita una campana de cristal azul tan bien que parece como si fuese a desgranar buenas nuevas al más mínimo roce de una uña. Una densa escarcha por todas partes que le confiere a las cosas relumbrón y un aspecto festivo. La escasa luz solar del norte compensa en brillo lo que le falta de calidez, como ciertos temperamentos nerviosos. Hoy las barras y las estrellas se inflan valerosamente, como con empaque, sobre el patio trasero del Circo Imperial, que está tan lleno de gentío y bullicio como un Brueghel: ¡todo ajetreo, todo triquitraque!

En medio de las risas, las bufonadas y los fragmentos de canciones, con las mejillas rosadas, unos mozos de establo silbando dan unos pisotones, se soplan los dedos, corren de aquí para allá con balas de heno y avena al hombro, sacos de hortalizas para los elefantes, manojos de plátanos para los monos; o amontonan paladas vomitivas de excrementos sobre paja sucia. Bien enmanoplados y embufandados, los pequeños Charivaris practican su ocupación acostumbrada por la cuerda de tender de la Princesa, bamboleándose entre risas mientras la dueña del tendedero, con un costal encima de su habitual *deshabillé* para protegerse del frío, contempla cómo descargan una repugnante remesa de carne sanguinolenta de la grupa de un jaco demacrado y nervioso al que no le queda mucho para convertirse también en carne de caballo.

Vendedores ruidosos de la ciudad invaden el imperio peripatético del Coronel para anunciar a voces tartas calientes de mermelada y *kvas* en barriles con ruedas. Un gitano lúgubre entra en el patio para añadir el gañido de su violín al matraqueo de las suelas en los adoquines, la babel de lenguas, el suave y continuo tintineo de los elefantes de dentro agitando sus cadenas, el sonido que recuerda al Coronel, siempre con un

asombro gustoso, la extravagante osadía de toda su empresa («¡Elefantes atravesando la tundra!»).

Y es que el Coronel Kearney, de madrugón, preside estos desarrollos carnavalescos; ¡lo que le llega a gustar esta turbamulta, le encanta tal cual, le apasiona, simplemente porque sí! Adora la turbamulta como los rusos adoran la pereza. Mete los dedos en los dos bolsillos de su chaleco estrellado y estirado como si de una panza preñada de ganancias se tratase mientras se pasea sobre esas piernecillas zambas suyas enfundadas en los pantalones de barras, briosas y blandas como palotes de caramelo. Acaba de sacarle brillo a la hebilla del símbolo del dólar. Es la viva imagen de un empresario.

Pasa entre sus empleados esquivándolos mientras vuelan de aquí para allá ocupados en lo suyo, y elude a los vendedores nativos con rápidos golpecitos del codo bajo el cual va Sybil, soltando chilliditos inteligentes; una nube móvil de humo azul de puro alrededor de su cabeza y una sonrisa afable y optimista en su rostro satisfecho según va dispensando una palabra de ánimo para todos y cada uno.

Esa mañana, los periódicos traen una carta anónima que alega que Fevvers no es una mujer sino un autómata astutamente construido con huesos de ballena, caucho y muelles. El Coronel sonríe de pura satisfacción previendo la consternación que provocará esta estratagema, cómo tintineará la caja registradora con la deliciosa crecida del rumor: «¿Es falsa o auténtica?». Su lema es «Cuanto más grande el bulo, más le gusta al público». ¡Así es como se juega al Juego Lúdico! ¡Sin restricciones! Otro lema, en una palabra: «Enrédalos». ¡Jugar para ganar!

¡Vaya si no!

Urde otro rumor para el día siguiente, insertada en las noticias extranjeras por medio de sus contactos. Este, contradiciendo al malintencionado rumor «mecánico», proclamará que Fevvers, mujer de los pies a la cabeza, está prometida en secreto con el príncipe de Gales allá en su hogar, Inglaterra.

¡Vaya si no!

Los monos ya han vaciado los orinales en la montaña de excrementos y los han lavado en la bomba del agua. De vuelta a sus aposentos, barrieron, repartieron paja limpia y se hicieron las camas. Se organizaron en grupos silenciosos, con las cabezas metidas en los libros. De vez en cuando uno gesticulaba de aquella manera entre comedida e impaciente y otro asentía, sacudía la cabeza bien cepillada o respondía con un huroneo de los dedos. De *monsieur* Lamarck, el Hombre Mono, ni rastro; andaría tirado por ahí durmiendo la mona en el serrín de algún bar de mala muerte.

Un observador casual podría pensar que los monos, aquella pequeña compañía diligente o conjunto de organismos bien programados, no podían salirse del personaje ni un segundo y ahora estaban ensayando su rutina de «los monos en el colegio». En realidad, lo que no tenía límites era su dedicación a la automejora. Ni siquiera la ausencia de Mignon, por quien sentían una pena desinteresada, interfería en sus estudios. Aunque la hembra del lacito verde le dedicó un pensamiento al payaso herido.

Si en el frente primate todo estaba tranquilo, en las jaulas de los felinos estallaron unos ruidos terroríficos mientras merodeaban por su reducido espacio. Los tigres rugieron, primero uno, luego el otro, luego todos al unísono: ¿Dónde está el desayuno? ¡Ayer al final no nos comimos a aquel delicioso payaso! ¡Ahora queremos ternera, caballo, patas y costillas de cabra!

Cuando oyó aquel apremio alzarse por encima del clamor, la Princesa cogió una brazada de carne sanguinolenta.

La Princesa Abisinia jamás había visitado, ni siquiera por negocios, el país cuyo título real usurpaba, ni era originaria de ninguna otra parte de África. Su madre, nacida en Guadalupe, en las islas de Barlovento, era profesora de piano hasta que se escapó con un hombre que pasó por su ciudad dormitorio con una feria ambulante. Aquel hombre tenía un león sarnoso y desdentado en una jaula para un número, y decía ser etíope,

aunque venía, en realidad, de Río de Janeiro. El ímpetu de su fuga los llevó hasta Marsella, donde nació su hija. Sus padres se querían con locura. Su madre se sentaba en la jaula y tocaba sonatas de Mozart. Prosperaron. Su padre se coronó rey y se metió en el negocio de los tigres; si los tigres no vienen del Cuerno de África, entonces él tampoco. Cuando sus padres murieron, la Princesa heredó el piano y los felinos. Pulió el número hasta alcanzar el esplendor actual. Y hasta aquí su historia, que era misteriosa solo porque, al no hablar, no se la había contado a nadie.

En la pista, parecía una alumna a punto de graduarse en un conservatorio provincial, con su túnica blanca con volantes almidonados, las medias blancas de algodón, los zapatos planos con broches de esos que llaman Mary Janes, y un lacito en forma de mariposa de raso blanco en el pelo lacado en la parte de atrás de la melena. Con este atavío tocaba el piano mientras los tigres bailaban.

Al comienzo del número, los felinos saltaban a la pista, rugiendo para ilustrar su ferocidad, mientras los mozos corrían alrededor con barrotes disparando balas de fogueo con sus pistolas. Luego entraba ella, con su vestidito de niña bien, y se sentaba al piano.

Aquel era el único momento, cuando se sentaba dándoles la espalda, en que se sentía sola. Incómoda. Al oír los primeros acordes, los felinos, a los que ella no veía, se encaramaban en los pedestales en semicírculo ya listos y se quedaban sentados jadeando, satisfechos de sí mismos por su obediencia. Y luego se les ocurría, siempre con una sorpresa prístina, sin importar las veces que lo repitiesen, que no habían obedecido con libertad, sino que habían cambiado una jaula por otra más grande. Entonces, solo por unos momentos de desprotección, sopesaban el misterio de su obediencia y se quedaban asombrados.

Durante aquel instante, mientras la Princesa era consciente de que los tigres se preguntaban qué puñetas hacían allí, cuando les ofrecía una vulnerable espalda y sus ojos elocuentes miraban hacia otro lugar, se sentía un poco asustada y, quizá, más humana de lo que estaba

acostumbrada a sentirse. A veces, entonces, pensaba en lo que le gustaría tener un cómplice, alguien en la pista, no un mozo de establo ni un ayudante, sino alguien en quien confiase, alguien que pudiera vigilar a los felinos durante aquel tenso instante en el que tocaba la invitación al vals mientras se preguntaba si sería precisamente aquel día el que las bestias elegirían para no aceptar dicha invitación. Si sería aquella noche, precisamente, de entre todas las de su contrato, la noche en la que los felinos no sucumbirían, uno por uno, a la música y se buscarían pareja, sino que…

Siempre tenía un rifle encima del piano, por si acaso, y las balas de aquella arma no eran de fogueo.

En cualquier caso, vivía en la más estrecha intimidad con sus felinos, dormía junto a las jaulas sobre una bala de paja limpia. Les lavaba los ojos con ácido bórico y antiséptico para prevenir infecciones. Les frotaba las delicadas garras con un ungüento especial. Pero jamás les sonreía, porque el pacto que tenían no era amistoso; existía para evitar hostilidades, no para promover la amistad. Y a la Princesa podrían ustedes haberle dicho: «¿Se te ha comido la lengua el gato?». Porque, muy al principio de su carrera, se fijó en cómo gruñían guturalmente y echaban hacia atrás las orejas cuando empleaba aquel medio del habla humana que la naturaleza les había negado a ellos.

Se rumoreaba que era hijastra de una tigresa, abandonada en la jungla y amamantada por osos salvajes. Pero no hay junglas cerca de Marsella. Como ella no hablaba, nunca negó aquellos cuentos. El Coronel los hacía circular libremente.

En las pocas y casuales ocasiones en que se llevaba a algún otro ser humano a la cama con ella, en la paja junto a los tigres durmientes, siempre hacía el amor a oscuras, porque su cuerpo estaba marcado a base de zarpazos centímetro a centímetro, como tatuado. Era el precio que la habían hecho pagar por domarlos.

Ahora el aroma chisporroteante de salchichas y beicon fritos se mezcla con los penetrantes hedores de excrementos, carne, pasteles y

animales salvajes en el patio. La cocina (un fogón y una encimera) se ha abierto y está –«¡loado sea el cielo!», gritan los mozos de establo– sirviendo desayunos ingleses como Dios manda.

Cuando Sansón, el Forzudo, apartando a manotazos a los mercachifles rusos con xenofóbica diligencia, llegó para llevarse su tazón y su rebanada de pan mañaneros, sufrió el pitorreo de los trabajadores que masticaban sus bocadillos de beicon por haber (según el cotilleo diseminado a toda velocidad por el circo) dejado que el payaso le robara la amante. Sansón jamás contó que él había abandonado a Mignon a las garras del tigre y que ahí es donde entró en juego el payaso, ¡ni de lejos! Fanfarroneó, flexionando los pectorales resplandecientes, de lo que le haría a aquel cabrón del payaso cuando le pusiera las manos encima y, de hecho, estaba bastante herido en su orgullo porque Mignon se hubiese largado al Distrito de los Payasos con su salvador. En todo esto, Mignon asumió el papel de la mujer: el del motivo de discordia entre hombres, ¿de qué otra manera iba a desempeñar un papel cualquiera en sus vidas?

El Coronel se quita el sombrero con alegre regocijo cuando Fevvers, para nada con aspecto de caucho sino de apetitosa carne para el príncipe de Gales, ese *connoisseur,* pasa a zancadas. Sus andares son más feos que los de una valquiria sin cabalgadura, pero sus fabulosas curvas prometen deleites con los que el Coronel sueña a menudo.

Lizzie, cargando con su bolso, que podría parecer el de una matrona o una abortista, lanza al Coronel una mirada fulminante desde las insondables profundidades de la malicia siciliana. Y es que el Coronel considera a la carabina como el único escollo entre él y un *dîner à deux* íntimo con la trapecista que podría llevar a quién sabe qué. ¡Vaya si no!

Se pone cardíaco y suelta un penacho de auténtico humo solo de pensarlo, mientras estruja a Sybil tan vigorosamente en su entusiasmo que la cerda chilla.

Lizzie se paró para darle al violinista gitano un kopek y recibir a cambio un estallido de agradecimientos incomprensibles y, por alguna

razón, una especie de folleto o partitura de balada que se guardó en el bolso sin echarle un ojo siquiera. El Coronel no hizo ni caso, aunque al vendedor de tartas, un miembro de la policía secreta, en realidad, le habría gustado ver la transacción. Pero Fevvers escogió aquel momento para aliviarlo de todas sus existencias y repartirlas generosamente entre los niños de Charivari, que se dejaron caer del tendedero y se acercaron brincando alrededor del tartero con tal entusiasmo latino que apenas pudo hacer otra cosa que coger el dinero.

Con las dos mujeres iba una chiquilla, o más bien una joven, de pelo rubio, delgada, elegantemente vestida de lana roja. Al Coronel le impresionó con una vaga familiaridad: «¿Dónde la he visto yo antes?». Y no llamó la atención del Forzudo, tan concentrado estaba en explicar a sus amigos las heridas que sufriría Walser cuando se topase con él.

El Coronel masticó su puro y suspiró, porque Fevvers solo le dirigió un brusquísimo gesto con la cabeza mientras las dos, con su invitada, desaparecían en la casa de las fieras como si siguieran el rastro sanguinolento que la Princesa había dejado tras ella. La admiración del Coronel por Fevvers crecía proporcionalmente a la indiferencia de ella y a las reservas con antelación.

Pero:

–¡Hola, holita! ¿Qué hay, qué hay, qué hay?

Su atención voluble se fijó en la tumultuosa entrada de los payasos con su manada de perros gritones. Su empleado más reciente, notó con alegría, estaba presentable y correcto, aunque con una pinta un poco peor por despachurrado…, el brazo en cabestrillo y demás.

–¡Esta es tu oportunidad! –le decían los mozos de cuadra a Sansón partiéndose el pecho, pero Sansón le echó un vistazo a Buffo, grande como una casa y ya curda perdido, pastoreando a su rebaño hasta el circo con su habitual majestuosidad desquiciada y el aire de quien está a punto de cometer una dañina agresión física.

–Ni de coña –opinó el Forzudo considerando que convenía discreción. Dejó con un golpe su tazón en el mostrador y se largó–. Ya lo pillaré

cuando esté solo.

Buffo encabezando la marcha de los payasos. Una docena de payasos. ¡Alto ahí!, ¿qué es esto? ¡Doce payasos más uno! Donde ayer eran doce hoy son trece, y el decimotercero es claramente un retaco.

Los payasos. Ahí van, una panda de terroristas. No, no es eso. No terroristas, sino irregulares. Una pandilla de irregulares con barra libre para cometer las más feroces barrabasadas siempre que, o mientras, mantengan la extravagancia de su apariencia, de modo que su violenta exposición de modales quede en el lado controlable del terror, aun cuando tengamos que aprender a reírnos de ello, y aunque parte, como mínimo, de esta risa surja de la exitosa supresión del miedo.

Las relaciones del pequeño Iván con los payasos eran como sigue: al principio les tenía miedo; luego lo fascinaron; finalmente le entraron ganas de ser uno de ellos para poder aterrorizar, hechizar, destruir, devastar, sin salirse del lado controlado del yo, con licencia para lo licencioso y la prohibición de actuar, de manera que la *babushka* en casa ya podía seguir haciendo enrojecer y ennegrecer el carbón incluso aunque los payasos hicieran saltar la ciudad entera por los aires, que nada cambiaría en absoluto. Nada. Los edificios reventados flotarían como burbujas sin peso y se posarían con suavidad en el suelo de nuevo en los mismos sitios exactos donde se habían erigido. Los cadáveres se retorcerían, se separarían por las articulaciones…, acto seguido recogerían sus extremidades desmembradas para hacer malabares con ellas y luego se las encajarían de nuevo en sus agujeros y aquí no ha pasado nada, caballero.

Así sabrían, así verían ustedes claro, que las cosas siempre son como han sido siempre; que nada sale de la catástrofe; que el caos invoca la estasis.

Era como si un hada madrina le hubiera otorgado a cada payaso un don ambivalente al nacer: puedes hacer lo que te dé la gana siempre que nadie te tome en serio.

Buffo cosió cascabeles en un gorro de tres picos para su aprendiz más

reciente, «para que no oyese el ruido del cerebro al derramársele».

El pequeño Iván, con gorro y cascabeles, pegaba volteretas alrededor de la pista como si se hubiera emancipado del todo de la postura bípeda hasta que chocó contra Buffo, que daba volteretas en dirección contraria. Entonces se llevó una colleja por ponerse en medio y durante cinco minutos, como mínimo, se estuvo repensando lo de escaparse con el circo, pero aunque se sentó enfurruñado en primera fila con el pulgar en la boca, no era capaz de apartar la mirada de los cómicos.

Buffo se inventó una rutina especialmente para Walser, dado que ya no podía hacer el pino.

–Canta como un gallo.

–¡Kikirikí! –dijo Walser obediente.

–Kikirikoski –corrigió Buffo como pequeño tributo al zar de todos los rusos–. Aletea un poco.

–¡Kikirikoski! –Metiéndose en el papel, Walser se puso de puntillas y aleteó con los brazos como buenamente pudo con la venda.

–Damas y caballeros, niños y niñas –recitó Buffo–. Les presento, y no me lo invento, ¡al Pollo Humano!

Grik sacó un huevo, no demasiado fresco, de dentro de su violín y se lo tiró a Walser en toda la jeta. Buffo lo aprobó partiéndose de risa. Grok sacó un par de huevos de dentro de su pandereta. Entre aullidos de euforia, todos los payasos siguieron el ejemplo, se sacaron huevos de diversas partes de su ropa y anatomías y apedrearon a Walser hasta que el licor huevil chorreaba por toda su cara cegándolo. Grik y Grok tocaron «¡Vamos de caza!» con sus muchos instrumentos. El pequeño Iván pensó cuántas tortitas podría haber hecho su abuela con todos aquellos huevos que ahora salpicaban el serrín, pero no lo pensó mucho, porque la risa se lo impidió.

Los verdugos invisibles de Walser apartaban los faldones de sus abrigos de raso cuando los embestía, le ponían zancadillas con sus largos zapatones, lo empujaban con sus zancos para tirarlo. Cuando oyó al pequeño Iván partiéndose de risa su ira fue en aumento: «¿Qué puñetas

tiene tanta gracia?». Y lanzó golpes contra todo.

Luego le dijeron que sus gestos frustrados de cólera eran la cosa más graciosa que habían visto en su vida, mientras lo sacaban de la pista entre golpes y llantos de mofa; sus gestos frustrados de cólera y su herida cómica.

En adelante, Walser llevaría siempre una cresta. Y Buffo, tras pensarlo un poco, masajeándose la enorme mandíbula blanca, decidió que, con aquella cresta y aquel cacareo, el Pollo Humano tenía que aparecer de inmediato en el menú de la cena de Navidad de los payasos.

La nueva profesión de Walser empezaba a ser exigente.

Mientras tanto, Fevvers, en la casa de las fieras, sostenía una animada conversación unilateral con la Princesa en un francés sin florituras.

–*Quelle chantouze!* –decía–. *Quelle spectacle!*

La Princesa, con el delantal ensangrentado, abrió un panel de la jaula y echó media compra del carnicero. Los tigres se abalanzaron sobre el festín gruñendo y pegándose zarpazos de pura gula en las orejas. Mientras los observaba, la cara sombría de la Princesa era la de Kali, y el perfume que la rodeaba lo bastante denso, rancio y penetrante para funcionar como barrera invisible entre ella y todos los seres sin pelaje. Fevvers sabía que era un hueso duro de roer. Estaba impertérrita.

–*Elle s'appelle Mignon. C'est vachement chouette, ça.*

Mignon se apoyó contra el hombro de Fevvers, mirando vagamente las motas de polvo en la luz, ignorante de que era el tema de todo aquello. Si su nuevo vestido granate con aquellos cordones cuasimilitares recordaba un poco al uniforme de los porteros del Hotel de l'Europe, era porque no habían encontrado otra cosa hasta las seis de la madrugada. («Una puntada aquí y otra allá y le quedará perfecto. No te importa, ¿verdad, amigo?»). Lizzie le había recogido el pelo rubio en trenzas retorcidas alrededor de la cabeza. Parecía la hija de un cura en vez de la criatura de un asesino.

La Princesa le dirigió una mirada socarrona e inquisitiva a Fevvers y se tabaleó la boca. Fevvers comprendió.

–Cantar no es hablar –dijo Fevvers con una sintaxis más sutil que su pronunciación–. Si odian el habla porque nos distingue de ellos, cantar es privar al habla de su función y volverla divina. Cantar es a hablar lo que bailar es a caminar. Sabes que les encanta bailar.

(Cruza los dedos y que tengas suerte, añadió para sí misma).

Las criaturas de la Princesa bostezaban y se estiraban. Se quitó el delantal. Miró a Mignon de arriba abajo. Eran de la misma estatura, las dos pequeñitas, frágiles, una tan rubia como la otra morena, gemelas opuestas. Y ambas poseían esa cualidad de las exiliadas, de marginadas del resto, aunque la Princesa había escogido su exilio entre las bestias, mientras que el exilio de Mignon se le había impuesto. Quizá fue la pinta de vagabunda de Mignon lo que decidió a la Princesa a acogerla. Asintió.

Los felinos ahítos yacían con sus pesadas cabezas entre las garras en medio de huesos sanguinolentos, una hermosa naturaleza muerta o *nature morte* de formas anaranjadas y pardo rojizo compuesta alrededor del piano de la Princesa; dormitaban como un deseo aletargado, como un fuego sin encender. Un cachorro color mandarina se acurrucó para sestear en el taburete del piano.

Mignon fue consciente del plan que las adultas habían trazado para ella y, cuando la Princesa entró en la jaula, retrocedió aferrándose a la mano de Fevvers y gimoteando débilmente alarmada, pero Fevvers, sonriéndole para animarla, la abrazó, se la despegó, la depositó allí y cerró la puerta tras ella con gesto firme. La Princesa movió a Mignon hacia una posición junto al piano desde donde podía vigilar a los felinos. Pero estos, disfrutando de su modorra postprandial, acusaron la presencia de la chiquilla solo con algún leve meneo de hocicos y bigotes. La Princesa palmeó el rifle en lo alto del piano. Aquello consoló a Mignon, en cierto modo.

La Princesa colocó al cachorro dormido entre la paja y tomó asiento. Rozó las teclas con los dedos como si el piano pudiese sugerirle la música apropiada por voluntad propia.

Mignon se quedó cerca del piano, pero pronto quedó tan hechizada ante la visión de los dedos negros de la Princesa sobre las teclas blancas que se olvidó de asustarse. Fevvers, contemplando atenta, se quitó sin darse cuenta un guante para poder morderse las uñas. Lizzie, acuclillada sobre su bolso, masculló rápidamente para sí en algún idioma que no acababa de ser italiano.

Cuando el piano le dijo a la Princesa qué debía tocar, se colocó el pelo detrás de las orejas con un gesto de bravura y atacó el teclado con decisión. Mignon se sobresaltó al reconocer la melodía.

No creáis que el chaval inglés al que asesinó su marido no le enseñó la canción que se había escrito para ella antes de nacer; ¿cómo iba a resistirse una vez supo su nombre? Dudó regocijado entre la versión de Liszt y la de Schubert. Por más extraño que sonase el acompañamiento en su armónica jadeante, se aseguró de que Mignon se aprendiese su propia canción, aunque ella no entendiera la letra, ni aun siendo en su propio idioma.

Una cosa es hablar y otra cosa es cantar.

Aquí y allá, entre los felinos, algún parpadeo.

Casi como sobrecogida por su osadía, la voz de Mignon tembló mientras preguntaba si conocían aquella tierra.

Los felinos se removieron en la paja.

No. No, es demasiado temprano.

¿Conocéis la tierra donde crece el limonero?

¡Ay!, déjanos dormir un poco más. ¡Acabamos de comer!

¿Conocéis la tierra donde crece el limonero?, preguntaba, imploraba Mignon viendo cómo abrían los ojos, aquellos ojos como frutos preciosos.

Se removían y susurraban. Porque si esta tierra es el Edén de nuestros primeros padres, donde los animales inocentes y los niños sabios juegan juntos bajo los hermosos limoneros, ¿no renunciará el tigre a su ferocidad y el niño a su malicia? ¿O no?, ¿o no?

Los felinos levantaron todos sus enormes cabezas y de sus ojos

cayeron lágrimas ambarinas como si llorasen sus mudos destinos. Despacio, muy despacio, todas las bestias se fueron arrastrando hasta la fuente de la música, azotando suavemente la paja con sus colas. Al final de la primera estrofa, un suave ronroneo extático se alzaba entre ellos hasta que toda la casa de fieras resonó como el interior de una enorme colmena de abejas.

Y luego hay montañas…

A medida que la voz de Mignon, al principio un poco vacilante, iba ganando confianza y fuerza y flotaba por la casa de fieras, los monos levantaron la vista de sus libros con preguntas imposibles de responder en sus miradas; hasta los payasos se callaron y chistaron; los elefantes, mientras duró la canción, dejaron de agitar sus cadenas.

La Princesa supo que el problema de la pausa terrorífica se había solucionado.

Cuando terminó la canción, los felinos en trance suspiraron y se reacomodaron un poco sobre sus cuartos traseros, pero la melodía del baile no llegó; la Princesa estaba besando a Mignon.

Fevvers y Lizzie soltaron grandes respingos de alivio y se besaron también.

–El sexo cruel la dejó tirada como un guante sucio –dijo Fevvers.

–¡… pero nosotras la hemos mandado a la tintorería! –concluyó Lizzie triunfal.

Con esto pareció quedar cerrada la contratación. La Princesa obligó a Mignon a hacerles una reverencia a los felinos. Las chicas salieron de la jaula de la mano. Los felinos volvieron a dejar caer sus hocicos entre las patas. La Princesa le dio dos besos a Fevvers en agradecimiento.

–Un número con mucha clase –la felicitó Fevvers.

Las dejaron empezando a ensayar el vals.

Y ahora el patio estaba vacío como una bañera a la que le han quitado el tapón después de su cometido matutino. El Coronel se había ido a la taquilla a comprobar la caja registradora; la caseta de la cocina había echado las persianas; los mozos se habían ido a la casa de las fieras a

jugar a las cartas y ponerse hasta arriba de vodka. Los pequeños Charivari, con unos retortijones tremendos por haberse empapuzado las tartas del secreta, estaban tapados en sus catres con bolsas de agua caliente en la barriga. La *mamma* le echaba la culpa a Fevvers. En el silencio abandonado volvieron los pájaros a picotear los desechos, y había un joven con unos tirantes cómicos agachándose para remojarse la cara bajo el surtidor como buenamente podía con un solo brazo.

–Es tu querido –le dijo Lizzie con desagrado–. El reporterito americanito.

Fevvers se adelantó hasta donde Walser por detrás y, en el momento adecuado, le tapó los ojos con las manos al emerger del chorro de agua.

–¡Bu!

Poco acostumbrado al amor, Walser diagnosticó los efectos de una noche de insomnio cuando su corazón se aceleró al verla. Ella lo miró especulando reticente, balanceándose de adelante atrás sobre aquellos tacones que le daban cinco centímetros de ventaja sobre la estatura de él, una ventaja que le agradaba.

–¿Qué tal el brazo tonto? –le preguntó.

Walser le enseñó el cabestrillo.

–Me lo curaste bien. El arañazo de un tigre puede infectar algo hasta pudrirlo, poco más.

Ella bajó la voz un par de decibelios hasta que sonó lasciva.

–He oído… que anoche dejaste sola a la demacrada. Por lo visto lo malinterpreté, cariño. Resulta que no te la estabas beneficiando, después de todo.

Walser se tapó la cara al enjugarse las últimas manchas de huevo con la manga. Fevvers soltó una risita y le dio un papirotazo con sus guantes, desterrado el malhumor de la noche anterior, sustituido por una misteriosa coquetería.

–Tengo que decir, señor Walser –añadió con tono provocativo–, que es muy halagador que me persiga así, hasta los confines de la tierra, por así decirlo. ¿Eh?

Antes de que a Walser le diera tiempo a responder, Lizzie, como si no pudiera esperar más a que aquel ritual de cortejo alcanzase su consumación, le tironeó impaciente de la manga del brazo sano.

–Ah, señor Walser, hay un asunto sobre unas cartas a casa…; nosotras, es decir, Fevvers y yo, nos preguntábamos si… ahora no estará haciendo envíos, debido a su herida, ¿verdad? Bueno, entonces, ¡más sitio para lo nuestro!

De su enorme bolso sacó un montón de folios y se los endilgó.

OCHO

Como era la primera vez que la estrella trabajaba en un circo, había bastante animosidad contra Fevvers, sobre todo entre los Charivari, funambulistas desde hacía siglos, enzarzados en la misma disquisición con la gravedad…, ¡excepto por el hecho de que ella hacía trampas! Estaban convencidos: tenían el pálpito, no necesitaban pruebas. Y aquella treta los había desplazado de su puesto habitual en lo alto del cartel sirviéndose de ardides mecánicos. Se aferraban un poco, incluso, a la teoría de la gutapercha como elemento constitutivo de la anatomía de Fevvers. Aquella misma mañana, mientras desayunaban café con leche, los niños insinuaron que igual había alguna manera de tirarla desde lo alto… «para ver si rebotaba». La *mamma* los regañó: «¡Gamberros, gamberros!», pero intercambió una mirada pensativa con el *babbo.* Cuando Fevvers hizo que sus niños tuviesen dolor de barriga con aquellas tartas envenenadas fue la gota que colmó el vaso.

Se presentaron rencorosos a presenciar el ensayo con orquesta de Fevvers, decena tras decena, *babbo, mamma,* hermanos, hermanas, primos. En conjunto tenían ese talento italiano para formar una multitud, de modo que los Charivari *en masse* parecían mucho más que la suma de sus partes, y eso sin contar con los niños pequeños, que se habían quedado en casa encamados, quejándose. Los Charivari ocuparon el palco imperial como por derecho, y es que la familia había divertido a todos y cada uno de los emperadores europeos relevantes desde Nerón. De hecho, se consideraban parte vital de la historia del circo, toda una institución, algo que, la verdad, a Fevvers le daba un poco de asco. Todos con expresión de hostilidad y desprecio. Gente bajita, torneada con delicadeza, pero nervuda, en leotardos. Las mujeres se habían dejado los rulos en el pelo para mostrar su menosprecio.

Un fenómeno que se da en el trapecio es que sus practicantes parecen más grandes en él que en persona. Bajito y delgado, por lo tanto, suele ser la norma en el aire (y para la cuerda floja, como sabían los Charivari); un acróbata grande es una cosa tosca, por mucho arte que tenga. La acróbata ideal pesa, pongamos, unos cuarenta y cinco kilos y no mide calzada más de metro cincuenta y ocho. Su pareja masculina puede sacarle, quizá, como cuatro kilos y siete centímetros, pero seguirá siendo un hombre bajo en el suelo por mucho que parezca un dios griego al surcar los aires a esas velocidades que sobrepasan los noventa y cinco kilómetros por hora. Fevvers, recordemos, medía un metro ochenta y siete enfundada en sus medias y pesaba ochenta y nueve kilos.

Vamos, se veía enorme. Sus alas carmesíes y moradas en pleno vuelo oscurecían el techo del Circo Imperial. Sin embargo, aquellos inmensos brazos y piernas marmóreos se antojaban más bien poco convincentes en sus movimientos sueltos al nadar por el aire, como si estuviesen cosidos al disfraz de pájaro.

Walser, atraído a la pista como una polilla a la llama, pensó, como ya antes: Está fabulosa, pero algo no cuadra.

Aunque no acababa de captar qué era lo que le chirriaba, no identificaba en qué sentido estaban distorsionadas las proporciones, dado que no existían proporciones correctas con las que compararla; o es que el problema era el siguiente: tenía un aire de conjunto que dejaba intuir que, a pesar de convencer a otros, ella no estaba convencida de la naturaleza exacta de su propia ilusión.

La lentitud de su trayectoria, su modesto avance a cuarenta kilómetros por hora, ahí radicaba todo. Los Charivari resoplaban.

Agarró con la mano derecha la barra del trapecio.

Se oyó un chasquido claro, un tañido.

Se rompió una cuerda.

El Coronel, contemplándola con embelesado terror lo mismo que momentos antes la contemplaba con embelesado éxtasis, había considerado un plus de publicidad la utilización, en lugar de músicos

contratados, de *la crème de la crème* del Conservatorio de Petersburgo en la orquesta del foso en aquel número. La pega fue que aquellos melenudos no conocían la primera regla del espectáculo: el espectáculo debe continuar. Así que ahora, «La cabalgata de las valquirias» (tocada soberbiamente) se interrumpió en una discordancia horrorizada cuando el trapecio se descolgó otros dos o tres metros más y Fevvers se quedó balanceándose de aquí para allá como un péndulo sobre el circulito diminuto de serrín, el vórtice de gravedad, allá abajo, en lo más hondo.

Le temblaron las alas y las pequeñas plumas de los bordes azotaron el aire nerviosamente. Pero no mostró miedo, aunque lo sintiese. Giró sobre sí misma y, con el brazo libre, saludó o, como dicen en el circo, «hizo una floritura» al palco imperial con gesto irónico. Hasta les sacó la lengua. Los músicos con las trompetas y violines a punto de caérseles de las manos, el Coronel y Walser miraron impotentes, al borde del ataque, durante un minuto interminable; los Charivari, nerviosos, observaban.

Solo después de tomarse su tiempo agitó ella el péndulo. Se columpió cada vez más rápido, más y más rápido y, cuando hubo ganado suficiente impulso, solo entonces, se soltó y se lanzó de nuevo para llegar al otro extremo, donde aterrizó sobre su otro trapecio, se sentó de golpe, se encogió enérgicamente, cruzó los brazos como una lavandera furiosa y, enorme, inmóvil, hosca, ignoró la conmoción que estalló a su alrededor.

Un murmullo confuso surgió del palco imperial, y por cómo sonaba se podía discernir decepción.

–¡Cabrones! –gritó Lizzie y repitió y amplió el insulto en varios dialectos del italiano. Los Charivari replicaron con viveza. El Coronel se encendió otro puro y pareció que imploraba consejo a su cerda.

En las alturas, Fevvers encorvada y cabreada.

No. No pensaba bajar. Aquí está más segura, ¿verdad? ¿Por qué nadie ha comprobado la cuerda? ¿Quién es el puto asesino que ha toqueteado el equipo?

Por más alto que estuviese, lo oía todo.

Un mozo descubrió que la cuerda rota la habían serrado limpiamente a medias.

¡Un complot!

La sospecha recae al instante sobre los Charivari. Los Charivari protestan atropelladamente, levantándose y moviéndose de aquí para allá por las gradas de los palcos. Lizzie lanza un torrente de rápidos y furiosos improperios al Coronel mientras los Charivari presentan, gesticulando mucho, cualquier prueba que piensen que sirve de argumento. El Coronel mordisquea el puro y le hace cosquillas a la cerda en las orejas y sabe, en el fondo, cuando Sybil chilla y asiente, que no le queda otra que mandar a los Charivari a hacer el equipaje. Darles un plus aparte del salario inmerecido, sacarlos del cartel, mandarlos de vuelta a Milán en el próximo tren.

O eso o pierde a Fevvers. Que ni se lo plantea. Sobre todo teniendo en cuenta que ha aceptado cenar con él esa noche, a condición de que le haga una prueba a Mignon.

Por supuesto, esto no supone el final de los Charivari. El resto de su carrera profesional, la familia sufrirá de glosopeda, furúnculos anales, jaquecas, indigestión…, todas esas pequeñas e irritantes dolencias que nos envenenan la vida pero no nos hacen un daño permanente, que no nos matan pero nos dejan indispuestos de por vida. Nada intrínsecamente malo como para que ninguno abandone la cuerda floja; solo que, a partir de cierto momento, rendirán peor.

En baja forma. Su destino colectivo siempre será estar en baja forma. Los niños que querían ver rebotar a Fevvers no se terminarán de recuperar nunca de las tartas del policía secreta. Sufrirán la fatalidad de no estar nunca a la altura de sus padres, ni siquiera cuando dichos padres estén en baja forma. En el futuro, si alguna vez Lizzie piensa en los Charivari, este o aquel miembro del clan notará un punzada indiagnosticable. La tribu histórica, que caminó sobre la cuerda floja ante Nerón, Carlomagno, los Borgia, Napoleón…, los Charivari, entrará ahora en un lento y largo eclipse. Finalmente, obligados a emigrar, dos

milenios de arte circense terminarán extinguiéndose en una pizzería franquiciada en Mott Street.

Buenas noches.

Cuando el Coronel accedió a echar a los Charivari a regañadientes, Fevvers bajó al suelo de nuevo, aunque no saltó, como saltaba en el Alhambra, sino que, como cualquier otra artista del trapecio, usó la escalerilla de cuerda dispuesta a tal efecto. Sus gruñidos se iban oyendo cada vez más fuerte a medida que se acercaba a tierra firme.

Walser, medio divertido y medio fascinado, casi se convenció, aunque no del todo, de que la mujer no había corrido más peligro que un loro al que empujan de una rama. Y a pesar de que se negaba en redondo a creerlo, seguía hechizado por la paradoja: si de verdad era un *lusus naturae,* un aborto de la naturaleza, entonces… ya no era un portento.

Ya no sería una mujer extraordinaria, ya no sería la mayor trapecista del mundo sino… un bicho raro. Fabulosa, desde luego, pero un monstruo maravilloso, un ser paradigmático al que se ha negado el privilegio humano de ser de carne y hueso, un objeto condenado a suscitar la curiosidad del observador, pero nunca su compasión, una criatura extraña alienada a perpetuidad.

Se debe a sí misma continuar siendo una mujer, pensó Walser. Es su deber humano. Como mujer simbólica tiene un sentido, como anomalía no.

Como anomalía, volvería a convertirse, como lo fue, en una pieza expuesta en un museo de curiosidades. Pero ¿en qué se convertiría si continuaba siendo una mujer?

Entonces se dio cuenta de que estaba pálida bajo el colorete, como recuperándose de un susto auténtico, y que se acurrucaba en su capa plumosa como para calentarse. Le dirigió una escueta sonrisa.

–Casi se lía, ¿eh? –dijo ambiguamente.

Lizzie se le acercó corriendo con media botella de brandy del bar. El Coronel la rondó soltando halagos y camelos, pero Fevvers, hundiéndose en un asiento junto a la pista, lo hizo callar cuando un estrépito

metálico anunció la erección de la enorme jaula en la que la Princesa y sus felinos actuaban.

–Mi protegida –dijo Fevvers trasegando brandy–. Ahora veréis lo que es bueno.

Walser intentó sentarse junto a ella, pero Lizzie lo empujó sin contemplaciones, así que acabó junto al Coronel.

Preocupada por el debut de Mignon, la Princesa se había descuidado un poco de su persona y había olvidado ponerse siquiera un vestido, así que tanto a sus enaguas como a su camisola les habría venido bien un lavado, el bajo de una manchado de excremento de las jaulas y la cintura de la otra con marcas sanguinolentas de limpiarse las manos allí sin fijarse. En cambio, Mignon…, ¿qué clase de hada madrina había tocado con su varita a aquella pilingui esquelética?

Su pelo lacio recogido en elegantes rizos y atado con una cinta rosa de raso. Un vestido de gala sencillo, blanco como el glaseado de un pastel, lleno de volantes y encaje romántico, con un corte que dejaba a la vista lo bien que se le estaban curando los moratones. Sacó hacia fuera el escaso pecho que tenía como para dejar libre a un pájaro enjaulado.

Solo iba por la segunda estrofa cuando el Coronel empezó a removerse un poco.

–*¡Lieder* en la jaula del tigre! –refunfuñó en voz alta–. Un numerito con clase, vaya que sí. Hasta con demasiada clase, ¿no? ¿Me explico? ¿Cómo echar perlas a los cerdos? A lo mejor no…

–¡Cállese! –le ordenó Fevvers cortante.

A Walser le empezaron a escocer los ojos y se apoderó de él aquella sensación de vértigo que ahora asociaba a la presencia de la trapecista, aunque esta vez era consciente de que la música tenía tanta culpa de ello como la mujer.

Un aplauso disperso del escaso público, modificado por un agresivo silencio de Sybil que justificaba en parte la aprensión del Coronel, puesto que tenía en muy alto concepto el olfato comercial de su cerda. No. Para este espectáculo no. Esa canción no. Se le podía sacar rédito a

la cantante, pero no si, junto a su acompañante, se empeñaban en convertir la pista en una sala de conciertos. Se esforzó por recordar cómo había promocionado Barnum, su gran predecesor, a Jenny Lind, el ruiseñor sueco, ante el gran público estadounidense… Contratar a Mignon, sí; pero ¿contratarla con aquel número fallido? ¡Uhm! Problemas.

–¿Qué más sabes hacer? –preguntó con aspereza masticando el cabo de su puro.

Mignon, maniobrando con maravillosa destreza con su falda romántica, se acercó al pedestal del tigre más grande e hizo una reverencia. ¡Con permiso, chicas!

La cola del tigre osciló y los túneles de sus fosas nasales aletearon en respuesta al sabroso almizcle de su perfume. La Princesa tocó el acorde preliminar. El tigre bajó de un salto al suelo.

La Princesa, por respeto a la ciudad, decidió tocar el gran vals de Oneguin. *Un*-dos-tres. Mignon bailó con el tigre. *Un*-dos-tres. Qué altura la del animal, un poco rígido y avuncular, tiernamente inclinado sobre la debutante, dos metros enteros sobre dos patas y, se diría, un poco incómodo con las manoplas atadas con cuerda en sus garras delanteras, no fuera a ser que, con la emoción del momento, sacase las uñas retráctiles con desastrosas consecuencias para los hombros al aire de Mignon, que de mármol solo tenían la apariencia.

Dieron vueltas y vueltas; Mignon sin dejar de tararear la melodía con voz distraída y hechizante, como satisfecha consigo misma y con el efecto producido, como cualquier muchacha en su primer baile. Pero la novia del tigre se sintió excluida y quizá hasta un poco celosa ante la posibilidad de perder a su pareja por culpa de aquella guapa muchachita. Con las orejas hacia atrás, comenzó a gruñir un contrapunto sulfúreo.

Con una mano en la garra, Mignon dedicó una floritura a la multitud, tal y como le había enseñado la Princesa, luego le hizo una reverencia al tigre, al resto de bailarines, sonriendo con su habitual falta de

discriminación, porque aquello era el pan nuestro de cada día para ella, lo mismo hacerse la muerta que bailar con los terroríficos vivos.

Más aplausos, muchos más que hasta entonces, porque todos y cada uno de los monos sabios se acercaron a hurtadillas para encaramarse a los bancos de las primeras filas. Pocos parroquianos no simios del Circo Imperial podrían haberse comportado con más decoro mientras aplaudían al ver la nueva encarnación de su antigua cuidadora. Walser se fijó en uno de ellos, con un lazo verde, que le guiñó un ojo. El Hombre Mono estaría, sin duda, como siempre, por ahí, tumbado por el alcohol en algún barucho.

Esta vez, Sybil apenas pudo contener su entusiasmo y las dudas del Coronel se esfumaron. Le consoló bastante por la pérdida de los Charivari.

–¡Esto sí que es lo más!, ¿verdad, Sybil? ¡Qué empaque, qué clase! ¡Menuda atracción! ¡Esa rubita es una maravilla! ¡Y la morenita no te digo ya, fabulosa! Te digo una cosa –le confió a Sybil–, ¿y si quitamos la canción? Fuera. Adiós. Quitamos la canción, pasamos directos al baile.

Mignon llevó a su pareja de baile de nuevo al pedestal y le dio un beso en la frente peluda y lo acarició. Pero de los ojos de la tigresa cayeron uno, dos lagrimones ambarinos. La Princesa se golpeteó los dientes con la uña de un dedo al ver aquellas lágrimas decepcionadas e hizo señas impacientes a los observadores para que se acercasen. Walser notó unos empujoncitos en el brazo malo y al mirar vio que era Sybil hurgándole con el hocico.

–¿No ves, hombre? –le tradujo el Coronel con un susurro julepesco–, la Princesa necesita un voluntario. Sybil lo sabe. Sybil se percata. Te toca, chavalote, ¡apechuga! ¡Apechuga por el Juego Lúdico y por el Circo del Coronel Kearney!

–A ver, Coronel –dijo Fevvers–, igual…, ¿no le parece mucho pedir?

La Princesa repitió el gesto; Sybil le hocicó de nuevo, esta vez con ganas.

–¿Pues no es usted americano? –imploró el Coronel–. ¿Dónde está su

espíritu?

–¡Pero es que ese es el tigre que casi se me come! –exclamó Walser horrorizado.

–¡Ah!, ¿ya se conocen? ¡Perfecto!

–Pero el brazo…

–Un soldado herido, pobre diablo…

Walser miró el panorama en busca de una vía de escape, pero lo que vio fue al Forzudo que entraba y se quedaba mirando embobado a Mignon. Aquella estampa de músculos resplandecientes, el Forzudo, lo vio a él al mismo tiempo. Se le tensaron los bíceps, como por reflejo. Fevvers se tapó los ojos con una mano y se llevó la copa de brandy a los labios con la otra.

–Por mucho que me llame Walser, señora, me temo que no sé bailar el vals –dijo, disculpándose, a su cobriza compañera, pero la encantadora criatura, con el alivio de la última en salir a bailar, apoyó la cabeza en su hombro herido de manera tranquilizadora, con suavidad, y suerte que estaba así de mansa, porque no había tiempo para procurarle unas manoplas. La tigresa dirigía. Hizo girar a Walser por la pista sin vacilar y tremendamente concentrada.

Un-dos-tres. *Un*-dos-tres.

Mignon pasó girando, le dedicó una brillante sonrisa al payaso y Walser, sostenido por las garras de acero no forjado de la tigresa, pensó: Allá van la bella y la bestia. Luego, mirando los ojos engastados y sin fondo del animal, vio reflejada allí la esencia completamente ajena de un mundo de pelaje, nervio y gracia donde él era un torpe intruso y, mientras la tigresa giraba arrobada alrededor del piano de cola blanco de la Princesa, se permitió pensar como pensarían los tigres: ¡Aquí vienen la bestia y la bella!

El aliento de la tigresa era hediondo a más no poder a causa de los restos pútridos del desayuno aún incrustados entre sus dientes. Eso era lo único que lo echaba para atrás.

Todos los tigres estaban a dos patas, ahora, danzando el vals como en

una sala de baile mágica en el país donde crecen los limoneros. Los barrotes que rodeaban la pista iban pasando, uno por uno al principio, luego, a medida que aceleraba el ritmo, se convirtieron en un solo barrote borroso, un encierro comprendido pero no percibido, hasta que aquel barrote se disolvió y lo único que quedó fue un paisaje ilimitado de música dentro del cual, mientras durase el baile, ambas especies podían vivir en perfecta armonía.

Esta vez el aplauso fue estruendoso y se unieron tanto la Princesa como todos y cada uno de los miembros del circo (a excepción de los enfurruñados Charivari), y es que, cuando Walser saludó, vio a todos los mozos de establos y de cuadras, a los ayudantes, aparte de a elefantes y jinetes a los que no sabía poner nombre, a acróbatas desconocidos, malabaristas, mujeres-bala y a todos los payasos en pleno reunidos alrededor del asombroso espectáculo al que todos habían sucumbido. El Coronel se dejó caer en su asiento y pateó en el aire satisfecho. Fevvers brindó hacia Walser con la botella vacía de brandy.

Walser llevó a la tigresa hasta su pedestal y le hizo una reverencia. Ella lo tiró de culo con un ronroneo agradecido y apestoso. Exquisitamente formal, la Princesa le dio dos besos en las mejillas, pero Mignon le besó en la boca y las dos chicas lo estrecharon un poco más, solo un poco más, de lo que aconsejarían las buenas maneras, aunque la ovación fue tan tremenda que nadie se fijó salvo aquellos a quienes no pillaba por sorpresa.

Entonces la Princesa cerró de golpe la tapa del piano, cogió su rifle e hizo un gesto imperioso. Los felinos bajaron de sus pedestales de un salto y desaparecieron por la rampa. Interrumpido bruscamente, el hechizo se había disipado.

El Coronel estaba más que satisfecho con los progresos del augusto que había seleccionado en persona, que ahora era Pollo Humano y gigoló de tigresas. Pero aquella misma tarde el Forzudo le dio una paliza brutal a Walser y solo la intervención de la trapecista lo salvó.

El corneador corneado lleva doble cornamenta; la cerviz del Forzudo

se doblaba bajo semejante peso. Acechó en medio de la tranquilidad de cacería de la casa de fieras, esperando el momento idóneo hasta que Walser pasó por las entrañas del edificio para ir a mear al patio, se abalanzó sobre él por la espalda y lo derribó boca abajo en los adoquines ante la indiferencia elemental de los elefantes. Se le cayeron la cresta y la peluca.

El Forzudo se puso encima de Walser y le clavó las rodillas en los riñones, pero habríais pensado que le dolía más a él que a Walser, porque lloriqueaba como un niño mientras. Walser, con el brazo derecho inutilizado, no podía hacer nada para defenderse, así que culebreó bajo el gigantesco súcubo gruñidor hasta que les cayó un tremendo chorro de agua encima.

Eso dejó al Forzudo fuera de combate. Se despegó de Walser por el suelo berreando empapado, una estampa penosa. Esta vez fue Fevvers quien blandió la manguera con la que la Princesa había rescatado ya a Walser la otra vez. Sacudió unas últimas gotas con un gesto turbadoramente masculino y la dejó a un lado. Mignon se asomó desde la jaula de los felinos al oír el escándalo. Cuando vio a Sansón el Forzudo reducido a aquella miseria licuada y patética su cara entró en un frente nublado de lluvias compasivas. No tenía suficiente memoria como para ser rencorosa.

Walser, ignorado, se puso en pie y buscó sus aderezos capilares. Chorreaba agua por las mangas y las perneras. Fevvers dirigió a los excombatientes hacia la zona de la Princesa, aunque cuando el Forzudo vio a los tigres estirando la cabeza y mirando inquisitivamente empezó a berrear de nuevo, esta vez de miedo. Iba vestido, como de costumbre, solo con su taparrabos de piel de tigre, que la Princesa señaló significativamente.

–Lo que quiere decir es que te lo quites –le tradujo Fevvers–. No les gusta.

Él seguía llorando con los nudillos en los ojos y no se movía, así que Fevvers tuvo que quitárselo, dejó al aire por un momento el enorme

capullo ahora cabizbajo y encogido, un fantasma de sí mismo, y lo envolvió en una toalla y tiró el taparrabos a una distancia segura. Walser se apresuró a quitarse los pantalones también antes de que, ¡oh, agonía!, ¡oh, delirante noción!, ella le pusiese las manos encima. Pronto estuvieron los dos envueltos en toallas y sentados en cubos de paja. Eran las cuatro y Mignon corrió a la cocina móvil en busca de unas reconfortantes tazas de té.

El vestido de baile de Mignon colgaba de una barra en una percha de madera con el nombre del Hotel de l'Europe grabado. En terreno propio, las domadoras de tigres parecían un par de colegialas sorprendidas mientras jugaban en el dormitorio. Al igual que la Princesa, Mignon no se molestaba en ir vestida en privado, aunque su ropa interior era nueva, de exquisita batista y bordado inglés. Una etiqueta con el precio colgaba del dobladillo de las enaguas.

El Forzudo dio un trago al té y entonces las lágrimas comenzaron de nuevo a fluir. Fevvers, con un maternalismo impersonal, le cogió la cabeza rizada entre los brazos y la llevó contra su pecho. Walser se sintió dolido, porque el apaleado era él y nadie le había hecho ni caso, salvo Mignon que, descubriendo nuevas áreas de competencia desaprovechadas, robó un filete y se lo puso en la cara para rebajar una incipiente hinchazón negra del ojo. Pero no era su atención la que él ansiaba, y cuanto más sollozaba el Forzudo, más ofendido y utilizado se sentía Walser.

–¡No la he tocado jamás ni con un dedo! –le dijo al Forzudo solo para provocar una nueva tormenta. El Forzudo balbució algo entre los pechos de Fevvers, donde solo ella podía oírlo.

–Dice que te ama –le dijo a Mignon.

La expresión de Mignon era neutra. Fevvers se apresuró a traducirse. Mignon se rio. El Forzudo lloró y balbució un poco más.

–Dice que te ama, pero que es un cobarde.

Esta vez, Mignon no se rio, pero le dio unas pataditas a la paja con el pie descalzo.

Farfolla, farfolla, farfolla.

–Dice que te ama; es un cobarde; y no soporta imaginarte en brazos de un payaso.

Fue la Princesa la que estalló en una risotada esta vez; mientras Mignon negaba con la cabeza: «¡No! ¡Un payaso jamás!».

El Forzudo se recuperó un poco ante esto y se las arregló para acabarse el té.

Llevaba tatuadas la palabra *iron* en los nudillos de la mano derecha y *steel* en los de la izquierda: tenían una pinta patética de tatuaje casero, como hechos con un cuchillo y rellenados con tinta durante una infancia desfavorecida y automutiladora. Todo su volumen era músculo y simpleza, no había carne, ni grasa ni juicio. Tenía una buena nariz desdeñosa y, a medida que el llanto iba remitiendo, su cara recuperó su habitual expresión de perpleja inocencia, de asombro perpetuo ante el mundo.

El Forzudo era ingenuo y no tenía dobleces. Durante los huecos entre números, mientras subían la jaula o el trapecio, mientras los payasos brincaban, Sansón daba vueltas a la pista levantando un caballo sobre su cabeza.

Sí; era muy fuerte, y como sabía muy en el fondo, un alfeñique espiritual. Pero, y esto es lo que no sabía de sí mismo, era sentimental a rabiar, de manera que durante todo el tiempo que estuvo tirándose a la mujer del Hombre Mono no se planteó gran cosa sobre ella, solo que era fácil, pero en cuanto esta se largó con el payaso (o eso creyó él) y se bañó, se peinó, se puso un vestido bonito y se convirtió en una estrella, el corazón del Forzudo se daba la vuelta como una tortita cada vez que pensaba que no volvería a meterle su enorme herramienta. Pero no creáis que amores aún mayores que este no han salido de orígenes menos improbables en la historia del mundo. Si cuando el Forzudo vio al tigre bailando un vals con Mignon, lejos de su alcance para siempre, pensó que su corazón se iba a romper, sería puro sentimentalismo, pero rompérsele se le rompió. Por la fisura, la sensibilidad podría hacer

asomar una húmeda cabeza de recién nacido entera.

Mientras estaban todos allí sentados indecisos alrededor de la casa de los felinos, se oyó un deslizamiento y un golpe; el Profesor entró de espaldas por la puerta abierta del patio arrastrando de los pies al Hombre Mono sin conocimiento. Lo hacía con gran aparato, jadeando, resoplando y resollando, claramente consciente de la indignidad de aquella tarea. La cabeza del Hombre Mono golpeaba contra los adoquines a cada tirón del Profesor, pero la sonrisa no se borraba de sus rasgos insensibles.

–*¡Mein* marido! –dijo Mignon.

–Venga, Sansón, amigote, ve a echarle una mano a ese pobre bicho peludo antes de que le dé un ataque –dijo Fevvers.

El Forzudo se levantó obediente colocándose la toalla a la cintura. Llevó al Hombre Mono en brazos hasta su cama con el Profesor detrás refunfuñando enfadado para sus adentros.

Fevvers hizo un comentario en alemán que hizo sonreír a Mignon, otro en francés que hizo sonreír también a la Princesa, pero no le sonrieron a ella, se sonrieron entre ellas y una mano blanca y otra mano morena se alargaron y se entrelazaron.

–Pues entonces ya está. –Finalmente, se dirigió a Walser–: Coge tu ropa y vente conmigo, finolis. Vamos a dejar tranquilas a las tortolitas.

¿Eran tortolitas? ¡Pues claro!

De la mano, las chicas se fueron a la jaula, donde los tigres dormían la siesta, porque la Princesa estaba enseñando más *lieder* a Mignon. Así que no cantaría en la pista, pues bueno. ¡Mejor, de hecho! Disfrutarían en privado de la música que era el idioma de las dos, en el que se habían encontrado la una a la otra.

Cuando el Forzudo volvió corriendo de donde los monos y se encontró el amor cerrado a cal y canto, sacudió los barrotes que le impedían llegar a su amada, pero las amantes musicales no lo oyeron, tan abstraídas estaban.

A solas ya, el Profesor revisó los bolsillos del Hombre Mono. Sacó su

cartera plana, encontró lo que buscaba: el contrato de *monsieur* Lamarck con el Coronel; lo leyó y lo rompió en pedazos. Le lanzó al Hombre Mono inconsciente una mirada de puro desprecio simiesco. Cogió el gabán de los pies de la cama para pasar desapercibido entre la multitud y se largó.

En el patio se topó con Walser limpiándose la cara por segunda vez aquel día, enjuagándose el maquillaje embarrado y ensangrentado. El Profesor lo cogió del brazo malo y el otro pegó un bote, tras un irritado gesto de disculpa, llevó a Walser hasta el callejón; aunque el hombre, que solo llevaba una toalla, protestaba, le dio a entender que quería que le parase un taxi.

Como el Coronel había propuesto a su estrella cenar aquella noche, una cita que le hacía abrigar grandes esperanzas, volvió pronto a su hotel para darle a sus mejillas azuladas el capricho de un afeitado. En camisa, arremangado, tarareando «Casey Jones» para sí con un puro entre los dientes, atacaba ya con la cuchilla en el baño de su *suite* cuando el Profesor, con demasiadas prisas como para esperar en recepción, apareció de golpe subiendo por una cañería y golpeó impaciente el cristal escarchado de la ventana. El Coronel, tras unas exclamaciones de kentuckiano asombro, dejó entrar al Profesor y lo condujo hacia el salón, donde lo hizo esperar mientras se limpiaba la espuma de la cara. Al volver, el Profesor estaba sentado tras su escritorio garabateando rápidamente en folios con el membrete del hotel.

«La naturaleza no me dio cuerdas vocales, pero tampoco le dio cerebro a *monsieur* Lamarck. Es un borracho desgraciado sin criterio para los negocios. Por tanto, propongo hacerme cargo de todo lo relativo a la gestión de los monos sabios y exigir que el salario y los gastos que hasta ahora se pagaban a *monsieur* Lamarck se me paguen a mí».

–Bueno, pues es lo que hay, Sybil –le dijo el Coronel Kearney a su cerda–. Los locos toman el control del manicomio.

Resuelto, el chimpancé anotó la suma que consideraba apropiada por los servicios que prestaban sus colegas y él, que hizo que el Coronel alzara las cejas y le ofreciera al Profesor una copa, una elemental muestra de hospitalidad, qué menos, dadas las circunstancias, y que el Profesor rechazó malhumorado. Descorchando una botella de bourbon con los dientes, el Coronel se acarició el mentón aún reseco del jabón y comentó con socarronería:

–¡Venga ya, Profesor! ¡Si no hay un hombre en la pista durante el número, la gente pensará que son ustedes un montón de chavalines disfrazados de monos!

El Profesor emitió un ruido indescifrable que no necesitaba de cuerdas vocales para que se entendiera su significado.

–¡Le agradecería que hablemos de manera civilizada, Profesor! Bueno, caballero, ya sabe lo que digo siempre… Consultemos con el oráculo.

Con un gruñido, Sybil saltó a la alfombra mientras el Coronel distribuía las tarjetas con el abecedario.

–«Barato» –sopesó el Coronel–. Bueno, siento disentir contigo, Sybil, pero este caballero difícilmente me representa un chollo. ¿Estás convencida de que es irreemplazable? ¿Sí? La madre que me…

Miró pensativo a Sybil, invadido por las primeras dudas sobre su integridad: que hubiese algún tipo de solidaridad entre los animales mudos, que tuviesen algún tipo de pacto contra él, era una posibilidad desconcertante que hasta la fecha nunca se le había pasado por la cabeza. Finalmente le tendió la mano a regañadientes al Profesor.

–Allí de donde vengo, esto se sella con un apretón de manos. Ah. Ya veo. De donde viene usted, no. Bueno…

Reticente, se sentó al escritorio y redactó un nuevo contrato, pero aun así se vio obligado a tachar un montón de cláusulas y permitir al Profesor añadir un anexo antes de que lo firmase. Declinando incluso un bocado de las manzanas de Sybil, el Profesor salió disparado, esta vez por la puerta, y dejó al Coronel irritado.

–Cerdo con judías –amenazó a Sybil–. Chuletitas. Jamón ahumado a la

leña de nogal.

Pero la cerda se subió de nuevo a su cojín de un brinco y cerró los ojos con intención, zanjando toda disputa, aunque el Coronel podría haber acabado de afeitarse incluso con menos compostura de haber sabido que, en el vestíbulo, al salir, el Profesor había logrado que Lizzie, que pasaba por allí, accediese a conseguirle una copia del horario ferroviario europeo que tenían en recepción.

NUEVE

Para regar las *crêpes* de caviar y crema agria, la carpa en gelatina, los champiñones marinados y el salmón ahumado, el Coronel prefería bourbon a vodka. Después le pareció que el bourbon maridaba muy bien con el *borsch.* Fevvers tomó un poco de vino blanco con el primer plato, tinto con la sopa, y cargó al máximo la cuchara. Perra vieja en cenas de seducción, creía en las comidas copiosas, y el Coronel no escatimaba en gastos. ¿Ganso asado con col lombarda y manzanas? Aunque eso no lo tocó, prefirió venado, y cambió a un burdeos embotellado en origen. El Coronel siguió con el bourbon, y ahora redujo su ingesta a migas de los panecillos que agitaba con dedos nerviosos. Fevvers, en cambio, todavía tuvo espacio para un helado y una copa de Château d'Yquem, eructó campechanamente y asintió cuando el Coronel, la cara roja y ya superdispuesto para la ocasión, le ofreció que se tomaran la última en su *suite.*

Fevvers gozó de un champán bien fresquito mientras el empresario dormitaba en el sofá a su lado. Le quitó la botella de bourbon de la mano, rebuscó con curiosidad la abertura de su bragueta, que él se había toqueteado antes de quedar inconsciente, y sacó una ristra de banderitas norteamericanas de seda atadas unas con otras. Sybil soltó un gruñido de reproche.

–¿Qué tal ha ido? –le preguntó Lizzie de vuelta en su salón, oloroso a flores de invernadero y cera derretida que la vieja hacía gotear de una vela. Parecía como si celebrase un ritual de brujería, pero nada más lejos de la realidad.

–No fue capaz de izar su bandera –le respondió Fevvers–. La venganza de Britania por la guerra de 1812. Oye, Liz mía, ¿no crees que ya está bien de escritura invisible?

–Estará listo para su próximo envío –dijo Lizzie con sosiego.

Fevvers descorrió la cortina de brocado y contempló la media luna helada tumbada boca arriba en el vasto firmamento. Suspiró.

–Es una lástima hacerle una jugarreta semejante a un joven tan agradable…

–Aún ni ha salido del cascarón –le espetó Lizzie–. Los payasos lo apedrean a huevazos como si los huevos fuesen gratis, pero a él no se le rompe el cascarón. Es demasiado joven para ti, chiquilla. Es la prueba de que viajar no amplía sus horizontes, sino que vuelve banales a los hombres.

–No es su mente lo que me interesa –dijo Fevvers.

–Ay, Sophie, te pirras por una cara bonita.

–No es su cara lo que me interesa…

Un golpe en la puerta la interrumpió. Un botones le entregó entre bostezos un fragante y precioso ramo de violetas de Parma fuera de temporada; ¡su flor de la suerte! Exclamó con sorpresa; ¿cómo sabía eso el anónimo? Lizzie le arrebató la tarjeta, la leyó, apretó las comisuras de la boca y la tiró al fuego, pero Fevvers investigó ansiosamente los tallos húmedos envueltos en cinta de las flores con sus hábiles manos de enfermera y descubrió una cajita de piel de zapa. Dentro de la cajita, para gran desagrado de Lizzie, destellaba una pulsera de diamantes como una venda fría.

–Una cosa es una cara bonita, Liz –opinó Fevvers probándose la pulsera al instante–, y otra cosa son los diamantes, eso sí que merece mi atención.

Las pupilas se le redujeron en forma de símbolo de libra esterlina.

DIEZ

Después del triunfo electrizante de la Gran Gala de Estreno, Fevvers se hartó de las flores, hasta de las violetas, y le dijo al portero del Hotel de l'Europe que reenviase los tributos florales al hospital. Como la inundaban de invitaciones, se permitió aceptar solo una cena, y al final del contrato. Esta invitación venía acompañada de una cajita de piel de zapa, idéntica a la otra en la que venía la pulsera de diamantes, y dentro había un par de pendientes de diamantes del tamaño de avellanas y una nota prometiendo un collar a juego la noche de la velada en cuestión. De lo que concluyó que el interfecto estaba dispuesto a hacer honor a sus palabras…, y quizá también a honrar con obras aquellas palabras.

La última noche, de hecho, Buffo el Magnífico, obedeciendo la voz de la ebria Rusia, salió a celebrar su marcha de la Capital del Vodka con el Hombre Mono. El francés saturnino, primera baja del grupo, sucumbió en una taberna de mala muerte, lo apartaron a un lado como un tronco y lo abandonaron. El pequeño Iván fue quien, mientras buscaba nervioso por los callejones de los bares, encontró a Buffo todavía en pie, aunque tambaleante, y se lo llevó de vuelta al Distrito de los Payasos y lo colocó en un taburete boca arriba delante de un rectángulo de espejos resquebrajados, donde Buffo se sacudió, se retorció, gimió y forcejeó para impedir que Grik y Grok arreglasen el destrozo que sus majaderías le habían hecho a su maquillaje.

Y es que tenía un aspecto deplorable. Su piel natural asomaba bajo la pintura blanca en espantosas estrías y churretes, y a lo largo de su peripatética juerga había perdido su calva, de modo que un flequillo rebelde de pelo áspero y gris encrespado de sudor coronaba una cara moteada que parecía, más que su habitual inhumanidad de máscara, horrendamente humana en parte. Grik y Grok cloquearon, farfullaron y

se retorcieron las manos al ver el estado en que se había puesto el payaso en jefe, pero Buffo estaba más ido que nunca y bramó como un toro:

–¡Esta noche será mi Calvario! ¡Venga, vamos a hacer que se partan el culo!

Tenía el aire de un muerto vuelto de la tumba con la mortaja colgando y manchada de mierda, barro y vómito, pero seguía consagrado a la juerga, terco y trastornado. Trasegó una botella que llevaba en el bolsillo mientras se bamboleaba ante el espejo. Grik y Grok le encontraron otra calva y le colocaron un nuevo gorro cónico ladeado como un canallita. Esto, por algún motivo, lo satisfizo y le puso morritos al espejo, hizo pucheros de niña chica y luego, de golpe, sus esfínteres se abrieron y Grik y Grok salieron pegando gritos a por agua, fregona y unos pantalones limpios, pero, haciendo caso a otra orden del payaso, el pequeño Iván salió disparado en la otra dirección para traerle un vaso de vodka.

El Coronel, en la taquilla, contando los beneficios, le quitó importancia a la explicación de Walser del estado grave y obsceno de Buffo. «Cuanto más borracho está, más gracioso». Embutió un último puñado de billetes multicolores en la caja y la cerró con expresión satisfecha, porque era una noche de «aforo completo» y «solo localidades de pie», de nuevo, y había más duques, archiduquesas, príncipes y princesas entre el público aquella noche de noches que veces había comido pollo frito el Coronel en su vida.

Cuando la orquesta atacó «La marcha de los gladiadores», al Coronel se le llenó el corazón de una especie de reverencia sagrada por haber proporcionado a tan ilustre audiencia un ágape rebosante de prodigios, y por haber sacado tanto provecho de ello. Se sintió al mismo tiempo ensalzado y empresario del ensalzamiento; por encima de su desaliñada cabeza flotaba un halo invisible compuesto de billetes de dólar.

El desfile del circo pasó de largo sin más incidentes indecorosos. Los andares arrastrados y la gesticulación descoordinada de brazos y piernas

de Buffo pasó inadvertida entre las gracietas del resto de payasos, que estaban tan preocupados de «cubrirlo» que se desvivían en brincos, cabriolas y caídas de culo estrafalarias. Cuando Buffo se tropezó con un perrillo, Grik y Grok vieron el cielo abierto para coger el cadáver desarticulado cada uno por un extremo y embarcarse en una versión improvisada del «Funeral del Payaso», limpiándose lágrimas imaginarias con gestos exagerados de sus mangas colganderas. Buffo no dejaba de recular y corcovear entre los hombros de sus porteadores como si se lo estuviese pasando tan bien con sus estertores que no pudiera parar, mientras su estridente voz farfullaba imprecaciones atronadoras que, siempre que no las entendieses, eran increíblemente graciosas: ¡aquella furia desbaratada, aquella rabia incomprensible! Los payasos cargaron con Buffo alrededor de la pista y salieron tras una sección de caballos piafando altivos y que eran capaces de reconocer a un paleto al instante, mientras Buffo maldecía al mundo y todo lo que lo habita ante el desorientado regocijo de los presentes.

Lo soltaron en la casa de fieras para esperar hasta el último número de los payasos. Buffo mandó al pequeño Iván corriendo a por otra jarra de vodka y, cuando llegó el momento del Banquete de los Cafres, la Cena de Navidad de los Payasos, el Señor del Desorden en persona, poseído como estaba por los espíritus de la botella, perdió la chaveta.

Sacaron la mesa de caballetes a la pista y, con su acostumbrada pompa para lo secundario, pusieron el mantel blanco y colocaron los cuchillos, tenedores y platos de goma, pinchándose, apuñalándose y clavándose unos a otros lo suficiente en el ínterin como para procurar un vendaval de risotadas. Ocuparon sus lugares alrededor de la mesa, se anudaron sus servilletas al cuello y le dieron tiempo al público para que recuperase el aliento.

Buffo, entre bambalinas, vació la botella y la tiró a un lado. Cuando vio el fulgor de los focos se tapó los ojos con las manos y gritó.

–¿No lo ves? –le gritó al pequeño Iván–. ¡La luna se ha vuelto de color sangre!

Pero el pequeño Iván no hablaba inglés y solo entendió el grito. Buffo entró trastabillando en la pista con el niño pisándole los talones nervioso.

El maquillaje reciente ya se le estaba descascarillando y la calva postiza se le arrugó hasta casi hacer que se le cayese el gorro. Cogió el cuchillo de trinchar y lo blandió con gesto horrible; de la punta flotaba un nudo ominoso de cintas rojas. El pequeño Iván estaba encargado de agarrar el delantal azul de carnicero y saltar alrededor del coloso tambaleante, ahora de un lado y ahora del otro, para devolverle el equilibrio inestable cada vez que estuviera a punto de perderlo. El público se partía el pecho al verlo, como si no reírse hubiera provocado el más salvaje de los castigos. ¡Buffo el Magnífico! ¡El simpar Buffo el Magnífico!

El pequeño Iván lo dirigió y tironeó hasta el centro de la mesa, y Buffo se derrumbó sobre su silla y la silla se derrumbó a su vez. Si bien el combate a muerte que se sucedió ahora entre la silla y Buffo hacía gala de un desafío y una bravuconería similares al de la pelea de Jacob con el ángel, solo los payasos sospecharon que aquella noche la inofensiva silla había adoptado en la imaginación de Buffo la forma de un adversario nada angélico y, mientras la silla y él forcejeaban el uno con el otro, la compañía sentada a la mesa se iba apretujando, sus prendas andrajosas crujían como un viento de consternación que soplase a través, y entonces, también ellos junto a todos los niños de la sala, estallaron en un tremendo grito de placer y alivio cuando Buffo, por fin, milagrosamente, clavó la silla sobre sus cuatro patas sin que rechistase, bajó el asiento con un golpe seco de la mano y, finalmente, plantó allí su culo.

Entre bambalinas, Walser, el Pollo Humano, con la culera del pantalón atestada de ristras de salchichas, esperaba acuclillado con una obediencia japonesa encima de una bandeja de plata dentro de un círculo de patatas asadas de papel maché. Grik le colocó una ramita de perejil en la cresta.

–Intenta quitarle los cuchillos –dijo Grik–. Intenta quitárselos si tienes oportunidad.

–¿Y eso por qué? –preguntó Walser con inquietud.

–Cuando bebe se pone un poquitín homicida.

Entonces la cúpula del cubreplatos plateado descendió sobre Walser y lo sumió en una oscuridad retumbante de olor metálico alrededor de la cual siseaba y musitaba, como el sonido de las olas dentro de una caracola, el eco de lo dicho por el viejo payaso: «Homicida…, homicida».

–Aquí va –le dijo Grik a Grok. Cogieron el asado entre los dos y lo llevaron tambaleantes hasta la pista.

Buffo observó cómo depositaban la enorme campana plateada ante él medianamente sorprendido. Por un instante, solo un instante, los horrores jadeantes y contorsionados que lo rodeaban se apaciguaron en una especie de serenidad turbulenta. El rugido de la muchedumbre, el hedor a maquillaje y nafta, la estrafalaria compañía de acólitos apiñados levantando la cara hacia él, lo consolaron y le sirvieron de aviso, y aunque de un momento a otro fuese a cacarear un pollo, tres veces, fue, solo por el espacio de unos latidos –diez o quince–, de nuevo el padre amantísimo a punto de repartir la carne entre sus hijos. Tuvo una última iluminación; ¿acaso no era él el mismísimo Jesucristo presidiendo la mesa blanca, la cena, de sus discípulos?

Pero ¿dónde estaba el pan? Y, más importante aún, ¿dónde tenían escondido el vino? Miró a su alrededor en busca de hogaza y botella pero no vio nada. Una inmensa suspicacia fue apoderándose de sus ojos enrojecidos. Se acordó de los utensilios de trinchar que tenía en las manos e hizo entrechocar ligeramente el tenedor contra el cuchillo meneando las cintas sanguinolentas en el aire.

El elástico momento se estiró, y se estiró más y más aún para sostener esta tensión cómica. Las risas se disiparon. Una oleada de disconformidad recorrió la multitud. Aunque Walser, dentro del plato, no veía ni oía nada, ya había adquirido suficiente instinto para saber

que si Buffo tardaba demasiado en desvelar el entrante, el entrante debía desvelarse por su cuenta.

Walser flexionó los músculos con gusto, porque en aquella postura estaba tremendamente apretujado e incómodo, y soltó un eufórico «¡Kikirikí!». El cubreplatos salió disparado y rebotó por la mesa haciendo saltar elementos de atrezo de goma de aquí para allá. El pollo emergió de su guarnición como Venus de la espuma, diseminando perejil y patatas asadas a su alrededor, escupiendo salchichas por el agujero del pantalón, y volvió a cantar aleteando con los brazos:

–¡Kikirikoski!

Buffo pegó un alarido terrorífico y dejó caer el cuchillo de trinchar.

–¡Ay dios mío! –dijo el Coronel desde el fondo de la sala agarrando a Sybil con tanta fuerza que la hizo chillar y mordiendo tan fuerte su puro que lo partió en dos–. ¡Dios mío! –Vio alejarse su gloria, esfumarse su aureola.

Pero Walser, con unos reflejos refinados por el miedo, pegó un brinco gigantesco en el aire en el instante preciso en que, al mirarse en el espantoso espejo del ojo del gran payaso, vio quebrarse su razón.

Buffo clavó el cuchillo entre los restos del plato; el pájaro había volado.

¡Chillidos de euforia!

La aureola volvió revoloteando a posarse sobre la cabeza del Coronel, aunque ahora tenía un extraño aspecto provisional. Inquieto, escupió el puro destrozado, se rebuscó otro y, apremiado por una furiosa convulsión de Sybil, se escabulló hasta el vestíbulo para llamar a un médico.

En cuanto el Pollo Humano plantó los pies en la madera echó a correr por toda la mesa. Buffo se quedó un instante inmóvil mientras tiraba del cuchillo –porque la hoja había atravesado el plato y la madera– y, tras sacarlo, salió disparado detrás de él con un grito agudo y desquiciado.

Todos los presentes concuerdan en que aquella persecución del Pollo Humano fue un colofón idóneo para la carrera del gran payaso,

corriendo en círculos por la pista, redonda como una manzana, del Circo Imperial en la Ciudad Imperial de San Petersburgo. Lo que llegaron a disfrutar los perros, pellizcando y mordisqueando los tobillos de cazador y presa, que corría arrastrando ristras de salchichas, chutando patatas asadas, tirándose al suelo entre los presentes mientras los otros payasos corrían de aquí para allá, sin tener ni idea de qué hacer, preocupados solo por provocar la ilusión de un manicomio intencionado, porque el espectáculo debe continuar. Y, aun en el caso de que Buffo hubiese acabado clavándole el cuchillo de trinchar en las entrañas al Pollo Humano, nadie en la numerosa tropa de alegres hombrecillos se habría permitido siquiera creer que se trataba de un asesinato real; habría pasado por el remate de la bufonada.

Y ahora Buffo, en pleno delirio, empezó a estremecerse, estremecerse y temblar espantosamente, a hacer muecas espantosas y a convulsionar de tal manera que su corpachón inmenso parecía estar en todas partes al mismo tiempo, disolviéndose en una docena de Buffos, armados con una docena de cuchillos con sus correspondientes cintas sanguinolentas, y por más que saltase y se revolcase, Walser no era capaz de encontrar ningún lugar en la pista donde no estuviese Buffo, así que se dio por perdido.

¿Por qué no se largó de la pista por el mismo camino por donde lo habían metido? Porque la salida estaba ya bloqueada por la parafernalia de hierro de la jaula de la Princesa y los felinos, husmeando la sangre y la locura en el aire, se estaban intranquilizando, se paseaban de un lado a otro ondulando sus colas mientras las dos chicas observaban entre los barrotes, consternadas, hasta que la Princesa tomó la iniciativa y salió de la jaula con la manguera en la mano.

El chorro de agua devolvió a Buffo a su forma unitaria, lo derribó de su postura, lo lanzó por los aires en el salto mortal definitivo de su carrera y lo dejó tendido boca arriba. Instantes después, mientras la multitud se agarraba el estómago y se enjugaba las lágrimas, Sansón el Forzudo cogió a Buffo chorreando, medio inconsciente y alucinando por

todo lo alto y lo sacó por la pasarela que llevaba al vestíbulo mientras los niños le daban algún golpecito de buena suerte antes de que se esfumase de la faz de la tierra, mientras los payasos corrían de un lado a otro entre gradas y asientos besando a los bebés, repartiendo caramelos y riéndose, riéndose, riéndose para disimular sus corazones rotos.

El médico engabanado esperó en la barra el champán acompañado por dos gigantes mongoles de expresión severa que sostenían una invitadora camisa de fuerza abierta. Cuando la Princesa levantó la tapa de su piano de cola blanco en la pista mientras Mignon se ahuecaba la falda lacia, a Buffo, farfullando obscenidades, lo subían a un coche que lo esperaba fuera para dejar el circo definitivamente como no lo había hecho jamás, saliendo por donde salen los caballeros: por la entrada principal.

Hasta siempre, viejo amigo, que del ataúd de tu locura no hay posibilidad de huida.

Walser, pálido, tembloroso y, de nuevo, calado hasta los huesos, se saltó su baile con la tigresa, buscó refugio en el camerino de Fevvers y se encontró el sitio sumido en una disputa. Lizzie inclinada sobre no se sabía qué cartas que debía enviar a casa, la trapecista poniéndose el vestido sin ayuda. Fevvers le dio a Walser brandy y una toalla con amabilidad, pero se limitó a asentir ante la terrible historia de La Última Cena de Buffo mientras la escuchaba por encima, y estaba claro que tenía otras cosas en la cabeza. Su vestido rojo de raso colgaba detrás de la puerta, listo, evidentemente, para llevarla a disfrutar de placeres secretos después de la actuación. El póster del enano francés, algo arrugado por los viajes, ondeaba en la pared, como para recordarle que era capaz de cualquier cosa.

Con un nerviosismo que la volvía febril y, en cierto modo, ilícita, estaba ante el espejo del tocador. Llevaba una enorme pulsera de diamantes en la muñeca derecha y se puso unos pendientes de diamantes cada uno con un pedrusco que habría hecho palidecer al Ko-h-i-Nu-r.

–¿Te gustan? –le dijo entre destellos–. Son los mejores amigos de las chicas.

Lizzie masculló con sorna y podría haber dicho algo, pero entonces le llegó un rugido tan tremebundo de emoción apasionada, pero inidentificable, del público lejano que lo oyeron incluso en su pequeño nido de águilas encima del patio. El sonido que debía de producir el público romano cuando un león se comía a un cristiano.

Luego el restallar de un disparo.

La orquesta estalló en una música furiosa y en la puerta del camerino se oyó un golpeteo frenético.

Era el Coronel, agarrando a Sybil como quien se ahoga, chupando como quien chupa de una teta el cabo negro de un puro apagado, mirándolos con ojos inyectados en sangre. Si durante un tiempo había evitado a Fevvers, después del desastre de su cita, ahora acudía a pedirle que estuviese de su parte.

–Fevvers, querida, ¡le toca! No se atreva a esperar el intermedio. Giro inesperado de los acontecimientos. Repentina catástrofe…

Se desmoronó y sollozó como un bebé. Fevvers se puso en pie impasible contemplando al Coronel desde la majestuosa balconada de su pecho.

–Sea un hombre y recompóngase –le dijo.

Del patio subía el ruido de un gran peso arrastrado por los adoquines, acompañado por el llanto de una mujer. Apiñándose en la ventana presenciaron, a la luz tenue de la luna, una triste procesión. Primero Sansón, al que habían llamado por su fuerza por segunda vez aquella noche, tirando de una cuerda atada a la cintura de la antigua pareja de baile de Walser, la tigresa, que iba dejando un reguero sanguinolento tras ella, y, detrás, las principales allegadas del felino, con los hombros asomando de sus trajes blancos al aire helado de la noche, ambos manchados de sangre y el de Mignon colgando por la espalda hecho trizas.

La Princesa llevaba el rifle con el que había disparado a la tigresa, una

bala inigualable entre los ojos en el preciso instante en que la tigresa, celosa, sin acompañante, no pudo soportar más la visión de Mignon bailando con su pareja. La Princesa le había disparado a la tigresa en cuanto el felino bajó de golpe de su pedestal entre los otros tigres que daban vueltas y clavó las garras en los volantes de Mignon; la Princesa había disparado a la tigresa justo antes de que clavase sus garras en la carne de Mignon. Aun así, la que gritó fue Mignon.

Fevvers cerró la ventana con un golpe. Los melenudos del conservatorio habían aprendido bien la lección; el espectáculo continuó, sin duda, pero el irrefrenable júbilo de la música circense no acalló los aullidos de la multitud.

–Ánimo, Coronel –le dijo–. Yo les haré olvidar. No han visto nada como yo hasta ahora.

Cuando dejó caer su bata y se puso el casco emplumado fue como si un gigantesco pájaro no del todo amistoso apareciese allí en medio. Se echó una ojeada a la opulencia reflejada en el espejo, admiró sus pechos. En la sala pedían por ella. Ladeó la cabeza.

–Memos –dijo.

Lizzie le echó con desidia la capa de plumas por encima de los hombros a su joven amiga y la trapecista salió en dos zancadas dando un portazo tras ella para zanjar la cuestión.

–Espero un plus por esto.

Esta vez el portazo hizo temblar las lámparas de gas.

–Está de un humor de perros –comentó Lizzie–. Tiene y tendrá que cenar con un gran duque. No se deja aconsejar. Cabezota. E interesada. Cabezota e interesada. Una es lo que es. Tranquila, mi niña –canturreándole de repente a la cerda–…, ¿un poquito de chocolate?

Mientras la otra rebuscaba en su bolso, el Coronel se recompuso lo suficiente como para salir disparado por la puerta detrás de Fevvers. Después de perder dos estrellas aquella noche, no se atrevía a despegar la vista de la Venus *cockney* ni un segundo. Sybil, sin el chocolate prometido, protestó estridentemente entre sus brazos. Los resonantes

acordes de «A Bird in a Gilded Cage» flotaron por la sala como si todo fuese según el plan, como si el circo fuese capaz de absorber la locura y la matanza con el entusiasmo de una boa constrictor y continuar con lo suyo.

Walser echó una rápida ojeada de reportero por el camerino, se fijó en una nota incrustada en un espejo y, descifró tres palabras –«sola» y «no acompañada»– antes de que Lizzie le pusiera un fajo de papeles en la mano pidiéndole que se apresurase a llevarlo a la valija diplomática, que fuese corriendo en aquel momento.

De no ser por la súbita punzada de celos que notó cuando pensó en Fevvers «sola», «no acompañada», con su alegre vestido en brazos del Gran Duque, se habría detenido a leer las cartas que con tanto apremio quería mandar Lizzie a Londres antes de que el tren del circo saliera de Petersburgo. Incluso podría haber visto el código, la escritura secreta. Habría encontrado una historia allí que lo habría vuelto a transformar en periodista. En cualquier caso, estaba demasiado destrozado como para preocuparse, así que dejó que Lizzie, indiferente a su dolor, lo echase irritada del cuarto a empujones.

Mientras guardaba los frascos y cajitas de rímel, colorete y base en cestos de paja, recogía alfombra y pinzas para el pelo y enrollaba el póster autografiado, iba borboteando malhumorada como una olla hirviendo y, cuando Fevvers volvió de pronto, incandescente por el aplauso, abrió la boca…

–¡No, no, no! –le cortó la enorme joven–. No te lo repito más: no vas a venir conmigo, ahí cojeando como una puñetera alcahueta pelleja, palurda.

–Bueno, pues ten mucho cuidadito –dijo Lizzie sombría–. Putos aristócratas. No se puede confiar en los putos aristócratas.

Desmaquillada sin ayuda, con el vestido de noche puesto, Fevvers se inclinó hacia delante para saludar a su verdadero rostro en el espejo con una brillante sonrisa.

–A vivir, que son dos días. De hecho, Lizzie mía, ni dos días son,

medianoche y gracias. El tren sale a medianoche, ¿no? No lo puedo perder, ¿no?, de ninguna manera.

Le echó una mirada al reloj parado y soltó una risilla.

–¡Buf! –dijo Lizzie–. Si te crees que voy a mover un dedo por ayudarte, ya puedes esperar sentada, chica. La avaricia es lo que tiene.

–¿Pero qué tiene de malo tomarse unas copitas de champán con un gran duque, Liz mía? No cuando el carruaje me espera fuera, ¡vieja boba! ¿Acaso no ha dicho que me regalará el collar de diamantes a juego con el resto esta noche? Si voy yo sola. No te quiero cerca para estropearme el estilo, vieja chocha y rancia. ¿No me puedes recoger el pelo?

Lizzie se acercó de mala gana hasta el espejo pero no pudo evitar besar la nuca de su indefensa hijastra mientras le colocaba las pinzas en los rizos.

–Bueno, tú ten cuidado.

–Tú, si quieres y tienes oportunidad, tírale una granada de mano. Por mi parte, prefiero la sutileza.

Con una floritura de conjuradora se sacó una espada dorada de juguete del corsé y dio unas estocadas en el aire.

–¡Recuerda que siempre voy armada al combate, Lizzie! El toque Nelson. ¿Te crees que voy a dejármela precisamente esta noche?

Lizzie alargó la mano para probar la hoja con el pulgar.

–Si hace falta, ve a por los cojones –le aconsejó satisfecha.

Dolía mirar a Fevvers con sus encajes rojos y negros, que además estaba ruborizada y resplandeciente por cómo le había arrebatado la victoria al desastre, borrado el recuerdo del loco y del animal voraz por medio del milagro alado de su presencia. Esa noche se sentía sobrenatural. Quería comer diamantes.

En la puerta del patio, un glamuroso drosky listo para ella, detrás del carretón melancólico del matadero. Mientras un lacayo enfundado en pieles ayudaba a Fevvers a subir a uno, el Forzudo metía el cadáver en el otro.

En medio del bullicio y la agitación del desmantelamiento del circo, las carreras de aquí para allá de mozos de cuadra y trabajadores, los relinchos de los caballos, las cadenas de los elefantes vuelta a entrechocar mientras los ayudantes les calzaban botas de cuero para el frío, el Profesor hizo una aparición.

Llevaba una bolsa de viaje en una mano y un maletín reluciente en la otra. Sus colegas marchaban tras él. Todos con recios gabanes y uno o dos tocados con anchos gorros de borreguillo, los *chapkas* de los campesinos, comprados en el mercado para mantener las orejas calentitas. Iban todos cargados con mochilas, maletas de cartón y sombrereras, o con pequeños baúles echados al hombro. Uno llevaba una pizarra plegada. Los perseguía ansioso el Coronel; Sybil, por su propio pie, para variar, lo acompañaba haciendo gala de una velocidad porcina nada despreciable.

El Coronel alcanzó al Profesor, lo agarró por los hombros y lo sacudió de manera que hizo que se le cayera el maletín. Esto enfureció muchísimo al Profesor, que chilló y farfulló, así que el Coronel adoptó a partir de ese momento un tono conciliador, evidentemente, rogándole y suplicándole. Sybil se puso sobre dos patas, en un momento dado, y posó una patita implorante en el antebrazo del Profesor. El Profesor le dio unas palmaditas distraído, pero no dejó de negar enfáticamente con la cabeza al Coronel y se sacó del bolsillo interior un trozo de papel repleto de sellos y timbres. Señaló con un dedo rollizo una cláusula del contrato subrayada con tinta roja y marcada en el margen con varios signos de exclamación. Uno por uno, los mozos de cuadra fueron dejando sus tareas para disfrutar de la discusión.

El Coronel trató de hacer entrar en razón al Profesor. Los mozos de cuadra observaban con interés. El Profesor perdió los nervios del todo, hizo una pelota con el documento y se lo coló en la boca al Coronel. Los mozos vitorearon esta acción con un estallido irónico y un aplauso disperso. El Profesor, al advertir que tenía público, efectuó media reverencia espasmódica. Le acarició las orejas a Sybil, a modo de

despedida, por lo visto; acto seguido salió precipitadamente con su tropa y dejaron al Coronel ahogándose. Aunque un chimpancé, con un lacito verde asomando bajo una boina con pompón, echó una ojeada atrás, casi con tristeza, quizá con la esperanza de atisbar por última vez a Walser, pero Walser en ese momento estaba llevando los mensajes de Lizzie.

Cuando logró escupir el contrato, el Coronel dijo:

–Tienen billetes para el tren a Helsinki. «No nos esperen en Siberia», dice. O garabatea, más bien. Viene a verme, todo subidito, después del espectáculo…, me informa…, garabatea una nota, ¡un espanto de caligrafía, horrenda!, me informa de que se han ganado un plus porque el aplauso al final de su número ha durado más de cinco minutos. Él mismo redactó la nota. Yo la firmé, para mi desventura. Mi reloj calculó cuatro minutos noventa y nueve segundos exactamente. El puñetero mono no atendía a razones. Puñetero mono.

El Coronel le tendió los brazos a Sybil y achuchó su rostro desconsolado contra el cuello de la cerda para consolarse, aunque Sybil, un poco erosionada su lealtad, resopló pensativa para sí misma.

Y los monos no fueron los únicos desertores, para nada. Más de un mozo, ya saturado de tanta aventura, se largó sin despedirse y se compró un billete en la estación de Finlandia con sus ahorros y atravesó los bosques de pinos de vuelta a casa. A Buffo el Magnífico lo habían encerrado en un manicomio ruso. La tigresa estaba tirada en el patio de un matadero de Petersburgo. La compañía con la que el Coronel cruzó la tundra rumbo a las islas donde ya iba saliendo el sol era una compañía mermada.

Y aquella noche a punto estuvo de perder también a su estrella.

ONCE

Rodeada de un sofisticado y masculino olor a tapicería de cuero, tapada hasta los ojos con una manta de marta cibelina, Fevvers atravesó en el carruaje la hermosa ciudad mientras la nieve caía en remolinos de blandos y enormes copos. La anciana, la vieja *babushka* en el cielo, sacudía su colchón en alto con gran abandono, como si preparase un lecho de plumas para una cópula de gigantes. La nieve caía dando vueltas sobre el Neva y ahí se disolvía en la superficie congelada del agua; parte de la nieve se amontonaba en las coronas y los brazos cruzados de los monumentos cívicos, en las cornisas grabadas del frontón y el pórtico; a la melena y la cola de la cabalgadura del jinete de piedra, un alud blanco y transformador; las primicias del invierno, la visitación que llega con una caricia tan mágica que nos cuesta creer en un principio que por estos lares el invierno mate a placer… en cuanto tiene oportunidad.

Pero Fevvers no veía muerte en la nieve. Lo único que veía era la chispa festiva de las luces escarchadas que la hacían pensar en diamantes.

Se envolvió a base de bien en la manta de marta al subir los resbaladizos peldaños de la entrada bajo un paraguas que los cocheros sostenían sobre su cabeza. Un par de cariátides caprípedas guardaban la puerta con un escudo de armas encima, un unicornio corneando a un caballero. La calle estaba desierta. Las farolas amarillas tamizaban la nieve inexorable. El cochero le dirigió una inclinación, se esfumó y dejó a Fevvers tirando sola de la melodiosa campanilla de la entrada. El Gran Duque le hizo el honor de dejarla entrar. (¿De modo que al resto de criados les habían dado la noche libre? Uhm).

–Quiero que el carruaje esté aquí de vuelta a las once y treinta

minutos exactos –le informó secamente dejando caer las mantas al suelo. Que las recoja él si quiere.

Su casa era un reino de minerales, de metales, de vitrificación, de oro, mármol y cristal; pasillos claros y espejos sin fin y arañas resplandecientes que tintineaban como campanas de viento en la corriente que venía de la puerta principal…, y una sensación de frigidez, de esterilidad, casi palpable, casi tangible en aquellas superficies y espacios duros, fríos y vacíos.

¡Siempre lo mismo!, censuró Fevvers. Los ricos no saben qué hacer con el dinero. Ella, si estuviera tan forrada como su anfitrión, se habría buscado una casa a lo Brighton Pavilion, algo que hiciese que todo aquel que pasara por delante sonriese, un regalo recíproco para aquellos de quienes proviniera su riqueza.

Y, a la inversa, continuó para sus adentros, evaluando con suficiencia el palacio del Gran Duque, los pobres no saben qué hacer con su pobreza, no saben apreciar lo que tienen; son solo ricos sin dinero, igual de inútiles a la hora de cuidarse, incapaces de manejar dinero lo mismo que los ricos, siempre despilfarrándolo en chorradas brillantes y bonitas.

Permitan que les cuente algo sobre Fevvers por si aún no se han dado cuenta: es una chica proclive a la filosofada.

Si lo que nos hace ricos o pobres es el dinero, pues a ver: ¡abolamos el dinero!, le decía a veces a Lizzie. Porque el dinero no es más que un medio simbólico para facilitar los intercambios que deberían producirse o no producirse en absoluto libremente, por naturaleza.

Pero Lizzie silbaba a través de su bigote para afearle a Fevvers su ingenuidad y le replicaba:

–El panadero no puede hacer una hogaza con tu entrepierna, tesorito, y eso es lo único que le puedes ofrecer tú a cambio de un cuscurro si la naturaleza no te ha dado el aspecto que los asiduos al espectáculo pagan por ver. Lo único que puedes hacer para ganarte la vida es pegar el cante. Estás condenada a eso. O le das placer a la vista o no vales nada. Para ti siempre es un intercambio simbólico en el mercado; ¿acaso

puedes decir tú que hayas participado alguna vez en una labor productiva, muchacha?

Pero este tampoco da un palo al agua, pensó Fevvers en el palacio del Gran Duque. Y, sin embargo, es tan rico que el dinero no significa nada para él. Las sumas que está a punto de despilfarrar en esta fruslería brillante y bonita que soy yo no tienen nada que ver con mi valor en sí. Si todas las mujeres del mundo tuviesen alas se reservaría sus joyas para hacer cabrillas en las aguas heladas del Neva. El valor que tengo para él es el de una *rara avis*.

En aquellos pasillos marmolados, Fevvers sonrió como un depredador. ¡Aquí viene Redistribución de la Riqueza S. A. para llevarse sus diamantes, Gran Duque!

Subió bien erguida por un tramo de escaleras de mármol trazado de mala manera con el Gran Duque detrás, atento, la mirada clavada en los bultos palpitantes en la base de sus hombros, y ella según ascendía iba calculando el precio de candelabros, espejos, jarrones orientales…, hasta de las flores de invernadero que crecían dentro. Funcionando como subastera, a cada escalón, iba subiendo el precio que ya había puesto al entretenimiento que le iban a pedir que proporcionara.

El estudio del Gran Duque era una sala oval más meditabunda, estrecha, con una entreplanta envuelta en sombras. Bustos de Dante, Shakespeare y Pushkin en lo alto de estanterías de libros miraban una mesa dispuesta para una cena íntima. Vasitos de vodka, copas de champán y, en medio, algo que le cortó el aliento: ella misma en hielo. ¡Y de tamaño natural! Con las alas extendidas, con gesto estiloso y sonriendo, una fría obra maestra que se habría convertido en un charco para cuando el amanecer la sorprendiese traqueteando en el tren a través de la taiga como se prometió de nuevo que sucedería.

La escultura de hielo estaba de puntillas sobre un pie encima de una negra gravilla de caviar y colgadas del cuello resplandecían las mil, mil facetas irisadas de las alhajas más fabulosas que hubiera visto jamás. ¡Ah, piedras incendiarias! Le picaban los dedos de ganas de trincarlo.

Pero no podía quitarse el corpiño, pegar un brinco y zanjar la cosa antes de que sirvieran la sopa siquiera, ¿no? Después de todo era una chica bien educada, ¿verdad? Se ahogaba de pura avaricia. Notó que se empezaba a poner de mal humor.

–Bueno –dijo, y se hundió en un sofá y se arrancó los largos guantes, unos guantes negros, por hacer algo. El Gran Duque le cogió una mano en cuanto la tuvo al aire y apretó contra la palma su boca barbuda, que le produjo a ella una sensación cálida y húmeda de turbulenta y desagradable pilosidad.

–Ojalá te derritas en la calidez de mi casa igual que ella se derrite –murmuró con un gesto de la cabeza hacia la escultura de hielo.

Vas listo, pensó Fevvers apartando la mano y limpiándose con una servilleta el resto de saliva. No le gustó la bienvenida; le echó una mirada de desagrado a la escultura de hielo para asegurarse de que todavía no había comenzado a derretirse.

Era un hombre de mediana altura con un esmoquin de terciopelo verde de corte exquisito. Su francés no desentonaba con su estilo. Era propietario de infinitas verstas de tierra negra, bosques de pinos y tundra yerma bajo las cuales burbujeaba el petróleo. Fevvers seguía con su mantilla española bien atada. Se negó a devolverle la mirada. Él creyó que estaba abrumada por todo aquello. Calculó con asombro el precio de la desgastada alfombra persa y añadió otro pico al precio en esterlinas por tirárselo.

Le ofreció vodka. Le apetecía una copa, pero estaba recelosa por la pila de vasos junto a la botella: ¿no pretendería hacer venir a sus amigos? Pero entonces, sonriente, el hombre colocó los vasos formando una serie de letras del alfabeto latino. Fevvers contempló lo que hacía con ojos suspicaces y entrecerrados hasta que se dio cuenta de que estaba escribiendo su nombre con vasitos de vodka. S-O-P-H-I-A. Pero… ¿cómo lo sabe?

Uuuuy…, pensó. Ese escalofrío en la nuca que nota Rumpelstiltskin en el cuento. Detestaba que un desconocido la llamase Sophia.

–Una vieja costumbre rusa –dijo él dedicándole una inclinación envarada–. En su honor.

Entonces llenó de vodka los vasos hasta el borde.

En ningún momento ha…

Uno por uno, el Duque los fue apurando. Fevvers contó, hipnotizada. Treinta y cinco.

¡Y en pie!

Llegado ese momento, llegó a la conclusión de que el Gran Duque no era como otros hombres, y hasta deseó haber dejado que Lizzie la acompañase, después de todo.

–¿Un poco de caviar? –le ofreció él.

Fevvers comió caviar con gusto, prefería comérselo con cuchara sopera, y consideró que era lo más conveniente para coger fuerzas a la espera de lo que pudiese venir después. Mientras zampaba, el Gran Duque dijo:

–Deberíamos tener música mientras cenamos. Sabrá usted que soy un gran coleccionista de toda clase de maravillas y *objets d'art.* Lo que más me gusta son los juguetes…, artefactos maravillosos y sobrenaturales.

Le guiñó un ojo de una manera que a Fevvers se le antojó rijosa y ofensiva. Se le ocurrió: ¿no se habrá creído el bulo del Coronel?, ¿se pensará que estoy hecha de goma? Si es así…, ¿adónde se piensa que va a parar todo este caviar?

El Duque pulsó un botón en un lateral de la estufa y una sección de la estantería se levantó. ¡Era una ilusión óptica!, ¡los lomos dorados de los libros estaban pintados! Un trío musical, sentado en un podio circular, apareció en la oscura cavidad de la pared. La pared encajó en su sitio con un suave chasquido.

Los músicos eran casi adultos, como del tamaño de marionetas sicilianas, un poco menos altos que nosotros y hechos de metales preciosos, piedras semipreciosas y de plumaje de aves que a Fevvers la hicieron respingar como respinga un vaquero cuando ve una cabellera rubia en el cinturón de un indio.

Y, realmente, uno tenía forma de pájaro, de tordo o ruiseñor, pero en grande, y el artesano habilidoso que lo había fabricado le había puesto un chaquetón multicolor de plumas de toda clase de colores suaves y oscuros, vinosos, atopaciados y brillantes ojillos de gemas rojas. Se sostenía sobre dos patas sólidas escamadas con láminas de oro prensado superpuestas. En lugar de pico tenía una flauta, una flauta de marfil elaboradamente grabada.

También había un instrumento de cuerdas; un arpa o una lira con forma de mujer hueca, o más bien una mujer sin tronco. Porque tenía cabeza, hombros y pechos, y tenía pelvis, pero nada entre los pechos y la pelvis salvo una serie de cuerdas atadas a clavijas en cada lado. También tenía brazos, extendidos en un gesto de súplica bastante accidental, porque estaban detenidos donde estaban cuando el mecanismo que la hacía funcionar se quedaba sin cuerda. Los brazos terminaban en unas preciosas manos ingeniosamente articuladas, con dedos y uñas íntegros y una mata de pelo de alambres dorados, y ojos delicados de lapislázuli sobre esmalte blanco. Una imprevista corriente de aire hizo que emitiese un fantasmal tañido aislado por su cuenta.

La sección percusiva era la menos inquietante. Consistía en un simple gong de bronce colocado en un marco de marfil, pero no se veía ni rastro del mazo.

El Gran Duque contempló su orquesta mecánica con aire satisfecho. Lo había mandado fabricar un emperador aburrido mucho tiempo atrás en China. Un mandarín asesinó al emperador para arrebatárselo. Un antepasado aburrido del Gran Duque asesinó al mandarín para quedárselo él. Tenía el glamour auténticamente inestimable de los objetos pensados para el simple placer, el impuro encanto de lo absolutamente inútil. El Gran Duque pulsó otro botón.

El gong osciló por sí solo y emitió un suave estruendo. El hombro dorado del arpa femenina se movió y al moverse puso en marcha un complejo mecanismo oculto de ruedecillas y poleas que levantó sus codos y llevó sus manos a las cuerdas del corazón. Sus dedos dorados,

sus uñas de perla, se flexionaron y estiraron. Tañó un acorde sobre sí misma, mientras el enorme pájaro trompeteaba por su nariz una cuasimelodía extraña y tritónica que divagó a través de sus posibilidades matemáticas en un tiempo que no parecía de este planeta, sino de otro lugar helado y remoto.

Fevvers pensó: El pájaro tiene una caja musical dentro. Y cualquiera que supiese fabricar un reloj de pared era capaz de construir el arpa. Y el gong sonaba como por palpitaciones eléctricas. En cualquier caso, se le pusieron los pelos de punta y el Gran Duque se volvió hacia ella con una sonrisa satisfecha, como si su intención no hubiese sido otra que hacer que lo temiese.

Por primera vez en toda su vida, Fevvers declinó el champán.

Añadiendo otra nota percusiva a las inquietantes armonías, cayó una gota desde la nariz de la Fevvers de hielo que golpeó el borde de cristal del plato de caviar con un soniquete. Pillada por sorpresa, pensó por un segundo que se había derretido un diamante.

El Gran Duque le ofreció un brazo: ¡vayamos a la galería y examinemos el resto de mi colección! Su aliento ardiente de vodka le quemó la mejilla, que se le iba enfriando por momentos a medida que la extravagante geometría circular y agobiante, no exactamente aleatoria, de la música deformaba los ángulos de la sala.

La galería estaba repleta de vitrinas iluminadas de formas tan ingeniosamente tenues que cada una refulgía como un pequeño mundo autónomo.

–Mis huevos –dijo el Gran Duque– están llenos de sorpresas.

Me lo creo, pensó Fevvers.

El caso es que en cada vitrina había un huevo, un huevo auténtico, un huevo precioso que no salía de una gallina, sino de un joyero, y el Duque le contó que podía quedarse con el huevo que quisiera en cuanto se quitase la mantilla y le dejase verle las alas.

–Primero el huevo.

–Después.

–No.

–Sí.

–No.

El Gran Duque se encogió de hombros y le dio la espalda. De pronto se apagaron todas las luces y Fevvers se quedó a oscuras con el ulular, tañer y golpetear de los músicos artificiales allí abajo por toda compañía y con el leve chispeo del hielo goteando de su propia efigie, allí abajo. Cuando oyó cómo se derretía su nariz, se sintió desfallecer.

–De acuerdo –dijo de mala gana. Cuando se encendieron las luces, se había quitado la mantilla y el Gran Duque la rodeó para echar un vistazo a los bultos gemelos de su tronco.

–¡Pero no se puede tocar! –le dijo. Incluso llegados a aquel punto, algo en su férrea voz de pescadera hizo que el Duque se guardara mucho de tocarla.

¡Qué cosas más complicadas, aquellos huevos! ¡Y llenos de sorpresas, por descontado! Y es que este es de esmalte rosa y se abre a lo largo para revelar un caparazón interno de madreperla que, a su vez, se abre para revelar una yema esférica de oro hueco. Dentro de la yema, una gallina dorada. Dentro de la gallina, un huevo de oro. Ahora ya hemos descendido a la escala de lo liliputiense, pero esto no acaba aquí; dentro del huevo hay unos marquitos de cuadros minúsculos con brillantes mínimos. ¿Y qué enmarcan los marcos sino una miniatura de la propia trapecista con las alas desplegadas en el trapecio, con la melena rubia y los ojos azules como en persona?

A pesar de la creciente sensación de disminución y de las extrañas formas que la música producía en los rincones de la sala, Fevvers se sintió halagada por aquel diminuto tributo y su básico sentido de la justicia le dijo que lo suyo era darle al Gran Duque permiso para pasar las manos por sus pechos y alrededor de sus axilas. Tras asegurarse de que no estaba hecha de goma, el Duque suspiró, quizá de placer, y empezó a agitar el plumaje crujiente bajo el raso rojo.

Chirrido, tañido, gong y goteo de abajo; chirrido, tañido, gong y

goteo.

En una vitrina cercana, un huevo sencillo de jade sobre una huevera incrustada de gemas, como esperando a que una cuchara lo golpease. Fevvers miró expectante al Gran Duque como una niña entusiasmada a pesar de su aprensión. Adivinó que el huevo no era tan sencillo. El Duque abandonó su magreo por un instante.

–Deje que gire esta llavecita…

Fevvers se fijó en el miembro viril que ahora se marcaba brioso bajo la pana de sus pantalones de montar y reflexionó que, en algunos aspectos, tenía que ser igual que otros hombres, así que le dio una palmada de ánimo, conciliadora, como indicándole que se tomase su tiempo.

El cascarón se abrió en dos y reveló un arbolito en un balde de ágata blanca protegido por una celosía dorada. Estaba lleno de hojas talladas individualmente en piedras semipreciosas verde oscuro. Las ramas doradas estaban tachonadas de flores hechas de perlas abiertas en cuatro direcciones alrededor de un centro de diamantes y frutos hechos de cuarzo. El Duque apartó a regañadientes la mano derecha de lo que la ocupaba bajo los omóplatos y tocó uno de aquellos frutos. Se abrió también y de dentro salió el pájaro más pequeño que se pueda imaginar, hecho de oro rojo. Movió la cabeza a lado y lado, aleteó, abrió el pico y emitió un dulce gorjeo agudo: «A Bird in a Gilded Cage». Fevvers se sobresaltó. Acabó la estrofa, plegó las alas y el jade hueco se cerró de nuevo.

Por más que disfrutase de admirar aquel juguete, aquel árbol y su pájaro le resultaron de lo más turbadores, así que se apartó de ellos con una sensación de peligro mortal inminente.

Uuuy, se dijo de nuevo.

Chirrido, tañido, golpe y goteo; chirrido, tañido, golpe y goteo. Y se fue sintiendo cada vez más y más confusa, menos y menos en posesión de sí misma. Walser habría reconocido la sensación que la embargaba; él había sentido lo mismo en su camerino del Alhambra cuando las

campanas tocaron a medianoche por tercera vez.

Igual no sé salir de esta, pensó. ¡Ay, Lizzie, mi Lizzie! ¿Dónde estás cuando te necesito?

En cualquier caso, como el Duque se merecía algo después de desvivirse así, se echó las manos a la espalda y desabrochó los ganchos y los ojales de su vestido. Se oyó un susurro de plumaje libre y el Gran Duque soltó una exclamación en voz baja pasmado. Retirándose, le rogó que las extendiese un poco más y ella obedeció, mientras, aunque él no se lo había pedido, un profundo instinto de conservación la hacía ofrecerle el gallináceo culo y menear las plumas igual que se las meneaba él.

Pero fue entonces cuando, mientras paseaba la mirada por aquella sala sombría en dos niveles, vio que no había ninguna ventana y, cuando los brazos del Gran Duque la aferraron, se dio cuenta de que era un hombre de una fuerza física excepcional, suficiente para clavarla en el suelo.

Entonces, en aquel instante, pasó lo peor que podía imaginarse. Su inspección del torso movió de sitio la espada de Nelson escondida en el corsé.

–Devuélvame eso…

Pero el Duque apartó el juguete letal de su alcance y lo examinó con curiosidad, se rio entre dientes y partió en dos la espada contra su rodilla. Lanzó los trozos uno a cada lado de la galería, donde desaparecieron en la oscuridad que se colaba por las paredes como agua. Ahora estaba indefensa. Podría haberse echado a llorar.

Abajo, los músicos mecánicos continuaban tocando y el hielo seguía derritiéndose.

Reunió como buenamente pudo su ingenio disperso y se acercó resuelta a la siguiente vitrina, continuó manoseando al Duque como si le fuera la vida en ello. Él arrastraba los pies tan dichoso que apenas se dio cuenta de que ella abría la vitrina con la mano libre.

Y allí, dentro de un huevo de plata zigzagueado por un entramado de

esquirlas de amatista, encontró, para su incrédulo deleite, nada menos que un trenecito, una maquinita, en esmalte negro, y uno, dos, tres, cuatro vagones de primera clase en caparazón de tortuga y ébano, todo enrollado como una serpiente con una inscripción grabada en cirílico: El Transiberiano.

–¡Cogeré este! –gritó alargando el brazo codiciosamente.

Su exclamación y su repentino movimiento despabilaron al Gran Duque del trance en el que lo había sumido, aunque no dejó de acariciarla; Fevvers no había sido aprendiz de Mama Nelson en vano.

–No, no, no –le prohibió, aunque la tumescencia le volvía la voz glutinosa. Le dio una débil palmada en la mano, que no soltó el tren–. Ese no. El tuyo es el siguiente. Lo encargué para ti especialmente. Me lo han entregado esta mañana.

Era de oro blanco y coronado por un diminuto y precioso cisne, un tributo, quizá, a su padre putativo. Y, tal y como ella sospechaba, contenía una jaula con barrotes de oro y, dentro, un pequeño columpio de rubíes, zafiros y diamantes, los rojos, blancos y azules proverbiales. La jaula estaba vacía. En el columpio no había ningún pájaro posado.

Fevvers no encogió; pero fue consciente de la espantosa posibilidad de encoger. Le dijo adiós al collar de diamantes de allá abajo y contempló la vida como un juguete. Con indescifrabilidad oriental, la orquesta automática tendió las geometrías de lo implausible y, merced al engrosamiento del miembro del Duque, los movimientos que ahora efectuaban conjuntamente, a juzgar por sus jadeos y su mirada vidriosa, Fevvers entendió que el Gran Duque estaba a punto.

Entonces se oyó un gran estrépito al desplomarse la estatua de hielo de la trapecista sobre los restos de caviar en la sala de abajo, lanzando el collar que la había tentado entre las cosas sucias de la cena. La amarga consciencia del engaño activó a Fevvers. Dejó caer el tren de juguete en la alfombra de Isfahán (por suerte cayó sobre las ruedas) en el preciso instante en que, con un gruñido y un resoplido, el Gran Duque eyaculaba.

En aquellos pocos segundos de distracción, Fevvers corrió atropelladamente por el andén, abrió la puerta del compartimento de primera clase y subió a bordo.

–¡Mira cómo te ha puesto el vestido, el muy guarro! –dijo Lizzie.

La chica saltó sollozando a los brazos de la mujer. Era el oscuro abismo de la noche en el que se zambulle la luna. En este abismo había perdido Fevvers su espada mágica. El jefe de estación tocó su silbato y agitó la banderola. La locomotora, despacio, muy despacio, empezó a sacar su colosal longitud de la estación, arrastrando con ella su cargamento de sueños.

–He aprendido la lección –dijo Fevvers, incorporándose se arrancó la pulsera y los pendientes.

Se oyó una repentina algarabía y unas indignadas protestas muchachiles en el pasillo. La puerta de su vagón se abrió de un golpetazo y entró Walser con un pequeño fardo en brazos que pataleaba con vehemencia disfrazado de payaso.

–Siento molestarla, señorita –le dijo a Fevvers–. Pero este pequeño granuja no se va a escapar con el circo, ¡por lo menos no hasta dentro de unos años!

El tren se deslizó lento junto a un andén con un montón de nieve reciente acumulada. Lizzie abrió la ventanilla, entró una ráfaga de aire frío, y Walser dejó caer al niño pegando gritos en el banco de nieve.

–¡Ahora coges y te vas directo a casa con tu abuelita!

–¡Y dale esto! –gritó Fevvers.

El pequeño Iván rodó por la nieve apedreado a base de diamantes. Es posible que nos salvemos por medio de nuestros niños.

El tren volvió a adquirir un poco de velocidad. Walser se quedó asomado por la ventanilla del camarote hasta que estuvo seguro de que el pequeño Iván no se había encaramado de nuevo a bordo en los vagones del final, luego subió de nuevo la ventana con su correa de cuero. Cuando estuvo todo cerrado, se dio la vuelta y se quedó perplejo al ver a Fevvers con la cara empapada de lágrimas, el pelo desordenado

de nuevo, el vestido de gitana desgarrado y churreteado de semen, intentando taparse los pechos como buenamente podía con un sucio pero indiscutible abanico de plumas propias.

III. SIBERIA

UNO

¿Cómo vive aquí la gente? ¿Cómo lo soporta? Aunque igual no soy quién para preguntarlo, yo, que básicamente soy incapaz de empatizar con el paisaje, me pone enferma la estampa del puñetero Hampstead Heath. En cuanto pierdo de vista las zonas pobladas por la humanidad se me hunde el corazón como un suelo de tablas podridas, pierdo el valor. En cambio, los parques y los jardines me encantan. Y los campitos con setos y acequias, y con útiles vaquitas. Pero si hay que tener una ladera agreste, por lo menos ponle una oveja o dos posando pintorescamente en un afloramiento rocoso, lista para que la trasquilen, algo así… Detesto estar en lugares vírgenes de la mano del hombre y, aquí, nos encontramos en esa ancha frente del mundo donde se ve la marca de Caín al principio de los tiempos, igual que el viejo de la estación que se acercó a vendernos los osos que tallaba y que llevaba marcada a fuego la palabra «presidiario» en la mejilla.

Le compré todos los osos que traía, para mandar a casa a los niños cuando llegásemos a Vladivostok y a una oficina de correos. No se puede decir que fuese un gesto «barato» por mi parte, que el hombre me cobró lo suyo. Y luego tuve que aguantar que Lizzie me pusiera la cabeza como un bombo, asegurando que «lo hacía para la posteridad», es decir: para que el joven estadounidense tomase nota.

–Desde que se dejó ver en Petersburgo has ido actuando cada vez más como tú –me dice.

Por la ventanilla va pasando de largo esa vastedad inimaginable y desierta donde la noche se cierne, el sol declina en un abominable esplendor teñido de sangre como una ejecución pública por encima, se diría, de medio continente, donde viven solo osos y estrellas fugaces y los lobos que lamen hielo cuajado del agua que guarda en su vientre el

cielo. Todo blanco de nieve como bajo guardapolvos, como si lo hubiesen arrumbado en un rincón a perpetuidad después de traerlo de la tienda para no tocarlo jamás. ¡Horrores! Y, como en un ciclorama, este espectáculo sobrenatural se desliza a treinta y tantos kilómetros por hora en un marco fijo de cortinas de encaje un poco enhollinadas y de grueso terciopelo de un azul oscuro polvoriento.

El raspar de carbón en el pasillo indica que están llenando el samovar para hacer té. Estamos mejor que queremos.

Fuera hace un frío de mil demonios, pero dentro de nuestro vagón, acurrucados y calentitos: hay una pequeña estufa. Y una mesa redonda con tapete de terciopelo azul a juego con las cortinas, y una silla cómoda tapizada igual en la que se sienta nuestra Liz a echar partidas solitarias de paciencia.

Paciencia. Dame paciencia.

–Lo que digo es que te estás convirtiendo en tu propio panfleto publicitario –dice Lizzie–. La *cockney* de corazón de oro sin pelos en la lengua a jornada completa. Bah.

–Bueno, ¿y quién se supone que tengo que ser sino yo misma? –le espeto de mal humor, tumbada boca abajo, por sobradas razones, en el asiento que por las noches convierten en mi cama.

–Eso es otra cuestión, ¿no? –me replica impertérrita como siempre–. Antes no habías existido. No hay nadie que pueda decir lo que debes hacer o cómo hacerlo. Partes de cero. No tienes historia y no hay expectativas salvo de aquellos a quienes has creado. Pero cuando te la pegas, Dios mío, te la pegas pero bien, ¿eh? Flirteas con el adversario como si este fuese a dejar de lado sus triquiñuelas si finges ser una chica normal. Sufro por ti. Por eso no me gusta dejarte sola. Acuérdate de ese puñetero Gran Duque. ¡Te rompió la espada en la que tenías tú tanta fe!

Sabe dónde hacer daño. Meter el dedo en la llaga y hozar… Es el estilo de Liz.

–Te partió en dos la espada y podría haberte partido en dos a ti. Casi te parte, de hecho, y entonces, se acabó el futuro, ni a cero ni a uno ni a

dos. Nada, nadita, *niente.*

Nada.

El tren ahora se detuvo con un suspiro exhausto. El motor gimió suavemente, las llantas chasquearon y chirriaron, pero nada a la vista, ni siquiera una de aquellas pequeñas estaciones de madera adornadas como casitas de jengibre que ponían por aquellos lugares, burlándose de la naturaleza con su insinuación de cuento de hadas. Nada más que manchas de nieve sobrenaturalmente blancas contra el horizonte morado a kilómetros de distancia. Estamos en mitad de la nada.

–«En mitad de la nada», una de esas expresiones que se abren dentro de ti como un vacío. ¿Y acaso no estábamos avanzando a través de la vastedad de la nada hasta los confines en mitad de la nada?

A veces me horroriza ver hasta qué punto llego por dinero.

En medio del súbito, casi sobrenatural silencio, oímos resonar el rugido de un tigre y el tintineo de las cadenas de los elefantes, que nunca cesa.

¡Elefantes atravesando Siberia! ¡Menuda *hibris* la de aquel enano gordo del Coronel!

El tren hacía a menudo aquellos incomprensibles parones. De la misma taiga, como duendes salidos de la nada, aparecían niños que correteaban junto a la vía levantando en alto pequeños artículos: una patata asada; un cucurucho de bayas congeladas; leche agria en una botella demasiado preciosa como para venderla, de manera que te llenabas tu propia cantimplora. Pero esta noche ya estamos demasiado lejos de fincas y asentamientos de agricultores. Esos rubios quincalleros mugrientos nunca se aventuran hasta aquí, donde habitan las bestias.

Se empieza a levantar un poco de viento frío y gime.

–Una cosa, Liz, no podríamos…, ¿no podríamos acelerar un poco las cosas?

Lizzie, atenta a sus cartas, niega con esa vieja testa canosa. Nada de trucos. ¿Por qué no? ¡Y es que no creeríais las cosas que es capaz de hacer mi madre adoptiva cuando se pone a ello! Encogimientos y

agigantamientos y relojes que se adelantan o se atrasan como perros juguetones; pero todo tiene su lógica, una lógica de escala y dimensión con la que no se puede jugar, de la que solo ella tiene la clave, lo mismo que guarda en su bolso la llave del reloj de Nelson y no me deja tocarla.

Su magia «doméstica», la llama. ¿Qué pensaríais al ver subir el pan en el horno si no supieseis lo que es la levadura? Pensaríais que la vieja Liz es una bruja, ¿o no? Y si no, otra cosa, ¡las cerillas, por ejemplo! Luciferes; los pequeños soldados del ángel de la luz con quienes pensaríais que está conchabada si jamás hubierais oído hablar de las cerillas.

¡Y cuando pienso que un día mamé de esas viejas ubres lacias y secas bajo tu corpiño de seda negra, Lizzie, ay, sí! Entiendo a lo que te refieres con «magia».

Ahora, al final del tren, en el vagón salón, está la Princesa probando el órgano. Refunfuño, refunfuño, refunfuño. ¡Ah, qué éxtasis de aburrimiento he experimentado en la gran vía férrea siberiana!

No es que el vagón salón tenga nada de desagradable si no te da mala espina viajar a través de esta naturaleza preadámica en una reproducción de salón imperial acabado en laca blanca y revestida de espejos hasta decir basta como un burdel móvil.

Yo lo detesto.

No tenemos derecho a estar aquí, con todo este confort *gemütlich,* con los culos aposentados en esta vía recta de la que jamás nos desviamos, como funámbulos que atraviesan en un sueño un abismo ignorado en un camarote de cinco estrellas por este terreno inhóspito en pleno corazón del invierno.

–Te sientes como un pájaro en una jaula de oro, ¿verdad? –inquirió Lizzie fijándose en la inquietud de su hija adoptiva–. ¿De qué otra manera querías viajar?

Fevvers no supo qué contestar a aquella intimación. Los muelles resonaron bajo su trasero mientras se recolocaba para quedar de cuclillas con el mentón enfurruñado sobre las rodillas y las manos

musculosas aferradas a los fémures. ¿Cuánto llevamos dando vueltas en el limbo? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes? ¿Un año?

La Princesa terminó habituándose al órgano del salón y le sacó una fuga de Bach que serenó a los tigres mientras el mundo se ladeaba desde el sol hacia la noche, el invierno y el nuevo siglo.

–Piensa en tu cuenta corriente, querida –le aconsejó con ironía Lizzie a su taciturna hija adoptiva–. Ya sabes que eso siempre te anima.

Fevvers, en enaguas, sin medias ni corsé, rebuscó en la bolsa de Lizzie unas tijeritas y empezó a cortarse las uñas de los pies por hacer algo. Presentaba una estampa mísera, un centímetro y medio de raíz oscura en el pelo sin peinar que se le enredaba con el plumaje desaliñado que ya había sumido un aspecto polvoriento. El encierro no le sentaba bien.

Entonces, mientras se cortaba las uñas, justo cuando el tren se había parado sin motivo, se puso a gimotear con la misma falta de motivo.

¿Cómo puedo explicar por qué me pongo a lloriquear de esta manera? Yo que no había llorado desde que murió Mama Nelson. Pero pensar en el funeral de Mama Nelson todavía me hizo berrear más, como si la tremenda angustia que sentía, la angustia por la soledad de nuestra situación de desamparo en este mundo que se basta a sí mismo sin nosotras…, como si mi repentina e irracional desesperación se enganchase a un dolor racional y se aferrase a él por su vida.

–¡Llóralo todo! –dijo Lizzie, y, por los ecos de su voz, su hija adoptiva supo que la invadía un ataque de presciencia–. ¡Llora cuanto quieras! No sabemos si tendremos tiempo para llorar más adelante.

Tan inexplicablemente como había frenado, el tren se puso ahora en marcha de nuevo. En tercera clase, los payasos jugaban a las cartas bajo el dosel malva del humo de tabaco o dormían. Una pesada somnolencia se cernía sobre ellos; parecían en un estado de animación suspendida, allí y sin embargo sin estar. De vez en cuando, uno u otro comentaba que tenían que ensayar una nueva serie de rutinas ahora que se habían quedado sin Buffo. «Hay tiempo de sobra», era la respuesta. Sin embargo, los días pasaban y no hacían nada más que barajar y barajar

las cartas. El ritmo de mecedora del tren los sumía en un estado de pasiva aquiescencia en el que esperaban, aunque ninguno lo admitía, a que su Jesucristo resucitase. Así que no había necesidad de nuevas rutinas, ninguna necesidad. Pasa la botella, reparte cartas de nuevo. Volverá. O si no… volveremos nosotros a Él.

Aun así, el Coronel correteaba de arriba abajo por los pasillos henchido de la emoción del pionero, una estampa llamativa con aquellos leotardos a rayas y el chaleco estrellado («presentar bandera», lo llamaba él). Llevaba cuantiosas provisiones de bourbon con él y enseguida le enseñó a la azafata del coche restaurante a preparar un julepe pasable con ramitas de menta que había tenido la previsión de comprar a un horticultor de Petersburgo.

Pronto se ganó la reputación de «personaje». A menudo iba con su cerda en la cabina del conductor. El conductor se arrellanaba con el papel del cigarrillo pegado al labio inferior y dejaba que el Coronel juguetease con los controles. Pero lo que más le gustaba al Coronel era visitar a los elefantes, darles bollitos que compraba por canastos a las campesinas con sus pañoletas durante las paradas y plantearse esta deslumbrante ocurrencia: que él, aquel muchachote de Kentucky, había superado a Aníbal el cartaginés, héroe clásico de la Antigüedad, puesto que si Aníbal había hecho escalar los Alpes a sus mastodontes, ¿no había hecho atravesar él los Urales a sus paquidermos?

Aun así, incluso para su mirada siempre optimista, era evidente que los paquidermos estaban sobrellevando mal el viaje. Estaban hospedados con bastante comodidad, tumbados en paja en un vagón de ganado que normalmente transportaba inmigrantes a través de las estepas y, una medida especial para la comodidad de los animales, este vagón había sido equipado con una estufa. Pero los elefantes ya no parecían los pilares del mundo, capaces de soportar el cielo sobre sus amplias frentes. Sus ojillos estaban llenos de humores y a veces tosían. El tren los internaba cada vez más en un temporal inclemente que penetraba en sus botas de cuero y les helaba las patas, les invadía y devastaba los

pulmones. Más al norte, mucho más al norte, en el remoto, extremo e inimaginable norte del que aquel terreno era, hablando en términos comparativos, el margen templado, sus primos, los mamuts, yacían atrapados en hielo; del mismo modo, parecía que el hielo ya había empezado a apoderarse de aquellas cariátides del mundo y el Coronel, por más Poliana que se chutara en el alma, se veía atenazado por momentos aislados e hirientes de dudas cuando veía a los paquidermos debilitarse, sucumbir. Entonces apremiaba al conductor para que le echase más carbón a la estufa; seguro que solo tenían un poco de frío… Y, en cuanto a su depresión, bueno, ¡unos bollitos seguro que les levantaban el ánimo!

Aplastaba sus dudas como quien aprieta las mandíbulas ante un dolor de muelas y se negaba a creer lo que veían sus ojos.

Aquellos días, los tigres miraban a la Princesa igual que sus pequeños primos que viven entre nosotros miran a un pájaro en un árbol demasiado alto para encaramarse. La Princesa le pidió al Coronel, a través de Mignon, que ahora hablaba por ella y era traducida someramente por Fevvers, que la dejase disponer del vagón salón, y el Coronel, tras mucha masticación cigarrera, se lo permitió por consejo de Sybil, que pensó que un cambio de escenario los distraería a todos. A partir de entonces, ninguno de los conductores se atrevió a entrar en el vagón salón por su propio pie. Los tigres desgarraron el brocado claro con el que estaban tapizadas las butacas, se hicieron nidos con el relleno y pegaban zarpazos en los espejos que reflejaban sus rayas y las multiplicaban mientras Mignon se apoyaba en el hombro de la Princesa y ensayaban un nuevo repertorio que encajase con el órgano, canciones sentimentales de cámara, corales de Bach, el libro de cantos metodistas, cualquier cosa que serenase los espíritus de los felinos. Pero la Princesa sabía que los animales ya no confiaban en ella y, lo peor de todo, ella ya no confiaba en ellos. La culpa y la aflicción por haber usado su arma la consumían.

Al Coronel no le gustaba oír el órgano, dado que, cuando pensaba en

el cadáver de la tigresa, la última noche fatal en Petersburgo le volvía a la mente en una fuga de fracasos. De hecho, su constante nerviosismo tenía algo de febril y desesperado, porque los monos lo habían dejado en la estacada, su payaso en jefe había hecho un salto mortal de la pista al manicomio… La pérdida de la Princesa era solo una cosa más. Y, en el fondo, aunque su mente se obstinara en negarlo, sabía que los elefantes cada día estaban más débiles. El Gran Circo que presentaría ante el Dios Emperador de Japón sería un circo singularmente mermado, a no ser que lograse adquirir, por el camino, uno o dos osos, quizá. Siberia no podía proporcionarle ningún otro tipo de integrantes.

Sabía muy bien que quienes juegan al Juego Lúdico a veces ganan y a veces… pierden. (¡Ay, aquellas líneas humillantes en *Variety!)*. Se le paraba el corazón cuando Mignon cantaba: «Oh, sagrado corazón, herido de dolor», e imaginaba su propio paté andrajoso zarandeado por la fortuna.

Fuera del vagón salón esperaba el Forzudo con los brazos cruzados. Era el perro guardián.

Si bien el corazón de Sansón seguía golpeando en su pecho como un pájaro dentro de una caja cada vez que veía la frágil silueta de Mignon, había aprendido a contenerse lo suficiente como para hacer de humilde recadero a las chicas, a limpiar por ellas, a ayudarlas con todas las tareas a las que sus músculos lo condenaban.

El amor no correspondido producía una peculiar alquimia en el Forzudo y, sin embargo, el objeto de su amor estaba cambiando de naturaleza. Una lujuria austera por la Mignon perdida fue evolucionando lentamente, por pura propincuidad, hacia una veneración sobrecogida por aquellos seres que parecían, como pareja, trascender sus individualidades. Sabía que no podía amar a una sin la otra lo mismo que no se puede amar a la cantante sin la canción, y tenía que amarlas a ambas sin tocar a ninguna, de modo que, poco a poco, fue volviéndose menos físico. Le había dado por ir vestido, una señal visible de su cambio; se había comprado una recia camisa rusa con cinturón y

disimulaba un poco el aspecto de mole. Nutría su sensibilidad, aún en un estadio de alevín, montando guardia ante sus puertas.

Dejó pasar al Coronel con un gesto seco de la cabeza.

El Coronel bendijo la mesa ante su sopa de pescado en el vagón comedor: ¡Gracias, Dios! ¡Seguía manteniendo la exclusiva sobre la Venus *cockney!*

El tono rosa de la lamparita amortiguaba el brillo histérico del colorete con el que Fevvers había tapado el rastro de su llorera. Aunque ponerse el corsé se le hacía muy cuesta arriba, aquella noche había hecho el esfuerzo simbólico de vestirse de acuerdo con los estándares de primera clase, se puso un vestido de té con encajes color crema y se recogió la melena para que no se le notasen las mechas oscuras, pero el vestido, pensado para tapar el escote, no le pegaba y le daba un aspecto de mujer de mediana edad robusta, y los rizos recogidos se le empezaban a descolgar ya. Las violetas «de la suerte» clavadas gallardamente en el hombro eran imitaciones poco convincentes, baratas, cutres, un regalo de cumpleaños infantil, quizá.

El camarero observaba fascinado al Coronel atándole una servilleta al cuello a Sybil.

–Los cerdos comen todo lo que come el hombre –informó a la mesa–. Por eso el hombre tiene el mismo sabor que un cerdo. Por eso los caníbales llaman «cerdo alargado» al asado de *Homo sapiens,* ¡vaya si no! Los omnívoros, pues ya se sabe: ¡alimentación mixta! Nos da a los dos ese saborcillo a carne de caza.

Como si la noción de canibalismo le abriese el apetito, atacó una chuleta de ternera con ganas, aunque, por su textura, la costilla había sido cocinada en el bufet de la estación de Irkutsk varios días antes, cargada en el tren y recalentada en una salsa de un marrón demasiado brillante para ser auténtica.

En cuanto a mí, empujé mi plato con aquella cosa asquerosa hasta Sybil, que la despachó a toda velocidad tal y como el Coronel había dicho que haría. Le había cogido un gran afecto a la inteligente cerdita,

tengo que decir, y parecía que le sentaba bien el viaje, mejor que a mí. Su gorguera estaba tan inmaculada como el día que salimos de Petersburgo, más aún; ¿a quién se la hacía planchar el Coronel? ¿A la chica que vigilaba el samovar? ¿A la azafata? Y la cerda estaba lustrosa de las friegas de aceites que el Coronel nunca estaba tan borracho como para dejar de darle, y pensé, a mí me vendría bien un masaje, aunque me lo dé este perdonavidas.

Ahí viene.

¿A qué me recuerda este chico? A una pieza musical compuesta para un instrumento y tocada por otro. Un boceto al óleo para un gran lienzo. Ah, sí; está inacabado, justo lo que dice Lizzie, pero da lo mismo…, ¡esos músculos bronceados! ¡Ese pelo aclarado por el sol! Debajo del maquillaje, esa cara como de alguien amado hace mucho, y perdido, y reencontrado, aunque no lo conociese de antes, aunque sea un desconocido; esa cara que siempre he amado antes de haberla visto siquiera, de tal manera que verlo es recordarlo, aunque no sé qué es lo que recuerdo entonces, salvo que podría ser la cara vaga e imaginaria del deseo.

Distraída, le dio un bocado a un pedazo de pan que tenía el color y la textura del carbón. Cuando el Coronel se puso a Sybil en el regazo para hacerle sitio a Walser, el joven notó sobre él la mirada hambrienta de Fevvers y se le antojó que sus dientes se cernían sobre su carne con la más voluptuosa ausencia de dolor.

Lo único que había hecho ella era determinar la inocencia necesaria del aventurero y aprovecharse de ella.

La cuchara tintineó contra el plato de sopa; el cuchillo hurgó en la costilla; las lámparas de flecos rosas se balanceaban, reflejadas en las ventanas oscuras como si fuesen flores en las ramas de la hilera de árboles que atravesaban ahora; los camareros se deslizaban suavemente de aquí para allá como sobre ruedas invisibles con varios platos en cada brazo; de la cocina invisible se oía trasteo de cacharros. De postre había macedonia de frutas.

Entonces, justo cuando llegaban la Princesa y Mignon al vagón restaurante con sus delantales sanguinolentos, con Sansón siguiendo cabizbajo sus pasos de camino a la cocina para recoger la comida de los tigres, se oyó un estallido tremendo. Y, como siguiendo el redoble de tambor más brutal de toda la historia del circo, el vagón comedor se elevó por los aires.

Por una fracción de segundo, todo levitó: lámparas, mesas, manteles. Los camareros se elevaron y los platos se despegaron de sus brazos. Sybil flotó, lo mismo que el trozo de piña en conserva en el que estaba a punto de hincar el diente. Los pies de la chica morena y de la rubia en la entrada se separaron del suelo que se levantaba. Entonces, antes de que sus caras reflejasen pasmo o consternación, todo aterrizó de nuevo y, con un estrépito sonoro, reventó en multitud de fragmentos.

El tren dejó de ser un tren de inmediato y se convirtió en un amasijo de maderos, metal retorcido, gritos y lamentos, mientras el bosque a cada lado del convoy devastado ardía, prendido por los troncos en llamas que habían salido despedidos de la caldera de la locomotora ahora destrozada.

La giganta se vio atrapada bajo la mesa en la que había estado picoteando pálidas guindas al marrasquino de su macedonia y pasándolas al plato de la cerdita. Sus primeras emociones fueron sorpresa e indignación. Cerca, en la oscuridad, su madre de acogida despotricaba elocuentemente en su dialecto natal, pero ninguno de los trucos de Lizzie era capaz de sacarlas de aquel agujero. Solo la fuerza de los músculos de Fevvers ahora estirados al máximo podía mover los escombros y permitir que ellas y sus magulladuras se escabullesen al aire libre, ya peligroso de por sí, lleno de llamas y cascotes volantes. El viento, ahora un vendaval, las achicharraba.

Me he roto el ala derecha. Pasado el primer momento de estupefacción, siento el dolor. Duele. Duele igual que una fractura limpia en el antebrazo. Pero no más. Es muy de agradecer. Puedo usar el brazo derecho aunque tenga el ala rota. Dios, cómo duele. Podría ser

peor. Cálmate, chica; ¡sigue diciéndote que podría ser peor!

De hecho, parece que todos los del vagón restaurante hemos sido afortunados. ¡Ahí asoma Mignon! Con un ojo morado del golpe de una botella de brandy voladora, pero por lo demás ilesa; está sacando a la Princesa de debajo de una cascada de vajilla y cubertería que la ha cortado, magullado y dejado inconsciente. Lizzie le hace un repaso, ningún hueso roto, pero no la puede despertar, se ha desmayado… En cuanto al Coronel, debe de ser él el que está hecho de goma, no yo, porque ahí viene saltando entre el derrubio con su cerda sana y salva en la pechera de la chaqueta. ¿Es que Sybil previó este suceso con sus habilidades como pitonisa? ¡Y tanto, leches! Aunque su gorguera ha caído en combate; plana como una tortita. El Coronel se la arranca, de ahora en adelante esta cerda irá desnuda.

De mi muchacho, ni rastro.

Entonces, entre las ruinas del vagón salón, contemplé algo milagroso. Porque los tigres se habían quedado todos dentro de los espejos. ¿Cómo describirlo? El vagón salón estaba volcado por un lateral, rajado en dos como el papel del regalo de Navidad de un niño impaciente y, de aquellas hermosas criaturas, no se veía ni un rastro de sangre ni tendones, nada. Solo montones y montones de esquirlas de espejos que segmentaban la noche refulgente a nuestro alrededor en mil disociaciones puntiagudas que hacían pensar que, si contásemos con el tiempo o la paciencia necesarias, podríamos volver a encajarlas y de pronto todo volvería a estar como antes, el bosque, la llanura, las vías gemelas del ferrocarril llevando adelante hacia el infinito del horizonte los hermosos vagones y el tren resoplando que ahora se me antojaba una especie de guantelete lanzado contra la cara de la Naturaleza: un gesto de desafío mayúsculo que la Naturaleza había recogido y devuelto desdeñosa sobre la tierra atestada, reventándola.

Y, en cuanto a los tigres, como si la Naturaleza desaprobase su baile antinatural, los había congelado en sus propios reflejos, que se habían hecho añicos también cuando se rompieron los espejos. Como si la

energía hirviente que se atisba entre los barrotes de su pelaje hubiese convulsionado en una gran respuesta a la energía liberada en el fuego a nuestro alrededor y, al explotar, hubiese diseminado sus apariencias por aquel cristal en el que habían estado criando duplicados estériles. En un fragmento roto del espejo, una garra con las uñas fuera; en otro, un rugido. Cogí un trozo, el cristal me quemó los dedos y lo solté.

Mignon acurrucaba a la Princesa entre sus brazos. De vez en cuando, a la manera de los tigres, le lamía la frente apoyada en el hombro. Pero ¿qué ha de hacer la domadora cuando desaparecen sus bestias? ¿U Orfeo sin su laúd? Porque no me imaginaba dónde podía haber ido a parar el piano, y el órgano del vagón salón estaba tirado hecho un revoltillo entre la nieve medio derretida, un amasijo de tubos como si hubiese habido un cataclismo en una fontanería.

Era una noche helada, aunque la nieve se derretía con el calor. En lo alto no se veían demasiadas estrellas.

Y de mi payaso, ni rastro.

Pero el resto de los del Distrito de los Payasos empezaron a despuntar y brotar de los añicos de tercera clase, restregándose escombros de los ojos. Acostumbrados como estaban a la catástrofe, aquello era como cualquier otro vehículo incendiario, me atrevería a decir, y sus perros se sacudían y correteaban ladrando y gañendo, y se levantaron todos y yo seguía sin encontrarlo.

Por más que conserve la funcionalidad de las manos, no estoy cómoda. Imagínense que tienen un brazo de más incrustado en la espalda y lo llevan colgando, roto.

Me arrodillé en el vagón comedor y excavé entre un montón de chuletas de ternera que se habían salido del congelador e inundaban el punto donde mi vista desorientada había creído atisbar un movimiento, y los conductores y los mecánicos y todos y cada uno de los camareros, todos de una pieza más o menos, o eso parecía, vinieron a apartarme e impedir mi búsqueda mientras rebuscaban la provisión de vodka del tren, pero, del joven que yo buscaba, ni un maldito dedo gordo de un

pie o un meñique suelto que pudiera guardarme en un medallón como recuerdo.

Entonces una cosa reptante húmeda y suave me empujó la nuca y me hizo pegar un bote. Era, ¡la madre de Dios!, el extremo de la trompa de un elefante.

¡Y es que, pobres criaturas, resulta que aquel momento tenía que ser el momento fatal, el momento del destino, en que sus cadenas se habían roto y estaban libres! ¿Pero libres para qué? ¡Alcanzaban su ansiada libertad en el mismo instante en que para poco les servía!

Se habían abierto paso atravesando con facilidad los restos de su vagón y formaban una fila perfecta: unos se pasaban pedazos de fuselaje entre ellos mientras otros se llenaban las trompas de nieve derretida y la escupían sobre los fuegos en un intento de apagarlos. Todo ello como si jamás hubiesen oído hablar de la neumonía. Los paquidermos nos estaban dando una lección a todos y, si hubiésemos tenido oportunidad de unirnos a su admirable tarea, sin duda habríamos dejado el desastre como los chorros del oro al amanecer, pero tuvimos que abandonarlos porque, mientras yo cavaba en busca de alguna reliquia del joven estadounidense, todos los supervivientes del circo del Coronel Kearney fuimos secuestrados, todos y cada uno de nosotros.

Liz dijo que era como si nuestros secuestradores se hubieran materializado en medio de un abedular, como espíritus guardianes del bosque: una banda de tipos malcarados con pieles de carnero armados hasta los dientes. Estaba claro que no tenían ponis ni bestias de tiro, porque uno o dos de aquellos hombres arrastraban unos extraños cacharros: largas pértigas de alerce con tiras de cuero entretejidas, la clase de carro que podríamos inventar si no hubiésemos oído hablar de la rueda. Venían como preparados para transportar a los heridos, aunque solo la Princesa necesitaba una camilla. Bramaron unas cuantas órdenes de las cuales mis amigos no comprendieron ni una palabra, lingüistas reticentes como eran, pero el idioma de las pistolas sí se entendió rápidamente y nuestros captores pronto nos hacían avanzar en

fila india empujándonos con la punta de sus rifles.

Aunque no tengo un recuerdo exacto de todo aquello; solo sé lo que me contó Liz. Que me pongo a chillar como una posesa mientras araño y escarbo entre los escombros y los empujo malhumorada cuando vienen a clavarme los cañones de sus armas. Visto lo cual, me levantan del suelo y me tiran de cabeza en uno de los carros. Lizzie piensa en echarme una manta que ha salvado por encima, dado que a mí ni por asomo se me pasa por la cabeza taparme.

Así que allá que vamos a punta de pistola, y al resto de supervivientes, ¡bueno, les importa un pepino! Acaban de encontrar el armario del alcohol y ni se dignan a girarse para mirarnos mientras, según Liz, yo armo un buen escándalo. Pero no me acuerdo de nada.

Dicen que el ángel Tubiel cuida a las aves pequeñas, pero yo igual soy un poco grande para caer dentro de su jurisdicción; las aves grandes tienen que cuidarse solas, así que mejor que me saque las castañas del fuego como pueda, ¿no?

DOS

Walser estaba sepultado vivo en un profundo sueño. Se había quedado inconsciente cuando la puerta de un armario se abrió y le golpeó en la cabeza, acto seguido le cayó encima una avalancha de manteles y servilletas allí metidos, unos limpios y otros sucios. Los elefantes afanosos amontonaron varios objetos del vagón comedor destrozado, vinagreras, sacacorchos, cajas de galletitas, encima de la blanda tumba en la que sus aventuras habrían terminado de no ser porque, tras un lapso de tiempo y consciencia, una asesina llegó y lo desenterró.

TRES

Aunque ningún letrero indica el camino hasta allí, y aunque incluso el rastro dejado por los pies con grilletes de los rehenes a lo largo del doloroso trayecto al lugar enseguida lo desbarata el rápido crecimiento estival de musgos y pequeñas plantas o lo borra la nieve invernal de tal manera que no quedan vestigios de su llegada, estamos cerca del asentamiento de R., junto al que, en el año 18**, la condesa P., tras envenenar a su marido durante un período de varios años con una mezcla de arsénico e irse de rositas, y al sentirse, en su viudez, muy convencida de que muchas otras mujeres habían cometido el mismo crimen que ella con menos éxito, organizó, con el permiso del gobierno, un manicomio privado para mujeres criminales de su misma cuerda.

No vayan ustedes a creer que lo hizo impelida por ningún sentido de la sororidad. Si bien, a pesar del paso de los años, nunca olvidó la naturaleza exacta de los aliños que añadía a los últimos borschs y pirozhkis de su marido, alivió la conciencia que la zahería convirtiéndose, o eso sostenía, en una especie de conducto para el arrepentimiento de las otras asesinas.

Con la ayuda de un criminólogo francés, con su poquito de conocimiento en frenología, seleccionó de las cárceles de las grandes ciudades rusas a mujeres que habían sido declaradas culpables de matar a sus maridos y cuyas protuberancias faciales indicaban posibilidad de salvación. Estableció una comunidad a partir de las líneas más científicas disponibles e hizo que las presas la construyesen con sus manos siguiendo el mismo tipo de lógica con el que los federales mexicanos hacían que aquellos a quienes estaban a punto de ajusticiar cavaran sus propias tumbas.

Lo que las obligó a construir fue un panóptico, un círculo hueco de

celdas en forma de rosquilla con la pared interior compuesta de cuadrículas de acero y, en medio del patio central techado, una sala redonda rodeada de ventanas. En esta sala se pasaba el día entero observa que te observa a sus asesinas y ellas, a su vez, la observaban a ella.

Hay muchos motivos, la mayoría buenos, por los que una mujer puede querer matar a su marido; el homicidio puede ser la única manera de conservar un jirón de dignidad en una época, en un lugar, donde a las mujeres se las considera enseres, o, según la famosa analogía de Tolstói, como botellas de vino susceptibles de ser reventadas una vez consumidas. Ninguna mujer sensata reprocharía a la condesa P. que envenenase a su conde obeso y tosco, aunque la mezcla de aburrimiento y avaricia que la apremió a hacerlo era, en esencia, fruto del privilegio: sufrió de ocio hasta aburrirse y la fortuna de su marido motivó su codicia. Pero, en lo que a Olga Alexandrovna se refiere, que le pegó un hachazo al carpintero borracho que le pegaba un día sí y otro también, Olga Alexandrovna actuó a partir de la convicción de que el Señor vela por el gorrión, y por lo tanto también vela por una criatura tan débil, timorata e indigna como ella misma, de modo que la vida que le estaban quitando a base de palizas sin duda tenía que valer tanto, en el esquema general de las cosas, como la vida del hombre que la golpeaba (más incluso, quizá, teniendo en cuenta que ella era una madre cariñosa). Pero resultó que el tribunal no lo creyó así y entonces, durante un tiempo, sufrió atroces dolores al descubrir que se la consideraba una mujer malvada.

–Tienes suerte –le dijo el carcelero a la presa después de que el frenólogo francés le hubiera medido la cabeza y pedido al tribunal que la transfiriesen al establecimiento científico para el estudio de mujeres criminales de la condesa. ¡Una suerte tremenda! Ni trabajos forzados ni azotes para Olga Alexandrovna, trasladada al seminario de la condesa. Y el carcelero se echó a reír, la violó y le puso las cadenas. Al día siguiente salió para Siberia.

Durante las horas de oscuridad, las celdas estaban iluminadas como un sinfín de teatritos en los que cada actriz se sentaba sola en la trampa de su visibilidad en aquellas celdas con forma de babás al ron. La condesa, en el observatorio, se sentaba en una silla giratoria de la que podía regular la velocidad a voluntad. Venga vueltas y vueltas, a veces a gran velocidad, otras más lento, rastrillando con sus ojos azul hielo (era de extracción prusiana) las hileras de desgraciadas mujeres que la rodeaban. Variaba la velocidad para que las reas nunca pudieran adivinar de antemano en qué momento estarían bajo vigilancia.

En cuanto a las reas, es cierto que no se las sometía a trabajos forzados, tal y como le había contado el carcelero a Olga Alexandrovna. Ni el látigo turbaba siquiera el tono homogéneo de sus días. Les daban de comer por la mañana y por la noche; la comida –pan negro, *porridge* de mijo, caldo– se la metían por una rejilla y lo cierto es que era tan buena, si no más, como a la que Olga Alexandrovna estaba acostumbrada. Por las mañanas llegaba un cubo de agua, cuando se llevaban el orinal del día anterior y dejaban otro. La ropa de cama se cambiaba una vez al mes. No se permitía recibir correo y el aislamiento del sitio mismo, en el interior de la taiga, ya habría impedido de por sí la posibilidad de visitas en el caso de que no estuviesen estrictamente prohibidas.

Según los criterios de la época y el lugar, la condesa dirigía su régimen siguiendo líneas humanitarias, si bien autocráticas. Su cárcel privada con aquella selectividad tan poco ortodoxa no se concibió en un principio como el terreno del castigo, pero en el sentido más puro, una penitenciaría… era una máquina diseñada para promover la penitencia.

Y es que a la condesa P. se le había ocurrido la idea de una terapia de meditación. Las mujeres en las celdas vacías, en las que no había ni intimidad ni distracción, celdas diseñadas a partir del principio de las de los conventos, donde todo era visible al ojo de Dios, vivían solas con el recuerdo de sus crímenes hasta que asumían, no su culpa –eso la mayoría ya lo habían hecho–, sino su *responsabilidad.* Y estaba segura de

que con la responsabilidad llegaría el remordimiento.

Entonces las dejaría marcharse, porque, por medio de su salvación, arduamente lograda a través de la meditación del crimen cometido, le habrían procurado la suya a la condesa.

Pero, hasta la fecha, la puerta nunca se había abierto para dejar libre a ninguna.

Podemos imaginarnos este Correccional de planta circular como una especie de rueda de oraciones pensada para rescatar de la perdición a la condesa que era su pivote, aunque la única cosa que rotaba en ella como una rueda era ella misma en su silla giratoria.

Olga Alexandrovna no era una gran lectora, aunque, a diferencia de muchas de sus vecinas, se sabía las letras bastante bien, por dura e inútil que se le hubiera antojado la tarea de aprenderlas durante su infancia. En cualquier caso, le gustaría haber tenido consigo las escrituras, para ayudarla en algunas de las discusiones éticas que sostenía mentalmente, pero los libros estaban prohibidos porque ayudaban a pasar el tiempo.

Así que se quedaba allí y cavilaba, en aquel Correccional donde no llegaba ni un atisbo del ancho mundo exterior, puesto que carecía de ventanas que dejasen pasar la luz del sol, y la ventilación la proporcionaba un sistema de conductos. Sobre la arcada principal, que dejaba entrar un rayito de sol solo cuando se abría para admitir a otra rea, había un reloj que daba la hora de Moscú, que no era la de aquellas latitudes, y aquel reloj regulaba sus despertares, sus comidas, marcaba cada lento minuto de su encierro, y a veces la cara de este reloj parecía indistinguible de la cara lívida de la condesa.

La condesa pretendía observarlas hasta que se arrepintiesen. Pero en ocasiones las mujeres morían, sin motivo, se diría, o como si la vida, en aquella perversa colmena, fuese una cosa tan tenue y descolorida que cualquier cosa supusiera una mejora. Cuando moría una, una carcelera sacaba a cuestas el cadáver de la celda y lo enterraba bajo las losas del pasaje circular en el que hacían sus ejercicios matutinos. Ni con la muerte podías escapar del Correccional. En cuanto una celda se quedaba

vacía, entregaban a otra asesina en la puerta que se cerraba tras ella con un clanc definitivo.

Así comenzaba el calvario de la penitencia; un calvario construido a partir de una variedad perfeccionada de la soledad más amarga, porque jamás estaban solas, aquí, donde tenían la mirada de la condesa continuamente encima, y sin embargo siempre estaban solas.

Pero, hasta entonces, aunque la condesa no perdía la esperanza, ni uno solo de sus objetos de contemplación había mostrado el más mínimo temblor de remordimiento.

Hacia el tercer año de encierro, Olga Alexandrovna no habría dicho que era inocente; siempre había admitido su crimen sin tapujos. Pero cada día aducía circunstancias atenuantes al indulgente y piadoso juez de su mente, y cada día calaban más y más en aquel. Cada noche, antes de tumbarse en su jergón de paja y dormirse, emitía un nuevo veredicto de autodefensa, de manera que cada vez era mayor el sobresalto de Olga Alexandrovna cuando despertaba por las mañanas en su fría celda y descubría los ojos de la condesa rastrillándola como si de las cenizas del crimen se tratase, desentrañando siempre un sentido oculto más vasto que el mero homicidio. Entonces el abogado del diablo en la mente de Olga Alexandrovna encontraba necesario que el juicio se repitiera y tenía que volver a empezar de nuevo. Así pasaban sus días.

Los suelos de las celdas estaban recubiertos de fieltro y, además de un revestimiento similar en las paredes, había, a una distancia de doce centímetros de la superficie de paredes y techos, una malla de alambre cubierta de papel, un artificio destinado a impedir que las presas se comunicasen entre ellas por medio de golpecitos. Así que en aquel lugar había un silencio absoluto, salvo por las pisadas amortiguadas de las carceleras, que tenían prohibido hablar. Silencio salvo por las pisadas; y el sonido de los roces metálicos de los grilletes; y la estridente insistencia de la campana que sonaba por las mañanas, para despertarte, y de la campana que sonaba por la noche para que te tendieses en la cama, la campana que te decía que tu cena estaba lista, la campana que

te decía que tuvieras preparados tus cuencos y platos sucios para recogerlos, la campana que te ordenaba que esperases de pie junto a la puerta lista para la hora del ejercicio, dando vueltas y vueltas al patio, mientras la condesa giraba despacio en su silla para seguir tu paso. La campana que decía que la hora del ejercicio se había acabado. Silencio salvo por aquellos sonidos; y el tic-tac del reloj.

La nieve se amontonaba contra las paredes exteriores del Correccional; llegó la primavera y la nieve se derritió, pero las presas no vieron ni la nevada ni el derretimiento, ni tampoco a la condesa, porque el precio que pagaba por su hipotético arrepentimiento vicario era el de su propio encarcelamiento, tan irremisiblemente atrapada en su torre del vigía por el ejercicio de su poder como lo estaban sus objetos en sus celdas.

Aun así, esta mujer despiadada se creía la encarnación de la piedad, que concebía como lo opuesto a la justicia, dado que ¿acaso no había sustraído a sus mujeres de la esfera en la que opera la justicia –el tribunal, la cárcel–, que es despiadada por definición, y las había colocado en aquel laboratorio de manufactura de almas?

De tanto mirar, los ojos se le habían vuelto blancos.

¿Cómo dormía?, ¿y era su sueño inquieto? No; no inquieto, sino arbitrario e infrecuente, porque no le gustaba cerrar los ojos aunque incluso ella, desprovista como estaba de la más elemental humanidad, necesitara recargar batería a la vieja usanza. Pero cuando echaba una cabezada, cerraba las persianas venecianas y dejaba luces encendidas para que sus prisioneras no pudieran distinguir si de verdad dormía o solo fingía dormir, porque a veces echaba las persianas cuando no estaba dormida para demostrar que era capaz de escapar de la tiranía de sus ojos cuando le venía en gana, aunque nunca estaba libre de ellas. Aquella era la única área en la que podía ejercer su libertad, pese a ser la inventora y perpetradora de aquel encarcelamiento al por mayor.

Las carceleras también estaban atrapadas, mujeres –porque el Correccional estaba manejado exclusivamente por mujeres– que vivían

en barracones entre aquellas a las que vigilaban, y estaban tan encarceladas contractualmente como las asesinas. De modo que todo el interior estaba encarcelado, pero solo las asesinas sabían que este era el caso.

Cuanto más revisitaba Olga Alexandrovna mentalmente las circunstancias de la muerte de su marido en su amplio, como a veces le parecía, ocio póstumo –porque en aquel sitio se sentía muerta–, menos culpable se consideraba. Repasó todo una y otra vez, de principio a fin, la infancia en el bloque de viviendas. Su madre derrengada de tanto trabajar, su matrimonio, el nacimiento del hijo que no volvería a ver jamás, la manera en que su marido repetía con regocijo los proverbios rusos que alababan las palizas a la esposa, cómo empeñó el anillo de bodas para comprar comida para que luego él le robara el dinero y se lo gastase en beber…, ¡echadle la culpa al vodka! ¡Echadle la culpa al cura que los casó! ¡Echadle la culpa al palo con el que la aporreaba y las viejas sierras que le dieron forma!

Pero no me echéis la culpa a mí. Y después de exculparse a sí misma, que el juez pensase lo que quisiera… Por fin durmió sin dificultades, la primera noche que pasaba tranquila en aquel sitio.

Era una mujer de considerable inteligencia, que el frenólogo había clasificado como «astucia campesina de baja estofa». Había aprendido enseguida a marcar el paso de los días haciendo con la uña una rayita en el yeso que rodeaba los barrotes a través de los que la condesa y ella intercambiaban pareceres; aquella era la única zona de su celda que no se veía desde fuera. Aunque jamás había destacado en aritmética hasta que las circunstancias la forzaron a ello, había hecho avances significativos en la suma simple desde que estaba allí y la superficie oculta estaba bastante marcada con las cicatrices de los días vacíos cuando, la mañana siguiente a aquella noche de sueño sereno, hizo sus cuentas y descubrió que terminaba su tercer año allí y que comenzaba el cuarto.

Como había sobrevivido a todas las que habían estado en el lugar

cuando llegó, ahora se la consideraba prisionera de «larga duración». Decidió que había llegado la hora de ponerse cómoda y empezó a estar alerta.

Ahora bien, según las regulaciones, las carceleras silentes llevaban capuchas cuando entregaban las comidas, capuchas que ocultaban todos los rasgos de sus caras salvo los ojos, porque incluso la condesa se veía obligada a admitir que tenían que poder ver por dónde iban. Pero quería que siguieran siendo instrumentos anónimos, que no exhibieran cualidades personales susceptibles de destacar sobre el aislamiento de cada rea, así que nunca levantaban la vista del suelo, ni cuando servían el desayuno, ni cuando servían la cena, ni cuando abrían las celdas para dejar salir a las mujeres al ejercicio.

Pero sus manos enguantadas corrían peligro, porque tenían que meter las bandejas por las rejillas. Olga Alexandrovna, que en una vida anterior había seguido la profesión de costurera, tenía unos dedos finos y delgados, y además era de talante sociable. Aunque le estuviera negado hablar y mirar, pensó que podría tocar a una de aquellas compañeras prisioneras, porque Olga Alexandrovna, sentada y pensando, pensando y sentada mientras el reloj marcaba los días que se convertían en semanas, meses y años, había llegado a la conclusión obvia de que las carceleras eran tan víctimas de aquel lugar como ella.

Aquella mañana, se sentó a esperar el desayuno frente a la rejilla, con un ojo en la condesa giratoria y otro en el reloj, y cuando el minutero llegó a la hora, la campana sonó y la rejilla se abrió con un chirrido metálico, introdujo una hermosa mano (porque era una mano hermosa) por el hueco y agarró la mano enguantada de cuero que empujaba la bandeja desde el otro lado.

Al contacto con los dedos blancos de Olga Alexandrovna, la mano bajo el guante negro se estremeció. Envalentonada, Olga Alexandrovna apretó más efusivamente el guante de cuero. Con un arrojo que rebasaba las fantasías de Olga Alexandrovna, la mujer de la capucha levantó los ojos para clavarlos en los ojos que ahora Olga Alexandrovna clavaba en

los suyos.

Entonces sonó la campana y la rejilla se cerró con un golpe metálico y Olga Alexandrovna se quedó sin desayuno porque la bandeja cayó al suelo del otro lado de la celda y el *porridge* se desparramó, pero a ella le dio igual.

Aunque la luz ardía tras las persianas venecianas, la condesa debía de haberse quedado traspuesta por un momento, porque no advirtió este intercambio mudo, si bien ellas se habían visto con claridad la una a la otra. Y fue en aquel momento, antes incluso de que la puerta se abriese y las dejase salir a todas, como tenía que suceder, tarde o temprano, después de aquel contacto…, en aquel momento, Olga Alexandrovna supo que quienquiera que se erigiese en juez suya había decidido desestimar los cargos.

Aquella noche, después de un libre aunque subrepticio intercambio de miradas mientras se servía la cena, Olga Alexandrovna encontró una nota metida dentro de su panecillo vaciado. Devoró las palabras de amor con más avidez de la que habría devorado el pan que sustituían y obtuvo más alimento de ellas. En la celda no había ningún lápiz ni pluma, claro, pero resultó que tenía la regla –una ingeniosa estratagema que solo una mujer puede ejecutar–; mojó el dedo en el flujo, escribió una breve respuesta en el dorso de la nota que había recibido y se la entregó a aquellos ojos castaños que ahora podría haber identificado entre mil, entre mil pares de ojos castaños, en la inmutable intimidad de su orinal.

Con la sangre de su vientre, en el lugar secreto de su celda, dibujó un corazón.

El deseo, la electricidad transmitida por el tacto cargado de Olga Alexandrovna y Vera Andreyevna, saltó la enorme línea divisoria entre las guardianas y las guardadas. O fue como si una semilla arraigase en el frío suelo de la cárcel y, al florecer, diseminase semillas a su alrededor. El aire rancio del Correccional se elevó y se revolvió, lo removieron las corrientes de la anticipación, de la expectación, que soplaban las

semillas de amor en sazón de celda en celda. La lenta hora de paseo alrededor del patio interior cubierto, donde las carceleras iban al paso con las presas cuando, solo por una hora, los barrotes no las separaban, adquirió una cualidad nupcial, celebratoria, mientras las flores que brotaban de aquellas semillas crecían en silencio, como hacen las flores.

Al principio el contacto se efectuó por medio de roces y miradas ilícitas, y luego por medio de notas ilícitas o, si tanto guardiana como presa resultaban ser analfabetas, por medio de dibujos hechos con todo tipo de sustancias, en jirones de ropa si no había papel, con sangre, menstrual o venosa, hasta con excrementos, dado que ninguno de los fluidos corporales que durante tanto tiempo les habían sido negados les resultaban ajenos, llegados a aquel punto… Dibujos, como se vio, toscos como grafitis, aunque con el efecto de sonoras llamadas. Y si las guardianas se vieron trastocadas por la humanidad de las presas a través de la mirada, la caricia, la palabra, la imagen, lo mismo les sucedió a las presas al despertar a la noción de que, a cada lado de sus cubos de espacio en forma de cuña vivía otra mujer tan vivamente viva como ellas.

Silenciosa, subrepticiamente, mientras el otoño inadvertido pasaba a invierno, una calidez y un fulgor bañaron el Correccional, un fulgor tan atípico de la estación que la condesa misma sintió los efectos del cambio palpable de temperatura en el interior y sudó, aunque no fue capaz, por más atentamente que escrutase, de detectar ni un solo cambio visible en el orden mecánico que había establecido, y aunque dejó de dormir del todo e introdujo una aleatoriedad histérica en sus giros, de modo que unas veces se mareaba y otras se quedaba inmóvil durante casi un minuto entero obedeciendo a la autoridad del reloj, jamás vio nada sospechoso.

No se le ocurrió que las guardianas se fueran a volver contra ella; ¿acaso no guardaba sus contratos en una caja fuerte de hierro en su sala de control? ¿Acaso no las había comprado? ¿Acaso no tenían prohibido hablar con las presas? ¿Acaso la prohibición misma no impedía lo

prohibido?

Sus ojos blancos estaban ahora surcados de venitas y cercados de rojo. Mientras daba vueltas y vueltas tamborileaba tatuajes nerviosos en los reposabrazos de su silla con los dedos.

Las notas, los dibujos, las caricias, las miradas… parecían entonar todos infinitas variaciones de «ojalá» y «anhelo…». Y el reloj marcaba el tiempo de otra vida, otro lugar, encima de la entrada que cada día se hacía más grande en sus imaginaciones hasta que el reloj y la entrada que habían significado el fin de la esperanza ahora no les hablaban de otra cosa que de esperanza.

Así que fue un ejército de amantes lo que terminó levantándose contra la condesa la mañana en que las celdas se abrieron para la última hora de ejercicio, se abrieron… y no volvieron a cerrarse. Todas a una, las guardianas se quitaron las capuchas, las prisioneras se adelantaron y se volvieron todas hacia la condesa con una colosal y unitaria mirada de acusación.

La condesa sacó la pistola que llevaba en el bolsillo y disparó balas y balas que impactaban pero no reverberaban al rebotar contra los ladrillos y barrotes de aquella cámara sin eco. Dio en una diana; paró el reloj, mató el tiempo, le rompió la cara e inmovilizó el tic-tac para siempre, de manera que, en adelante, cuando lo miraba, le recordaba solo el momento en que su momento terminó, la hora de su liberación. Pero fue un accidente. Estaba demasiado asombrada como para apuntar, no hirió a nadie y la desarmaron con facilidad, mientras parloteaba indignada.

La encerraron, quitaron la llave y la tiraron en el primer banco de nieve que encontraron al abrir el portón. Dejaron a la condesa sellada en su observatorio sin nada que observar ya más que el espectro de su propio crimen, que de pronto entró por la puerta abierta a atosigarla mientras ella continuaba dando vueltas y vueltas en su silla.

Besos, abrazos y la primera visión de las caras no vistas y amadas. Después de este primer alborozo, las mujeres urdieron un plan: dado que

no tenían mapas ni brújulas, siquiera, ir hasta las vías del tren y usarlas para orientarse. Una vez tuvieran claro dónde estaban, decidirían adónde ir, si es que, como algunas de ellas, aun saboreando las primicias del nuevo amor, seguían queriendo recorrer siete mil u ocho mil kilómetros de vuelta al pueblo o la ciudad donde sus madres aún cuidaban a los niños que la ley dejó huérfanos, sin importarles lo que les sucediese después, o buscarse la vida por su cuenta y encontrar una Utopía primitiva en la vastedad que las rodeaba, donde nadie las encontraría.

Vera Andreyevna sabía el lugar que Olga Alexandrovna reservaba en su corazón al hijito que había visto por última vez cuando aún tenía los dientes de leche, y se mantuvo al margen.

Iban armadas y bien abrigadas con buenos chaquetones y botas de fieltro rellenas de paja sacada del calabozo. Llevaban comida. Aquel mundo blanco parecía recién hecho, una hoja de papel sobre la que podían escribir el futuro que desearan.

Así que, orientándose gracias al sol blanquecino, se pusieron en marcha cogidas de la mano, y pronto empezaron a cantar de alegría.

CUATRO

Cuando llegó la oscuridad, se vieron al abrigo del bosque y decidieron improvisar un campamento con matojos por miedo a perderse en la noche. Una vez estuvieron instaladas, advirtieron un resplandor rojo en el cielo por encima de los árboles, en la dirección de la vía férrea. Olga Alexandrovna y Vera Andreyevna resultaron elegidas por unanimidad como avanzadilla, así que fueron arrastrándose, escondidas entre los matorrales que encontraban, hasta que, desde un risco, presenciaron una escena asombrosa: un tren entero desarticulado como un juguete roto, los vagones desparramados por la explosión que había retorcido las vías hasta dejarlas como un ovillo pateado por unos gatitos. Muchos de los vagones aún ardían con las mismas llamas que habían incendiado los árboles más cercanos a las vías, aunque por lo visto se habían hecho algunos esfuerzos vanos por apagarlas.

Y, tendidos entre los escombros, volcados como gigantescos bolos, algo que no encajaba, algo extraordinario…, unos seres que Olga Alexandrovna había visto una vez de niña en la casa de fieras del zar en su San Petersburgo natal. ¡Elefantes! Suficientes elefantes muertos como para llenar un cementerio bastante grande; y entonces un movimiento entre los escombros indicó que una de las enormes bestias aún vivía y se afanaba, incluso en las últimas, en levantar de aquí y allá con la trompa vigas y ruedas torcidas.

Entonces, por si aquello no era suficientemente extraño, sonó una música de violín y pandereta y Vera Andreyevna se llevó a rastras a Olga Alexandrovna detrás de un árbol para dejar que pasase una procesión muy peculiar. Y pasó, sin que los bandidos que la dirigían descubriesen a las mujeres, por lo que dieron las gracias. Bandidos cargados de armas. Bandidos con rehenes: una chica rubia llorando; y

un hombretón vestido como un campesino consolándola en un idioma que no era ruso. Y un hombrecillo con pantalón a rayas que gritaba, si las mujeres no habían entendido mal: «Exijo ver al cónsul americano». Y había un par de carros primitivos, sin ruedas, arrastrados por más bandidos, en los que iban tendidos unos bultos tapados con mantas, uno callado y el otro vociferando a pleno pulmón. Y una mujer sombría, canosa, mascullando para sus adentros en un idioma distinto al que hablaban los demás, pero que tampoco era ruso. De lo más inesperado. Y más bandidos.

Pero lo que hizo que las mujeres se santiguasen fue lo heterogéneo de la banda que iba a la cola de la procesión, hombres de todas las formas y tamaños, algunos pequeños como enanos, otros altos y larguiruchos como palos de escoba, menos de una docena, vestidos con los jirones de lo que en su día debieron de ser ropas coloridas de los estilos más extraños. Algunos traían enormes narices rojas, otros negras ojeras, pero el maquillaje se les descascarillaba a todos, así que parecían picazos. Dos de estos hombres, arrugados y viejos, y más cerca de la estatura de los enanos que de los gigantes, ponían música a la comitiva…, pero el violín era pequeño, como encogido, y el otro acompañaba su pandereta con un triángulo de metal colgando a la espalda, que golpeaba con cada paso que daba. Y tocaban con unos arrestos que habrían conmovido a Vera Andreyevna y Olga Alexandrovna si conociesen la melodía de «Rule Britannia!».

Un puñado de perrillos escandalosos de razas tan variopintas como las de aquel zoo humano de individuos estrafalarios correteaban de aquí para allá, muchas veces huyendo de la patada de un bandido.

Las mujeres fugitivas observaron aquellos ejemplos representativos del mundo del que las habían exiliado en el Correccional.

En cuanto perdieron de vista a los bandidos y sus prisioneros extranjeros, las mujeres volvieron con sus compañeras y debatieron qué había que hacer. Pronto tomaron una decisión: no creían que fueran capaces de vencer a los bandidos, así que dejarían a los prisioneros en

manos del destino, que ya proveería, pero podían ir, y de hecho fueron, al tren descarrilado, aunque existiera el peligro de que llegase una partida de rescate y las arrestase por fugitivas y desertoras mientras ayudaban como podían a los heridos y moribundos.

Bajo las estrellas, la nieve brilló de un azul luminoso, resplandeciente y pesadillesco, como si la nieve misma desprendiese una especie de luz cadavérica. Pero, a pesar de que los fuegos se estaban extinguiendo, aún había luz suficiente para que las mujeres viesen que, la verdad, poco podían hacer.

Al acercarse, el último elefante vivo reunía sus últimas reservas de fuerza para levantar un armario roto con la trompa y lanzarlo por los aires hacia el bosque, donde desparramó una granizada de saleros, pimenteros y vinagreras. Luego, con un bramido desgarrador que, por un instante, llenó toda aquella gran soledad, el elefante cayó de lado; no cayó lentamente, por etapas, sino con un movimiento estruendoso, sobre la nieve que se derretía. Después, una calma espantosa, salvo por el crepitar de los matojos que ardían como si no fueran a consumirse jamás.

Entonces, Olga Alexandrovna se tropezó con un cuerpo y pensó al principio que era un cadáver pero cuando vio la botella en la mano supo que estaba vivo, aunque por más que le dio patadas y le clavó los dedos, no se movía. Toda la tripulación del tren, conductores, camareros, cocineros, estaban tendidos boca abajo alrededor del desastre, como al final de una boda de pueblo. El calor del fuego impedía que se congelasen. Estos resultaron ser los únicos supervivientes, y parecía que sanos y salvos. Las mujeres consideraron que era mejor dejarlos allí tumbados, ya que estaba claro que no les pasaría nada.

Olga Alexandrovna, atraída por los colores vivos –estaba famélica de colores– cogió una colcha de entre la nieve, una colcha hecha a base de cuadros cosidos, como las que hacen los niños.

–¡Esto es un hallazgo, un tesoro de cosas útiles dejadas en plena naturaleza especialmente para nosotras como por milagro! –dijo. Era

una mujer práctica.

Después de un reponedor almuerzo de pan con salchichas que llevaban, comido junto al grato calor del bosque incendiado, se pusieron a rescatar todo el equipo que pudiesen.

Primero, Olga Alexandrovna encontró una figurilla dorada de un hombre con una guadaña que claramente se había desprendido de una caja rota llena de muelles y ruedecillas metálicas. Vera Andreyevna identificó la figura como la de Padre Tiempo.

–Pero, vayamos adonde vayamos, ya no necesitaremos más padres –declaró.

Así que lo tiraron.

A raíz de este comentario, Vera imploró a su amiga que dejase de usar el patronímico cuando se dirigiese a ella, cosa que Olga prometió y le pidió a su amiga que hiciese lo mismo.

Bajo un montón de lámparas de araña rotas y tapicería destrozada, Olga encontró un pedazo de espejo extrañamente pintado con franjas ocres sobre naranja. Cuando lo tocó, le quemó los dedos. Lo dejó caer. Se rompió en mil fragmentos más pequeños y dejó, para su horror, un rastro de líquido humeante en la nieve. La invadió un terror supersticioso.

–Vámonos de aquí –le dijo a Vera.

–¿Y adónde vamos, querida?

Bajo las estrellas vidriadas, la vía férrea remontaba, desde su llameante parada final, mil kilómetros atrás hasta San Petersburgo, hasta la estrecha vivienda en la que la anciana madre de Olga se agachaba frente al carbón bajo el samovar en la continua repetición de su trajín diario, mientras el niño que ya no la recordaba jugaba fuera en el callejón a juegos que ella ya ni conocía. Vera iba con la mirada gacha, como hacía antes de que se tocasen sus dedos. Sabía que mirar es coaccionar y, fuese lo que fuese lo que las esperara, en aquel momento eran libres para escoger.

Olga, en medio de una agitación interna, se sentó en la pila de

manteles que había aparecido cuando el último elefante lanzó el último armario. Por los restos hechos pedazos de mesas, jarrones, botellas y cubertería a su alrededor, aquello debía de haber sido el vagón restaurante. Otras mujeres, tras tomar sus decisiones, espigaban entre los detritos de la cocina, cerca, apartando toda clase de cosas que podían resultar útiles: cacerolas, hervidores, ollas, cuchillos, del tamaño generoso que se suele encontrar en las cocinas comunitarias.

Sacaron provisiones de comida, sacos de harina, azúcar y judías, aunque dejaron aquel concentrado de caldo marrón del que la cocina estaba tan bien surtido. Había muchos huevos, incluso, en cestas de alambre, que, por capricho de la explosión, habían escapado al desastre.

Por encima del cacharreo y de las exclamaciones: «¡Aquí hay mermelada de frambuesas!», «¡Chocolate!», «No te lo vas a creer, querida, ¡una cubitera de charol!», los oídos aguzados en prisión de Olga ahora creyeron detectar un gemido, como el que haría un niño enfermo o asustado, saliendo de debajo de donde estaba sentada. Pegó un salto y empezó a tirar por los aires los manteles y servilletas.

Así que lo desenterró: un muchacho rubicundo, de pelo claro con pantalones de niño, blancos, profundamente dormido como si estuviera entre sábanas blancas en un lecho de plumas. No le olía el aliento a alcohol. Tenía un morado en la frente.

–¿Cómo lo despertamos?

–Los cuentos antiguos prescriben un beso como cura de las bellezas durmientes –dijo Vera con algo de ironía.

El corazón maternal de Olga no captó la ironía. Le puso los labios en la frente y Walser parpadeó despacio, abrió los ojos y levantó los brazos despacio y despacio se los echó al cuello.

–Mamá –dijo.

Esa palabra universal.

Sonriendo, ella sacudió la cabeza. Vio que Walser ya no sabía cómo preguntar «¿Dónde estoy?». Igual que el paisaje, estaba completamente vacío.

Lo ayudó a ponerse en pie para ver si podía caminar. Después de varios intentos y demostraciones, le pilló el tranquillo y soltó unas carcajadas regocijadas y orgullosas cuando fue capaz de andar tambaleándose de los brazos de Olga a los menos cordiales brazos de Vera, hasta que pudo hacerlo por su cuenta. Al poco rato, descubrió la sensación. Se frotó la barriga con una mano en círculos y buscó la ausencia que había sido su memoria, pero no encontraba nada allí que le dijese qué decir. Así que siguió frotando.

Olga Alexandrovna encontró una lata de leche en la cocina, le añadió pan desmigado y le hizo comérselo con las manos, porque ya no sabía cómo usar una cuchara. A él todo le parecía bien y canturreaba mirando a su alrededor con los ojos como platos. Cuando se acabó el pan con leche, se volvió a frotar la barriga para ver qué conseguía ahora.

Olga Alexandrovna cogió la cesta de alambre de los huevos.

–¿Ahora le apetece un huevito?

La visión de los huevos accionó el interruptor tras sus ojos. Se dieron toda clase de conexiones. Se irguió de puntillas y aleteó con los brazos.

–¡Kikirikoski!

–Pobrecito –dijo Olga Alexandrovna–. Ha perdido la chaveta, que Dios se apiade de él.

Entonces, un estridente silbido atravesó la noche y, a lo lejos, vieron las chispas y el ténder refulgente de una locomotora que llegaba de la dirección de las vías hacia R., y vislumbraron siluetas de hombres con lámparas, linternas, sogas y hachas, andando junto al tren poco a poco. Tomaron la decisión por Olga Alexandrovna, así que esta hizo acopio de todos los bultos de herramientas y utensilios útiles y corrió hacia el bosque, hacia las radiantes incertidumbres del amor y la libertad.

Precipitadamente, clavó un alfiler en un huevo y se lo dio a Walser para que lo chupase, cosa que hizo con ganas.

–¡Kikirikí!

–No me gusta dejar aquí al pobrecillo –le dijo a Vera.

–Es un hombre, aunque haya perdido la chaveta –le respondió Vera–.

Podemos pasar sin él.

Aun así, Olga no se movía, como si pensase que había algo útil que podía hacer por ellas aquel joven, ojalá se le ocurriese…, pero se le acababa el tiempo. Cuando le dio un beso de despedida a Walser, se despidió de su propio hijo y de todo su pasado. Las mujeres se esfumaron.

Walser se acuclilló sobre la cesta de huevos, pero descubrió que se reventaban entre las manos con facilidad. Contrariado, volcó la cesta de una patada y se entretuvo viendo rodar los huevos que seguían enteros. La partida de rescate se acercó a paso firme, y es que por más grave que fuese la emergencia, la vieja locomotora solo avanzaba a aquel ritmo geriátrico. Walser se entretuvo otro rato saltando sobre los huevos que rodaban y aplastándolos, pero tampoco era tan divertido. Aburrido, volvió a aletear con los brazos.

–¡Kikirikí! ¡Kikirikoski!

Cuando se dio cuenta de que las señoras amables se habían ido le empezaron a caer lagrimones sin parar. Cacareando como un pollo, aleteando con los brazos, correteó entre los árboles buscándolas, pero enseguida se olvidó de su búsqueda al quedarse hechizado ante la visión de la luz veteada de las estrellas sobre la nieve.

CINCO

En cuanto le dimos la espalda al tren, este dejó de existir; fuimos traducidos a otro mundo, lanzados al corazón de un limbo al margen de los mapas.

Nos hicieron atravesar los márgenes y adentrarnos en el bosque, el cual, comensal flemático, nos engulló porque ese era su pasatiempo primigenio. Me llevó un rato recuperar más o menos la compostura, y para entonces ya estábamos dentro y a buen recaudo, como Jonás en el vientre de la ballena, y sumidos en una oscuridad casi absoluta, ya que las ramas bajas de los árboles perennes tapaban el cielo, salvo cuando un apelotonamiento de la nieve que las recubría nos caía encima como la cagada de un enorme pájaro con mala baba, y acto seguido se vislumbraban unas rendijas de luz roja del incendio que dejábamos atrás ensangrentando las nubes nocturnas.

Nuestros anfitriones, cuyas intenciones cada vez me producían más aprensión, parecían, merced a una larga costumbre y un intimísimo conocimiento de los bosques, no necesitar luz para orientarse por el camino que habían labrado entre los troncos agolpados, y no hablaban ni con nosotros ni entre ellos. De vez en cuando me venía el olor de los que me arrastraban y tengo que decir que echaban una peste atroz.

Una vez me hube repuesto, boca abajo en aquella litera sacudida, les aporreé las espaldas hasta que me dejaron bajar, y allí estaba otra vez mi Liz, así que la besé en la parte de su anatomía que pillé, y que resultó ser la nariz.

–¿Satisfecha ahora que vas a pie? –me saludó la vieja bruja–. Este método de desplazamiento se corresponde mejor con el decorado, ¿verdad?

A ver, cuando llamo «bruja» a Liz, tienen ustedes que cogerlo con

pinzas, porque soy un ser racional y, es más, mi racionalidad la mamé de ella, y casi se puede decir que eso es racionalidad para parar un tren, que le procuró una reputación no del todo inmerecida, puesto que a veces suma dos y dos y le salen cinco, porque piensa más rápido que la mayoría. ¿Cómo concilia su política con sus supercherías? ¡A mí no me pregunten! ¡Pregúntenle a esa familia de fabricantes de bombas suya! ¿Quién puso la *bombe surprise* en la boda de Jenny? Coser y cantar para Gianni, pese a sus débiles pulmones; y además, ¿quién iba a pensar que hubiese dinamiteros en una heladería entre aquellos pequeñuelos encantadores?

Y en este preciso instante, en Battersea, nuestros pequeñuelos pueden estar preguntándose: «¿Dónde está la tita Liz? ¿Dónde está Fevvers?». ¡Pero ni Fevvers ni Liz pueden responder a esa pregunta! Cuando pienso en los pequeñuelos me toco la frente en busca de las violetas que mi Violetta me regaló las Navidades pasadas y, claro, no las tengo, las he perdido a saber dónde en plena Siberia.

Al oírme soltar un sollozo, Liz dice por lo bajo:

–¿Cómo anda el ala rota?

–Bastante mal.

Me estruja una mano.

–Y he perdido mis violetas –añado. Me suelta la mano de golpe; detesta el sentimentalismo.

–Que les den a tus violetas allá donde estén –dice–. Prepárate para lo peor, niña; hemos perdido el puñetero reloj, ¿cómo lo ves? Achicharrado en el descarrilamiento, lo más seguro. Primero tu espada y ahora mi reloj. Pronto perderemos la noción del tiempo y entonces, ¿qué será de nosotras? El reloj de Nelson. Adiós. Y eso no es todo. Mi bolso. Adiós también.

Esto representaba un desastre tan tremendo que apenas me atreví a pensar en los sinsabores que nos iba a suponer.

Adelante que seguimos, adentrándonos más y más en un terreno desconocido que era, a un tiempo, claustrofóbico por culpa de los

árboles que se cernían sobre nosotros, y agorafóbico por culpa del enorme espacio que rellenaban los árboles. Arrastramos un desconsolado pie tras otro, todos desconsolados e incomprensibles como un chaparrón en domingo, hasta que llegamos a un claro lleno de nieve sucia con, detrás de una empalizada con pinchos, toda clase de habitáculos caóticos, algunos como tipis hechos de pellejos, otros como tiendas militares, y unas cuantas cabañas de maderos partidos con toda la pinta de una apresurada construcción, las rendijas taponadas con tierra. Lo vi todo a la luz de las antorchas chisporroteantes de pino que nuestros captores encendieron ahora, y mis sospechas de que no había mujeres entre ellos quedaron del todo confirmadas. No diré que este descubrimiento incrementase mi confianza en mis anfitriones.

Se apiñaron sobre todo a mi alrededor, me observaban a mí, mascullaban y exclamaban entre ellos, pero a la Princesa y a Mignon ni las miraron. Por lo visto, yo constituía un elemento especial en el menú aunque siguiera envuelta en la manta, no crean.

Pero nos trataron con amabilidad. Nos dieron té caliente y bebidas espirituosas y nos ofrecieron asado frío, alce, creo, pero a mí no me entraba nada, me dio una llorera estúpida al ver la comida, que Liz excusó entonces como fruto del shock, pero después me confesó que verme sin apetito había sido el primer motivo de verdadera preocupación que yo le había dado desde que era bebé.

Todavía más consideración nos demostraron aquella noche; se abstuvieron de someternos a interrogatorios y cosas por el estilo, ya que estábamos aturulladísimos y cansados del viaje, y nos metieron a todos en un cobertizo bastante grande donde, para dormir, había una plataforma de madera con pieles amontonadas, de osos sobre todo, no muy bien curtidas, a juzgar por el olor. Allí nos dejaron acurrucados, los míseros restos del circo del Coronel, y el interesado parloteando indignado porque, aparte de las indignidades que habíamos sufrido, no le gustaba el vodka que hospitalariamente nos habían dejado, echando de menos su bourbon perdido como un bebé arrancado demasiado

pronto del pezón que exige desconsolado que traigan a un cónsul estadounidense «*in-me-dia*-temón», dijo. «*¡In-me-dia*-temón, hostia!».

Se oyó un golpe metálico fuera: los maleantes nos habían echado el cerrojo, entre muchas disputas en ruso. Y es que aquellos hombres no eran nativos del lugar. Los nativos de esos bosques son bajos de estatura, amarillos de piel; a veces los habíamos visto en las estaciones cargando pieles desde trineos apilados hasta arriba en carretas de equipajes, y llevaban curiosos sombreros, de forma triangular, y tintineaban llenos de adornos de hojalata. Pero estos tipos son altos, fornidos, aunque estamos demasiado lejos de terrenos agrícolas como para que provengan de esa rama campesina que trajeron importada a Siberia hace siglos para arar la tierra. Así que creo que son tan extranjeros aquí como nosotros.

El habitáculo tenía una chimenea y parte del humo salía por un agujero en el techo. Habían dejado a un muchacho bajito con nosotros encargado de sentarse junto al fuego toda la noche e ir echándole ramitas, porque no querían confiarnos ningún método de combustión. Los perros payaso brincaban alrededor para ver al muchachito, pensando que podían jugar con él, pero cuando una cachorrita negra todavía adornada con un lacito rojo de raso se le subió al regazo buscando amistad, aquel chavalito la agarró y le rompió el cuello con un gesto limpio de sus largos dedos, cosa que puso a los payasos de muy mal humor y no me tranquilizó lo más mínimo sobre el buen corazón de nuestros anfitriones.

Y las miradas que el encargado del fuego le echaba a la pobre Sybil eran las mismas que le echan a Gianni las golfillas desarrapadas que juegan a la rayuela en Queenstown Road cuando aparece anunciando «¡Helados, heladitos!». Así que no le auguro mucho tiempo de vida a Sybil, ya les digo, ella misma está claramente inquieta y se esconde en cuanto puede en el chaleco del Coronel, entierra el hocico en su pecho y gimotea de vez en cuando.

Aun así, convencí al muchacho de que partiese un leño para que Liz pudiese hacer tablillas y curarme el ala rota; dobló las tablillas con tiras

de piel que arrancó de la ropa de cama y me sentí algo aliviada. Pero no pudimos ocultarle lo que hacíamos al vigilante del fuego, así que se le pusieron unos ojos como ruedas de carro cuando vio lo mío. Cómo me miró, Dios mío. Y agárrense, que se santiguó.

La Princesa se despertó por fin y rompió un silencio de toda una vida con espíritu vengativo, pero sin propósito, dado que barboteó histérica y sus palabras no tenían sentido. Ni Mignon pudo consolarla, porque estaba claro que la Princesa era consciente de que se acabó la carrera de Otelo. Tendía los brazos rectos con las manos apartadas de ella como si ya no le perteneciesen, como si en adelante no tuviese nada en qué ocupar aquellas manos. Sus pobres dedos estaban ya rígidos como perchas.

Montó tal jaleo lamentándose, presumiblemente, por el paso a mejor vida de su teclado y sus tigres, que los payasos se pusieron frenéticos y estaban decididos a pedirle al vigilante del fuego que abriese la puerta para dejarla fuera en la nieve, pero Lizzie encontró un mazo de cartas en uno de sus bolsillos y se tranquilizaron a regañadientes, pero sin quejas, mientras la pasión de la Princesa se descargaba hasta que se quedó quieta entre los brazos de Mignon, sacudida solo por algún respingo exhausto.

Liz me abrazó y me besó e, independientemente del estado en que se encontrase bajo su serenidad superficial, se quedó profundamente dormida bajo las apestosas pieles de oso sin esfuerzo, pero mis nervios estaban tan destrozados por la espeluznante tragedia que acabábamos de experimentar que no pude pegar ojo; aunque los payasos al final se durmieron, con las cartas y los vasos en las manos, el Coronel se durmió, Mignon y la Princesa acabaron sucumbiendo las dos al sueño.

Solo el aullido de los lobos interrumpía el silencio del bosque, un sonido que te hiela la sangre por lo que lo distancia de la humanidad, y que únicamente me decía lo solísima que estaba y que la noche que nos rodeaba no contenía nada capaz de aplacar la infinita melancolía de aquellos espacios vacíos.

Allí me quedé tendida, con la cabeza enterrada contra los brazos, y entonces unas pisadas casi inaudibles en el suelo fangoso, y luego un roce, un roce ínfimo y tiernísimo como costaría imaginar, en la espalda. Aunque me incorporé a toda velocidad no lo pillé, pero el muchacho del fuego se sentó con las piernas cruzadas junto al hogar, de nuevo, con una pluma morada en la mano.

Me dio pena y no lo regañé.

Mi movimiento molestó al Coronel; se giró para el otro lado y enseguida estaba roncando a dúo con su cerda. Quizá su dueto me adormeció, porque dormir tenía que dormir, aunque mi amado hubiese acabado hecho un churrasco, porque lo siguiente que recuerdo es que descorrían el cerrojo.

Resultó que el cabecilla de los bandidos quería verme a solas y habían venido a llevarme a su cabaña. Me sientan a una mesa delante de un desayuno pasable de leche agria, pan negro y té. Dormir me ha despabilado y pienso: mientras hay vida, hay esperanza. De manera que, a pesar de mi tristeza, mojo el pan en la leche y trago lo que puedo. Mientras tanto, el hombre se da tironcitos en los bigotes, que consisten en dos finas trenzas que le salen del labio superior y le llegan hasta la nuez, y me somete a una inquisitiva observación de unos ojos juntos pero no malévolos en sí.

Debo de tener una pinta ridícula, de marimacho, con lo que queda de aquel vestido de encaje que no me quedaba bien ni nuevo, comprado en Piccadilly por hacer la gracia. Sin las enaguas. Con el añadido de la manta, a modo de toga. Sus modales, sin embargo, tienen la cortesía majestuosa del pobre; no me pidió ni una sola vez que le enseñase las plumas, aunque se notaba que quería, pero era consciente de que sería de mal tono.

–Se encuentra usted ahora en Transbaikalia, donde los ríos se congelan hasta el fondo y los peces quedan atrapados como moscas en ámbar –anunció. Ya saben que tengo oído para los idiomas, los pillo como a las pulgas, y aunque su ruso no era el de Petersburgo, era capaz

de seguirlo bien y de darle alguna réplica.

–Precioso, seguramente –dije.

–Bienvenida a la hermandad de los hombres libres.

¿Hermandad, dice? ¡Yo ni soy hombre ni hermano suyo! Sus saludos fraternales no me calan tan hondo como sus víveres, y suelto un bufido burlona; él hace como si no se diese cuenta y continúa:

–No somos ni prisioneros ni exiliados, ni colonos, *madame,* aunque nuestras filas las han engrosado a veces estas tres clases de hombres; vivimos fuera de una ley que no nos trata con piedad y demostramos por medio de nuestras vidas y hechos que la vida silvestre en los bosques puede traer la libertad, la igualdad y la fraternidad a aquellos que pagan el precio de la falta de hogar, el peligro y la muerte. Las espadas son nuestras únicas hermanas, ahora: nuestras mujeres son los rifles con los que fielmente compartimos cada noche nuestros colchones y a los que nunca quitamos ojo celosamente. Caminamos hacia nuestra muerte con el júbilo con el que caminaríamos hacia nuestra boda.

No crean que no me sentía interpelada por el espíritu de su perorata, aunque no dejaba de ponerle los puntos sobre las íes mentalmente. «Espadas por hermanas, rifles por esposas», ¡qué más! ¿Qué clase de cópula es esa? Y cualquiera con un poco de sentido común iría a su boda como quien va a la horca, y no al contrario. Este tarugo mezcla las metáforas como el borracho mezcla bebidas, y me atrevería a decir que se le suben a la cabeza de la misma manera. Es más: a mí me parece que su discurso funcionaría bien con música, con arreglos de vientos y timbales, y un coro masculino no desentonaría, en ciertos momentos. Aun así, pese a habernos secuestrado, ahora mismo me tiene más ganada que perdida.

–Solo la catástrofe –prosigue– puede llevar a un hombre a este territorio remoto.

Pero ¿no soy yo la prueba viviente de que tampoco las mujeres llegan aquí por voluntad propia? Para disimular mi irritación, le pido otro vaso de té. Me concede educadamente esta petición, entre un tintineo y un

golpeteo de armamento, ya que además del rifle apoyado contra la mesa a mano, tiene un par de pistolas en el cinturón y lleva unas bandoleras cruzadas sobre su caftán campesino. Para completar el conjunto, tiene una espada de hoja ancha de diseño vagamente turco. Era el atuendo de un hombre visiblemente indómito, bien rematado por la extraordinaria ferocidad de sus bigotes. Si el uniforme olía un poco a bandido de opereta, podía ser porque la opereta los copiaba a ellos y no a la inversa, y su rifle no tenía nada de utillaje, aunque parecía tan viejo que podía haber servido en la batalla de Crimea.

–Cada uno de nosotros, hasta el chaval que se encarga del fuego, está aquí huyendo de una ley que nos aplicaría castigo por la venganza que llevamos a cabo contra los oficiales de bajo rango, oficiales militares, terratenientes y demás ralea de tiranos insignificantes que deshonraron por la fuerza a las hermanas, esposas y amadas de carne y hueso que tuvimos en su día, y que hoy hemos dejado muy atrás.

¡Así que aquí es donde entran las mujeres en el libreto! ¡Amigas ausentes!

–¿A qué se refiere con que las «deshonraron»? –digo yo sacando con asco una mosca de mi té, pero (aquí hace demasiado frío como para que haya moscas) resulta que no es más que una hoja de té, para alivio mío. Insisto con la pregunta del «deshonor»–: ¿Dónde reside el honor de una mujer, amigo mío? ¿En su vagina o en su espíritu?

Objeción sucinta que no quedaría mal musicada, tampoco. Aun así, lo desconcertó, si bien pudo ser el oírme pronunciar aquella palabreja lo que le hizo perder el hilo momentáneamente. Se metió las trencitas del bigote en la boca y las masticó con vehemencia, poco acostumbrado a ver cuestionadas sus opiniones.

–Yo creo que una chica debería matar a sus violadores por su cuenta –añadí.

Y le echo a su rifle una mirada tan elocuente que le queda claro que si se le ha pasado por la cabeza hacer algo por el estilo conmigo, ya se puede ir preparando.

–Fueron mis colegas –dijo, sin intención de debatir el asunto conmigo– los que volaron por los aires la vía del tren.

–¡Bravo por ellos! –le digo irónicamente–. ¡Un gesto elegante! ¡Dinamitar un tren del circo! ¿Qué clase de estrategia es esa?

Y entonces, ¡ay!, entonces, a aquel tonto de remate inocente y de buen corazón se le saltaron unos lagrimones como kiwis y apartó la mesa, volcó los restos del desayuno del que apenas había dado cuenta en su entusiasmo, para poder hincarse de rodillas ante mí y lanzarse a su gran aria.

–¡Notoria señora de más allá de las montañas y del lejano mar! Es de todos sabido que el zar, el Padrecito de Todos los Rusos, jamás permitiría, si se enterase, que a unos honrados campesinos como nosotros los saquen de detrás del arado para vivir como animales lejos de su hogar y fuera de la ley por hacer lo mínimo que le haría él a quien amenazase con deshonrar a la Madrecita o a sus preciosas hijas.

»La última vez que asaltamos la locomotora de R. nos llevamos los periódicos para ver si traían algo sobre nosotros y allí leímos que usted, la famosa trapecista, la maravilla alada, el ángel británico, la amiga íntima de la familia real inglesa…

¡Maldito sea el Coronel y sus artimañas publicitarias!

–… iba a atravesar Transbaikalia camino del Gran Océano, desde donde cruzaría rumbo a la Tierra de la Libélula para codearse con otro emperador. Volamos las vías, mi querida señora, únicamente a fin de cogerla de rehén para poder rogarle, suplicarle, suplicarle de rodillas golpeándome la frente contra el suelo ante usted –subrayando sus palabras con actos– que interceda por nosotros ante su futura suegra, la reina de Inglaterra.

Pero ¿qué había tramado el Coronel? ¿Qué mentiras había estado difundiendo en los últimos tiempos? ¡Esta me la iba a pagar!

–Que interceda ante la gran reina Victoria, la bienamada *babushka* sentada en el trono de Inglaterra, que con su fuelle real mantiene vivo el carbón bajo el samovar burbujeante del imperio en el que nunca se pone

el sol. Le suplico, criatura asombrosa y llena de gracia, que interceda ante esta Reina Emperatriz para que le pida al marido de su nieta, el zar (¡ya ve!, ¡un asunto familiar!), que le pida al zar que nos indulte a todos para que podamos volver como hombres libres a nuestras aldeas natales, coger el arado que dejamos tirado en los campos, ordeñar las vacas que llevan mugiendo con las ubres repletas desde que nos vimos obligados a partir, para cosechar el maíz que dejamos sin segar. Puesto que el zar es amigo de la franca verdad y no sabe ni la mitad de lo que hacen sus oficiales a sus espaldas.

Podría haberme reído si no fuese porque, llegados a este punto, ya estaba al borde de las lágrimas ante la patética simplicidad del hombre, ante aquella ingenuidad atroz que lo hacía creer, para desgracia suya, que existía una autoridad suprema infalible y que siempre sabía reconocer y amaba la verdad cuando la veía, como en el *Fidelio* de Beethoven; combinar nobleza de espíritu con falta de análisis, ahí es donde siempre la caga la clase obrera. Aunque intenté parar al forajido en jefe, este me cubrió el dobladillo del vestido de besos húmedos.

–¡Debe ayudarnos, señora fermosa…, tiene que ayudarnos!, escríbale una carta, una carta a la reina Victoria, que nosotros la llevaremos a un tren y el tren se la llevará lejos, muy, muy lejos, tan lejos como a la ciudad de Londres. Y allí, una mañana neblinosa, un mayordomo con librea entregará nuestra carta, con su invisible cargamento de esperanza y fe en los hombres honrados, a la Reina Emperatriz que sentada al desayuno golpea con su cucharilla de oro el cascarón en su huevera de oro, sentada con ayuda de unos cojines en su cama del palacio de Buckingham. Cuando ve su diligente y amada caligrafía en el sobre, con qué júbilo exclama: «¡Una carta! ¡Una carta de mi querida casi nuera!». Y entonces…

Para entonces tenía ya las rodillas empapadas de lágrimas y besos y no lo soportaba más.

–¡Ay, mi pobre mastuerzo, no deberías creer todo lo que lees en los periódicos! ¡En mi vida he estado prometida con el príncipe de Gales!

¿Acaso no tiene una esposa en perfectas condiciones ya? Ni siquiera es íntimo mío, cariño, ¡y si le ofreciese tal intimidad a alguien como yo, a la Viuda de Windsor no le sentaría nada, pero nada bien! ¿Qué sinsentido es este, te crees que a esos notables les importa un comino la injusticia que sufrís? ¿No son estos notables los que tejen en persona la gigantesca red de injusticia que envuelve el planeta?

Al principio no me creyó; luego, cuando mis argumentos lo convencieron, estalló en una furiosa tempestad de rabia, dolor y desesperación de intensidad casi wagneriana, y reprochó al mundo, a los periódicos, la duplicidad de los príncipes y su propia credulidad, y he de decir que lo compadecí de corazón, pero luego se puso a romper todos los objetos que encontraba por su tienda, pateó incluso la mesa de caballetes y las sillas, tal era la furia de su decepción. El resto de bandidos entraron en tropel pero no pudieron hacer nada por aplacarlo, así que dije: «Mandad a buscar a Sansón», el bueno de Sansón el Forzudo lo inmoviliza con una llave, le suelta un mamporro en la cabeza y, en la calma subsiguiente, nos retiramos a nuestra cabaña, que, cómo será la capacidad del corazón humano de aprovechar cualquier pizca de seguridad en la circunstancia más extrema, ya consideramos un hogar.

–Cabrones –dijo Liz cuando le conté todo, y no se refería a los bandidos, precisamente.

Hasta el Coronel parecía avergonzado, a su manera, aunque no se responsabilizaba por el aprieto en el que nos encontrábamos; alegaba entre dientes que era un caso de *caveat emptor* y que los tontos tienen que responsabilizarse de sí mismos.

Pero… ¿qué hará el jefe de los forajidos cuando se despierte? ¿Pagará su cólera con nosotros? No vale la pena quitarle sus armas, porque todos los bandidos están armados hasta los dientes y nos encañonan con sus pistolas. Lo tenemos crudo, diría.

La Princesa se pasea de aquí para allá, desolada, con las manos inservibles por delante y un aspecto espantoso, como *lady* Macbeth en la escena de sonambulismo; Mignon la sigue para asegurarse de que no se

hace daño, pero los payasos se las han ingeniado para entretener al chaval del fuego con unos cuantos trucos de cartas sencillos, olvidado o perdonado el episodio de la cachorrita, aunque preveo tormenta cuando se queden sin cigarrillos. El Coronel, tal vez a raíz de un sentimiento de culpa no reconocido, ha superado su resistencia al vodka hasta el punto de que al poco está bien bebido y canta canciones del viejo Kentucky sin parar con voz de barítono lírico. Así que todos aquellos que todavía quieren y pueden formar un consejo de guerra se suben al estrado y son nuestros ya conocidos Lizzie y… el Forzudo.

He advertido que se han operado cambios extraños en el lóbulo frontal de Sansón. Aquellos ojos tan brillantemente vacíos se oscurecen y se vuelven más introspectivos a cada hora que pasa, y aunque todavía no está en su punto de sazón para lanzarse a dar un discurso, empiezo a albergar grandes esperanzas para él en ese campo, en el caso de que vivamos para verlo. Si bien no participa en nuestro debate, lo sigue mostrando una comprensión activa y oscila entre una genuina compasión por los proscritos embaucados y la preocupación por nuestro propio trance.

–El sol brilla esplendente –farfulla el Coronel– en Kentucky, mi viejo hogar.

Sybil parecía haberlo dado por perdido ahora que estaba trompa y se acurrucaba entre las pieles de oso tan lejos del chico del fuego como pudo tunelar con el hocico, pero pensamos que bien podríamos «consultar al oráculo», así que Lizzie sacó las tarjetas de las letras del bolsillo del Coronel sin que este se percatara lo más mínimo. Pero el único consejo que nos iba a dar Sybil era: «E-S-P-E-R-A-D-Y-V-E-R-É-I-S», mientras fuera la nieve empezaba a caer de nuevo, cosa que hizo ponerse en marcha al del fuego, por suerte.

Entonces oímos el sonido inconfundible de los bandidos ahogando sus penas y, como eran forajidos de opereta, se refocilaron en un coro de lamentos en bajo barítono que, aquí y allá, conforme pasaba el tiempo, se fue desgalichando. Con aquella cantinela te entraban ganas de

matarte.

–Aquí estamos –comentó Liz–, en el culo del mundo con un hatajo de bandidos costrosos tan alelados que creían que la reina de Inglaterra iba a derramar una lágrima por ellos si se enteraba de su miseria, y tú con el ala rota, así que no podemos largarnos volando. Y nos hemos quedado sin el reloj. Y sin manera de saber si la última remesa de correos llegó o no a casa.

Si los compañeros de Londres tenían noticias frescas o no de nuestras trifulcas me parecía el menor de nuestros problemas. Es decir esto y nos enzarzamos en una pelea, ¡por primera vez en nuestras vidas! Intercambiamos duras palabras. Nos vamos cada una a la otra punta del cobertizo enfurruñadas y, entre ese descontento, la Princesa llorando por las esquinas, Mignon aguantando, el Coronel cantándose un libro de himnos entero desafinando cada vez más, como si compitiese con los lamentos de los bandidos fuera, allí gimoteando como junto a las aguas de Babilonia (añádanle a todo esto los aullidos de los lobos y la risa áspera que los payasos le provocaban al encargado del fuego), entre todo aquello empiezo a pensar que tengo que haber hecho algo horrendo en una vida anterior para acabar así en esta.

Y, ya sé que es una nimiedad supersticiosa, infantil, puro melindre…, aun así, la espadita que siempre me acompañaba, y Padre Tiempo, que en su día estuvo de nuestro lado: nos hemos quedado sin ellos, para siempre.

Además, sospecho que no solo se me ha roto el ala, si no también un poco el corazón.

No nos traen cena, porque los bandidos están demasiado ocupados con su gorigori. Pero Lizzie, de quien sigo vigilando los tejemanejes por el rabillo del ojo, pide un cuchillo al del fuego y se pone a cortar las pieles de oso, así que veo que tiene pensado hacernos ropa nueva o algo con lo que soportar el clima del exterior y no puedo evitar pensar si estará urdiendo algún plan en esa taimada sesera suya. Pero no me molesto en preguntar, porque no nos hablamos.

Entonces se oye llamar a la puerta y una extraña voz nueva pregunta con tono educado:

–¿Hay alguien en casa?

–¡El cerrojo está por fuera! –coreo–. ¡Abre y entra!

Y así es como conocimos al preso fugado.

SEIS

De madrugada. El cielo azul oscuro mancha la nieve de azul oscuro. La luna aparece y desaparece juguetona tras una bufanda de gasa azul. Todo parece transparente. Una silueta volátil con una barba plateada colgando sin peso de la mandíbula revolotea entre los matorrales, claramente indiferente al frío, ya que no exterioriza ninguna incomodidad a pesar de ir medio desnudo, porque ha perdido los pantalones, los tirantes de colorines y la peluca. En el pelo lleva plumas de búho nival, de pato porrón, de cuervo, además de cortezas, espinas, ramitas, setas y musgo. El hombre parece nacido en y del bosque.

Confunde las estrellas con pájaros y les pía como si no supiera otro idioma. Tal vez ese ángel que custodia las aves pequeñas lo ha adoptado, a pesar de su tamaño, porque aparte de las espinillas magulladas no le ha sucedido nada, y las piezas desechadas que le rebotan dentro de la caja donde solía guardar su entendimiento encajan, a modo de caleidoscopio, en la imagen de una criatura tierna y emplumada que, en su día, debió de empollar su huevo.

Aunque hace mucho que perdió su cresta, sigue chillando:

–¡Kikirikí!

Walser, centro vacío de un horizonte vacío, aletea entre los desechos nevados. Sigue siendo un ser sensible, pero ya no es un ser racional; de hecho, ahora es todo sensibilidad, sin una pizca de sentido común, y las impresiones sensoriales tienen por sí solas el poder de asombrarlo o embelesarlo. En su elevado trance, escucha el ritmo del tambor.

¡Extraño fenómeno del paisaje!, como si fuesen sonidos de la tierra sepultada bajo la nieve, o de los cielos que la sobrevolaban. Un tamborileo insistente, hueco, suave al principio, luego cada vez de mayor intensidad…, un trap-trap, un ra-ta-ta-trap, y luego un pim-pam-

pum. Trútutu-trútutu-tu y ra-ta-ta-trá, redobles y fraseos de una complejidad afrocaribeña.

Tampoco es que sea capaz de identificar los tambores en tanto que tambores. Puede, bien puede no ser, nada más que el producto de su cerebro desbaratado. Se pone a la pata coja, como una cigüeña, husmeando el aire como si oliese de dónde viene esta invocación, pero el frío le hiela los testículos cuando se queda quieto, así que, con un gritito, pega un brinco de nuevo y acaba ante los cuernos de un reno que sobresalen de la nieve y mira de aquí para allá adónde se ha ido todo el mundo, como una percha abandonada.

Esta vez, cuando Walser olisquea, sus fosas nasales se dilatan al captar un olorcillo de algo sabroso, algo aromático en medio del aire lavado por el frío. El tamborileo se oye cada vez más y más fuerte, más y más rítmicamente innovador, mientras sigue el delicioso perfume; hasta que, entre los árboles, encuentra un brasero con un fueguecito del cual surge un humo fragante. Junto al fuego hay un ser compuesto, o eso parece, de cuero con flecos, ropas chillonas y ornamentos de metal tintineantes, empleando la maza de madera que sostiene con una mano contra un tambor con un pellejo del tamaño de la tapa de un cubo de la basura, de esos que los músicos irlandeses llaman un *bodrum,* pintado con toda clase de filigranas extrañas tensado en su aro de madera. Este tambor le hablaba a la naturaleza en su idioma.

El Chamán no se sorprendió lo más mínimo de ver a Walser, puesto que, a fuerza de redobles, se había sumido en el estado de éxtasis trascendental que su profesión exige y su espíritu se encontraba en aquel momento en compañía de unos astados antecesores, de aves con aletas y peces con zancos y muchas otras apariciones fisiológicamente anómalas, entre las que Walser distinguió más de una silueta cotidiana. Agachado junto al fuego, disfrutó del humo y redescubrió la sensualidad de la calidez hasta que los ojos del Chamán se abrieron como accionados por un resorte, le espumearon los labios y cayó de lado soltando el tambor, que rodó un poco por la nieve y volcó.

Walser lo recogió, pero resultó que solo era capaz de sacarle unos ruidillos amortiguados. No sabía cómo hacer que el tambor hablase y, de haberlo averiguado por casualidad, no lo habría comprendido.

Pasó el tiempo. El Chamán suspiró, se puso en pie, se sacudió la nieve de la falda de su vestido de cuero y vio que Walser seguía allí. Cuando hacía un viaje espiritual, el Chamán estaba preparado para todo, así que saludó a Walser afectuosamente dando por hecho que era una emanación de la naturaleza que había escogido quedarse un poco por allí después de que el tamborileo que la invocó cesara y que después se desvanecería suave y silenciosamente. Pero cuando Walser, recordando los buenos resultados de la última vez que lo hizo, empezó a frotarse la barriga en círculos, el Chamán dudó.

Se dirigió a Walser en su idioma, un complicado dialecto ugrofinés como para dejar patidifusos a tres generaciones de filólogos.

–¿De dónde venís? ¿Adónde vais?

Walser soltó una risilla, siguió a la suya, siguió frotándose la barriga. Del morral en el que llevaba sus talismanes, el Chamán sacó el vaso en el que pensaba ponerse té (preparado en el brasero con un poco de té comprimido) para reponerse después del esfuerzo. Entonces, con risueña formalidad, le ofreció el cazo humeante de fluido ambarino a su inesperada visita.

–Sin azúcar –se quejó Walser–. Sin limones.

Pero estaba sediento y bebió.

Entonces los ojos empezaron a darle vueltas en la cabeza y soltar chispas como si fueran tiovivos. Hasta el Chamán, acostumbrado a los efectos de la *Amanita muscaria* filtrada por los riñones, se sobresaltó. Walser entró en una inmediata fuga de alucinaciones en la que pájaros, brujas, madres y elefantes se entremezclaban con suspiros y olores del Fisherman's Wharf de San Francisco, del Alhambra Theatre de Londres, del Circo Imperial de Petersburgo y muchos otros lugares.

Toda su vida pasada desfiló por su mente en fragmentos concretos pero independientes, y no fue capaz de sacar nada en claro. Empezó a

balbucear desesperado en una lengua desconocida para el Chamán que excitó aún más su curiosidad.

El Chamán recogió sus pertenencias y se echó el tambor al hombro. Vació el brasero y pisoteó las brasas hasta apagarlas. Guardó el brasero. Estaba bastante convencido de que Walser no era una de sus alucinaciones, y podía ser, conjeturó, un aprendiz de Chamán de otra tribu, de un aspecto físico marcadamente distinto, que se había perdido durante un viaje mal planeado. Se cargó también a los hombros a Walser –era de baja estatura, pero robusto– y se puso en camino hacia su aldea con él.

Boca abajo, Walser continuó trenzando la parte de atrás de la túnica ceremonial del Chamán. La orina alucinógena puso el perezoso motor de su cráneo a mil revoluciones.

–¡Ay! –declamó ante el amanecer siberiano–, ¡qué invento más admirable, el hombre!

SIETE

El Fugitivo abrió, entró, se tostó a base de bien junto al fuego y se sorprendió gratamente al descubrir aquella pandilla variopinta de rehenes del campamento de forajidos. Era un hombre leído…, o un chico, más bien, porque no llegaba a los veinte años ni los aparentaba: barbilampiño, los ojos brillantes, un querubín vivaracho que hablaba un francés más que decente y un inglés pasable. Y era un soplo de aire fresco en aquel sitio horrendo, eso seguro, porque jamás dijo «ayer». Solo sabía hablar del «mañana», un mañana radiante de paz, amor y justicia por fin al alcance del alma humana, siempre luchando por la armonía y la perfección a lo largo de la historia.

Lo habían mandado al exilio por intentar acercarnos un poco a Utopía haciendo volar por los aires una chatarrería, cosa que de entrada le granjeó la simpatía de Liz. Pero cuando confesó abochornado que no había habido explosión porque la dinamita estaba mojada, Liz abucheó su ineptitud, se le oscureció el ceño y la tomó furibunda con lo del «alma» y el «mañana».

–En primer lugar, ¿de qué alma me hablas? Enséñame su ubicación en la anatomía humana y entonces te creeré. Pero, te lo voy a decir bien clarito, ya puedes diseccionar cuanto te dé la gana, que no la vas a encontrar. Y no puedes perfeccionar algo que no existe. De manera que tacha el «alma» de tu discurso. En segundo lugar, como decimos en mi país: «El mañana nunca llega», y por eso prometemos mermelada para mañana. Vivimos, siempre, en el aquí y el ahora, el presente. Depositar nuestras esperanzas en el futuro es relegarlas a la categoría de hipótesis, o lo que es lo mismo, a la nada. Nos las vemos con el aquí y el ahora. En tercer lugar, ¿cómo reconoces la «perfección»? Solo podemos definir el futuro perfecto mediante el presente imperfecto, y el presente en el que

inevitablemente vivimos todos siempre le parece imperfecto a alguien. Este presente parece bastante perfecto para elementos como el Gran Duque, que quería añadir a mi hija adoptiva a su colección de juguetes. Para los desgraciados campesinos que se pagan sus extravagancias con el sudor de su frente, el presente es un infierno dichoso.

»Si abandonamos la metáfora gramatical, sin duda convengo contigo en que este presente que habitamos contemporáneamente es, hasta cierto punto, imperfecto. Pero esta penosa condición no tiene nada que ver con el alma ni, como también podrías llamarla, suprimiendo así la connotación teológica, "naturaleza humana". No es que la naturaleza del Gran Duque fuese ser un cabrón, aunque cueste de creer; ni la de sus secuaces era la de ser esclavos. Lo que aquí nos interesa, muchacho, es la larga sombra del pasado histórico (volviendo de nuevo a la analogía gramatical un momento) que forjó las instituciones que crean la naturaleza humana del presente.

»No es el "alma" humana lo que debe forjarse en el yunque de la historia, sino que hay que cambiar el yunque para cambiar la humanidad. Entonces seremos testigos, si no de la "perfección", quizá de algo mejor, o, por no alimentar falsas esperanzas, de algo un poco menos malo.

Noté que Liz recuperaba el buen humor, y el Fugitivo no sabía la que le esperaba cuando se refugió en el campamento de los bandidos, pero antes de que llegaran a las manos discutiendo el método para lograr que la humanidad fuese más virtuosa, me meto en medio y le pregunto qué está pasando fuera.

Por lo visto, los bandidos están tan hundidos tras descubrir que no soy la princesa de Gales y que no lo voy a ser, que están ahogando sus penas en alcohol, pero no se animan. Cuanto más beben, más lloran, como si lo que entró debiese salir, y como no los consolemos de alguna manera, el Fugitivo cree que lo más probable es que acaben liándose a tiros y entonces buenas noches. Adiós. Finito.

Pero tiene más que contar. Por lo visto, se cruzó con una banda de

mujeres que exploraban el interior, todas huidas de una institución para criminales trastornadas de las inmediaciones, habían dejado encerrada a su alcaide porque, según ellas, se lo ganó a pulso. Estas mujeres planeaban fundar una Utopía femenina en la taiga y le pidieron un favor al Fugitivo: que les cediese uno o dos vasos de esperma que, congelado de inmediato a aquellas temperaturas inclementes, podrían almacenar en una cubitera que llevaban a modo de termo enorme para poder emplearlo, una vez se instalasen, en quedarse embarazadas, ya que estaban en edad, y asegurar así la supervivencia de aquella pequeña república de mujeres libres. Él accedió a esta petición. Vi por ello que era todo un caballero.

–¿Qué harán con los bebés varones? ¿Dárselos a los osos polares? ¿A las osas polares? –preguntó Liz, que era todo hostilidad y que claramente creía estar en Whitechapel, en una reunión de la Godwin and Wollstonecraft Debating Society.

Le chisté. La alusión a la cubitera me picó la curiosidad.

–Les pregunté de dónde la habían sacado –dijo el Fugitivo–. Y me contaron que del vagón comedor de un Transiberiano descarrilado.

El Coronel se derrumbó cuando oyó lo de los elefantes, aquellas mujeres habían visto los cuerpos inertes tirados por las vías como camiones de mudanzas volcados, y solo contuvo las lágrimas sonándose la nariz una y otra vez en una sucesión de banderitas norteamericanas de seda de las que llevaba un alijo interminable encima. Pero yo le insistí al Fugitivo sobre los supervivientes humanos y –¡gracias a Dios!– resultó que una mujer encontró a un extranjero rubio tapadito bajo unos manteles sin una sola magulladura, pero que lo dejaron allí al acercarse una partida de rescate y, cuando se toparon con el Fugitivo, ya estaban arrepintiéndose de haber abandonado semejante depósito de semen. Al oír esto me embargó la alegría. Perdí toda noción y se me escapó un grito:

–¡Mi muchacho vendrá y nos salvará a todos!

–Cálmate, papanatas sentimentaloide, a mí me da que no está ni para

salvarse a sí mismo –dijo Lizzie–. ¡Me suena mejor lo de la partida de rescate!

Pero resulta que el Fugitivo está huyendo precisamente de la partida de rescate, que lo viene a «rescatar» para devolverlo a una colonia penal. Y los bandidos, mejor que se larguen también o van a tener que responder a muchas preguntas cuando lleguen los bomberos, la ambulancia y la policía.

El Coronel, sin embargo, está como unas pascuas. Veo que ya está tramando los grandes titulares en todos los periódicos…, ¡esperad a que pille un telégrafo! Cree que esta catástrofe le acabará saliendo rentable por un lado o por otro. Su optimismo no conoce remordimiento, siempre le encuentra un lado bueno a las calamidades, y su repentino estallido de renovado buen humor –suelta un par de alaridos de indio americano y ensaya un bailecito–, su euforia me hace poner los pies en la tierra, porque, pase lo que pase, ahora mismo estamos aislados en el interior en medio de una ventisca entre una panda de forajidos de gatillo fácil hasta el culo de alcohol y armados hasta los dientes a los que habrá que convencer de que nos dejen aquí y se larguen por su propio bien.

–A ver, amigos –les dice Lizzie a los payasos–. Ha llegado la hora de que os espabiléis. Tenéis que montar tal hecatombe de espectáculo que nuestros anfitriones se despierten y atiendan a razones. Haced que sonrían, haced que se rían…, y entonces podremos hablar con ellos. Resucitadlos, amigos míos.

Puede que no fuesen las palabras idóneas, si recordamos su viejo número del funeral, que no pensaban volver a interpretar nunca más. Al principio escucharon la idea con recelo, porque sin Buffo y sin su material, solo con los pingajos que llevaban encima –el violín, la pandereta, el triángulo, nada más–, no veían como dar el do de pecho, aunque sus trucos de cartas hubiesen funcionado tan bien con el chaval que vigilaba el fuego.

–Os lo podéis plantear –les rogó Lizzie– como un réquiem por Buffo.

Al oír esto intercambiaron una mirada, una mirada extraña, sombría y

triste que, de haber sido sonora, habría retumbado entre ellos como las notas de un órgano solemne en una catedral enorme. Cuando los últimos ecos de aquella mirada, aquel mensaje impronunciado, aquella declaración muda de intenciones desconocidas para nosotras, se extinguió, el viejo Grok coge su triángulo, lo golpea, y Grik se saca el violincito del sombrero. No voy a decir que me entusiasme cuando tocan los primeros compases de la «Marcha fúnebre» de *Saúl;* noto ese escalofrío que me dice que pasa algo, pero es un principio. Un pelirrojo, al poco, coge un leño y le pega un palazo a un enano. El que vigila el fuego se revuelca de la risa. Desatranco la puerta y salen todos en tropel.

Los proscritos habían reunido el suficiente ánimo para encender una hoguera en medio del campamento y estaban todos sentados alrededor sobre tocones en la actitud del Pensador de Rodin. Caía una leve nevada, la nieve cuajaba sobre sus cabezas. Los payasos habían perdido a su líder, así que les costó un poco decidir qué hacer. Uno se puso a dar volteretas laterales sin demasiada convicción hasta que otro le puso la zancadilla, y entonces, y es que eran hombres simples, los carrillos del jefe de los bandidos se retrajeron en una sonrisa. Esto pareció infundir ánimos en los payasos, o una motivación más compleja, porque se activaron todos a una y, cuando Grik y Grok marcaron algo más rítmico, se pusieron a bailar.

Pero ¿qué melodía tocaban? Que me maten si puedo describirla; música espeluznante de un aquelarre de brujas. Y en cuanto al baile…, ¿«baile» es la palabra adecuada? No era un baile que alegrase los corazones. Dios mío, pensé, somos imbéciles; Fevvers, ¿tú te has reído alguna vez de un payaso o lo piensas hacer? ¿Acaso lo que te traen los payasos a la mente no es desintegración, desastre y caos?

Este baile era la danza de la muerte, y danzaban por George Buffins, que con ellos estaba. Bailaron por los desgraciados de la Tierra, que fuesen testigos de su desgracia también. Bailaron la danza de los parias por los parias que los veían, entre los árboles taciturnos, con una tormenta de nieve en ciernes. Y, uno por uno, los parias levantaron la

mirada para ver y todos estallaron en risas, pero una risa sin alegría. Era la risa amarga de quien ve que no se puede triunfar sobre el destino. Cuando vimos aquellos arabescos sin gracia como de condenados y oímos aquella risa desde el círculo del infierno, Liz y yo nos cogimos las manos buscando consuelo.

Se pasaron la noche bailando en el claro, y los proscritos los vitoreaban. Bailaron a mayor gloria del espíritu perturbado de su antiguo jefe, que se presentó con un ventarrón y sopló frío como la muerte en sus tuétanos. Bailaron dando vueltas hasta descomponerlo todo, hasta el fin del amor, el fin de la esperanza; bailaron hasta volver mañanas los ayeres; bailaron hasta el agotamiento del presente implacable; bailaron la danza mortal del pasado perfecto que fija todo de manera que no se pueda volver a mover; bailaron la danza del Viejo Adán, que destruye el mundo porque creemos que vive para siempre.

Los proscritos se entregaron de buena gana al espíritu de la cosa. Entre «hurras» y «bravos», giraron y se lanzaron en la gavota salvaje disparando sus rifles. La nieve nos echaba sábanas blancas y húmedas en la cara, y el viento agarró la música abominable de los viejos payasos y la amplificó hasta la locura. Entonces la nieve nos cegó y Sansón nos cogió uno por uno y nos arrastró al cobertizo, se apuntaló contra la puerta con sus formidables hombros hasta que la cerró y dejó fuera la tempestad.

Aunque las balas impactaban en las paredes y el viento entraba silbando por las rendijas y avivaba las pavesas del fuego y las lanzaba por los aires hasta hacernos creer que íbamos a acabar quemados vivos en medio del hielo y la nieve, el cobertizo aguantó. Se bamboleaba de aquí para allá y por momentos parecía que el tejado fuese a salir volando, pero nuestro grupito, aunque con total incoherencia, fio su fe a la razón y no estuvo expuesto a lo peor de la tormenta. El Fugitivo, sin embargo, al enfrentarse a la insurrección del pesimismo militante, se quedó pálido y demacrado y murmuraba para sí frases consoladoras de Kropotkin, etcétera, como otros, en semejante apuro, habrían recitado el

rosario.

Cuando pasó la tormenta, la nieve reciente lo volvió todo nuevo y apagó la hoguera. Un jirón de raso escarlata por aquí, el violincito de Grik con las cuerdas rotas por allá, pero de las tiendas, chozas, mosquetes y corazas de los proscritos y de los payasos ni rastro, ni siquiera de los propios payasos, como si todo y todos hubiesen sido borrados de la faz de la tierra.

Pero un pobre perro se había quedado tirado. El torbellino debía de haber arrastrado a la pobre criatura. El cachorrito, con un pompón en la cola, correteaba en círculos gañendo.

Y espero que el jefe de los bandidos volara por los aires hasta su aldea y que se encontrase el arado esperando sus manos, las ubres hinchadas de la vaca anticipando sus dedos, la gallina marrón cloqueando para que recoja sus huevos olvidados, y todo tal y como estaba… Su amado hogar con la nostalgia enriquecida por su ausencia. Pero dónde habían ido a parar los payasos, eso no lo sé. Fueron a unirse con George Buffins en el gran manicomio del cielo, seguramente.

Lizzie no se disculpa por haber precipitado sin querer aquel desenlace. Se encoge de hombros; comenta: «Que les den bien a todos»; agarra y se enfunda un abrigo y unos pantalones de piel de oso de los muchos que ha cosido para todos. Con su bigote, la cara morena y el capuchón que se ha hecho para taparse las orejas, parece un osezno.

–Andando –dice–. Vámonos.

Aunque el cobertizo destrozado todavía se tiene en pie, ninguno de los supervivientes tiene ganas de quedarse en este lugar funesto. Tenemos que tomar la iniciativa y rescatarnos por nuestra cuenta. Nos calzamos el producto de la confección improvisada de Lizzie para abrigarnos durante el trayecto y vamos en dirección, según cálculo del Fugitivo, de la vía férrea. Después de pensárselo un poco, accede a acompañarnos como guía; el Coronel le ha hecho promesas extravagantes sobre pasaportes norteamericanos y el joven tiene el aspecto de alguien con ganas de creerse la hermosa promesa de la Estatua de la Libertad.

Los demás están asombrados por lo que acaba de suceder, pero lo único que Liz y yo sabemos es que los payasos invocaron el caos y el caos, siempre inmanente en los asuntos humanos, obedeció. Pero el Fugitivo sigue preocupado por los acontecimientos e intenta hacerme hablar de su significado.

–Mira, cariño –le digo finalmente, porque no estoy de humor para hacer crítica literaria–, si no me hubiese roto un ala cuando descarriló el tren, me habría largado volando hasta Vladivostok en dos sacudidas, así que no soy la más indicada para responder a lo que es real y lo que no, porque, al igual que el ornitorrinco, la mitad de las personas no se creen lo que ven cuando me tienen delante, y la otra mitad piensa que ve visiones.

Eso le calla la boca.

Me alegra ver que el Coronel ha digerido la pérdida de los payasos, sin duda ensayando mentalmente las entrevistas que dará a la prensa: «¡Ventisca se lleva por los aires a unos payasos! Testimonio del famoso propietario del circo». Pero algunos de nosotros no somos tan resilientes. Mignon estruja la mano de la Princesa, pero los ojos de la Princesa están vacíos.

–Si no ponemos a esta chica ante un teclado pronto va acabar mal –le digo a Liz.

Sansón la envuelve en pieles y la lleva a cuestas, seguido con pasos apresurados por Mignon. Y así dejamos el campamento de los proscritos, o lo que queda de él, y el último perro payaso se viene con nosotros, por no quedarse solo. Y lo que me pone triste: encuentro, sobre la nieve traída por el viento, un poco más adelante, una pluma, la pluma morada que me robó el chico del fuego y que debe de habérsele caído de la chaqueta cuando el vendaval se lo ha llevado.

Y así comenzaron de nuevo nuestros viajes, como si fuesen una segunda naturaleza. Seré muy joven, pero he llevado una vida de picaresca; ¿es que no se acabará? ¿Acaso es mi destino ser una doña Quijote y que Liz sea mi Sancho Panza? Si es así, ¿qué hay del joven

estadounidense? ¿Resultará ser una hermosa ilusión, la Dulcinea de esa sentimentalidad por la que Liz me fustiga diciéndome que no es más que el anverso del entusiasmo por el dinero contante y sonante?

Camina, camina, chica, y deja que los acontecimientos se vayan dictando solos.

Pero, aunque caminamos sin descanso, seguimos en el bosque, parece que no estamos más cerca de la vía que cuando empezamos, y el Fugitivo adopta una expresión preocupada. ¿Ha girado donde no era, aquí que no hay dónde girar? ¿O es más bien que, en este páramo sin senderos, en cualquier punto nos encontramos en una encrucijada imaginaria, en la confluencia de todas las direcciones, ninguna de las cuales puede ser la correcta?

Entonces empiezan a escasear los árboles y nos paramos y el Fugitivo está tremendamente incómodo, porque hemos llegado a la orilla de un ancho río helado con el que no había contado para nada. Pero al otro lado del río hay una casita de esas tan mal planteadas, con aleros y tablas, que los rusos deciden construir aquí en medio de la nada y el Fugitivo intuye, por lo solitario, que es el hogar de un exiliado como él, que nos dará la bienvenida. Así que resbalamos y patinamos por el río, con los remolinos y el apresuramiento de la nieve en el viento levantándose a nuestro alrededor como agentes del mal tiempo, y llegamos hasta una puerta bonita como pocas, como en una visita formal en Belgravia, Londres.

Clavada en la pared junto a la puerta hay una tablilla con una inscripción en cirílico: «Conservatorio del Transbaikal». Y luego un nombre, con una ristra de letras detrás. Pero esta tablilla está tan deteriorada por el musgo y el tiempo que el nombre es indescifrable; parece que la tablilla lleve décadas anunciándose inútilmente a los alumnos.

El Fugitivo llama. No hay respuesta. No se enciende luz dentro, no sale humo de la chimenea. Vuelve a llamar y entonces empujamos la puerta y nos encontramos con el hedor de la humanidad, sin duda, pero,

en la primera habitación, ninguna otra señal. La casa es de pino, el suelo no es más que una gruesa capa de espinas de pescado que reluce como marfil y nos informa de que el dueño de este lugar se alimentaba principalmente de peces del río.

En la siguiente habitación, una estufa, con los vestigios fríos de un fuego, y una lámpara apagada. El Coronel metió un dedo en la lámpara, descubrió que estaba llena de aceite de pescado y cogió enseguida un pegote para restregárselo a Sybil, cuya piel estaba perdiendo su lustre y elasticidad sin su masajeo diario, de manera que cada vez parecía más una cartera. Liz lo deja llenarse un frasquito. Se acuclilla enseguida y la frota como si fuese la lámpara de Aladino en vez de una cerda. Menudo aroma…, ¡puaj!

He de decir que el sitio estaba amueblado… tosca, incluso exiguamente, con unas cuantas sillas y una mesa cuyos manteles de felpa roja, por lo demás mohosos, eran señal de ciertas ínfulas. En la pared, un daguerrotipo de un joven en pie entre una palmera en un jarrón y un piano de cola. Y, además, una reproducción, como antigua, de un chico con peluca que Liz juró que era Mozart. De modo que, quienquiera que viviese allí, o lo que hubiese vivido allí, pero por el olor no hacía mucho que había levantado el vuelo, tenía inclinaciones musicales. De inmediato llamé la atención sobre estas reliquias a la Princesa, pero no bastaron para animarla por sí solas.

Encendimos la lámpara y preparamos un fuego en la estufa con algo de madera que encontró Sansón en una caseta para fumigar la vieja mortalidad del lugar antes de abrir la puerta de la tercera habitación.

Donde encontramos, ¿quién lo iba a decir?, como una respuesta a nuestras plegarias, no la fotografía de un piano de cola, sino ¡el piano mismo! Con la tapa abierta, como una enorme mariposa negra descansando, y, encima, un metrónomo. La Princesa no dijo nada, pero se le fue la escarcha de los ojos, flexionó los dedos y dio palmaditas como una niña contenta. Volviendo en sí en un instante, se adelantó a toda prisa hacia el instrumento pero, justo entonces, un bulto alto,

demacrado, oculto hasta ese momento por las alas de ébano, da un respingo desde un taburete invisible frente al teclado y suelta un berrido.

Las sombras que proyecta la lámpara que Liz dirige hacia él lo vuelven algo aterrador, macabro, incluso. El pelo hasta el culo y mezclado con la barba que le llega por el ombligo, y las uñas tan largas como las de Pedro Melenas en aquel libro ilustrado: se notaba que no se había atrevido a tocar el piano en muchísimo tiempo, así que se limitó a echarse protectoramente sobre las teclas, produciendo un martilleo de notas discordantes que revelaban que también hacía años que no lo afinaban.

Sin duda, cuando nos vio pensó que éramos una manada de osos que venía a visitarlo. Gimió de terror manoteando con aquellos brazos de saltamontes en todas direcciones, produciendo un sinfín de efectos atonales, y luego se encaramó sobre el instrumento meneando los brazos, y no se sabía si para protegerlo con su vida o para zambullirse en sus entrañas y esconderse…, parecía indeciso sobre qué salida tomar. Tiró el metrónomo, que cayó al suelo de lado sobre la alfombra de espinas, y comenzó a emitir un tic-tac de reloj.

–Como una cabra –dijo nuestra Liz–. Para encerrarlo.

La Princesa soltó una especie de leves maullidos alargando los brazos hacia el piano suplicante de una manera que habría derretido un corazón de piedra, pero el viejo loco ni sabía ya que tenía corazón. Fue Mignon quien, frenando a Lizzie con un gesto brusco, pisoteó el metrónomo hasta que se calló, carraspeó, expectoró limpiamente y se puso a cantar.

Cuando la oímos cantar por primera vez en mi habitación del Hotel de l'Europe, sonaba como si la canción se cantará a sí misma, como si la canción no tuviera nada que ver con Mignon y ella no fuese más que una especie de fonógrafo cárnico hecho para transmitir una música de la que no tuviera consciencia. Eso fue antes de convertirse en mujer. Ahora se apoderó de la canción con el elástico lazo de su voz y la engranó con

su alma recién descubierta, de modo que la canción quedó completamente transformada y sin embargo su esencia no cambió, igual que las caras familiares cambian y sin embargo siguen siendo las mismas cuando el amor las revisita. Aunque cantase a capela y por lo tanto solo tuviéramos la mitad de la canción, para mí fue demasiado, porque escogió la última del *Viaje de invierno,* donde el joven loco deambula por la nieve siguiendo al organillero. ¿Habría acabado así de mal el viaje de invierno del joven que tanto se había alejado de mí? ¿Y mi viaje, mi viaje qué? Sin espada, con el ala rota…, la gran sensación desfasada, un milagro desgastado…, cálmate, chica.

El viejo peludo continuó rascándose durante la primera estrofa, pero cada vez más despacio durante la segunda y, durante la tercera, estiró primero una pierna y luego la otra, se le oyeron crujir los huesos y volvió a dejarse caer en el taburete del piano. No había oído un instrumento tan desafinado y estridente en toda mi vida cuando empezó la primera frasecita del acompañamiento que imita el organillo. Muy lentamente, con un chasquido perceptible de las articulaciones de sus dedos, tocó la frase, de nuevo, y otra vez, y las discordancias no importaron, porque se suponía que debía sonar desafinado, como un organillo.

–Aunque, claro, debería cantarla un barítono.

Hasta ese momento no había oído a la Princesa ni dar los buenos días, así que nos dejó pasmados aquel áspero francés legítimo de Marsella y la voz, como era de esperar, grave, como un gruñido.

–Joder, mierda –dijo–. Este piano hay que desmontarlo.

Por suerte, el viejo, tras reflexionar, exhumó una pizca de francés oxidado e intentó hablar, así que los dejamos a los tres discutiendo animadamente sobre cómo convenía abrir el piano y demás. Era imposible distinguir ningún cambio en la expresión facial del viejo, debido a su abundancia de vello facial, pero parecía razonar bien.

Lo único que tenía en la despensa era una pequeña porción de, supongo, uapití ahumado y una rata semirrefrigerada, esta última –

debería haber pensado– víctima accidental de un infortunio privado, más que componente habitual de su dieta. Cuando encontramos tan vacía la alacena, se produjo un desagradable altercado entre el Coronel y el Fugitivo a propósito de Sybil, que a este último se le antojaba una buena cena, pero el otro estaba protegido por el tabú contra el asesinato de animales queridos. A pesar de este tabú, Sybil podría haber escapado de la glotonería del muchacho del fuego solo para sucumbir al apetito democrático de sus propios amigos, porque al final el Fugitivo dijo:

–Vamos a votarlo.

Por más encariñada que estuviese con la cerdita, llevaba sin probar bocado desde mi desayuno interrumpido y no hay amor más cerdo que el de dar la vida por…, a Sybil algo le olía a chamusquina, aunque su talento como clarividente no le daba para adivinar de qué se trataba. Hundió el morro en el chaleco del Coronel y se quedó allí temblando como una barriga con retortijones.

–¡Cómeme a mí en lugar de a ella! –gritó el Coronel–. ¡Cénate a un cerdo humano antes de zamparte a mi cerda, caníbal!

Pero el Fugitivo ignoró el chantaje emocional.

–¡Todos los que estén a favor del asado de cerdo que levanten la mano!

Justo cuando Liz, Sansón y yo formábamos una reticente mayoría, el perro payaso, que nos había seguido hasta allí, nos llamó la atención estúpidamente gañendo junto a la puerta para que lo dejásemos salir, quizá con ánimos de escaparse, pero nos anticipamos y nos lo comimos a él en lugar de a Sybil; lo hervimos en nieve derretida porque estaba demasiado duro para asarlo, así también teníamos un poco de caldo. Fido o Bonzo o como se llamase no dio para mucho repartido entre siete, pero aplacó un poco el hambre, de modo que aquel último vestigio de la gigantesca inutilidad de los payasos sirvió para algo, finalmente. Y, a la mañana siguiente, o casi al mediodía, debería decir, dado que el día se rompe perezosamente en el invierno de esas latitudes, el viejo loco salió arrastrándose de la sala del piano para llevar al río a los que no

éramos músicos y enseñarnos cómo pescaba. Así que, en cuanto a la pitanza, las cosas pintaban bien.

Las ropas del viejo, si bien eran más que aceptables en el estrado de la sala de conciertos, estaban un poco fuera de lugar en medio de la nada, sobre todo porque se ponía para salir fuera un sombrero que parecía una mezcla entre tubería y acordeón. Pero sabía lo que hacía. Dejó la caña y los hilos y se llevó un cuchillo enorme, y esto es lo que hizo: se arrodilló sobre el hielo sólido, cortó un bloque y lo sacó para ver si tenía algún pez. A la tercera fue la vencida; cortó por la mitad una carpa congelada. Entonces nos pusimos todos manos a la obra y llevamos a casa cantidad suficiente para desayunar, aunque el hielo pesaba mucho.

Mucho antes de llegar a la entrada, las oímos. El sonido se transmite rápido por el aire vacío y es posible que los pasillos de madera de la casita, haciendo de caja resonante, mejorasen el tono del piano y amplificasen el sonido. En cualquier caso, nítido como una campana. La Princesa lo había arreglado y estaba como nuevo, qué maravilla de chica, y si bien podría profetizar que habrá peleas en el futuro sobre quién ha de tocar los solos, el viejo estaba demasiado conmovido al escucharlas, en aquel momento, como para ponerle pegas.

La canción de Mignon no es una canción triste, no es emotiva, no es una súplica. Sus interpelaciones tienen algo de majestuoso. No nos pregunta si conocemos esa tierra sobre la que canta porque no está segura de que exista…, vaya si está segura, ¡ay!, de que está en algún sitio, en otro sitio, más allá de la ausencia de las flores. Afirma la existencia de esa tierra y lo único que quiere saber es si nosotros también lo sabemos.

Justo cuando, atraídos por el magnetismo de la canción e insensibles a todo lo demás, llegamos a la puerta del jardín cargando con los bultos de hielo cuyo peso goteante habíamos olvidado en medio de aquel placer, Sybil, escondida en el chaleco del Coronel, gañó y empezó a menear el hocico.

Vimos que el tejado de la casa estaba repleto de tigres. Tigres

auténticos, aterradoramente simétricos refulgiendo con la misma viveza que aquellos que se habían perdido. Pero estos eran tigres nativos del lugar, que no habían conocido ni el encierro ni la coerción; no habían acudido a la Princesa para que los domase, que yo sepa, aunque se tendían sobre las tejas como gabanes abandonados, a la bartola, y veíamos que las colas, colgando por los aleros como estalactitas peludas, palpitaban con maravillosa empatía. Sus ojos, dorados como el fondo del retrato de un santo, habían invocado el sol que vidriaba sus pelajes y los volvía tremendamente preciosos.

Bajo aquel sol impropio de la estación, o bajo la influencia de la voz y del piano, toda la naturaleza salvaje se desperezaba como vuelta a la vida. Nos llegó un leve trino de ave, y un zumbido de alas. Suaves gruñidos, maullidos y chirridos de garras sobre la nieve. Y algún crujido a lo lejos, como si el hielo del río se hubiese resquebrajado en pleno éxtasis.

Me dije: Cuando esos tigres se pongan a dos patas bailarán su propia danza…, no se conformarán con lo que la Princesa les enseñe. Y las chicas tendrán que inventarse nuevas melodías sin precedentes para que las bailen. Se dará una nueva clase de música con la que bailarán por voluntad propia.

Los felinos no eran nuestra única visita. Un poco apartado, hacia el margen del bosque, vi un grupo de criaturas que al principio me parecieron casi indistinguibles de la maleza, porque iban vestidos con pieles y pellejos del mismo color amarronado y leonado. Pero uno de ellos llevaba un montón de talismanes grabados en latón que destellaban con un brillo artificial ahora que el sol les daba de lleno. Uno por uno, iban avanzando con cautela; aunque sus rasgos mongoles eran típicamente indescifrables, me pareció que la mayoría tenían una pinta desconcertada. Eran los habitantes del bosque, lo supe al primer vistazo.

No vi al más alto, que cabalgaba un reno, hasta que el animal se despegó de la pantalla de ramas de los pinos, atraído por la música. Era alto, pero alto, el doble de alto que los demás. Y, ¡oooh!, cómo brillaba;

iba tan adornado de baratijas que parecía Piccadilly de noche y aunque estaba demasiado lejos para que su cara fuese claramente visible, vi que era blanca como la leche. La luz del sol le hacía resplandecer el pelo plateado y la mandíbula, que al principio me pareció bañada en plata pero resultó ser una barba.

La barba, al principio, me engañó; y las faldas largas y holgadas, con aquellas cintas rojas. Y el tambor enorme que llevaba en una mano, como un escudo, y que le daba un aspecto feroz. ¡Menuda transformación! Pensé que se iba a convertir en una mujer salvaje y entonces le vi destellar las mandíbulas como plateadas, pero era, era… una barba. ¡Llevaba tanto tiempo lejos de mí como para que le hubiese crecido la barba! Ay, mi corazón…

Se me desbocó el corazón al verlo, no les extrañará, pararse a escuchar como si también él, al igual que los animales salvajes (aunque a diferencia de sus correligionarios salvajes), estuviese fascinado, aunque conociera tan bien a la cantante y la canción. El corazón me dio un vuelco.

–¡Jack! ¡Jack! –grité interrumpiendo la última estrofa, siento decirlo, en mi impetuosidad, y rompiendo, ¡ay!, el hechizo entero.

–¡Jack Walser!

Los tigres levantaron las cabezas y rugieron irritados y afligidos, como si se preguntasen cómo habían acabado en aquel trance. Los que salían del bosque se estremecieron, a su vez, miraron bien a los tigres como si no hubiesen advertido su presencia hasta aquel momento y ahora no les hiciese ninguna gracia lo que veían. ¿Iban a salir huyendo? ¿Huiría él sin llegar a verme?

Desplegué las alas. Con la emoción del momento, desplegué las alas. Las desplegué con fuerza y rapidez suficientes para hacer saltar las costuras de mi chaqueta de piel de oso. Las desplegué, hice estallar la chaqueta y dejé a la vista mis ya saben qué.

El Fugitivo abrió una boca como un túnel, algo arriesgado con este clima, porque se te pueden congelar los pulmones. El viejo se hincó de

rodillas y se santiguó de una manera curiosa. Los salvajes clavaron sus ojos en mí. Se elevó un grito entre ellos. En el hueco que dejó la música interrumpida, se oyó un tambor; el de las lentejuelas de latón empezó a aporrear su instrumento como si le fuese la vida en ello.

Mi entusiasmo me llevó unos metros por los aires; me olvidé del ala rota. Con ayuda de la otra, revoloteé de lado unos metros más, hasta que no pude ya aguantarme suspendida y aterricé de boca en una pila de nieve mientras los salvajes aguijaban a sus monturas y huían, con el del tambor aporreando aún y los tigres, asustados como ninguno, se dispersaban; y así nos vimos solos de nuevo.

OCHO

En el país de los ciegos, el tuerto es el rey solo si llega allí en total posesión de sus mermadas facultades; es decir: si es del todo consciente de la naturaleza exacta de la vista y no la confunde con la clarividencia ni con las visiones de la imaginación ni con la locura. A medida que Walser fue recobrando poco a poco la cordura entre los habitantes del bosque, la cordura se le reveló de tan poca utilidad como le habría servido un ojo miope en una compañía de invidentes. Cuando lo asaltaban recuerdos del mundo de fuera de la aldea, como le sucedía a veces, creía que deliraba. Todas sus experiencias previas habían quedado abolidas y vacías. Si aquellas experiencias no habían modificado, hasta entonces, su personalidad en lo más mínimo, ahora ya no tenían ninguna capacidad de restablecer la credibilidad existencial de Walser (salvo su credibilidad como demente, claro está).

Por suerte para Walser, sus anfitriones no pensaron mal de él por despotricar en extrañas lenguas. Para nada. No lo trataron como a un rey, pero se comportaron con bastante amabilidad… Hasta el punto de que creyeron que alucinaba, dado que tradicionalmente los indígenas de aquellos remotos lugares de Siberia consideraban la alucinación un oficio.

Desde luego, no es que el suyo fuese el país de los ciegos en absoluto. En lo que a ver se refiere, hacían buen uso de sus ojos. Los rastros de aves y animales en la nieve eran signos que descifraban como si de escritura se tratase. Leían el cielo para saber de dónde vendrían el viento, la nieve y el deshielo. Las estrellas eran sus brújulas. La naturaleza, que para la mirada urbana e ignorante resultaba un amasijo de papel en blanco, era la enciclopedia, atestada de información, que consultaban a diario para cualquier necesidad, se aprendían de memoria

el paisaje como si fuese un manual de instrucciones de saberes universales estilo «¿Sabías que…?». Eran iletrados solo en sentido literal; en lo que a teoría y acumulación de conocimiento se refiere, eran unos pedantes.

El Chamán era el pedante máximo. En su sistema de creencias no había nada vago. Su tipo de mistificación necesitaba de hechos sólidos, si bien ilusorios, y su mente estaba bien abastecida de especificidades concretas. ¡Con qué academicismo apasionado se dedicaba a asignar a los fenómenos el lugar adecuado en su sutil e intrincada teología! Aunque siempre andaban pidiéndole exorcismos y profecías, y, a menudo también, que usase sus poderes necrománticos para encontrar utensilios domésticos perdidos, aquello solo eran distracciones frívolas de la principal labor, apremiante, urgente y ardua que se traía entre manos, que era la interpretación del mundo visible que lo rodeaba por medio de la información que adquiría a partir de los sueños. Si lo hubiese podido escribir, cuando dormía (cosa que hacía la mayor parte del tiempo), habría puesto un letrero en su puerta: «Estamos trabajando».

E incluso cuando tenía los ojos abiertos se podría haber dicho que el Chamán «vivía en un sueño». Pero eso es lo que hacían todos. Compartían un sueño común, que era su mundo, y que podríamos denominar «idea» más que «sueño», dado que constituía toda su percepción vívida de la realidad, que afectaba a la realidad *real* solo involuntariamente.

Este mundo, sueño, idea soñada o convicción instaurada se extendía hacia lo alto, hacia los cielos, y hacia abajo, en las entrañas de la tierra y las profundidades de los lagos y los ríos, con cuyos inquilinos vivían en intimidad. Pero aquello no se extendía lateralmente. No tenía en cuenta, no podía tener en cuenta, ninguna otra interpretación del mundo, ni del sueño, que no fuese la suya propia. Era un sueño infalible. Una construcción motorizada. Un sistema cerrado. Infalible por ser un sistema cerrado. La cosmogonía del Chamán, pese a su complejidad de

formas, impulsos y estados de existencia en perpetuo fluir, era finita, porque era una invención humana y no tenía nada de la inverosimilitud de la historia auténtica. «Historia» era un concepto con el que no estaban para nada familiarizados, como de hecho no estaban familiarizados con ningún tipo de geografía que no fuese la místicamente cuatridimensional que habían inventado para sí mismos.

Conocían el espacio que veían. Creían en un espacio que aprehendían. Entre el conocimiento y la creencia no había sitio para la conjetura ni para la duda. Al mismo tiempo, eran pragmáticos como ellos solos y, desde un punto de vista intelectual, estaban permanentemente borrachos.

Hasta que se encontraron con el comerciante de pieles que, medio siglo atrás, introdujo en la tribu la cepa de gonorrea responsable del bajo índice de natalidad histórico, nunca se habían cruzado con un extranjero…, es decir: alguien cuyos puntos de referencia fuesen distintos de los suyos. Como no tenían una palabra para la noción «extranjero», usaron la palabra «demonio» para designar al comerciante de pieles y, más adelante, decidieron que había sido una elección tan adecuada que continuaron empleando el término «demonio» como término genérico para aquellos ojosrredondos que pronto empezaron a aparecer por todas partes.

Porque, en menos que canta un gallo, todo un poblado, un extraño poblado, se estaba agolpando alrededor de aquella primera cabaña; y ahora que la vía férrea pasaba tan cerca de ellos camino de R., sus hijos corrían junto a las enormes y pesadas locomotoras humeantes, saludándolas, ¿por cuánto tiempo sería capaz esta comunidad de soñadores de mantener la integridad primitiva de su inconsciencia colectiva contra la brutal actualidad tecnológica de la Era del Vapor?

Durante tanto tiempo, quizá, como pudieran conspirar para ignorarla. Siempre que ninguno de aquellos niños vitoreantes decidiese que quería ser conductor de locomotora al hacerse mayor. Hasta el momento en que uno solo de ellos se preguntase de dónde venían realmente los

trenes y adónde iban, en lugar de observarlos con asombro indiferente. Y era indiferencia, una indiferencia cultivada, con la que los integrantes de la tribu se defendían de toda la significancia del municipio de R. y sus habitantes.

Esta indiferencia disimulaba un miedo. No temían a los extranjeros en sí; el que les trajo la esterilidad también les trajo las armas de fuego, y tanto aborígenes como colonos comprendieron enseguida que lo que les convenía era una neutralidad armada. Tampoco temían a los gonococos; era otra clase de infección la que ellos temían…, una infección espiritual de descontento, contraída por exposición a lo poco familiar, cuyos síntomas eran las preguntas. Por lo tanto, visitaron el poblado de R. para comerciar y rapiñar. Nunca más. Para ellos, R. no dejaba de ser un pueblo de sueños como su propia aldea, y pretendían que así siguiera siendo.

Aunque Walser era el doble de alto que ellos, blanco como un abedul pelado y sus ojos redondos carecían del pliegue mongol, supieron que no era un «demonio» en el sentido de «demonio extranjero», sino más bien un demonio en el sentido de «visitante demónico» o «representante del mundo espiritual», a causa del extraordinario trance en el que estaba sumido la mayor parte de las horas de vigilia. El Chamán presentó a su expósito al resto de la tribu:

–¡Contemplad a este soñador!

Escucharon respetuosamente los barboteos de Walser y, al no lo entenderlo, lo consideraron prueba de que estaba en trance sagrado.

Así que, a medida que Walser fue recuperándose de la amnesia que siguió al golpe en la cabeza, se encontró condenado a un estado permanente de delirio sagrado… O habría sido condenado, en caso de presentarse con cualquier identidad que no fuese la del trastornado. De modo que su yo permanecía en un limbo.

Walser vivió con el Chamán. Incluso el padre del abuelo del Chamán había sido Chamán. Cuando era un chaval enfermizo, sufría de desmayos, lo mismo que sus antepasados. Durante uno de estos

desmayos, todos sus maravillosos ancestros visitaron al chico. Algunos llevaban cuernos; otros, ubres. Lo levantaron como si fuese un bloque de madera y le dispararon flechas hasta que le dio un desmayo… Dicho de otra manera: durante su desmayo, soñó que se desmayaba. Entonces sus antepasados lo cortaron en pedazos y se lo comieron crudo. Contaron los huesos que quedaban. Había uno de más. Así es como sus antepasados supieron que el chico tenía lo que había que tener para continuar con la profesión familiar.

Este ritual se prolongó durante un verano entero y, mientras los antepasados andaban ocupados en ello, al muchachito no le estaba permitido comer ni beber, de manera que se puso palidísimo. Ahora que era adulto, el Chamán miraba la piel pálida de Walser y pensaba que el recuento de sus huesos debía de haber llevado mucho más que un verano. ¿Había habido algún problema? ¿Demasiados huesos? ¿Demasiados pocos? ¿Y qué podía significar huesos de más o de menos en el gran entramado de las cosas? ¡Justo la clase de rompecabezas que le encantaba al Chamán!

Después de contar los huesos, sus antepasados los volvieron a juntar y restauraron al chico con una bebida fortalecedora de sangre de reno. Mientras yacía tendido en su choza, su lengua comenzó a cantar con vida propia. Su madre y su padre, ambos chamanes, se acercaron a escuchar. La lengua cantante les dijo qué clase de tambor debía llevar su hijo cuando fuese a invocar a los espíritus. Salieron a matar un reno y se pusieron a despellejarlo y curtir la piel.

El Chamán le dio otro vaso de meados a Walser y Walser empezó a cantar. El Chamán escuchó con mucha atención. Walser cantó:

> Así que se acabó el vagar
> hasta entrada la noche,
> aunque el corazón siga amando
> y la luna resplandezca casi igual.

¡Qué tierna preocupación sintió el Chamán al ver caer las lágrimas por

las mejillas de su protegido! Pero el sonido de su cantar se le antojó extrañísimo, nada acostumbrado a la música europea. No obstante, estaba convencido de interpretar correctamente los sonidos, así que mató un reno y tendió el pellejo entre dos varas para secarlo. Debido a las inclemencias del tiempo, se vio obligado a hacerlo dentro de la choza, que pronto apestó a rancio. Puso en el fuego ramas secas de tomillo y enebro, no para que el humo fragante disimulase la peste a piel de reno putrefacta –él casi la paladeaba, aunque a Walser le produjera alguna arcada–, sino porque el incienso de esas hierbas quemadas procura visiones. A Walser le volvían a dar vueltas los ojos en las cuencas, ¡espléndido!

Normalmente, Walser compartía la cena con el Chamán, pero hoy, como experimento, decidió darle de comer lo que le ofrecía a los ídolos en la austera choza sin ventanas donde se les rendía culto, unos dioses cuasiantropomorfos frente a los que practicaba los misterios de su religión. Se alimentaban de un *porridge* hecho con cebada machacada, piñones y caldo de urogallo. Walser sorbió con desconfianza, luego revolvió el *porridge* en el cuenco de madera con su cuchara de cuerno. Las hierbas secas crujían sobre la estufa. Los ojos de Walser se encendieron.

–Hamburguesas –meditó en voz alta.

El Chamán aguzó el oído. Walser divagó sobre una retahíla de recuerdos gastronómicos; ¿cómo saber qué clase de letanía creyó el aborigen que recitaba?

–Sopa de pescado. –La cara de Walser era el espejo de su memoria; hizo una mueca. Otro intento–: Cena de Navidad…

Torció el gesto y gimió. Las palabras «cena de Navidad» le recordaron algo aterrador, un peligro horrendo; le recordaron el primer plato, le recordaron el…

–¡Kikirikí!

Chilló, asaltado por unos recuerdos espantosos e incomprensibles, luego se encerró en un silencio angustiado hasta que se le volvió a pasar

por la cabeza un pensamiento feliz:

–Empanada con salsa de anguila y puré.

Dicho esto, sonrió y se frotó el estómago con una mano. Embelesadamente atento, el Chamán, el lector de signos, le sirvió más caldo y esperó más revelaciones.

–Empanada con salsa de anguila y puré, gallito viejo –dijo Walser agradecido.

El Chamán decidió que Walser debía de estar indicándole que había llegado la hora de construir su tambor chamánico. A la mañana siguiente, le vendó los ojos con una tira de piel de reno, lo abrigó bien, lo sacó fuera, lo hizo dar tres vueltas sobre sí mismo para desorientarlo y le dio un buen empujón. Walser avanzó a tumbos seguido por el Chamán con un hacha al hombro, escuchando las suaves voces del alerce, el abedul y el abeto susurrándole requiebros.

Avanzó sin rumbo, titubeante, importunado por los viajes cada vez más desagradables que su imaginación hacía sin ojos tras la venda hasta que –o eso habría jurado, al menos– oyó, entre el silbido del viento en la maleza, el siseo de una sola palabra: «¡Homicidio!». Al oír esto, se arrancó la venda y le dio un puñetazo en la cara al Chamán. Pero el Chamán tenía prevista alguna salida irracional y le devolvió el golpe, aunque tuvo que pegar un salto para llegar, porque el otro era mucho más alto que él. Sin embargo, después de eso, dejó que Walser vagabundease sin venda.

Al rato, el Chamán oyó un golpeteo suave e insistente. Walser, que no oía nada –y, de hecho, no había nada que oír–, lo vigiló con desconfianza de reojo mientras se acercaba a un árbol del que no sabía el nombre y apoyaba la oreja en el tronco. Al poco, el Chamán sacudió la cabeza irritado y le hizo una seña para que continuase caminando.

Esto es lo que el árbol retumbante le dijo al Chamán: «¡Ja! ¡Has caído!».

Pronto otro árbol empezó a tamborilear, pero resultó que este también le estaba gastando una broma al Chamán. Empezó a refunfuñar entre

dientes. Pero el tercer árbol retumbante anunció desconsolado: «Soy yo». El Chamán taló de inmediato el árbol e hizo que Walser cargase con el tronco de vuelta a casa. Talló el aro del tambor de aquella madera sentado frente a la estufa en su cabaña apestosa.

La vivienda era una casa de una planta, diáfana, acogedora y cuadrada, hecha de pino. Sobre el samovar colgaba una bolsa de cuero decorada con plumas de águila, colas de ardilla y conejo, discos de hojalata y trencitas de cuero; dentro guardaba su amuleto, que no dejaba ver a nadie, ni siquiera a Walser, por mucho cariño que le hubiese cogido. En su amuleto residía toda la fuente de sus extraordinarios poderes. Su padre, de quien lo había heredado, le conminó a que jamás revelase su contenido a nadie. Era tan discreto con el contenido de su bolsa del amuleto que muy bien podía estar vacía.

El Chamán y Walser no vivían solos. Había un oso, un oso negro, de menos de un año de edad, casi un osezno. Este oso era mitad mascota, mitad espíritu familiar; era un oso peludo auténtico y querido, a la vez que una especie de metaoso trascendental, una deidad menor, y también un ancestro parcial, porque los habitantes del bosque cedían generosamente una labor procreadora considerable al resto de especies de los bosques, así que la tribu contaba con muchos osos entre los varones del linaje.

El Chamán creía que el oso, de cachorro, había bajado de los cielos en una cuna de plata. Vio descender la cuna en un seto colgando de un cable plateado, pero cuna y cable se habían esfumado para cuando llegó al osezno. Se lo llevó a casa en su morral de talismanes y le dio a chupar un trapo empapado en leche de reno. Cuando pasó a los sólidos, comía lo mismo que el Chamán: peces de agua dulce, *porridge,* caza. Ya le ofrecerían filetes de oso cuando muriera.

Le perforó las orejas y le puso unos aretes de cobre, por embellecerlo, y también un collar de cobre, y una pulsera de cobre en la garra izquierda. Al cumplir el año, lo llevarían a la choza del culto y lo degollarían delante de un ídolo úrsido sentado sobre una pila de cráneos

de osos que habían acabado de manera similar.

El Chamán no se encargaba de aquel trámite en persona. El verdugo del oso lo escogían los espíritus entre los aldeanos, manifestando su decisión en sueños o por otros medios extraterrenales, y el Chamán se alegraba de ello, porque siempre establecía vínculos tan estrechos con los osos que le rompía el corazón despacharlos, aun cuando supiese que era por un bien común. Toda la aldea se apiñaba en la choza del culto para presenciar la ceremonia, lamentando con energía y pidiendo perdón profusamente: «¡Pobre oso pardo! ¡Lo sentimos mucho, oso pardo! ¡Cómo te queremos, pobre oso pardo! ¡Qué mal nos sentimos por tener que acabar contigo!». Luego le cortaban la cabeza y el resto lo asaban en una hoguera. La cabeza, todavía con los aretes en las orejas, se colocaba en medio de una mesa común y las exquisiteces más variadas –el hígado, las mollejas, la carne tierna del lomo y las nalgas– se ofrecían a la ensangrentada reliquia mientras todos se daban un festín con los restos de su anatomía. Los participantes de este sacramento siberiano fingían no darse cuenta de que el proveedor de aquel banquete no probaba bocado.

El oso pardo, ahora libre de su envoltorio cárnico, llevaría mensajes a los muertos; quienes se lo comían participaban de la fuerza y el valor del oso; y, además, como la muerte no era exactamente mortal en esta teología, el oso pardo pronto resurgiría, nacería de nuevo, sería de nuevo capturado, criado de nuevo, degollado de nuevo en un ciclo continuo.

Y caramba, ¡lo rico que estaba!

Después de hervir el cráneo para desprender la carne, lo tiraban en la pila de la cabaña del culto; si los hubiesen contado, habrían podido sacar en claro la tremenda antigüedad de aquellas costumbres. Pero nadie contó la pila porque nadie sabía en qué sentido el pasado difiere del presente. No estaban muy seguros de en qué difería del futuro, tampoco. Mientras tanto, el oso vivía en la feliz ignorancia.

Walser compartía con el Chamán y el oso un enorme camastro de

latón que el primero –no malgastes y no te faltará– había cogido de un basural junto a la estación de R. Pronto compartieron también las pulgas del oso.

El Chamán creía que los osos hablaban con otros animales del bosque, así que, tarde o temprano, su oso acabaría teniendo una conversación con Walser, pero pasó el tiempo y, aunque el joven y el oso se llevaban bien, no había señal alguna de que conversaran. Sin embargo, como no tenía nada que hacer y las largas tardes se le hacían pesadas, Walser enseñó al oso a bailar. Siguiendo un impulso profundo, casi instintivo, Walser dirigía, aunque el oso también era macho.

Cuando el oso empezó a pillarle el tranquillo, otra pieza del rompecabezas del pasado de Walser encajó en la incoherencia de su presente, aunque el rompecabezas no solo estaba incompleto, sino que ni siquiera parecía un rompecabezas. El oso y él daban vueltas alrededor de la cabaña. Sus pies sabían de qué iba aquello mejor que su cabeza y obedecían los dictados de cierto ritmo, por otra parte olvidado: *un*-dos-tres, *un*-dos-tres… Giraba con el oso gruñendo sobre el suelo delante de la estufa sobre la que crujía y humeaba el enebro seco, como en su día bailó sobre el suelo de serrín con otro depredador de afiladas garras. Como en su día bailó…

–¡Vals! –gritó. Y entonces, reconociéndose con júbilo–: ¡Walser! ¡Yo, Walser!

Y soltó al oso para poder golpearse el pecho.

–¡Walser soy yo!

El Chamán comprendió perfectamente y, por una vez, correctamente. Estaba muy contento con su aprendiz; en su éxtasis, ejecutó una danza bárbara y, en éxtasis, ya digo, le dio su nombre profesional. Walser podría hacer su debut como hechicero muy, muy pronto. El Chamán tensó el pellejo del reno sobre el aro del tambor y lo dejó curar. Talló un palo de madera de aliso, cazó una liebre, la despellejó y forró el palo con la piel que en aquella estación del año era blanca como la nieve que lo cubría todo. Ahora solo faltaba la paciente espera hasta que Walser

diese señales –espumarajos por la boca, caídas, chillidos– que indicasen que estaba listo para empezar a tocar el tambor.

Llegado este punto, el joven captaba algunas palabras del idioma del Chamán, por duro y grumoso que fuera, erizado de «kas» y «tes», atestado de oclusivas, lleno de clics, de vocales aspiradas que sonaban como el hacha contra la madera, como las botas sobre nieve. A la manera funcional y precaria de un niño que empieza a hablar, aprendió primero los sustantivos: «hambre», «sed», «sueño». Luego fue aprendiendo una cantidad cada vez mayor de las setenta y cuatro palabras que expresaban en su lengua las diferentes variedades de frío. Al poco, empezó a aventurarse en su gramática rococó.

Su adquisición gradual del idioma del Chamán inauguró un conflicto en su interior, dado que sus recuerdos, sus sueños, o lo que fuesen, se dramatizaban en otro idioma. Cuando hablaba en voz alta en aquel idioma, el Chamán le prestaba mucha más atención que cuando pedía otro vaso de té en protougrofinés, porque el Chamán daba por hecho que el inglés recordado de Walser era el discurso astral que debía interpretarse según su propia gran hipótesis, una serie de enigmas que se volvían totalmente descifrables con la ayuda de la meditación y aquel destilado que seguía administrándole al joven.

El viejo escuchaba atentísimamente lo que Walser decía en sueños porque disolvía el delgado borde que conocía entre lo real y lo irreal, aunque él no lo habría dicho así, porque el Chamán solo advertía el borde, de la profundidad de un peldaño, entre un nivel de realidad y otro. No hacía ninguna distinción categórica entre ver y creer. Se podía decir que para toda aquella gente no había diferencias entre realidad y ficción, sino una especie de realismo mágico. ¡Extraño destino para un periodista, acabar en un sitio donde los hechos, como tal, no existían! Aunque tampoco es que Walser recordase lo que era un periodista. Cada vez le acosaban más los recuerdos; no era consciente, porque su cabeza se iba aclarando día tras día –ya no cantaba como un gallo–, pero sus recuerdos le resultaban incomprensibles hasta que el Chamán los

interpretaba.

El Chamán integró sin esfuerzo la facilidad con la que Walser hablaba en lenguas con los dogmas de su compleja metafísica propia. Pero, si bien Walser aceptó la idea de que estaba excepcionalmente dotado con el poder del sueño (puesto que esta era la única teoría sobre su diferencia que estaba a su alcance), en ocasiones, como con el redescubrimiento de su nombre, se paraba a pensar: «¿Habrá otro mundo más allá de este lugar, como a veces imagino?».

Luego se sumía en agitada introspección. Así que Walser adquirió una «vida interior», un territorio de especulación y conjeturas dentro de sí mismo que le pertenecía por completo. Si antes de irse con el circo siguiendo a la mujer pájaro Walser era como una casa para entrar a vivir, amueblada, ahora por fin tenía un inquilino, aunque aquel inquilino interior fuese insustancial como un fantasma y a veces desapareciese durante días.

Pero, dadas las circunstancias, era infructuoso preguntarse si había un mundo más allá…, ¡porque el Chamán tenía bastante claro que lo había! ¿Acaso no lo visitaba él constantemente? Durante los trances para los que poseía una disposición hereditaria, a menudo viajaba hasta ese mundo. El Chamán no era el único que frecuentaba aquel mundo; ¡cada vez que viajaba se encontraba el aire que sobrevuela Transbaikalia atestado de chamanes voladores! Aquel mundo le resultaba tan familiar como el mundo en el que había echado el ancla temporalmente para discutir la proposición de otro mundo con Walser, y este mundo y aquel mundo tenían que ser, sin duda, el mismo que visitaba Walser en sus trances, porque todos los mundos son únicos e indivisibles.

Y ya está. Fin de la discusión. El Chamán se agachó para acariciar a su oso.

Pero un día Walser vagabundeó siguiendo la vía del tren y se encontró con un niño de la tribu sentado en un tocón en medio de la nieve, la mirada clavada en la lejanía, donde se iba borrando la blancura de un jirón de humo del tren que se marchaba. Y en la cara de aquel niño vio

una expresión de anhelo que lo conmovió y además removió su memoria, puesto que reconoció aquella expresión, no con la mirada, sino con el corazón; por un instante fue de nuevo el golfillo de pelo enmarañado que un cuarto de siglo atrás observaba las velas hinchadas, las chimeneas eructando, de los barcos que partían desde San Francisco hacia los confines del mundo.

Y así recordó el mar. Cuando recordó los islotes de chatarra, la libertad infinita de las aguas eternamente cambiantes, la música de fuga de las profundidades, supo que el Chamán no le creería; el Chamán vivía tan adentro de tierra firme que si se encontrase un remo lo tomaría por un mayal. Y él, por su parte, no podía interpretar aquella visión; no era capaz de decidir qué significaba el mar…, aunque, a medida que iba acumulando vocabulario del Chamán, fue haciendo tentativas de interpretar sobre la marcha los elementos del sueño.

–Veo un hombre con un –buscó la palabra–… cerdo en brazos. ¿No sabes lo que es un cerdo? Un animalito, se come. La mitad superior del atuendo de este hombre imita el cielo estrellado. La mitad inferior, por un sistema de barras paralelas, representa, quizá…, árboles caídos… Trae luz y trae comida, pero también parece traer… destrucción…

Walser había aprendido a hablar mediante imágenes para contar sus visiones y que el Chamán las comprendiera, pero el otro las comprendía a su manera. Identificó el «animalillo delicioso» con el oso, al que Walser tenía tanto cariño como él mismo, y por lo tanto interpretó su sueño como que los espíritus nombraban a Walser verdugo del oso, ya que su hora se acercaba. Los espíritus debían de estar usando también el sueño para indicar el atuendo chamánico de Walser.

De manera que el Chamán hizo un ropaje de pellejo de uapití y recortó unas estrellas con los restos de una lata de carne picada que había recogido en R. Acudió a una prima suya que trabajaba ayudando en la medida de lo posible como partera de la aldea y sabia, y le pidió que le cosiera el pellejo de uapití y le pusiera las estrellas de latón en el pecho. Ella accedió a hacerlo en el tiempo que le dejasen libre los

complejos rituales tocantes al nacimiento del primer niño de su hija mayor. Estos rituales eran especialmente complejos porque los nacimientos eran relativamente raros en la comunidad por aquella época y era necesario engañar a los espíritus…, convencerlos de que no se había dado ningún nacimiento, o de lo contrario vendrían a robar al pequeño recién llegado para aumentar la población del otro mundo, en lugar de la de este.

Walser se sentó delante de la estufa y pensó en las barras y las estrellas y cantó:

Oh, say can you see
By the dawn's early light…

Intentó traducirle la canción al Chamán, pero le faltaron las palabras y continuó en inglés. Al Chamán le encantaba oír cantar a Walser, aunque a sus oídos, el sonido era áspero y discordante en extremo, prueba rotunda de las cosas extraordinarias que los espíritus le deparaban. Le gustaba corear a Walser, sobre todo después de un tazón de orina, y modificar las melodías extranjeras con uno o dos cuartos de tono de su cosecha.

But the rockets' red glare,
Bombs bursting in air…

¡Pero no!, allí no estaba la bandera; ninguna bandera estrellada desplegándose en la perfumada, brumosa humareda de la cabaña del Chamán, con su camastro de latón, su samovar, su bolsa del amuleto y el oso con los aretes rascándose las axilas delante del fuego. El Chamán estaba ocupado preparando el tambor. Un estofado de pescado seco burbujeaba para la cena, añadiendo a los potentes hedores a hombre y animal ya presentes una peste a bragas de puta.

–Bragas de puta –se dijo Walser pensativo–. Bragas de puta…

Cuanto más pasado iba apedazando en una colcha estrafalaria hecha a partir de aquel batiburrillo de retales de una memoria que no sabía que

era memoria, más inverosímil se le antojaba. Se puso en un rincón y colocó y recolocó todo aquel rompecabezas hasta que el Chamán lo despabiló zarandeándolo y le enseñó unas lecciones.

Las lecciones eran las siguientes:

a) prestidigitación, o juegos de manos: la habilidad para esconder piedrecitas, palos, arañas y (si encontraba) bebés de ratón en su persona y sacarlos a lo largo de un diagnóstico o una operación;

b) ventriloquía: la adopción de una voz aguda, chillona, de las que solemos asociar con la voz de los espíritus y su «proyección», de manera que parezca como si viniese del propio paciente, o del fuego, o del morro del osezno de los pendientes, o de la boca tallada de un ídolo en la choza del culto;

c) por último, pero no menos importante: el poder de aparentar una solemnidad preternatural, como si se estuviese en posesión del conocimiento oculto a los simples mortales.

No se queden con la idea, por todo esto, de que el Chamán era un estafador que habría funcionado como genial añadido a aquella serie de Walser, «Grandes patrañas del mundo», si todavía buscase candidatos. El Chamán no era un estafador, en absoluto. No tenía rival a la hora de ganarse la confianza de los demás: otros depositaban en él su confianza al percibir la tremenda confianza del Chamán en su propia integridad. Era el médico y el partero de la aldea, el descifrador de sueños y el que decía la buenaventura, el intelectual y el filósofo, además; también oficiaba las bodas y los entierros. Más aún, sopesaba e interpretaba el significado de aquellas fuerzas naturales a las que las circunstancias les hacían especialmente vulnerables.

Pero, aunque el Chamán supiera bien qué aspecto tenía un espíritu maligno en la forma de, por ejemplo, un ratón que estuviera causando a su paciente, pongamos, una diarrea, el paciente solo quedaría convencido por la prueba oracular y continuaría cagándose por las patas abajo hasta que el hipotético ratón saliese de su ano. Los espíritus adoptan formas visibles, por desgracia, solo para el Chamán, a fin de

que este, para satisfacer a sus clientes, se equipe con imitaciones corpóreas de esas formas malevolentes y así pueda ser visto expulsándolas. («Ver es creer»).

Oír también era creer. El Chamán oyó hablar a los ídolos de la choza del culto con bastante claridad y escuchaba ávido las voces del viento, pero había que persuadir a aquellos cuyo oído no era tan agudo como el suyo.

La actitud solemne era el prerrequisito para el espectáculo entero; ¿quién iba a creerse a un chamán al que se le escapa la risa?

Y, una vez que la tribu dejase de creer en los poderes del Chamán…, se acabó la carrera de Otelo. Incluso podrían comenzar a creer que era un desequilibrado. O peor aún, dado que algunos de sus hábitos, de no contar con la sanción de las tradiciones, podrían considerarse especialmente perversos. Lo peor de todo: si dejaban de creer en él, podrían esperar que el Chamán –¡no lo quieran los espíritus!– se dedicase a labores productivas, la monotonía de cazar, disparar, pescar y el cultivo esporádico de la cebada tardía al que se veían abocados sus convecinos, de cuya labor vivía él, por el momento, cómoda y sobradamente, pagado en especies por los pacientes agradecidos o por aquellos cuyos sueños había interpretado con cierto grado de precisión.

Su pretensión era que Walser, el extraviado a quien los espíritus habían guiado por los bosques, el pajarillo salido de un huevo cuyo cascarón desapareció igual que la cuna del osezno…, su pretensión era que Walser, su hijo adoptivo, heredase un día todo su poder, toda su autoridad, todas sus habilidades especiales, incluso su reno y su samovar. Día tras día le iba cogiendo cariño. Por las noches, lo acariciaba y apretujaba con afecto antes de dormirse. Quería a Walser incluso más que al oso. Ahora que Walser estaba allí, no echaría de menos al oso cuando llegara el momento de inmolarlo.

La tribu contaba el paso del tiempo por bloques de luz y oscuridad, de nieve y verano; como su calendario era el de las estaciones y su exposición a los demonios extranjeros que les metieron fuego en la

vejiga les había quitado las ganas de adoptar cualquier otro calendario, observaban el solsticio de invierno con gran ceremonia. Al lado de la choza del culto había un enorme alerce, pelado en aquella estación, y a medida que el resquicio de luz del mediodía iba menguando día a día, el Chamán y su lugarteniente, su prima, abrían una serie de cajas dentro de la choza y sacaban ingentes cantidades de cintas rojas, y también de colgantes de latón con formas de estrellas variadas, medias lunas, lunas llenas, hombres y mujeres estilizados como personitas de jengibre. El Chamán animó a Walser a ayudarlos a encaramarse al árbol y colgar aquellos ornamentos de sus ramas. Walser pensó que el árbol se vería incluso más bonito si ponían velas encendidas también, pero no había velas. Creyó que debía estar llegando la Navidad, aunque no recordaba qué era la Navidad, y por supuesto la Navidad nada tenía que ver con aquello. La aldea también iba a ignorar el instante, que ahora se acercaba a toda velocidad, en que el siglo XIX se transformara en el siglo XX.

Ni siquiera podía decirse que fueran exiliados de la historia; más bien, habitaban una dimensión temporal que no se preocupaba de tener a la historia en consideración. Eran ahistóricos. El tiempo no significaba nada para ellos.

En esta época, el umbral de la era moderna, la bisagra del siglo XIX, si se hubiera hecho una consulta popular entre todos los habitantes del mundo, la mayor parte de ellos ocupados como estaban a lo largo y ancho del planeta en los asuntos cotidianos de la agricultura de tala y quema, las guerras, la metafísica y la procreación, habrían coincidido con aquellos siberianos indígenas en que la idea misma del siglo XX, o de cualquier siglo, era una noción estrafalaria. Si este plebiscito global se hubiera llevado a cabo de manera democrática, el siglo XX directamente habría dejado de existir, se habría abandonado el sistema de división de los años por centenares y el tiempo, por consenso popular, se habría quedado detenido.

Sin embargo, incluso así, incluso en aquellas remotas regiones,

aquellos fueron los últimos y desconcertantes días antes de la historia; es decir, de la historia tal y como la conocemos; es decir, de la historia blanca; es decir, de la historia europea; es decir, de la historia yanqui…; en aquel último y breve respiro antes de que la historia como tal extendiera sus tentáculos para agarrar el globo entero, los miembros de la tribu ya eran adictos al té y mañosos con armas de fuego y hachas importadas que no eran capaces de fabricar por sí mismos, por ser en esencia gente de la Edad de Piedra. Sabían más de lo que decían. Tenían el futuro más presente de lo que estaban dispuestos a admitir; lo bebían y manipulaban a diario.

De manera que no se encontraban exactamente en la misma posición que aquellos indios americanos que, aquel día del año 1492, se despertaban felices en la creencia de que eran los únicos habitantes del planeta, engreídos por el traicionero convencimiento de que, si nada había cambiado en su mundo hasta ahora, nada iba a cambiar jamás, y por tanto, en su inocencia, estaban condenados. Los integrantes de la tribu sabían que no estaban solos y que sus vidas ya habían cambiado, aunque, en aquel momento, aún les parecía posible que su flexible y resiliente mitología fuese capaz de incorporar el futuro en su interior y así impedir que sus creyentes desaparecieran en el pasado.

La prima del Chamán terminó de hacerle la túnica chamánica a Walser. Tal y como se le había pedido, tenía estrellas por el pecho y barras de través por la falda, aunque el Coronel no habría reconocido su venerada bandera en aquella encarnación, de lo concienzudamente que había asimilado los motivos con los de la iconografía tradicional de la tribu. Se quedó sin latón antes de acabar los ornamentos, así que fue en reno al asentamiento de R. y cambió una dosis por un hervidor. Al llegar a casa, cortó el hervidor e hizo un montón de campanillas con el metal. Cosió las campanillas por la túnica a la altura de los omóplatos, bajo los brazos y en los codos.

–Tienes que oír el tintineo de las campanillas para descubrir –y aquí el Chamán pareció asombrosamente solemne–… ciertas cosas.

Pero el tintineo sugirió a Walser la idea de pegar brincos y hacer cabriolas. También le cosió un pequeño penacho de plumas en cada hombro. Aunque se suponía que tenían que ayudarlo a levitar, Walser se echó a llorar como un bebé cuando vio las plumas. ¿Eso por qué?

El Chamán mezcló pigmentos extraídos de varias tierras, musgos, líquenes y bayas, y empezó a pintar la superficie del tambor. En la parte superior pintó el sol, la luna, abedules y mamíferos astados de especies indeterminadas. En la parte inferior pintó ranas, peces, caracoles, gusanos y hombres. En el medio, los pies abajo y la cabeza arriba, pintó una figura antropomórfica designada para viajar con facilidad entre ambas zonas; esta figura era humana, o por lo menos bípeda, sin nada que indicase si era hembra o varón, y de un tamaño descomunal. Para facilitar sus viajes, el Chamán pintó alas a la figura, grandes alas, alas extendidas, y pintó en las alas con pigmento de un rojo mate, aunque vivo, que obtuvo moliendo piojos con maja y mortero.

Esta figura perturbó y complació a Walser incluso más que las campanillas y las plumas de su túnica. Se pasó horas seguidas contemplando el tambor, arrullándolo y riéndose, como ejercitando su recién descubierta sensibilidad. Golpeó y repicó en el tambor con el palo forrado, tratando de persuadirlo para que le hablase. En vano. Le sonreía a la figura y bailaba por ella, con y sin el oso. Finalmente, estirando sus brazos hacia el ser pintado en gesto de súplica, le vino a la mente, en inglés, esto:

–*Only a bird in a gilded cage!*

Entonces una puerta se cerró de golpe en su memoria y, a partir de entonces, vivió como hijo de la tribu, con el único privilegio de estar extrañamente dotado.

La siguiente cuestión era su caperuza, sin la cual no estaba completo su uniforme chamánico. El diseño de esta caperuza debía de llegar también por inspiración visionaria, igual que el resto. El Chamán pensó que lo mejor era subir a Walser a lomos de un reno y dejar que el animal juzgase dónde convenía buscar la inspiración para la caperuza.

Cuándo hacerlo, no obstante…, bueno, ¡qué mejor día necromántico que durante el mismísimo solsticio de invierno!, cuando el sol descendiese momentáneamente y las extrañas bestias de la noche salieran a retozar en el aire crepuscular.

Como ya llevaban dos o tres meses de invierno, la mayor parte de los aldeanos estaban con ganas de algo de diversión cuando llegó el tardío amanecer del solsticio; y, pese a que el sol no logró elevarse sobre el horizonte hasta muy entrada la hora en que en un país civilizado se tomarían sus tentempiés, acabó llegando con esplendor. Casi con demasiado esplendor; tan incongruente era el clima, que el Chamán, que había vaticinado oscuridad, se sintió extrañamente incómodo, como si actuase una especie de magia que escapaba a su control. Sin embargo, la luz del sol hizo salir a los aldeanos, y cuando el Chamán y Walser estuvieron ya vestidos para empezar, un buen número de viajeros se apiñaron a su alrededor bien provistos de cachivaches para un pícnic. Pero la prima del Chamán se quedó en casa a fin de instalar a su hija en el refugio a cierta distancia de la aldea donde madre e hijo permanecerían aislados durante diez días después del alumbramiento, para que los espíritus malvados no supiesen nada de lo sucedido.

El reno de Walser, dejado a su libre albedrío, los llevó en la dirección del santuario de los demonios extranjeros y su maldita carretera de hierro. El Chamán, además, estaba secretamente inquieto, cualquier cosa era posible, hasta una visión que significase una caperuza fabricada al estilo de las de los conductores del Transiberiano, así que no les quedaba otra que ir todos hasta allí. Walser puso en práctica sus lecciones sobre aparentar solemnidad con tanto éxito y diligencia que el Chamán, a pesar de su perturbación interior, sintió un orgullo sentimental.

Era un día todo lo espléndido que permitía la región en aquella época del año: un cielo azul color ojo de neonato; un sol tenue, comedido, que ofrecía un agridulce placer eslavo de evanescencia, por lo poco que iba a durar; y la nieve no parecía una manta letal sino una blanda colcha

pensada para proteger del frío las semillas que germinan. Los niños hacían bolas de nieve y se las lanzaban entre ellos. Una le dio al Chamán en el sombrero, por detrás, produjo un tintineo de sus campanillas y la subsiguiente risita entre los chavales. El Chamán advirtió esta muestra de falta de respeto taciturno. Por más orgulloso que estuviera de Walser, un sexto sentido le decía que la jornada no iba a terminar bien. Se alegró cuando el reno de Walser se desvió de la carretera a R. y empezó a encaminarse más o menos hacia el río; se animó de golpe. Todo culebreaba y se aventuraba de buen talante.

Y entonces la sombra radiante de lo improbable lanzó su hechizo transformador sobre la mañana.

De la nada, del cielo azul claro o del frío corazón del sol blanco y frágil, surgió una voz que cantaba…, una voz humana, una voz de mujer, una voz encantadora. Una voz que daba la sensación de traer con ella la primavera antes de tiempo. Una voz capaz de despertar a las florecillas para que asomaran de la nieve y se secaran los pétalos. Una voz capaz de hacer estremecerse de gusto a los alerces y estirar sus ramas como niños con ganas de bailar. Toda esta revivificación, toda esta renovación, prometía aquella voz.

Una voz de soprano y un acompañamiento de piano.

Los pájaros se agitaron y saltaron de las ramas al aire brillante en busca del origen de la música. La maleza crujió con los movimientos de pequeños mamíferos y roedores que también se acercaban con prisas a beber sedientos de la fuente milagrosa de la canción. Hasta el reno, con aquellos cascos como botas de nieve, apretó el paso bamboleante.

Pero si la fauna y la flora del bosque siberiano respondieron como las del bosque tracio en su día a la música de Orfeo, los habitantes humanos del bosque eran sordos a aquellas resonancias míticas, puesto que no despertaban ecos en su propia mitología. Esta música no podía hechizarlos, ni apaciguar sus pechos salvajes en absoluto, para nada; apenas reconocieron el *lied* de Schubert como música, y es que tenía muy poco en común con las escalas y modos de la música que ellos, a

petición infrecuente de los espíritus, hacían con tambores de piel, flautas talladas a partir de fémures de uapití y xilófonos de piedra. En cuanto a cantar, preferían un punto de papel de lija en la voz; los melifluos tonos de la soprano no estimulaban sus paladares como lo haría la miel. La magia de su canción era una magia ajena y el hechizo no surtía efecto. Sin embargo, los intrigó, los excitó, incluso; también ellos se vieron arrastrados hacia el origen, reflexionando cómo podía ser la cacofonía de los dioses no requeridos que se colaban por el borde entre lo visible y lo invisible en aquel solsticio de extemporánea claridad. Todos los ceños se fruncieron, todos los labios se retrajeron en interrogación.

Pero Walser se vio temblando como los alerces, porque aquella música tenía la familiaridad de un sueño recordado. Cuando vio la vivienda en el claro con su tejado cubierto de tigres extasiados, resultó una visión tan compleja que no fue capaz de decodificarla, en un principio, pero hizo recular un poco a su reno mientras los miembros de la tribu se adelantaban curiosos.

El Chamán, sin embargo, tenía la mosca detrás de la oreja. Estaba acostumbrado a ver, o a clariver, y luego convencer a otros de que veían lo mismo que él; pero ahora todos veían lo mismo que él espontáneamente. Pensó: Qué raro. El piano, que le daba dentera, salía del sueño de a saber quién, no del suyo, no de ningún sueño con el que estuviera familiarizado. Si salía del sueño de Walser, entonces Walser estaba mucho más adelantado en la senda del chamanismo de lo que el Chamán pensaba. La casa que tenían delante, la canción que brotaba de dentro, los tigres soñolientos en lo alto y el grupo de ojosrredondos que apareció ahora volviendo del río con bloques de hielo y peces, todo se combinó para turbar al Chamán. Le pareció que estaba perdiendo la cabeza.

Cuando los ojosrredondos hicieron su aparición, Walser sintió como si un deshielo prematuro le ablandase el cerebro; indeciso sobre qué pensar, indeciso sobre cómo pensar siquiera, aguijó al reno para echar un vistazo de cerca.

–¡Jack! ¡Jack!

Como si estuviese imitando el ruido del hacha cortando un tronco, para el caso que le hizo. La música se calló con una discordancia; alto y claro en el repentino silencio se oyó de nuevo:

–¡Jack Walser!

Su nombre, en boca de la criatura alada. ¡Una señal! Pero no bastó para contentar al Chamán. Acostumbrado como estaba a tratar con toda clase de anomalías imaginarias, aladas y sin alar, con cabezas de jabalí y cascos de uapití, torsos de pez y patas de águila, aquella mujer, con el pelo rubio, las patas peludas y el brillante plumaje de colores artificiales solo vistos en las mantas de los comerciantes, podía venir en son de paz o no. Aunque supiera el nombre de su aprendiz, para él, la mujer seguía armando un jaleo sobrenatural. Aparte de todo eso, sus ostentosas alas ni siquiera eran funcionales; ahora la dejaron caer sin ninguna ceremonia con un golpe húmedo y desgarbado. ¡Qué birria de aparición! ¡Y ahora les iba a echar encima los tigres!

El Chamán comenzó a tocar apresuradamente una defensa mágica en su tambor mientras los de su tribu se dispersaban en desorden emitiendo agudos gritos de decepción y enfado. Walser, que parecía preso de un ataque extático tan intenso como cualquiera de los del Chamán, intentó retrasar la huida precipitada de su cabalgadura, pero en vano; el reno no se detuvo hasta que llegaron de nuevo a la aldea, donde se sacudió a su jinete de encima, soltó un profundo suspiro y se fue a mordisquear musgo. Walser rodó por el suelo nevado riéndose y escupiendo. Cogió su palo forrado de piel de conejo y le arrancó un himno de júbilo a su tambor.

–¡Ya la había visto antes! –le dijo entusiasmado al Chamán cuando este llegó hasta él–. ¡La conozco muy bien!

El Chamán lo vio muy posible, aunque no le parecía necesariamente bueno, dado que su aprendiz iba por el camino de superarlo y ya era capaz de arrancarle al tambor los secretos de los espíritus.

–Mujer, pájaro, estrella –balbuceó Walser–. Se llama…

NUEVE

Aunque de lejos todavía podía pasar por rubia, Fevvers llevaba sus buenos dos centímetros de raíz castaña en la melena y el castaño también asomaba en sus plumas, porque estaba mudándolas. Quizá Lizzie llevara en el bolso peróxido para arreglar lo del cabello y, con algo de suerte, quizá también un frasco de tinta roja para adecentar las alas –¡magia doméstica elemental!–, pero el bolso se había perdido sin posibilidad de recuperarlo en la catástrofe del tren, así que, día tras día, el ave tropical se parecía cada vez más al gorrión londinense con el que empezó su andadura, como un hechizo que se desmorona. Fevvers se puso triste e irritable cuando se vio de reojo en el pedazo de espejo desgastado del anciano con el que se ayudó Lizzie para recortarle aquella melena blanca a una longitud más apropiada para un profesor de música, a la altura del cuello de la camisa.

–¡Listo! ¡Como un pincel!

La historia del hombre era simple. Ya en la mediana edad, dejó un puesto seguro como profesor de música en un colegio femenino en Nóvgorod atraído por las promesas del corrupto alcalde de R., que se embolsó una cuantiosa suma del Gobierno gracias a su proyecto: un conservatorio de Transbaikalia. ¿Qué?, preguntó el músico con cautela; ¿enseñar escalas a los osos y solfeo a los cuervos y los patos? ¡No, no, no!, lo tranquilizó el alcalde sirviéndole más vodka. Las hijitas de los comerciantes de pieles, de los oficiales gubernamentales, de los jefes de estación, los mecánicos y trabajadores del ferrocarril atestarían el conservatorio, y además ¿qué talento inconmensurable no se iba a descubrir entre los hijos de los propios campesinos siberianos? El vodka ayudó a pintar imágenes irresistibles del inexplorado talento musical de la región. Delante de la estufa caliente en la lejana Nóvgorod, el

idealismo del Maestro se inflamó.

Pero no tenía experiencia para saber que le faltaba madera de pionero, ni calculó que el alcalde, en cuanto cobrase sus subvenciones, se olvidaría de él por completo. Sin dinero ni para el billete de vuelta, el Maestro pronto se vio abandonado en la casa, a kilómetros de la ciudad, que le habían asignado como academia de música, solo con un piano, su chistera y su letrero para recordarle quién había sido en su día. Andaba profundamente sumido en la desesperación cuando, como un milagro, llegaron ellos.

–Es como si hubiese encontrado a una hija perdida hace mucho –dijo Lizzie–. Como en el final de una de las comedias tardías de Shakespeare. Solo que ha encontrado dos hijas. Un final feliz, redondo. Bravo por ellos.

El Maestro y la Princesa tocaban una armonía a cuatro manos mientras Mignon, con el ceño fruncido, estudiaba los elementos del contrapunto. Gracias a las clases del Maestro, la chica estaba demostrando un don inusitado para la composición.

Fevvers, mirando el pescado mientras hervía, gruñó que se alegraba de que alguien estuviera feliz. Llevaba el ala fracturada, rota de nuevo en aquel último intento de vuelo, sostenida en alto con unos hilos de pesca del Maestro, y Lizzie le había recetado con firmeza, por el momento, descanso, alimentación y más descanso. Se la traían al pairo las protestas de su hija adoptiva, su insistencia en que se pusieran en marcha de una vez para rescatar al joven estadounidense de las garras de aquella tribu.

–Yo lo vi bastante bien integrado. Vestidito de aborigen, que me fijé.

–¡Pero si no hace ni una semana que nos separamos! ¡No te puedes volver aborigen en una semana!

–No sé yo si solo hace una semana que lo perdimos –le respondió Lizzie–. ¿No te fijaste en la barba tan larga que llevaba?

–Vi la barba –convino Fevvers titubeante–. ¿Qué quieres decir con que no sabes si solo hace una semana…?

Lizzie se volvió hacia la otra mujer con una expresión lo bastante solemne como para impresionar incluso al Chamán.

–Aquí hay algo raro. Algo que desconocemos, querida. Recuerda que perdimos nuestro reloj; recuerda que Padre Tiempo tiene muchos hijos y creo que fue su prole bastarda la que heredó esta región, ya que, a juzgar por la barba del señor Walser y la habilidad con la que cabalgaba su reno, el tiempo ha transcurrido, o está transcurriendo, a una velocidad extraordinaria para los habitantes de estos parajes. A lo mejor –musitó– se les está acabando el tiempo.

A Fevvers aquellas especulaciones no la impresionaron. Cogió un cucharón de caldo de pescado, lo probó, hizo una mueca, rebuscó en el armario del Maestro y no encontró sal. Lo que faltaba. Un montón de manduca pero nada comestible. De no ser tan orgullosa, se habría venido abajo.

Su pesadumbre se veía exacerbada al saber que el joven estadounidense que tanto le había acabado gustando estaba tan cerca y tan lejos. Exacerbada, pero no motivada. Su pesadumbre respondía a otros motivos. ¿La consternaba la velocidad a la que estaba perdiendo su atractivo? ¿Era eso? Le daba vergüenza admitirlo; aun así, se le rompía el corazón cada vez que se miraba en el espejo y veía ajarse sus brillantes colores. Pero eso no era todo. Sabía que había perdido algo realmente vital en el largo camino que la trajo hasta este sitio. Cuando perdió su arma en el palacio helado del Gran Duque. Había perdido parte de ese sentido de la propia magnificencia que hasta entonces había sostenido su trayectoria. En cuanto perdió esa sensación de invulnerabilidad, ¿qué pasó? Pues que se rompió un ala. Ahora era un prodigio tullido. Por más que se pusiera la careta de la valentía, así eran las cosas.

¡La Venus *cockney!,* pensó con amargura. Ahora más bien se parece a una de esas ruinas por las que se paseaba Cromwell. Helena de la cuerda floja, hoy enterrada viva. Pobre de la Mujer Nueva si resulta tan fácil de demoler como yo.

Se sentía disminuir día tras día, como si el Gran Duque hubiese hecho fabricar otra escultura de hielo y ahora, como exquisita venganza por su huida, se aplicase a derretirla muy, muy despacio, tal vez acercándole con pericia la roja brasa de sus cigarrillos. El joven estadounidense era quien conservaba la historia entera de Fevvers en sus libretas; ansiaba verlo para que le dijera que aquello era de verdad. Ansiaba verlo para verse reflejada en aquellos ojos grises en todo su recordado esplendor. Ansiaba; anhelaba. En vano. Pasó el tiempo. Descansó.

Las manos del Coronel temblaban porque se le había acabado el alcohol y se estaba fumando su última caja de puros, pero estaba exaltado porque había encontrado un público cautivo en el Fugitivo, que lo miraba con el principio de una sospecha tremenda.

–Estos percances menores no hacen sino ponernos a prueba, muchacho. Yo fui quien concibió la asombrosa proeza…, ¡elefantes atravesando la tundra!, y sí, fracasé. Muy bien. Fracaso. Fracasé prodigiosamente. ¿Alguna vez ha mirado cara a cara el fracaso rotundo, muchacho? ¡La clave es mirarlo hasta que se canse! El fracaso es el riesgo de cualquier gran iniciativa. Así es como caen los dados en el Juego Lúdico: unos ganan, otros pierden, y perder como he perdido yo, perder con tanta magnificencia, con tanta enormidad, perder hasta la última cosa, todito, hasta el último botón…, ¡vaya si no!, eso es una especie de triunfo en sí mismo.

Se irguió sobre sus patas de cervatillo y meneó el cabo de su último puro.

–¡Ojo, Transbaikalia! ¡Volveré! ¡De las cenizas de mi intentona me levantaré renovado!

El Coronel Kearney lanza su desafío a los páramos helados, a los osos, a las estrellas fugaces… Volverá con más elefantes y más grandes; con tigres más grandes y más feroces; ¡todo un ejército de payasos infinitamente más graciosos! ¡Sí! ¡La gloriosa bandera ondeará de nuevo por la tundra!

–Coronel Kearney, ¡el único y futuro empresario! ¡El Coronel Kearney

saluda a la Nueva Era! ¡Ojo, siglo XX, que voy!

Fuera, bajo un cielo del color y la textura de una manta militar, animales salvajes, cazadores, parteras, comerciantes, peleteros y aves de presa se ocupan en sus cosas, ignorantes del desafío del Coronel. De haberlo oído, no le habrían entendido; de haberlo entendido, se habrían burlado de él. Sansón dejó entrar el irónico silencio de la noche cuando traía una brazada de troncos de la pila de leña, pero el Coronel, cuyos claros ojos se habían vuelto más prominentes al invadirlo aquellos frescos estallidos de nerviosismo, echó a la noche de nuevo fuera.

–Jovencito, le presento a mi puerca.

Sybil pensaba en salsa de manzanas cada vez que miraba al Fugitivo y trataba de esconder los jamones, pero el Coronel le dio un golpecito seco en la nuca para que los menease.

–Sybil, la cerda mística, mi socia en el Juego Lúdico. Vaya si no, somos viejos amigotes, Sybil y yo. Hace muchos, muchos años, en el rancho de mi papá en Lexington, Kentucky. ¿Ha oído hablar de Kentucky, el estado de la Hierba Azul? La tierra de Dios, chaval; vaya si no, la tierra de Dios… Allí en el rancho de mi padre, yo no era más que un mozalbete entonces, del tamaño de un codillo, cuando conocí, mejorando lo presente, a la damita de mayor categoría que haya hozado en un comedero…

El Fugitivo estaba embobado con la elocuencia del Coronel. No había conocido nunca a nadie igual. Aunque su aspecto poco tenía que ver con el de una sirena, la canción que cantaba era igual de dulce. Para cuando el pescado estuvo listo para comer, el Fugitivo accedió a llevar al Coronel hasta la vía férrea de R. y, por consiguiente:

–¡Si es necesario, cabalgaré mi puerca!

…por cualquier medio disponible y hasta cualquier periódico que pudiera alertar del asombroso destino del circo del Coronel Kearney y que pudiese obtener crédito para empezar la cosa desde cero otra vez.

¡Qué aguante el de aquel enano gordito del Coronel! Era como uno de esos tentetiesos que no se pueden tumbar por muy fuerte que los

empujes. ¡Con qué celo misionero se enfrentó a la virtud perpleja del Fugitivo! El Fugitivo, que creía en la inocencia y la bondad innatas del ser humano, no tenía nada que hacer ante el Coronel, claro, porque este creía lo mismo, aunque desde una perspectiva bastante distinta.

–Y esta damita, aquí, su abuela, la primera en una larga estirpe de cerdas patrióticas, se levantó sobre dos patas y me enseñó una lección que no me enseñaron en el colegio. Y la lección era, jovencito mío: «¡Exprime a los memos!». ¡Jo, jo, jo!

Sofocó aquella risotada tras haber asignado al Fugitivo la categoría de memo. Sus ojillos vagaban sin descanso por la cabaña austera, que la geometría de la música transformó a toda prisa en un blanco palacio de trascendental pensamiento. No le gustaba aquello ni una pizca. Sabía que Mozart había muerto sin blanca.

–¡Hay que enredarlos! –le confió al Fugitivo, cuya vida, hasta entonces, se había consagrado al proyecto de perfeccionar la humanidad, por las buenas o por las malas. Le costó un poco comprender el «enredarlos», y luego maldijo su inglés porque no pillaba a qué se refería el Coronel, porque, desde luego, ¡no podía estar diciendo lo que estaba diciendo!

Pero el Coronel se rio cuando miró la cara lozana de ojos brillantes del muchacho y pensó: Si este chico demuestra ser un empleado útil para el gran proyecto del Juego Lúdico, le pondré de nombre Enredo para que lo use en América. Le preguntó a Sybil qué puesto era el más adecuado para el Fugitivo cuando volvieran a la Civilización. La cerda ladeó la cabeza y reflexionó. El oráculo respondió así:

«G-E-R-E-N-T-E».

No hay mejor caja fuerte que un corazón puro. El Fugitivo se planteó la perspectiva de una nueva vida en el Nuevo Mundo. Lo entusiasmó tremendamente. Quería ponerse en marcha al instante, pero resultó que ni Mignon ni la Princesa tenían intención de moverse. ¡Ni un centímetro! Cuando el Coronel intentó convencerlas de volver con él al país de las luces, negaron con la cabeza. El Maestro, al que parecía que

le iba a dar un ictus de pura alegría por haber fundado finalmente de casualidad aquella Academia Musical de Transbaikalia en la que había depositado tantas esperanzas, abrazó a sus dos únicas pupilas. Por la inconmensurable naturaleza salvaje que los rodeaba deambulaba el público salvaje para el que las dos mujeres tendrían que hacer una música nunca antes oída en la Tierra, aunque no fuese la música de las esferas, sino la de la sangre, la carne, los tendones, el corazón.

La música, proclamó Mignon, para la que habían nacido. Habían sido unidas, aquí, como mujeres y como amantes, únicamente para hacer… música que al mismo tiempo amansase y no amansase; música que sellase el pacto de tranquilidad entre los humanos y sus hermanos y hermanas salvajes, sin quitarles la libertad.

Mignon soltó su discurso con tal energía y fuerza que conmovió a todos.

–¿Cómo puede ser esta la misma chiquilla harapienta que acudió a mí por caridad hace pocas semanas? –reflexionó Fevvers–. El amor, el amor auténtico, la ha transformado.

Cuando comprendió que era la presencia de la otra la que hacía tan hermosa a Mignon, se le acumularon unas lagrimitas en los ojos, porque ella, Fevvers, se estaba volviendo cada día más fea.

El Coronel refunfuñó, pero no insistió. Su número iba viento en popa siguiendo un objetivo al que él no le veía ningún beneficio. «Eso es dar perlas a los cerdos», habría dicho de no ser por la gran consideración que tenía a Sybil.

¿Y el Forzudo qué? El Coronel, recordando sus hazañas, lo tentó con la fama y el dinero, le recordó que lo único que podía esperar de aquellas mujeres era amistad. Sansón carraspeó y basculó de un pie a otro un poco incómodo antes de hablar.

–Siempre he sido fuerte, simple y… cobarde, he escondido la fragilidad de mi espíritu tras la fuerza de mi cuerpo. He maltratado a las mujeres y les he hablado mal, creyéndome superior al sexo entero por mis músculos, aunque en realidad era demasiado débil para soportar el

peso del amor de ninguna de ellas. No soy tan vanidoso como para pensar que un día ni Mignon ni la Princesa vayan a aprender a amarme como hombre; tal vez un día me estimen como a un hermano. Esta esperanza espanta el miedo de mi corazón, así que aprenderé a vivir entre los tigres. Cuanto más sirvo, más fuerte se vuelve mi espíritu.

La Princesa y Mignon se acercaron para cogerlo de las manos cuando hubo acabado su discursito, pero, con una expresión de bochorno fugaz, se salió encorvado de nuevo a buscar más madera.

–«De la fortaleza acaba saliendo la dulzura», como pone en las latas de sirope –comentó Lizzie–. Sansón ha triunfado. Bueno, ¿quién lo hubiera dicho?

Mientras tanto, Fevvers pateaba las espinas del suelo cogiendo carrerilla para la insubordinación. En respuesta a la pregunta tácita del Coronel, anunció con voz indignada y áspera:

–Lo que es yo, voy en la dirección contraria a usted, mamón asqueroso; ¡voy a buscar al joven estadounidense al que metió en el circo y ahora pretende abandonar a su suerte entre paganos!

El Coronel aplastó el cabo de su último puro en la suela del zapato, le echó una mirada de infinito remordimiento a los restos machacados y, por pura ansia de un puro nuevo, enrolló un trozo de papel manuscrito en un tubo y lo masticó. Echó una ojeada a su antigua estrella con recelo. El Espantajo Emplumado.

Libre de los confines de su corsé, aquellas formas que quitaban el hipo en su día colgaban como si la arena se escapase del reloj y por eso el tiempo, en aquellos lares, no pudiese controlarse. No tenía ni ánimos para lavarse la cara, así que todavía tenía pegotes de colorete incrustados en los poros y empezaba a tener puntos negros y sarpullidos. Se había enroscado el pelo, ya casi del todo castaño claro, en lo alto de la cabeza de cualquier manera, fijado con una raspa de carpa. Como había dejado de preocuparse de esconder sus alas, los demás se habían acostumbrado tanto a verlas que ya no parecían nada del otro mundo. Además, un ala había perdido sus glamurosos colores y la otra estaba

vendada e inservible. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que volviera a volar? ¿Dónde estaba aquella conminación muda a mirarla que un día la hizo destacar? Se había esfumado; y, dadas las circunstancias, mejor haberla perdido…, en aquel momento prefería con mucho ser ignorada. Se había abandonado tanto que parecía un fraude, y eso le pareció al Coronel, un timo barato. Aun así, exclamó regodeándose:

–¿Así que rompe el contrato?

Fevvers levantó la cabeza de golpe.

–¿Cómo? ¿No me va a pagar?

–Ni un penique –afirmó el Coronel con una alegría despreciable–. Y, según nuestro contratito, si se rompe ahora, antes de llegar a Yokohama, no digamos ya a Seattle, renuncia usted al monto que se le debe por las actuaciones en Petersburgo. ¡Jo, jo, jo! –remató animadísimo de nuevo. Le sacó una ristra de banderolas de la oreja a Sybil ignorando los ojos de la cerda, que le reprochaban la mala *praxis*–. ¡Lo llevas crudo, si se la quieres clavar al Coronel Kearney! –gritó meneando las banderitas.

–¡Ya se las verá con mis abogados! –dijo Fevvers en un patético intento de desafiarlo.

–Envíeme la citación vía uapití.

Y tras este amigable intercambio, el Coronel se puso en marcha precedido de su guía bamboleándose entusiasta. Lizzie los siguió hasta la puerta para despedirlos con toda su inquina. Sus ojos hablaban a gritos pero estaba muda de furia porque ya no podía vengarse con nada concreto como almorranas o pies de atleta. A lo mejor Fevvers había perdido su magnificencia por el camino, pero la pérdida de Lizzie era mucho peor…, había perdido su buena mano para desencadenar catástrofes domésticas, a pequeña escala; la guardaba (¿dónde si no?) en su bolso.

Se consoló; no habría necesitado infligir calvicie al Coronel, porque ya era calvo.

Sin embargo, no sintió rencor hacia Sybil, y la conmovió ver cómo la

cerdita se tapaba la cara con las orejas, avergonzada de su protector, resoplando con desagrado, tentada de escaparse de sus brazos de un brinco y correr hacia aquellos que el Coronel dejaba allí tirados. Pero Sybil no iba a morder la mano que le daba de comer, así que, por mucho que le fastidiase, pensó que le convenía más quedarse con el Coronel, que siempre se ocupaba de que no le faltase comida. El Coronel demostró sus ánimos eufóricos con una interpretación de «Yankee-doodle-dandy», y el Fugitivo coreó el estribillo con su plomizo acento, titubeante al principio, luego con más y más convicción.

–Allá va un soldadito seducido por la libre empresa –se lamentó Lizzie. Luego le gritó a Fevvers, dentro de la casa–: ¡Mira en qué pedazo de lío nos has metido ahora!

DIEZ

Las dos mujeres, bien abrigadas, se internaron en el paisaje. Pronto perdieron de vista la casa del Maestro y entonces ya estuvieron solas del todo.

–¿Tú te acuerdas del grupo variopinto que formábamos cuando salimos de Inglaterra? –dijo Lizzie con una formalidad digna de quien se dirige a la concurrencia, de modo que Fevvers se puso tensa a la espera de una reprimenda que hasta el momento se había ido postergando.

»Bien variopinto, sí…, una panda de desconocidos sacados de muchos países distintos. A ver, se podría haber dicho que constituíamos un microcosmos de humanidad, que éramos una compañía emblemática: cada uno constituía una proposición diferente en el gran silogismo de la vida. Los peligros del viaje nos redujeron a un hatajo de peregrinos abandonados en plena naturaleza sobre el que la naturaleza actuó como una lupa, exagerando los defectos de algunos y poniendo de relieve las virtudes de aquellos a los que no les intuíamos ninguna. Los que aprendimos de la experiencia hemos acabado ya nuestro viaje. Los que nunca aprenderán vuelven tambaleándose a la civilización a toda prisa, tan felizmente ciegos como estaban. Pero, lo que eres tú, Sophie, tú pareces haber adoptado el lema: «Avanzar esperanzada es mejor que llegar».

–¿Cómo has llegado a esa conclusión? –preguntó Fevvers con cautela.

–Es el recado del tonto, Sophie. Por lo poco que pudimos ver de ese guapito tuyo montado en reno y vestido con túnica, se diría que no es el hombre que era. ¡No quedaba nada, Sophia! Nada… Pero yo soy más tonta que tú, porque por lo menos tú vas tras él por voluntad propia mientras que yo te sigo a todas partes por este páramo solo por los lazos de nuestro viejo afecto. Soy –añadió con amargura– la esclava de tu

libertad.

Fevvers había escuchado todo esto con un silencio cada vez más indignado, y ahora estalló.

–¡Para empezar, yo no te pedí que me adoptaras, vieja bruja miserable! Ahí estaba yo, única y sin padres, sin las cadenas ni las restricciones de un pasado, y en el instante en que me pusiste la mirada encima me convertiste en un ser contingente, me esclavizaste como hija tuya nacida como hija de nadie…

Pero ahí frenó en seco, porque la idea de que la hija de nadie anduviese en mitad de la nada rumbo a ninguna parte le produjo tal vértigo que se vio obligada a callarse y respirar hondo unas cuantas veces, cosa que le heló los pulmones. Se apoderó de ella tal angustia ante el vacío que nos rodea que podría haberse echado a llorar y solo consiguió contenerse pensando en la satisfacción que sus lágrimas proporcionarían a su madre de acogida.

–Calma, calma –le dijo Lizzie con más amabilidad, al fijarse en la desesperación de la chica por el rabillo del ojo–. No te envidio mi compañía, cariño mío. Cada cual se las tiene que arreglar con los jirones de amor que nos encontramos ondeando sobre el espantapájaros de la humanidad.

Pero aquella idea apesadumbró a Fevvers todavía más. ¡Quería más que eso de la vida! Además, ella era la que se sentía como un espantapájaros, en aquel momento. Se encorvó tristemente.

–Pero, ay, querida mía –prosiguió Lizzie ignorando el cavernoso silencio de Fevvers–. Una cosa es el amor y otra cosa la atracción. ¿No te has dado cuenta de que estamos a malas desde que hizo su aparición el señor Walser? El infortunio nos ha perseguido desde que le echaste la vista encima. No eres ni la mitad de lo que eras…, ¡mírate! Perdiste tu espada en la casa del Gran Duque. Luego te rompiste el ala. ¿Accidentes? Demasiados accidentes seguidos para ser accidentales. Cada pequeño accidente te ha alejado un paso del camino de la singularidad. Te estás desvaneciendo como si lo único que te hubiese

mantenido presentable fuese la disciplina del público. Ya apenas si eres rubia.

»Y cuando encuentres al joven estadounidense, ¿qué puñetas vas a hacer? ¿No te sabes ya el final habitual de las viejas comedias de amantes separados, una vez superadas la desgracia, las aventuras entre proscritos y las tribus salvajes? El reencuentro de los verdaderos amantes termina en matrimonio.

Fevvers se detuvo en seco.

–¿Qué? –dijo.

–Orlando se casa con su Rosalinda. Ella dice: «Me entrego a ti, soy tuya». Y eso incluye la cuenta corriente de la chica en cuestión –añadió, golpe bajo.

–Pero es imposible que yo me entregue –dijo Fevvers. Su dicción era exageradamente precisa–. Mi ser, mi yoidad, es única e indivisible. Una cosa es vender el uso de mí misma para disfrute de otros; hasta puedo ofrecerlo gratis, por gratitud o a cambio de placer…, y placer es lo único que espero del joven estadounidense. Pero mi esencia no se dará ni se tomará, ¿qué quedaría de mí?

–Exacto –dijo Lizzie con luctuosa satisfacción.

–Además –añadió Fevvers apresuradamente–, aquí estamos lejos de iglesias y sacerdotes, ¿quién va a hablar de matrimonio…?

–Uy, me atrevería a decir que esos aborígenes entre los que tu muchacho ha encontrado refugio defienden la institución del matrimonio con tanto entusiasmo como cualquier otro hombre, aunque lo puedan celebrar de manera distinta. Cuanto más tienen que regatear con la naturaleza para sobrevivir, más normas necesitan para mantenerlo todo en orden. Aquí tendrán iglesias; y vicarios también, por mas que los vicarios lleven sotanas raras y realicen sacramentos estrafalarios.

–Lo sacaré de ahí. ¡Nos fugaremos!

–¿Y si no quiere venir?

–¡Tú estás celosa!

–No pensaba que viviría para oír a mi chica decir algo así –dijo Lizzie secamente.

Avergonzada, Fevvers dio unas zancadas más lentas. Les dio vueltas y vueltas a las palabras de Lizzie.

–¡Matrimonio! –exclamó.

–El príncipe que rescata a la princesa de la guarida del dragón siempre se ve obligado a casarse con ella, se gusten o no. Es la costumbre. Y no dudo que la costumbre se aplique a la artista del trapecio rescatada por el payaso. El nombre de esta costumbre es «final feliz».

–Matrimonio –repitió Fevvers en un murmullo de repulsión sorprendida. Pero, tras unos instantes, se animó–. Ay, pero Liz…, piensa en esa mirada maleable suya. Como si una chica pudiera moldearla a su antojo. ¡Seguro que tiene la decencia de entregárseme él y no viceversa, la próxima vez que nos veamos! Deja que se ponga en mis manos y yo lo transformaré. Tú misma dijiste que no había salido del cascarón, Lizzie; muy bien…, yo lo empollaré, yo lo sacaré del huevo, haré de él un hombre nuevo. Lo convertiré, de hecho, en el Nuevo Hombre, pareja perfecta de la Nueva Mujer, en adelante marcharemos de la mano hacia el Nuevo Siglo…

Lizzie detectó un punto de histeria creciente en la voz de la chica.

–Tal vez sí, tal vez no –respondió por planchar un poco el tema–. Tal vez es mejor no planear nada de antemano.

Fevvers pensó que la conversación de su madre de acogida era tan arisca como el paisaje vacío que las rodeaba. Silbó «La cabalgata de las valquirias» para animarse. Aquel silbidito en plena Siberia quedaba un poco patético, pero perseveró. Después de una breve pausa, Lizzie empleó otra táctica.

–Sin embargo, te voy a decir una cosa: a menos que te propongas vender tu historia al periódico, querida, y adelantarte al Coronel Kearney…

Fevvers, que deseaba cambiar de tema, dejó de silbar para terciar:

–… a quien podemos escarnecer en la prensa por sus prácticas laborales y el trato que dispensa a sus empleados…

–A menos que tengas pensado venderte sobre el papel, no veo el beneficio, por mucho que me esfuerce. Y quizá es una señal de crecimiento moral en ti, mi niña…

Fevvers se puso a silbar de nuevo, pero Lizzie insistió:

–…, que persigas a este muchacho solo por su cuerpo, no por lo que te vaya a pagar. Por inconveniente que resulte a largo plazo tu agudo ataque a la moralidad, en caso de volverse crónico, por lo que a la financiación de la lucha se refiere.

–¿Has acabado? ¿Has acabado ya? ¿Por qué has venido conmigo si no vas a hacer más que criticar?

–Tú no sabes ni lo más elemental del corazón humano –dijo Liz con pesar–. El corazón es un órgano traicionero y tú eres toda impetuosidad. Temo por ti, Sophie. Una cosa es venderte y otra muy distinta es entregarte, pero, ¡ay, Sophie!, ¿y si lo que haces es tirarte por la borda al tuntún? ¿Qué será entonces de esa única «yoidad» tuya? Que acabará en el desguace, ¡eso es lo que pasa! ¡Te crie para que volases hasta el cielo, no para que empollases un puñado de huevos!

–¿Huevos? ¿Qué tienen que ver con esto los huevos?

Y se habrían puesto a discutir de nuevo si, justo entonces, no hubiesen visto (el primer signo de humanidad en kilómetros) un frágil refugio hecho con ramas apoyadas contra un pino de dimensiones colosales. Al principio quizá no se veía que era un refugio, dado que no tenía puertas ni ventanas ni aberturas de ningún tipo, de modo que parecía más un simple montón de madera que una choza primitiva, pero, en medio de la naturaleza, un montón de madera estaba tan fuera de sitio como un yate, y además, al acercarse, oyeron dentro unos gruñidos y sollozos amortiguados.

Liz le hizo a Fevvers un gesto para que se quedase atrás, porque la mujercita hacía menos ruido al caminar que la trapecista, y se coló en el refugio con cuidado para sorprender a quienquiera que estuviera allí

agazapado. Pero la mujer allí tendida sobre una pila de paja sucia no estaba en condiciones de sorprenderse.

Apartando un madero, Lizzie echó un vistazo. En el exterior, la luz gris del final de la breve jornada, dentro no había luz ni fuego, así que Lizzie se apresuró a buscar unas cerillas que le había robado al Maestro. Alumbrando con aquella luz escasa vio a la mujer boca abajo; a pesar del frío despiadado de la noche inminente, solo llevaba un viejo vestido de piel de gamo con flecos rajado por la mitad para dejar al descubierto un vientre hinchado. Quizá había apartado las sábanas, porque parecía tener fiebre, incluso delirar; en cualquier caso, no estaba tapada con ropa de cama, aunque había unas cuantas pieles curtidas por aquí y por allá. Un tosco recipiente de madera a su lado que reveló ser una cuna cuando el bebé que había dentro se despertó y empezó a llorar.

Lizzie sacó con cuidado un par de leños y entró por el hueco. Encontró un pedazo de vela en su bolsa y la encendió. Al principio pensó que el bebé, con aquellos carrillos rosados, parecía muy sano; luego, cuando lo cogió para calmarlo, vio que lo que disimulaba su pinta demacrada era sangre extendida a modo de colorete, una vieja práctica de la tribu. La madre abrió los ojos. Si se pensó que un par de osos habían invadido la privacidad de su ritual postparto, se lo tomó con filosofía. Otro oso desmanteló aún más la pared de su refugio y entró atropelladamente. La expresión de la madre no cambió. Lizzie le tocó la frente con el dorso de la mano. Estaba muy caliente.

–Arrópala –le dijo Liz a Fevvers mientras se ocupaba del bebé.

–¿Qué leches está pasando aquí? –preguntó Fevvers obedeciendo.

–Te aseguro que no tengo ni idea. A menos que esta estampa de mujer atada a su sistema reproductivo, una mujer atada de pies y manos a esa Naturaleza que tu fisiología niega, Sophie, haya sido colocada aquí a propósito para hacer que te lo pienses dos veces antes de pasar de fenómeno a mujer.

Lizzie acercó el bebé al pecho de la madre, pero o bien la leche materna aún no había subido o bien no tenía, porque el bebé agarró el

pezón con la boca y chupó con furia, luego, con un agudo chillido de decepción, lo soltó y, arrugando la cara, se puso a berrear y agitar los puñitos. Ahí la madre lloró como buenamente le permitían el agotamiento y la fiebre. Fevvers calentó aquellas manos heladas con las suyas, mientras Lizzie lo acurrucaba en el forro de su abrigo.

–No pienso dejar a este bebecito aquí, no hay vuelta de hoja –anunció–. Pobre criatura, aquí se va a morir de hambre.

–Siempre has tenido debilidad por los expósitos –le dijo Fevvers con un puntito de sorna a la par que con renovado afecto–. ¿Y su pobre madre qué? ¿Acaso no es también una expósita?

–Tú puedes con ella, tesoro.

–No pesa mucho –convino Fevvers levantándola.

La mujer recuperó la consciencia unos segundos y sonrió. Si se hubiese dado cuenta de que Fevvers no era un oso sino una mujer, se habría quejado amargamente, por haberse vulnerado los tabús que rodean el alumbramiento. El caso es que se dejó llevar a cuestas de buena gana hacia, según creía ella, la tierra de los muertos. Se alegró de oír el barboteo de su hijo, en la misma dirección.

Echaron abajo las paredes del refugio, la manera más fácil de salir de allí. Cuando Fevvers pisaba las ramas diseminadas con la joven madre bien abrigada en brazos, atisbó algo en la nieve removida que la hizo pegar un grito.

–¡Ay, Liz!

Un milagro de frágiles violetas, escarchadas y pálidas, del color de unos párpados cansados, aunque henchidas de perfume y optimismo, aparecían abiertas del todo entre las raíces protegidas del gran pino. ¡Violetas!

–Violetas –dijo Lizzie– en Nochevieja.

–Míralas, qué monísimas –coreó Fevvers–. Como un mensaje de la pequeña Violetta para decir que no nos olvida. Oye, ¿has dicho que es Nochevieja?

Liz asintió.

–He llevado la cuenta. Si no me he equivocado, es Nochevieja; estamos en el umbral, querida, mañana toca otro esquema temporal.

Fevvers se recolocó a la joven madre sobre el hombro y se encorvó, pero Liz le suplicó:

–No las cojas, deja que se reproduzcan. Violetas en la nieve. Tienen que ser rarísimas.

Bajo su aparente indiferencia también ella estaba conmovida, y se sonrieron las dos, conscientes de que se había declarado una tregua, o incluso la paz.

–Veo, veo. –Y Lizzie señaló algo.

La huella de una pisada en la nieve cerca de las violetas; no eran las primeras en pararse a admirarlas. La huella de una bota de suela lisa. Solo una pisada, así de misterioso, así de ominoso.

–¡Por allí! –Fevvers se giró para señalar. Un jirón de cinta roja atrapado en las ramitas de un árbol. La partera mágica se había cuidado de borrar su rastro cuando vino a atender a su paciente escondida, pero no tanto como creía. ¿Pues no habían entrado los osos y habían secuestrado a la madre y el niño? A los pocos metros de la cinta roja se encontraron con una campanita de latón a un lado de un camino de nieve batida medio disuelto. Ahora al menos sabían hacia dónde ir, así que avanzaron a zancadas con un buen ánimo que no tenían desde hacía mucho.

Pronto vieron luces delante, resplandeciendo débilmente a través de robustas ventanas protegidas con cuernos, tejados de largas casas bajas de madera, humo saliendo de las chimeneas y un olor suculento y extraño a cenas desconocidas cocinadas en hornos desconocidos, y era de noche.

El corazón de Fevvers, ya removido por la sorpresa de las violetas, se calentó aún más ante aquellas vistas y olores hogareños. ¡Una aldea! ¡Casas! ¡La señal de la mano humana manteniendo a raya a la naturaleza salvaje! La vida se le había antojado como suspendida durante sus vagabundeos en medio de la soledad; ahora la soledad ya no

existía y las cosas estaban a punto de reanudarse. A lo mejor incluso encontraba lejía o tinte en aquella aldea, ¿no?, y empezaba a recomponerse un poco.

Y evidentemente Walser estaba allí; una de las casas de madera tenía que ser la del joven estadounidense. Y vería, de nuevo, el asombro en los ojos del amado y se curaría. Ya se sentía más rubia.

–Piensa en él no como en un amante sino como un escriba, como un amanuense –le dijo a Lizzie–. Y no en mi trayectoria, sola, sino en la tuya también, Lizzie; en tu larga historia de exilio y picaresca sobre la que apenas le has dado unos apuntes, y que llenaría diez libretas más que la mía. Piensa en él como el amanuense de todos aquellos de quienes aún tenemos que contarle historias, las historias de aquellas mujeres que, de lo contrario, quedarían anónimas y olvidadas, borradas de la historia como si nunca hubieran existido, de manera que también él arrime el hombro a la rueda para ayudar a darle al mundo un pequeño giro hacia la nueva era que empieza mañana.

»Y una vez el viejo mundo haya girado en su eje de manera que el nuevo amanecer pueda amanecer, entonces, ¡ah, entonces!, todas las mujeres tendrán alas igual que yo. Esta muchacha que llevo en brazos, a la que nos hemos encontrado atada de pies y manos con los espeluznantes nudos del ritual, no volverá a sufrirlo; romperá sus grilletes mentales, se levantará y saldrá volando. Las puertas de la casa de muñecas se abrirán, los burdeles derramarán prisioneras, jaulas, doradas y sin dorar, por todo el mundo, por todas las tierras, se diseminarán sus presas cantando juntas el estribillo inicial de un nuevo y transformado…

–Va a ser un poco más complicado que eso –la interrumpió Lizzie–. Esta vieja arpía augura tormenta, mi chiquilla. Cuando miro hacia el futuro, no lo veo claro. Dale una vuelta a tu análisis y lo volvemos a discutir, muchacha.

Pero su hija prosiguió, ignorándola, como embriagada por la visión:

–Ese día esplendoroso en que ya no sea un ser singular, sino el

paradigma femenino con todos sus defectos; ya no una ficción imaginada, sino un hecho simple…, entonces abrirá sus libretas y testimoniará mi persona y mi papel profético. Piensa en él, Lizzie, como alguien que lleva las pruebas…

–Cuchi-cuchi-cú –le dijo Lizzie al bebé, que no paraba.

No había calles ni plazas ni callejones en aquella aldea; las casas estaban aquí juntas y allí separadas, como si se hubieran organizado copiando las posiciones aleatorias que ocupan las vacas tumbadas en los campos. Ni rastro de ningún habitante, todos dentro a aquellas horas, pero uno o dos renos levantaron las cabezas astadas para echar un vistazo a las recién llegadas, luego las bajaron de nuevo para seguir mordisqueando musgo. En un alerce había atadas campanillas y cintas, delante del edificio más grande, más bajo y, en cierto modo, de aspecto más oficial de la aldea, cosa que le confería un aire festivo. Lizzie llamó a la puerta fijándose en que el marco estaba decorado con más cintas rojas, plumas y (uhm) huesos. Cuando golpeó la puerta, de dentro le llegó un gruñido amortiguado, un ajetreo, un golpe seco y se alzó una voz de hombre en una lengua extraña.

–¿Eso querrá decir «entrad»?

Fevvers se encogió de hombros.

–Abre. Que me muero.

Empujaron la chirriante puerta. Ni rastro de vida, dentro, hasta donde se veía…, que no era mucho, porque el interior, lleno de corrientes de aire, estaba iluminado lo justo por una lámpara primitiva consistente en una cacerola de latón rellena de grasa de oso derretida en la que flotaba el pábilo en peligro de naufragio inminente. Esta lámpara colgaba de las vigas con cables y se balanceaba con las corrientes, de manera que las sombras iban y venían con escalofriante impredecibilidad, ofreciendo discretos atisbos de objetos de extrañas formas y extravagantes colores contra las paredes y los rincones, vislumbres de abultados y mudos ocupantes agazapados aquí y allá, pero cubriéndolo todo de oscuridad de nuevo casi de inmediato.

Bajo la lámpara había una larga mesa marcada con una o dos manchas de forma rara, y encima una bandeja grande de madera, vaciada no con cincel sino a base de fuego, y un cuchillo de piedra de forma antigua pero de hoja exquisitamente pulida. En el suelo de tierra batida alrededor de la mesa había salpicaduras secas de sangre, de pieles y plumas, pisoteadas por, presumiblemente, los pies de sacerdotes y adoradores. Olía fatal, como a incienso mezclado con muerte, y hacía mucho frío.

–¿Qué te dije? –dijo Lizzie–. Una de sus iglesias. La típica atmósfera de iglesia.

Algo –el viento en los travesaños; una rata; un sacerdote escondido– se removió cuando habló la vieja. Y el sitio estaba tan pobremente iluminado que la población entera de la aldea podría haber estado allí escondida en la densa y cautivadora oscuridad. Flotaba una sensación pesadillesca de claustrofobia, tensa de expectación, como si su llegada hubiese evitado un suceso horrendo, pero los actores del rito interrumpido fuesen pacientes, pudieran esperar, estuvieran esperando y viendo qué hacían aquellos seres que habían traído a la madre y al hijo de vuelta a la aldea. Levantada a medida de las prácticas sagradas, arcanas, arcaicas; de las revelaciones, de las consultas con los muertos, de los sacrificios; la iglesia salvaje pretendía impresionar, y era impresionante.

Pero Lizzie y Fevvers debían su habilidad para la supervivencia a cierta resistencia a asombrarse del entorno. Fevvers tendió con cuidado a la joven madre sobre la mesa con un gruñido de alivio y estiró los brazos cansados. La joven madre abrió los ojos y escudriñó alrededor. ¡La choza del culto de su aldea natal! ¿Y por qué había dejado de llorar el bebé? Notó que se sentía un poco mejor y empezó a reunir fuerzas para levantarse e investigar los preparativos, porque estaba segura de que aquello era su funeral.

–¡Cuidado! –siseó Lizzie.

Hay un hombre en ese rincón.

No; un hombre no. Las mujeres volvieron a respirar. Allí en el rincón, ya iluminado, ya a oscuras, según el balanceo de la lámpara, había una escultura de madera, algo más grande que los aborígenes auténticos, envuelto en pieles, chales y cinturones, y llevaba puesta una camisa blanca con la pechera rígida de clara de huevo reseca. El corazón de Fevvers se desbocó al verla. La cabeza del ídolo llevaba varios gorros de tres puntas hechos de tela negra, azul y roja, pero costaba verle la mayor parte de la cara porque las pieles, chales y pedazos de cintas, baratijas y lazos la tapaban. Sus fauces parecían voraces, no obstante, y los ojos, hechos de discos de latón aplanado, le centelleaban cuando le pasaba por encima la llama intermitente de la lámpara.

El ídolo habló.

–¿De dónde venís? ¿Adónde vais?

El bebé, sobresaltado, se desgañitó al oír hablar al ídolo en perfecto inglés estadounidense. La joven madre pegó un brinco de la mesa –¡aquel grito no era póstumo!– y forcejeó con Lizzie para arrebatarle el bebé, añadiendo sus propios chillidos al alboroto. Lizzie le entregó al bebé para poder coger algo que gruñía debajo de la mesa, donde el Chamán lo había metido al interrumpirse el sacrificio antes de comenzar siquiera. El oso, mosqueado, aporreó a Lizzie en la cabeza, empezaron a pelearse y volcaron la mesa. El plato y el cuchillo cayeron con estrépito al suelo. Se golpearon contra el ídolo en plena lucha. El ídolo cayó contra otro ídolo, ataviado casi igual, con una pinta un poco más de guardia. Cayó este a su vez y la deidad guardiana tiró al siguiente de la fila de ídolos de su pedestal y así sucesivamente en un efecto dominó de profanación generalizada. Un puñado de cráneos rodaron por el suelo despegados de la pila de debajo del ídolo úrsido. La lámpara golpeada se balanceaba de aquí para allá cada vez más rápido, salpicando grasa caliente por todas partes. Fevvers mantuvo la suficiente sangre fría como para apartarse de aquel caos y cantarinear:

–¡Sal de donde estés! ¡No te escondas!

La lámpara subía y bajaba con tanta energía que el pábilo salió

disparado, dio contra la pared y se extinguió sumiendo la choza del culto en la oscuridad absoluta, donde unas presencias invisibles se hicieron notar ahora con un braceo vengativo, a veces de pieles, a veces de cuero, emitiendo extravagantes chillidos y tintineos de campanillas; ¿acaso les atacaban los fantasmas de una cofradía de bailes regionales? Fevvers luchó contra un invisible hasta que olió carne y mordió con saña. Llegó al hueso y saboreó la sangre. Estaba vivo. Se oyó un gemido horripilante pero indiscutiblemente humano. Agarró a ciegas: un nuevo gemido que le confirmó que luchaba contra un hombre.

Una vez Lizzie inmovilizó al oso con una llave, localizó el cuchillo de piedra en el suelo con el pie y lo pisó con firmeza, a pesar de los golpes que le daban con algo correoso que cacharreaba y tintineaba. Fevvers no soltó la mano de entre sus dientes mientras tumbaba el resto de aquella anatomía sin rostro en el suelo, donde acabó sentándosele sobre el pecho jadeante. El cuerpo gritó en una lengua que no sonaba hablada sino tejida con agujas de acero. Debió de gritar que encendiesen la luz, porque al momento se hizo un fulgor extrañamente cadavérico en un rincón, acompañado de un olor peculiar.

El escándalo fue disminuyendo, como si la luz los apaciguase; un último quejido del bebé, un resoplido del oso y, en el silencio subsiguiente, Fevvers vio encima de quién estaba sentada a horcajadas.

Walser llevaba la túnica ceremonial y una caperuza triangular con bordado de piel y un trozo de latón con forma de símbolo de dólar en el frontal. Tenía la cara un poco enflaquecida. Para la mirada europea, la barba clara dorada, que ahora le llegaba por el pecho, hacía juego con sus enaguas de cuero, y no le habría venido mal algo de agua y jabón: apestaba. Y aquello solo era el principio, porque tenía un fulgor vatídico en los ojos grises, aquellos ojos de resplandeciente lustre, aquellos ojos de pupilas como alfileres. Un fulgor vatídico y ni asomo de escepticismo. Es más, sus ojos parecían haber perdido la propiedad de reflejar.

A Fevvers se le puso la piel de gallina cuando vio que la miraba como si, horror de horrores, ella fuese completamente natural: natural pero

abominable. Le clavó la mirada fosforescente; tras unos instantes, su voz se hizo oír y cantó:

–*Only a bird in a gilded cage…*

–¡Ay, Dios mío! –dijo Fevvers.

Y es que Walser había traducido aquella melodía familiar en una especie de cántico, una especie de gorigori, una especie de invocación siberiana a los habitantes espectrales del otro mundo que coexiste con este, y Fevvers presentía en lo más hondo que con aquella canción pretendía hacerle daño.

El Chamán identificó su piel, su pelo, su ala rota y se consoló un poco al ver lo rápido que se estaba desvaneciendo aquella mujer. Ojeó a la joven madre y a su bebé sopesando si los espíritus de las osas tendrían la intención de que fuesen los sustitutos del osezno. Eso parecía. Sin embargo, la más bajita todavía sostenía firmemente el cuchillo sacrificial. Quizá pretendían llevarlo a cabo ellas mismas. Lo que había que hacer, obviamente, era ayudar a los espíritus de las osas a desvanecerse lo más rápido posible, antes de que volvieran a tender a la madre y el bebé en el altar. Cogió su tambor, que estaba apoyado contra la pared, y desgranó un exorcismo con la energía del desesperado. La voz de Walser se alzó y tembló con un sonido que, para Fevvers, era la esencia misma de la locura.

Fevvers percibió aquella sensación estremecedora que tenía siempre cuando brujos, magos o empresarios se acercaban a robarle su singularidad como si fuese de su propia invención, como si creyesen que ella dependía de sus imaginaciones para ser ella misma. Se sintió pasando caprichosamente de mujer a idea. El Chamán duplicó el vigor de su tamborileo y empezó a cantar una canción con extraños ladriditos y alaridos. De un incensario invisible, un incienso morado, desorientador, llenó la choza del culto, de modo que el Chamán pareció multiplicarse hasta convertirse en docenas de chamanes que golpeaban docenas de tambores con el mismo ritmo ante aquella cosa que era y no era Fevvers. Se vio a sí misma en los ojos de Walser, por fin, nadando

hacia la definición, como la imagen sobre el papel fotográfico; pero en lugar de a Fevvers vio dos miniaturas perfectas de un sueño.

Notó estremecerse su contorno; se notó atrapada para siempre en el reflejo de los ojos de Walser. Por un instante, solo un instante, Fevvers sufrió la peor crisis de su vida: «¿Soy realidad? ¿O soy ficción? ¿Soy lo que sé que soy? ¿O soy lo que él piensa que soy?».

–¡Enséñales tus plumas, rápido! –le instó Lizzie.

Fevvers, con una extraña desesperación, una consciencia penosa de su ala rota y su plumaje descolorido, no pudo pensar en nada más que en obedecer. Se quitó las pieles y, si bien no podía extender dos alas, extendió una: ¡ángel asimétrico, esplendor a medias y gastado! Ni Venus, ni Helena, ni Ángel del Apocalipsis, ni Azrael ni Isfahel…, solo un pobre fenómeno venido a menos, y un objeto de la más dudosa autenticidad para los espectadores, dado que ambos hombres estaban acostumbrados a alucinaciones y ella tiene todo el aspecto de una alucinación, pero no encaja en su visión de las cosas.

La puerta crujió, volvió a crujir, y Fevvers supo, sin darse la vuelta, que algunos de los nuevos amigos de Walser habían acudido para ver qué era aquel escándalo. Ahora se asomaron por la puerta una serie de jetas amarillas como lunas en el cielo a la luz de sus lámparas. Fevvers notó sus miradas en la espalda y removió con cuidado el ala para que la vieran. Al principio dudó, no sabía qué esperar, pero acto seguido el plumaje –¡sí!, ¡se movió!– onduló al viento de sus respingos de estupefacción: «¡Ooooooooh!».

Aquel viento refrescó su espíritu como nunca. Sopló y sopló por toda la choza del culto, llevándose los perfumes químicos y el olor a sangre seca. Ladeó la cabeza para recrearse en el brillo de las lámparas, como candilejas, como focos en el escenario; ver aquellas candilejas era la sal de la vida, y, más allá, las miradas atónitas fijas en ella, con recogimiento, las miradas que le decían quién era.

Volvería a ser la rubia de rubias en cuanto encontrase peróxido; así de fácil, y mientras tanto, ¿qué más daba? Y ya se le curaría el ala, claro, se

curaría cuando la nieve se derritiese para revelar la taiga entera cubierta de violetas; y ahí es cuando surcaría los cielos con su ala curada y sobrevolaría la aldea, el bosque, las montañas y los mares helados, con sus seres queridos en brazos. ¡El hogar! ¡Sí!, ya veía Trafalgar Square de nuevo; y a Nelson en su pedestal; y el puente de Chelsea disolviéndose en el Támesis con el crepúsculo…; y la catedral de Saint Paul, el pecho único de la amazona que es su bienamada ciudad natal.

¡Hibris, imaginación, deseo! La sangre cantaba en sus venas. Los ojos de todos le restauraron el alma. Se puso en pie, sacando las rodillas del pecho de Walser, y extendió los brazos como para arropar a todos los presentes en un amplio abrazo. Se agachó en una reverencia hacia la puerta, ofreciéndose a la concurrencia como si fuese un gigantesco manojo de gladiolos. Luego le hizo otra reverencia a Walser, que se levantaba como buenamente podía con la expresión de quien emerge de la bruma. Y entonces vio que no era el hombre que había sido ni lo volvería a ser; del cascarón había salido una criatura distinta. Por un instante la inquietó quién resultaría ser aquel Walser reconstruido.

–¿Cómo te llamas? ¿Tienes alma? ¿Eres capaz de amar? –le preguntó él en una gran retahíla rapsódica mientras ella se erguía. Al oírlo, su corazón brincó y cantó. Batió sus alas ante él, sonriente, exuberante, armada de nuevo. Ahora parecía tan alta que iba a romper el techo de la cabaña, toda melena, plumaje, pechos y ojos azules como platos triunfales.

–¡Esa sí es manera de iniciar una entrevista! –exclamó–. ¡Saca el lápiz y empecemos!

EPÍLOGO

–Y es que debes saber que Liz acababa de perder un bebé cuando me encontró y me puso a su pecho y me amamantó. Y, evidentemente, no fue la religión lo que hacía de ella una puta tan problemática, sino su hábito de sermonear a sus clientes sobre la trata de blancas, los aciertos y errores de las mujeres, el sufragio universal, así como la cuestión irlandesa, la cuestión india, el republicanismo, el anticlericalismo, el sindicalismo y la abolición de la Cámara de los Lores. Con todo lo cual simpatizaba plenamente Nelson, aunque, como decía, el mundo no iba a cambiar de la noche a la mañana y teníamos que comer.

»Aquellas cartas que enviábamos a través de ti en la valija diplomática eran noticias sobre la lucha en Rusia de las camaradas exiliadas, escritas en tinta invisible, así que te utilizamos sin escrúpulos, siento decirte, porque si la policía secreta lo hubiera descubierto te habrían mandado a algún sitio de Siberia donde jamás te habríamos encontrado. Pero Liz tenía que hacerlo, puesto que se había comprometido con un hombrecillo vivaz con bigote que conoció en la sala de lectura del British Museum.

»Además, te engañamos con ayuda del reloj de Nelson la noche en que nos conocimos en el Alhambra, Londres; pero hemos perdido el reloj y no pienso volver a engañarte.

»No te contamos más mentiras ni nos desviamos de ninguna otra manera de la pura verdad. Lo creas o no, todos los sucesos que te conté como verdaderos lo son; y en cuanto a las preguntas sobre si soy real o ficción, ¡eso te lo tienes que responder tú!

Sin ropa, parecía del tamaño de una casa. Estaba lavándose parte por parte en una jofaina de agua sacada del samovar mientras Walser, tapado solo por su barba, esperaba junto al camastro del Chamán. Vio,

sin sorpresa, que, en efecto, no tenía ombligo, pero ya no estaba de humor para sacar conclusiones definitivas de aquello. Las plumas rozaban las paredes; recordó que la naturaleza solo la había capacitado para la postura «con la mujer encima» y se removió en el camastro de paja. Había vuelto a su ser hasta donde le era posible, y aun así, aquel «ser» no volvería a ser el mismo, dado que ahora conocía el significado del miedo que se define en su forma más violenta, es decir: el miedo a la muerte de los seres queridos, a la pérdida del ser amado, a la pérdida del amor. Era el principio de una angustia que no acabaría más que con la muerte de uno o de ambos; y la angustia es el principio de la consciencia, que engendra el alma pero no es compatible con la inocencia.

Lizzie resopló y dijo:

–¡Míralo, Sophie!, ¡ahora le va hablar un galimatías inventado y vestirse de mujer!

Pero, aparte de esta pulla, lo había mirado casi con cariño, puesto que, a la luz de sus ojos grises, su hija adoptiva se había vuelto a transformar en lo que era sin necesidad de tener que aplicarse peróxido siquiera. Después de un rato de cabeceos y guiños de Fevvers, Lizzie se fue con el Chamán, su prima, la hija mayor y su recién nacido, a la casa de la prima, donde en calidad de matrona improvisada se embarcó en la elaboración de un intensivo ritual de cuidados madre-hijo, que, religiosamente implementado a lo largo de la siguiente década, saneó el bajo índice de natalidad reduciendo la mortalidad perinatal.

La prima del Chamán, la partera mágica, guardaba una cartera con su amuleto junto al samovar, igual que él. Lizzie le echó una mirada intrigada; ¿acaso podría encontrar un nuevo bolso de mano entre aquellas gentes amigables e inteligentes, aunque retrógradas y supersticiosas? El Chamán, fascinado por el bigote de Lizzie, la trataba de «madrecita de todos los osos»; el osezno no se despegaba de ella como víctima de un flechazo adolescente. Lizzie refrenó con esfuerzo la tentación de –solo esta vez, solo por una noche– tomarse unas breves

vacaciones de la racionalidad y jugar a ser una deidad menor.

–¿Hay algún sitio donde podamos estar solos? –había propuesto Fevvers pestañeando de manera inequívoca.

Walser, que se iba despejando por momentos, la cogió de una mano y la llevó corriendo a la casa del Chamán, pero perdió la iniciativa en cuanto ella lo dejó tumbado en el camastro alegremente y le dijo que esperase mientras se refrescaba. Parecía que se devolviese el color a las mejillas con cada gesto. Cantaba mientras se lavaba, ¿qué sino la «Habanera» de *Carmen?* ¿Me estoy pasando de optimista?, se preguntó Walser.

Contempló, como en un espejo, el ser que iba reconstruyendo con tanta concentración.

«Soy Jack Walser, ciudadano estadounidense. Me uní al circo del Coronel Kearney para deleitar a mis lectores con artículos de varias noches en el circo y actuar, como payaso, ante el zar de todos los rusos, para el aplauso general (¡qué historia!). Unos bandidos hicieron descarrilar nuestro tren en Transbaikalia y viví un tiempo como hechicero entre los aborígenes (¡Dios mío, menuda historia!). Dejen que les presente a mi esposa, la señora Sophie Walser, que desarrolló en su día una exitosa carrera en los escenarios del *music hall* bajo el nombre de… ¡Oh!».

Sin que los amantes lo supieran, la medianoche, esa festividad voluble, se extendió sobre la taiga en ese preciso momento, sin perturbar nada a su paso a pesar de la era que arrastraba en su estela. Precipitado ignorante y dichoso en el siglo siguiente, una vez terminado, Walser se partió por la mitad y volvió a unirse.

«Jack, un muchacho siempre aventurero, se escapó con el circo siguiendo a una rubia de bote en cuyas manos era arcilla desde el momento en que la vio. Recibió magulladura tras magulladura, bailó con una tigresa, hizo de pollo asado, acabó como aprendiz de la más alta forma de estafa, iniciado por un viejo pederasta taimado que lo desorientó por completo. Todo parecía sucederme en tercera persona

como si lo contemplase pero no lo viviese. Y ahora, salido del cascarón del desconocimiento gracias a una combinación de golpe en la cabeza y agudo espasmo de éxtasis erótico, tengo que volver a empezar».

Envuelto en plumas y placer como estaba, aún había una cuestión que lo inquietaba.

–Fevvers… –dijo. Un sexto sentido lo hacía guardarse de llamarla Sophie. No tenían tanta confianza–. Fevvers, solo una pregunta…, ¿por qué llegaste al extremo de convencerme de que eras el único espécimen de ser humano alado virgen en toda la historia del mundo?

Ella se echó a reír.

–¡Entonces te lo creíste! ¡Dios mío, te lo creíste!

Se reía tanto que la cama se agitaba.

–¡No tienes que creerte lo que lees en los periódicos! –lo tranquilizó con voz entrecortada por la risa–. ¡Y pensar que te lo creíste!

Su risa se derramó por la ventana e hizo tintinear los ornamentos de latón del árbol de la choza del culto. Se rio tan alto que el bebé de la casa de la prima del Chamán la oyó, meneó los puñitos en el aire y se rio también encantado. Aunque no entendía el chiste que hacía agitarse al bebé, el Chamán se contagió y se echó a reír. El oso jadeó imitando; se hubiera reído si supiese reírse. La prima del Chamán cruzó miradas con Lizzie y las dos estallaron. Hasta la joven madre en su cama serena de pieles de reno sonreía dormida.

La risa de Fevvers se coló por los huecos de los marcos de las ventanas y las grietas de las puertas de todas las casas de la aldea; los aldeanos se removían en sus camas, riéndose del tremendo chiste que invadía sus sueños, del que no recordarían nada a la mañana siguiente salvo la hilaridad que les provocó. Fevvers reía, reía y reía.

Pareció que la risa de la alegre joven se elevaba de entre la espesura en una espiral y empezaba a girar y temblar por toda Siberia. Hacía cosquillas a los habitantes durmientes de R.; penetró en el contrapunto de la música de la casa del Maestro; las integrantes de la república de las mujeres libres experimentaron su refrescante brisa. El Coronel y el

Fugitivo, acurrucados en un compartimento lleno de humo rumbo a Jabárovsk, captaron sus ecos y notaron que se les abrían unas sonrisas avergonzadas.

El tornado de la risa de Fevvers empezó a girar y estremecerse por todo el globo, como la respuesta espontánea a la comedia colosal que se desarrolla interminablemente en este, hasta que todo lo que vivía y respiraba, en todas partes, se estaba riendo. O eso le pareció al marido engañado, que también se estaba riendo, aun cuando no tuviera muy claro si era él la víctima del chiste. Fevvers, balbuciendo en las últimas, se sentó a horcajadas sobre él y lo cubrió de besos. ¡Ay, qué contenta estaba con él!

–¡Y pensar que te lo creíste! –se maravillaba–. Eso demuestra que no hay nada como la confianza.